

RAFA HERNÁNDEZ

EL
ROSTRO
DE LOS
SUEÑOS

Multiverso 

RAFA HERNÁNDEZ

EL
ROSTRO
DE LOS
SUEÑOS

Multiverso 

El Rostro de los Sueños

© Rafael Hernández

© Multiverso Editorial, 2018

© Grupo Editorial Omniverso. 2018

Dirección editorial: Miguel Ángel Pérez Muñoz

Ilustración de la cubierta: Manuel Buendía

ISBN: 978-1729099964

Depósito legal: CA-318- 2018

Printed in Spain

Primera edición: noviembre, 2018

www.multiversoeditorial.com

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita del titular del Copyright o la mención del mismo, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento.

La estatua del Jardín Botánico¹

*Cae la tarde y me olvidé otra vez
de tomar una determinación
(Santiago Auserón).*

I. Aquella canción de Roxy ²

*Hicimos un cuento de miel,
sin un futuro en que creer...*

(Fernando Márquez, La Mode).

Nos hallamos sin buscarnos. Cualquier lugar de Madrid en pleno delirio de los primeros ochenta. Unas copas, decenas de cigarrillos y quizá hasta algo más fuerte. Nada serio. Cosas de la época. Ella iba de artista posmoderna, aunque eludiendo por coquetería aquellos horribles cardados que convirtió en uniforme generacional Paloma Chamorro. Yo, de negro impecable, a juego con mi estudiado personaje de pospunk instruido. Charlamos de música... porque de algo había que hablar para encontrarse.

—Lo mío es Bauhaus, son totales.

—No me vaciles, colega. Con un flequillo de treinta centímetros y esa camisa amplia a lo Brian Ferry, seguro que te mola Roxy Music. Tienes un poco pinta de pardillo, pero te delata la forma de expresarte. A mí me encanta, es la hostia, y solo admito basca que coincida en ese criterio. Paso de enrollarme con imbéciles. Me gustan los tíos con clase. No creo que actúen en este país de mierda ahora que prometen divorciarse para siempre. Si te hace, arrimamos pasta y movemos el culo a donde toquen...

Continuamos la charla sin meternos en profundidades. Jamás había conocido alguien capaz de expresarse de un modo tan franco. Unas pocas palabras y ya había propuesto viajar juntos hasta no sé dónde; el sueño cumplido de un crío recién llegado de provincias que escondía la timidez tras su meticuloso disfraz de aprendiz de escritor. Mer me explicó que estudiaba quinto de químicas, una especie de impuesto pagado a la familia a cambio de tolerar sus coqueteos con la fotografía artística. También diseñaba zapatos, ropa, escenarios y cualquier otra cosa sometida por decreto social a la dictadura de las formas. Supuse algo así desde el principio; ese vestuario tan descuidadamente esmerado lo denunciaba. A medida que adquirimos confianza, la conversación se volvió imposible. Quizá prisioneros del impacto que debimos causarnos el uno al otro, cada cual exageraba más la armadura con la que nos protegíamos del medio. Ella se crecía en su papel de chica insolente. Yo, una mezcla entre Castoriadis y aspirante a Borges. Con el destructivo fondo de una música a todo volumen, enemiga del entendimiento, decidió ejercer de sí misma, olvidar los puentes y cruzar el río por el agua.

—A ver, chaval, no des la plasta. Si lo que quieres es follarme, estírate de una vez y córtate de rodeos. Nadie viene un lunes a este garito de mierda a impartir clases de Filosofía. Todos nos movemos por un interés. Descubre el

tuyo y ya decidiré yo si me cuadra el negocio.

Mer puso el descaro. Mi habitual mala fortuna, el resto. En el momento exacto en que casi a gritos me transmitía ese mensaje, los decibelios cesaron de repente. Algo común, según supe más tarde, como aviso a la concurrencia de que se había cumplido la hora de cierre. Todo el local, con todo Madrid dentro, escuchó entre vítores groseros tan audaz parrafada. Uno de esos retales de existencia en los que comprendes cómo se siente un árbol solitario en mitad de la llanura a merced de los rayos desplegados por la tormenta. Debí provocar tal sensación de imbécil que se compadeció de mí. En un gesto mimoso, hasta entonces imposible de adivinar en ella, me tomó por el cuello para susurrarme al oído:

—Lo siento, tío. Vaya marrón en que te he metido. Soy una bocas. Dame un pico, nos abrazamos y te saco de aquí dignamente. Es lo que espera esta banda de cretinos. Vamos a complacerlos.

Un poco por nervios y en parte también por el asfixiante calor que padecíamos dentro, la calle Padre Xifré me pareció el hogar perfecto para una familia de osos polares. Incapaz de pronunciar palabra tras el simulacro amoroso con el que huimos de aquel antro, entendí tan inoportuno proponer un plan alternativo como despedirme agradeciendo los servicios prestados. De natural me costaba avanzar el primer paso y aquellas formas excedían de los hábitos de un joven acostumbrado al recio machismo castellano. Fue de nuevo Mer quien asumió la iniciativa.

—Joder, tío, estás temblando. Ni que fuera la primera vez que «pillas» en tu vida. Te ligas un pibón cuando casi tocaba retirada y ni siquiera me dices si estoy guapa. A menos que el nene aún viva con sus «papis», siento curiosidad por conocer como sois tú y tu casa.

—Sí, claro. Eso mismo iba a proponerte. Te has adelantado.

En un detalle de piedad, dio por válido el argumento. Los dos sabíamos que nunca me hubiera atrevido a lanzarme sin red en un ataque tan directo. Siempre me sentí más cómodo cediendo la iniciativa al adversario, jugando con negras al abrigo de la defensa siciliana.

—Anda, gilipollas, casi mejor que no des más explicaciones. Vamos a cazar un taxi.

Tardamos un buen rato en conseguir transporte. A eso de las dos de la madrugada, quién iba a subir a su auto un par de críos medio borrachos y hasta arriba de marihuana. Entre las ridículas risas que todos emitimos al percibir la cercanía de la felicidad, nos acomodamos en el asiento trasero y

mi sensación térmica se invirtió sin transición alguna. Tras solicitar al chófer que nos condujera hasta el número veinticinco de la calle del Pez Volador, no volvimos a pronunciar palabra. Nos unimos en un único beso que duró los veinte minutos largos de trayecto. Atrás quedaron la timidez, los miedos... Solo podía sumergirme en el instante y acariciar el cuerpo de aquel sueño de mujer que, en apenas unos segundos, olvidó sus aires de sobrada para transformarse en la amante que solicitarías a un genio recién salido de la lámpara. El taxista no cesaba de refunfuñar: que si tened cuidado nos os traguéis la lengua o que dejáramos algo para casa. Por qué los de ese gremio tendrán que salir siempre tan fachas.

Pagué la cuenta y nos apeamos. Mi nueva compañera, como si tras el inciso romántico hubiera recuperado las mejores galas, se despidió a su modo del conductor:

—Adiós, viejo, feliz noche. Que te salga buena la paja.

Cuando el ascensor se detuvo en el ático, creció en mí una colección de sensaciones contradictorias: alivio, decepción, entusiasmo, terror... Nada más cerrarse las puertas, aún en el bajo, me arrinconó contra el espejo y se abalanzó sobre mi cuerpo con una pasión que hasta entonces creía reducida al delirio de los guionistas del cine erótico. A mis dieciocho, no me consideraba debutante en esto del sexo; pero nunca antes había coincidido con alguien tan primitivamente animal. Primero temí que detuviera aquella jaula de acero para convertirla en nido de nuestro primer encuentro; después me desilusioné al comprobar incumplida la fantasía. Asumí la culpa de no haberme atrevido a aceptar el gambito de dama para sumergirme en la ruleta combinatoria por iniciativa propia, desmarcándome del juego posicional con el que habitualmente conducía las partidas: enroque, protección de las piezas mayores e invitación al movimiento del adversario del modo más conveniente a la estrategia predeterminada. Una constante que me acompañará, imagino, hasta el día en que mi cerebro decida finalizar viaje.

Tan poseído de la emoción como del pánico a no dar la talla, casi no acierto a abrir la casa. Con la excusa de mostrarme el anfitrión perfecto, la invité a tomar algo, más que nada por posponer lo ineludible, por alejar de la mente la perturbadora idea de defraudar las expectativas de aquel capricho de hembra humana.

—Tengo martini, pacharán, ron, *whisky* y supongo que quedará algo de picar. Por si te apetece.

—Déjate de rollos, Charly, son casi las tres. Lo que quiero comerme no creo que lo guardes en la nevera. Aliña un «peta» y a lo nuestro. Y ni se te ocurra apagar la luz. Deseo descubrir todo lo que se oculta tras esa máscara de empollón miope.

Mer poseía el don de hacerme sentir ridículo en cualquier circunstancia o quizá era yo quien de modo permanente ganaba con buen número las oposiciones al puesto. Como si se tratase de un ritual chamánico, subió la persiana y descorrió la cortina del salón. Le excitaba la idea de sentirse observada. Me desnudó en una indescriptible mezcla entre ternura y pasión y, con un exquisito tacto que minutos antes no hubiera creído en semejante criatura, me guió para alcanzar en su cuerpo idéntico resultado. Los temores se esfumaron con solo sentir la caricia de su boca en mi sexo. Desinhibidos por el alcohol, las drogas y por la dulzura que compartíamos en cada gesto, tras un largo prólogo de placeres, consideré hasta natural que se tendiera sobre la mesa como invitación a iniciar el coito.

—Despacio, cariño, sin prisas. Lo que se empieza juntos hay que procurar finalizarlo del mismo modo.

Pronunció esas palabras tras sellar mis labios con su dedo índice, un movimiento que interpreté mitad un beso, mitad una orden de permanecer en silencio. Algo así como «se acabaron los juegos, estamos en lo que estamos y olvídate del resto». Ya en posición horizontal, elevó con esmero las piernas sobre mis hombros, ensalivó su mano y comenzó a masturbarse al tiempo que la penetraba. Un gesto instintivo, un hábito adquirido, supongo, pues resultaba evidente que no precisaba de lubricación adicional para su propósito. Respondía con un «sí» alargado a cada una de mis acometidas, pero evolucionaba al principio de un modo tan lento que crecieron en mi mente ideas nefastas: «A ver cómo aguanto yo hasta que se venga esta tía».

Los hechos demostraron poco después la utilidad práctica de las matemáticas. Alcanzado un punto de inflexión, los «síos» comenzaron acortar distancias, a extender su duración temporal y a subir mucho en decibelios. Su rostro enrojecía, adquiriendo un rictus de tensión que incluso lograba afear por un instante esas facciones casi perfectas obsequio de la naturaleza. Y todo creciente en una progresión geométrica de razón tan alta que, apenas un par de minutos más tarde, interrumpió el discurso afirmativo para gemir con voz casi asfixiada:

—Me corro, cariño. Me corro.

La frase, que por evidente entendía innecesaria, me sirvió para liberarme de toda contención y culminar el acto en un orgasmo compartido, en un hechizo que condujo nuestros cuerpos hasta el mismo límite del agotamiento físico.

Tras unos minutos de recuperación, se incorporó como recién agredida por un escorpión del Atlas.

—Hostia, tú, que no son cosas mías. Justo cuando terminábamos, disparaban fuegos artificiales en algún sitio —afirmó, dirigiéndose de un brinco hacia la ventana—. Eso es una señal de que acabamos de empezar algo bonito. Hasta el cielo lo celebra.

—Sí. Había una fiesta en Moratalaz, en el parque. Algo de la Politécnica, creo. Se escuchará desde aquí. Está al otro lado de la M-30.

»Si te digo la verdad, no sé ni lo que hemos hecho. Demasiado «colocón» para comprender nada. Solo puedo decirte que me encantas. No sé ni cómo ni de dónde saliste, pero... me alegro.

—Estoy helada, tío. Anda, líate un «peta». Cárgalo bien y nos lo echamos en la cama.

Abrazados bajo el edredón, me arranqué a decirle por vez primera «fuera de faena» que me parecía una mujer preciosa. La más atractiva, sin duda, de cuantas había conocido en mi existencia. A la luz de la calle que se filtraba por la ventana, levanté las sábanas para observarla de cerca y recorrerla entera con la mirada. Desprovista de su armadura de chica macarra, elegida quizá para ahuyentar los miedos que todos archivamos en algún rincón oculto de nuestra alma, sospecho que se sintió extraña. La percibí débil. Una niña pequeña de casi metro ochenta encerrada en alguna infantil historia macabra. Por razones que se me escapaban, se consideraba a salvo en los brazos de un vulgar funcionario que compaginaba el trabajo con los estudios de Derecho a distancia.

Cuando recuperó la compostura, me pidió que le diera la espalda y comenzó de nuevo la sesión de caricias. Primero el dorso, luego el pecho y el abdomen para detenerse con dulzura en los genitales. Yo no era capaz de determinar qué me causaba mayor excitación si el masaje corporal o los lametones con los que me inundaba el cuello de saliva.

—Cariño, solo nos hemos corrido una vez. Ha estado genial, pero tu chica se ha quedado con ganas.

Tras el susurro, me apretó con fuerza los testículos a la vez que mordía en

mi espalda. No se detuvo hasta que fui incapaz de contener un grito. Al volverme hacia ella, reclamando una causa para un comportamiento que se situaba en el difuso límite de la agresión, explicó en voz muy baja:

—Sufrimiento y placer forman parte indisoluble de una misma cosa. Como el yin y el yang, como Dios y el Diablo, como la muerte y la vida. Se justifican el uno con el otro y cada cual carece de sentido por sí mismo.

Me hallaba tan deseoso de poseernos de nuevo que evité insistir en lo desagradable de la experiencia. Esta vez se colocó a la inversa, a gatas sobre la cama. Ordenó que, mientras la amaba, obstruyera sus vías respiratorias con una de mis manos dejando la otra libre para golpearle las nalgas. Un mordisco serviría de advertencia. Debía entonces permitir que inspirara e iniciar de nuevo el proceso. Sin atreverme a satisfacer del todo sus deseos, la sensación me resultaba placentera. Un juego es un juego, pero mi reglamento de régimen interno no contemplaba la opción de causarle ningún daño. Muy próximos ya al orgasmo, apartó mi mano de su rostro en gesto un tanto violento mientras exigía a gritos mayor contundencia en el trato.

—¡Pégame, cabrón! ¡Pégame fuerte! ¡Pégame!

A juzgar por los resultados, debí mejorar bastante en la última fase. Entendí que la asfixia ejercía sobre Mer un singular poder afrodisíaco. No tardó ni la mitad que en el estreno y sin precisar de autoestimulación para alcanzar el clímax. Tras el acto, se rindió sin resistencia al sueño. Retomó su apariencia de nena indefensa y casi me sorprendió que no solicitase la narración de algún cuento infantil que la aproximara al descanso.

Fui incapaz de dormir ni siquiera unos minutos. Casi exhausto por el efecto combinado de la hierba y el esfuerzo, precisaba la vigilia para convencerme de que todo era cierto. Que no volvería a ocurrir como hace años en el colegio cuando, tras seducir de modo inexplicable a la belleza oficial de la clase, al día siguiente cualquier recuerdo del éxito parecía haberse fugado de la memoria. Las consecuencias de una excursión de fin de curso, de Granada, de determinados humos criados al sur del estrecho y de las diez o doce copas que debí injerir en un cutre garito del Sacromonte.

Menudo «flash», despertar en su habitación en plena resaca bajo inequívocos síntomas de que allí «habían fumado». Creo que fui el único del grupo sin conciencia exacta de lo sucedido. El desayuno se volvió una tortura

del Santo Oficio: burlas, puntadas con hilo, comentarios chismosos con segundas, terceras y hasta cuartas. Las típicas expresiones soeces que te ensanchan el ego cuando nacen de una fantasmada, pero que te hieren hondo si se corresponden literalmente con lo acontecido. Ni siquiera Estela creyó aquella amnesia narcótica. La tomó como un cumplido de caballero fruto del agradecimiento hacia la mujer que me inició en el arte de amar en pantalla grande.

De milagro no nos expulsaron a los dos del centro. La connivencia del profesor a cargo de la expedición —el de Sociales— nos libró del correctivo. Prefirió suponer que eran cosas de la edad y que allí no había pasado nada serio. Con lo supercatólico que decía ser el director, como para andarse con bromas en cuestiones «morales».

Era de público dominio. Aquel hombre con bigote que irrumpía en cualquier aula para soltar cuatro chorradas en inglés, su modo de justificar el supuesto bilingüismo del colegio, gastaba querida con piso puesto y abrigo de piel en temporada. Pero una cosa es el humano desahogo de las pasiones personales y otra consentir que las actividades patrocinadas por la institución se convirtieran en instrumento de lujuria y desenfreno.

Nos tuvimos que tragar, eso sí, una absurda terapia con el psicólogo de oficio. Un militar con inclinaciones golpistas y conocimientos de la especialidad lo bastante limitados como para que lo engañáramos sin demasiado esfuerzo. También ayudó el que ella caminara por los dieciocho largos, usara novio con derecho a cena navideña en casa de los padres y que yo acabara de cumplir los dieciséis. El generoso donativo de ambas familias al «Hampa» —o como se llamase la asociación de progenitores pelotas en aquel momento— terminó de resolver el asunto.

—Lo hiciste muy bien para ser la primera vez —confesó al despedirse al pie del autobús, ya de regreso.

Aunque después dispusiera de elementos de juicio para valorar tal afirmación como mera cortesía, la fatal alianza de hormonas y ego juvenil me invitaron entonces a darlo por bueno.

Tras cerrar COU con resultado dispar —la chica fue a septiembre en selectividad, yo ejercí de empollón y aprobé en junio con nota decente—, no volví a verla hasta transcurridos más de treinta años. Fue ella quien me reconoció entre la multitud en pleno furor navideño de la calle Preciados. Aquella niña arregladísima, preciosa en cualquier dirección y casi anoréxica del setenta y muchos se había transformado en una mujer ancha, deslustrada,

sin ningún atractivo especial dentro de una masa de seres que circulaban con prisa, como si de verdad caminaran hacia algún destino. Su rostro delataba las vueltas al sol. Su cuerpo, el inconfundible efecto de los antidepresivos. Cuando se identificó, invadió mi cabeza una de esas ideas que nacen contaminadas por el machismo infame que nos inculcaron de pequeños: «Bufff, de la que me libré». Me azotaría con solo recordarlo. Aunque todo permaneciese encerrado en mi interior, cómo podía tratar tan injustamente a la dama que me condujo en el rito de iniciación. ¿Acaso yo no me observaba ante el espejo?

Terminó divorciándose de su antiguo novio, convertido por el tiempo y el alcohol en un individuo imposible. Tomamos un par de cañas que me sirvieron para esconder las gafas de la estupidez en el baúl de lo que nos avergüenza de nosotros mismos. La miré de nuevo y entonces... la vi. Al despedirnos, nos fundimos en un abrazo cuya intensidad excedía de la natural entre dos antiguos compañeros de curso.

—Sigues siendo la más guapa de la clase y yo, pese al empeño que puse, continúo sin acordarme de nada.

—Anda, no seas bobo. Ya no tenemos «diecitantos» —comentó en un tono que interpreté como dos tercios de complacencia y el resto de falso rubor—. Me alegra haber coincidido. Estuve en una charla que diste en la UNED. Quería saludarte, pero con tanta gente a tu alrededor no me pareció adecuado. También compré tu último libro. A ver si quedamos y me lo dedicas. Siempre supe que te acabarías convirtiendo en alguien importante.

Comprendí lo mal que debía haberle tratado la vida al usar ese adjetivo — importante— para referirse a mí, una perfecta radiografía del fracaso. Intercambiamos los teléfonos y, cuando cada uno reemprendíamos nuestro personal viaje a ninguna parte, se giró para regalarme una sonrisa que me devolvió a la chica más deseada de la clase de COU.

—Yo me acuerdo de todo, aunque ahora seas tú quien no quiera creerlo.

No volvimos a encontrarnos. Creo que los dos, con buen criterio, preferimos la memoria de lo que nunca fuimos al triste presente en que nos habíamos convertido.

Ya por la mañana, comprobé la diferencia entre despertar y levantarse. También que a veces, sin recurrir al sonambulismo de la infancia, resultaba

posible lo segundo sin lo primero. Mer seguía tendida sobre la cama ocupando el ochenta por ciento del colchón disponible. Toda una profecía de lo que se avecinaba. Puedo certificar su egoísmo radical a la hora del sueño, pero resultaría falaz afirmar que me engañó. Como pude —mal—, me incorporé y tomé el teléfono. Entre la impresión, la incredulidad por lo sucedido y las consecuencias de todo lo tóxico que la noche anterior metí en el cuerpo, costaba hasta lo rutinario. Lo primero, llamar al trabajo e inventar alguna mentira que me excusara. Apenas podía moverme y tampoco parecía adecuado despertarla. Mucho menos dejarla allí sola. Ignoraba el modo correcto de comportarme. Ni por edad ni por circunstancias, poseía la menor experiencia en el asunto. Una cosa era ligarte a una chica común e invitarla a casa un domingo por la tarde, y otra coincidir con una mujer de calendario y que se meta en tu cama por las buenas en el tránsito entre un lunes y un martes.

—Yuli, tía. Cuéntale algo al jefe. Dile que me bajó la regla o que me caí por un puente. Lo que se te ocurra. Anoche salí, quizá me pasé un poco y hoy no puedo ni con las orejas.

—Nada, tranquilo. Te apunto otra gripe. Media Dirección General anda de baja. Lo mismo te encontraste alguno. Te dejo, tengo al monstruo merodeante. Feliz resaca.

Julieta era mucho más que una simple compañera de oficio. Por nuestro carácter autodidacta, fuimos de los pocos que acudimos solos a la oposición sin la capa protectora de algún grupo con el que previamente habíamos coincidido en la academia de turno. Además, por similitud en el primer apellido, terminamos sentándonos juntos en los últimos exámenes cuando «la mala fortuna» y el «solo aprueban los enchufados» redujeron los aspirantes a quienes de veras teníamos el estudio por costumbre. También coincidíamos en que, por nuestra condición de hijos de funcionarios, pudimos presentarnos sin los dieciocho cumplidos. Una de las múltiples prebendas de esa clase privilegiada aún supervivientes de «los cuarenta años de paz». No obtuvimos mal número y logramos destino en dos de las pocas plazas disponibles en los servicios centrales. Ella, en el departamento de personal, una bendición para los amigos. Yo, en el de control presupuestario.

El empleo siempre me pareció horrible, pero cumplía su función. Por un lado, escapar de Toledo, de los continuos conflictos con mi padre y del recuerdo obsesivo de la reciente muerte de la abuela; el ser con el que había convivido desde el nacimiento y el único paraguas que podía abrir con la

certeza de que siempre se extendería lo suficiente para cubrirme de la lluvia por intensa que quisiera mostrarse. Por otro, ganar un dinero con el que costear los estudios sin nada que agradecer a nadie y que también me permitiera seguir escribiendo, comprar una cámara medio decente e intentar abrirme paso en la capital entre el complejo mundo del arte.

Mi progenitor y yo nunca llegamos a comprendernos. Nacimos con genética tan opuesta que lo que él veía de un blanco inmaculado, mi cerebro lo interpretaba como negro intenso. Siempre lo supuse consecuencia de su niñez en el último reducto republicano durante la guerra, del lavado de cerebro de los ganadores hacia los descendientes del bando contrario y de la necesidad familiar de demostrar sus profundas raíces cristiano-falangistas viniendo desde el otro lado. En su definición incluiría términos como sumiso, pedante, conservador, inteligente, rutinario, miedoso, intrínsecamente bueno, sectario, partidista... Con el don de convencer a los próximos de que nació objetivo y además un transgresor nato. Me dañaban en especial su capacidad para transformar el tópico en ciencia y la absurda devoción hacia las tradiciones por ridículas que quisieran mostrarse. Mientras yo precisaba de motivos convincentes para obedecer, él los reclamaba para no hacerlo.

Desde la cuna creo que ya apuntaba maneras. Supongo que, como a cualquier niño, me venció el efecto imitación. Salvo la madre de la madre, todos gratificaban mis conductas cuando copiaba sus gestos, sus gustos, sus frases. Qué mal llevó el pobre el tránsito hacia la adolescencia cuando empecé a desarrollar mi propio criterio con tan pésima fortuna que resultó exactamente el opuesto al suyo. Desde fuera aparentaba quererme con locura, pero el objeto directo de ese sentimiento no era yo, sino los trozos de él que adivinaba en su único hijo. Cuánto habré echado de menos el apoyo incondicional en decisiones contrarias a su parecer. Exactamente lo que siempre había recibido de la abuela. La relación se tornó imposible. Nos amábamos el uno al otro tanto como odiábamos lo que cada cual representaba.

A la madre siempre la consideré inocente. Una pobre mujer que, por mujer, ni siquiera conoció el colegio; entre los hermanos y el marido la convencieron de que sus únicas virtudes eran las de sublimar el trabajo doméstico y la adoración al macho dominante. Se limitaba a aplaudir a mi padre, a repetir sus consignas como si le resultaran propias y a mirarlo cual estudiante temerosa en espera de calificación. Él usaba la opinión materna para reafirmarse, para transformar en realidad sus ficciones y para

transmitirme que ellos ganaban por dos a uno en el marcador. Pura democracia.

Tras consumir de seguido varios cigarrillos, me sometí a un tratamiento combinado de ducha y café. Ni por esas me despejaba. Mer se levantó desnuda, como si tal cosa, caminando de puntillas en un gesto que recordaba a los pingüinos de los documentales. La luz de la mañana me permitió al fin apreciar sus colores: una preciosidad pelirroja, de ojos azules, con ese número exacto de pecas que decoran la piel sin afear el conjunto.

—Hola, cariño, buenos días. Vete preparando un «peta», anda. Voy a lavarme que estoy de semen hasta el coño, nunca mejor dicho.

Al girarse hacia el baño, me fijé en el tatuaje que adornaba la zona más baja de su espalda. Una estrella asimétrica de cinco puntas encerrada en un círculo, flanqueada a la izquierda por una ‘b’ mayúscula y a la derecha por una ‘r’ de igual grafía.

—Precioso culo y precioso tatuaje ¿Qué significa?

—Me alegra que te gusten. El culo significa que estoy muy buena; el dibujo es el símbolo de las Brigadas Rojas. Mi madre es italiana, sabes.

Lo expresó con tanta naturalidad, con tal certeza de la correlación causa-efecto, que cualquier oyente imparcial hubiera supuesto simpatizantes de aquella organización a todos los oriundos de la península itálica.

Durante el desayuno descubrí el alcance preciso del término vegano. No se trataba de un simple régimen alimenticio, una extravagancia de pijos raros; más allá de ingerir en exclusiva productos de origen vegetal, respondía a la filosofía de no causar daño a los otros animales. No comerlos, no torturarlos, no participar de modo alguno en su tormento al exclusivo servicio del ser humano. También verifiqué lo que ya suponía: Mer procedía de familia adinerada. Lo bastante como para disfrutar de palacete en un ático del barrio de Salamanca justo al lado del colegio del Pilar. Quizá por mis antecedentes, no me chocó que con esa crianza se proclamara cercana al movimiento punk y profesara ideas abiertamente libertarias. Se despidió con un beso y con una frase que me provocó un sentimiento, entre el miedo y la ilusión, infrecuente en mí hasta la noche antes.

—Cariño. Voy a casa a cambiarme; luego al estudio. Esto lo tienes hecho un desastre. Veo, además, que en el baño hay cosas de chica. Dile que se las

lleve, recoge un poco y haz hueco para las mías. Déjame unas llaves por si sales. Esta tarde vendré con lo imprescindible cuando acabe el curro. Ya en los próximos días iré trayendo el resto poco a poco.

Quedé tan perplejo que casi no acierto a devolver el universal signo de ternura. Entre el cansancio y lo inesperado de la afirmación, no terminaba de comprender muy bien si aquello, todo, era real o aún me hallaba bajo los efectos de alguna sustancia consumida durante la víspera.

Recuperada la soledad, continuaba sin entender lo acontecido. Ayer yo era un chaval que celebraba el cumpleaños de un amigo en un local de moda. Que se pasó, quizá, con ciertos humos y que tomó unas cuantas copas de más. Hoy, sin hacer nada diferente a dejarme conducir por un hallazgo fortuito, por lo visto vivía en pareja con una mujer que parecía escapada de una versión contemporánea de *Las mil y una noches* y de la que ni siquiera conocía el apellido. Mi padre hubiera supuesto que esa chica era una zorra roja, perteneciente a una banda de narcotraficantes, cuyo único fin pasaría por conducirme al mal o robar mi casa, raptarme y solicitar a la familia algún rescate. Parecía como si él estuviera allí, soltando el mitin con el asentimiento de la madre. Y yo escuchando a la espera de los aplausos; diciéndole que sí para poner en práctica lo contrario a lo sugerido tan pronto como los militantes abandonaran el recinto. Me sentí reconfortado al comprender que mis limitaciones para pronunciar el vocablo no le hubieran sacado de quicio. Por buscar el lado favorable, al menos el insomnio me concedió el descanso de ese sueño tan obsesivo que me perseguía desde la infancia casi a diario.

Nunca llegué a distinguir del todo si la reiteración se correspondía con la realidad o con un personaje más de aquella historia recurrente; en mi recuerdo quedó grabada la idea de que se repetía varias veces en una misma noche. Caminaba tranquilo por una especie de desierto. Mucha arena, algo de viento y una luz deslumbrante, incompatible con la fotofobia que ya desde mis primeros años se postulaba como inseparable compañera de viaje. El aire, dentro del blanco y negro habitual en este tipo de episodios, se mostraba de un gris tan intenso que mi cerebro lo traducía de inmediato al tono magenta. Sin saber explicar cómo, las moléculas de oxígeno se distinguían a simple vista. Pese a lo solitario del paisaje, no me transmitía síntoma alguno de inquietud.

Todo cambiaba de repente. El cielo se cubría con un raro espectáculo que años más tarde creí identificar como una aurora boreal. Auroras en pleno Sahara, eso sí que era un buen sueño. Sobre todo para un crío que ni siquiera conocía la existencia de las primeras. Tras la tormenta de polvo levantada al paso del fenómeno, atisbaba en el horizonte algo parecido a un ejército. Sin mostrar signos aparentes de agresividad, me provocaban cierto desasosiego. Circulaban

en perfecta formación, uniformados y con un rostro tan borroso que impedía distinguir sus facciones. Todos se advertían iguales, absolutamente idénticos.

Con el primer sobresalto, un terror incontrolable se apoderaba de mi cuerpo. Comenzaba a correr sin rumbo, sin avanzar. Pese a todos los esfuerzos, las piernas permanecían ancladas al mismo punto del terreno. De golpe, como si algo sobrenatural hubiera acudido en mi rescate, me veía inmerso en un angosto agujero dotado de una peculiar flexibilidad: extendía sus paredes a medida que yo avanzaba en cualquier dirección, manteniendo constante la distancia que me separaba de ellas. Poco a poco recuperaba la serenidad y reconocía aquel espacio en densa penumbra como un hogar seguro. Decenas de gatos, todos negros, me acompañaban. Ni un mal punto iluminado ni una torpe puerta o cualquier otro dispositivo que comunicara con el resto del universo. Me sentía a salvo.

Al rato descubría un minúsculo orificio por el que podía observar el exterior al modo del periscopio de un submarino. Qué privilegio, contemplarlo todo sin peligro y sin nadie en el entorno que me exigiera una conducta determinada. Los felinos me acariciaban por turnos. Se restregaban contra las piernas y me lamían las orejas. También otras zonas que no es necesario describir con precisión. Un gesto inequívoco de que me reconocían uno de los suyos. Yo les correspondía en lo referente al aparato auditivo, pero omitía el resto. Hasta en sueños me confieso humano y me parecía una marranada eso de chupar culos de gato. Aparte de los peludos, allí habitaba alguien más. Otro ser sin rostro que nunca se expresaba. Sin razón conocida, aportaba la calma justa para sentirme en paz.

Me despertaba al observar por aquella extraña mirilla una bota enorme que ennegrecía la visión. Tras el pisotón, pegaba un par de vueltas en la cama y hacía lo común en cualquier ejemplar de *Homo sapiens* cuando se levanta a media noche. A juzgar por el rapapolvo familiar del día siguiente, no debía

andar muy fino de puntería. Los mayores lo achacaban al sonambulismo que, según ellos, padecía desde el nacimiento. Al principio me molestaba que nadie reconociera mi estado de plena consciencia. No me creía ni la abuela, la única en el entorno que no interpretaba mis dolores de cabeza como una estrategia para reclamar la atención. Luego descubrí que hasta en aquella hiriente incredulidad, podía hallar algo positivo. Qué placer infringir las normas que obligaban a mearse dentro sin la incomodidad de que alguien me encontrase responsable de semejante vileza. Una infantil venganza personal: dudáis de mí, me obligáis a lo que aborrezco, pero pagareis limpiando mis orines. Algo que, en otros ámbitos y en sentido estrictamente metafórico, continué practicando incluso en la madurez. Después volvía a dormirme y otra vez a me confinaba en el sueño.

El episodio me persiguió durante buena parte de la vida. Invariable, lento y con tal percepción de realidad que aún recuerdo el exquisito olor a tierra mojada inundando el interior de aquel búnker secreto. Del rito suprimí el asunto de la micción cuando comencé a ser el responsable de desinfectar los baños. Ni siquiera yo era lo bastante estúpido como para vengarme de mí mismo.

Aunque supongo que un psicoanalista escribiría una tesis interpretándolo, no alcanzaba a comprender el significado de un sueño tan obsesivo. Tampoco, pese a la angustia con la que concluía, podía calificarlo en rigor como pesadilla. Jamás he percibido mayor sensación de placidez que al resguardo de aquel refugio subterráneo.

Pronto aprendí a practicarlo despierto. Lo buscaba con ansia en todo momento: cuando me aburría como un salmón en el colegio, cuando me obligaban a jugar en compañía de aquellos cargantes vecinos porque pertenecían a buena familia o cuando la Policía del Pensamiento descubría, bajo el cuaderno en el que alargaba hasta el infinito unos deberes escolares que en sí no debían cobrarse más de cinco minutos, mis primeros manuscritos infantiles o los recortes de prensa con las geniales partidas de Bobby Fischer.

Dediqué la jornada a la obediencia. Con la exactitud de un reloj atómico, cumplí cada una de las instrucciones impartidas por Mer antes de su marcha. Igual mi padre se hallaba en lo cierto y yo había nacido con una infrecuente capacidad intelectual, pero me resultaba imposible decidir, desarrollar algo

por mí mismo, sin la presencia de un líder que ordenara hacia el buen camino la potencia bruta contenida en mi cerebro. O quizá todo se debía a una causa mucho más primaria: para una vez que la fortuna se decidía a regalarme un premio, no era cuestión de echarse atrás. Recogí el apartamento, lavé los platos, la ropa, hice hueco para sus pertenencias en los armarios y hasta pasé ese aspirador de marca regalo de la madre que, por evidente falta de práctica, me condujo hasta el manual del usuario para recordar un poco como funcionaba. Me centré tanto en las labores de mantenimiento que convertí la comida en simulacro.

Tras escuchar a Mer sus teorías sobre veganismo, me sentía culpable por transformar en almuerzo aquel pobre rape. No dejaba de imaginarlo arrastrándose feliz bajo la arena de cualquier playa mediterránea en compañía de su «rapa» e incluso de sus hijos. Después caí en que ni siquiera conocía su sexo. Temí lo peor: haber pasado por la plancha a una madre en pleno periodo de crianza. Fui incapaz de pegarle tres mordiscos. También colaboró la tozudez con que se empecinaba en sonar el teléfono. No faltó ni uso solo de los amigos en su llamada para interesarse por cómo me había ido con la chica de anoche. Preferí defraudarlos, transmitirles que no pasó nada. Solo salimos del bar, tomamos unas copas y cada cual a su casa. No apetecía relatar la verdad; nunca la hubieran creído. Otra constante de mi historia personal.

Comencé a pensar en algún plan para, en el supuesto de que el asunto se concretara, explicarles el tránsito desde aquella loca velada de fiesta hasta la previsible situación que se intuía. No terminaba de hallar una fórmula convincente. Tampoco me preocupaba. Poseía cierta habilidad para regalar a los hechos la interpretación más conveniente a mis intereses. La perversa imaginación del aspirante a mal novelista, supongo.

Lo más doloroso fue transmitir a Marisi que de amor eterno nada, que lo nuestro concluyó sin empezar y que no me sentía preparado para afrontar a mis años una relación amorosa como la que empezaba a descubrirse entre nosotros.

Vaya trago. En otro punto de la vida, más maduro, lo mismo me habría atrevido a decirle: «Mira, tía, que he conocido una mujer escapada de una peli porno y, aunque me confieso “acojonao”, nunca aprendí a jugar con dos barajas. Me resulta más sencillo decirte no a ti que a ella, eso es todo».

Aquella chica me parecía la perfecta imbécil. Entre un físico potente y mis complejos en cuanto a poder aspirar a algo más que un par de pechos

envueltos en tópicos me convencieron para comenzar el cortejo. Se situaba en la Nueva Zelanda de mi forma de mirar el mundo. Hija de un ganadero de reses bravas, con finca extremeña y tendido bajo de sombra en las Ventas, representaba las más estricta tradición nacional. Unas veces parecía fugada del algún episodio del Quijote; otras, una caricatura del mejor Quevedo. Su conversación se construía sobre la continua repetición de los más dañinos vicios carpetovetónicos. Taurina, por supuesto. Facha, como solo ella. De pulsera rojigualda y lamento profundo de que en el reducido espacio de una muñeca media como la suya, no cupiera el pajarraco con forma de águila tan expresivo de sus aspiraciones últimas. Del Madrid, también; aunque en esto la entendí siempre más abierta a negociación. Lo que se dice una chica decente, religiosa, de clase alta. Lo bastante atractiva en lo superficial y liberada con moderación de escrúpulos sexuales como para compensar en parte sus carencias. Aunque cueste hablar de las personas en términos de utilidad, representó el eslabón perdido entre el crío de derechas que imitaba a papá en la profunda Castilla toledana y el joven sin etiqueta en que empezaba a convertirme.

Vaya mala suerte. Con lo poco que me agradaban los aviones, tuvo que ser Marga la que se acomodase a nuestra derecha. Lo suyo era claustrofobia contagiosa; lo mío, pánico fundado. Como Mer se encargó de recordar durante buena parte del trayecto hasta Londres, mi estreno en las alturas a poco termina en tragedia. Íbamos a Madeira en una especie de consagración romántica del idilio aprovechando un reportaje fotográfico que le encargaron. Al llegar a Funchal, un aeropuerto poco acogedor para debutar en el aterrizaje, el aparato debió sufrir algún problema en los frenos y terminó deteniéndose de milagro en el corto espacio de tierra bruta que separaba la pista del acantilado. Unos metros más y nos despeñamos hasta el océano. Pasado el susto, la salida se volvió cómica. Por lo irregular del último tramo de «pavimento», costó recuperar el equipaje de mano entre la masa de bolsos esparcidos en la cabina. Después, tuvimos que bajar por esa especie de tobogán en que se convierte la puerta de emergencia ante el imposible de que la escalerilla pudiera acceder a la zona. Menudo estreno, con bomberos y ambulancias aparcados en los flancos. Casi no me acuerdo de la isla. Para desesperación de mi acompañante, consumí la semana aterrado por la idea del

regreso en uno de aquellos chismes de hélice.

Marga y yo debíamos transmitir tan pésimo aspecto que hasta una de las auxiliares, y mira que debían estar acostumbradas, se acercó para interesarse por nuestro estado. Ella se especializó en identificar posibles secuestros. Yo, insalvables daños en el fuselaje.

—¿Todo bien, chicos?

—Sí, sí. Es solo que están «cagaos» de miedo —respondió Mer, arrogándose un poder general para pleitos que nadie había otorgado ante notario.

En los asientos traseros nos correspondió una de esas parejas formadas por varón maduro y hembra elegante. La última bastante más joven y con la vocación de permanecer en éxtasis ante el derroche de conocimientos de su hombre. El tipo debía ser o ingeniero aeronáutico o gilipollas, sin que resulte descartable la confluencia de ambos rasgos. Con el tono de voz característico de la península ibérica, no creo que quedase un solo pasajero bajo la ignorancia de que el modelo en que viajábamos se llamaba Caravelle y, aunque antiguo y probablemente con demasiadas horas de vuelo, por lo visto se mostraba segurísimo. Según explicaba, en caso de que los motores sufrieran algún percance, su capacidad para planear brindaba al pasaje ciertas posibilidades de éxito. Muchas más que en aeronaves de mayor tamaño. Justo lo que necesitábamos: la ratificación técnica de que nuestro avión era un cascajo y alguien que nos descubriera la única tipología de accidente que aún no habíamos contemplado en el imaginario. Quizá por las nulas expectativas sobre el más allá, no siento temor hacia la muerte, pero sí al sufrimiento con que pueda presentarse. Cada vez que por megafonía el piloto anunciaba la altura o la velocidad con la que surcábamos el cielo, me aterraba la idea del rato que nos esperaba hasta estrellarnos contra la superficie terrestre. Nunca he padecido un trayecto en entorno menos acogedor para un paciente confeso de aerofobia.

Quizá por aquello de que toda situación por horrible que se presente siempre parece guardarse algo, al llegar a Gatwick nos perdieron la maleta. Cincuenta minutos de inútil espera adorando una cinta transportadora que al final decidió abstenerse. Me sentí ridículo al presentar la reclamación. Decenas de bolsos dibujados en un formulario y ninguno siquiera parecido al nuestro. Lo del inglés no constituía un problema, los dos nos manejábamos,

pero me sentía absurdamente indefenso como cuando en el colegio rellenábamos aquellos test de inteligencia de desconocidas repercusiones académicas. Metidos en metáforas estudiantiles, lo de la aduana se convirtió en el sexto y reválida que sembraba el terror entre los alumnos anteriores a la EGB de Villar Palasí. Pese a conocerlo de otras visitas, me sentó mal la discriminación que destilaba. Por una entrada británicos, los del Mercado Común —aún no existía, felizmente, la Unión Europea— y el resto de siervos de Su Graciosa Majestad bajo bandera de la Commonwealth. Por otra, los parias de la Tierra: españoles, sudamericanos y africanos procedentes de las excolonias francesas. Entre el diazepam consumido para sobrellevar el vuelo y el enfado por el extravío del equipaje, mi rostro debió adquirir las inequívocas facciones del sospechoso. El único de la expedición al que sometieron a cacheo exhaustivo. Qué interrogatorio más estúpido. Mientras atendía las preguntas de los agentes, me inundaba de curiosidad por conocer si alguien, alguna vez, había respondido en modo afirmativo a cuestiones como ¿transportas drogas? o ¿piensas permanecer ilegalmente en Gran Bretaña a la conclusión de tu viaje turístico?

Ya en el hotel, un establecimiento viejo pero coqueto, Mer adquirió conciencia de las incomodidades causadas por el asunto de la pérdida.

—¡Me cago en la hostia y en la puta madre que parió a la maleta! ¡Vaya sitio de mierda en que nos hemos metido!

Pronunció estas palabras a gritos desde el baño. En un gesto instintivo, tomó un vaso y lo lanzó encolerizada hacia la pared que se encontraba a mi espalda. La limpieza, cierto, no parecía el fuerte del lugar. A simple vista, se distinguían sobre la moqueta pequeños restos de comida abandonados a su suerte por los anteriores inquilinos o por el mismo personal de mantenimiento. En la colcha, de un rojo desquiciante más adecuado para un prostíbulo de carretera que para un vetusto alojamiento británico, se identificaban también algunos cabellos. Por ese precio, en Londres, tampoco parecía razonable esperar los lujos de un cinco estrellas. Me acordé de la teoría de mi padre sobre aquellos «sitios limpios» en los que gustaba de alojarse y que yo traducía de inmediato como una pensión cutre llena de mierda. Solo adquirió noción de su desmedido comportamiento cuando contempló los cristales esparcidos por toda la estancia. El silencio se adueñó de mi alma durante algunos segundos. Conocedor de sus dificultades para controlar la ira, tampoco quería empeorar la escena y, además, también me hallaba contrariado por la situación.

—Tía, se te ha ido un poco la pinza, ¿no?

Retrocedió hasta la niñez para tumbarse en la cama boca abajo, llorando sin consuelo posible bajo el moldeable abrazo de la almohada.

—Mer, cielo, te has cortado el pie. Voy a recepción a ver si me prestan algo para curarte.

—No te vayas, bonito; lo siento mucho. Te juro que no volveré a hacerlo. Por favor, no me dejes sola. No me abandones, tío, tú no.

Otra cruel repetición del mismo cortometraje con el pánico a la soledad como protagonista de la historia. Qué impotencia, la de desconocer el modo de extirpar aquel temor que ni se me había cruzado por la cabeza.

A la mañana siguiente, comprobé el elevado coste de la congruencia. Si, según la opinión generalizada, las habitaciones dejaban bastante que desear; el bufé del hotel parecía formar parte de una campaña internacional contra la desnutrición: huevos, panceta ahumada, embutidos, yogures, bollería y todo un álbum de provocativos alimentos de origen animal. Por convicción, un poco también por ese vicio propio de mimetizarme en los próximos, había asumido con cierto entusiasmo la dieta vegetariana impuesta por Mer. A mi estilo, eso sí. En la clandestinidad, caían de vez en cuando la anchoa con tomate o el pincho de tortilla que sirven en los bares como pareja de hecho de la bebida. En casa, ni pensarlo. No me apetecía declarar un conflicto bélico por razón tan poco destacable.

Mientras el resto casi enferman a base de grasas, nosotros nos conformamos con un café horrible, un zumo de bote y un par de tostadas. En plenas labores de reconocimiento a las provisiones, Julieta se aproximó hasta una de las máquinas dispensadoras en inequívoco gesto de pretender entablar un diálogo privado.

—Tú en el curro no te pones tan «estupendo» con el asunto de la comida —manifestó en tono de confianza.

Ante mi habitual desinterés hacia los comentarios que no me agradan, continuó con un sermón que entendí muy adecuado para una homilía de Domingo de Ramos.

—Todos, todo el hotel, escuchamos lo de anoche. Desconozco exactamente lo sucedido y tampoco te voy a pedir que me lo cuentes. Solo espero que sepas dónde te estás metiendo. No dudo que tu chica

sea una monada, tenga un coco prodigioso y vaya para genio de la fotografía, del diseño o de no sé cuántas historias más. Seguro que hasta es la hostia en la cama. Pero algunas de las cosas que oigo o que veo no me gustan nada, tío. Tú mismo.

—Tampoco tú eres perfecta, Yuli. Gracias por la opinión; no creo precisarla. Anoche no pasó nada. Estábamos un poco alterados por el rollo de la maleta y se cayó un vaso, no más. Cada cual reacciona a su manera. No conozco a nadie simpático cuando se enfada. De verdad que te agradezco el interés, somos colegas. Aunque antes de juzgar a nadie, procura caminar un rato con su calzado.

Tras el desayuno y la correspondiente llamada al aeropuerto en baldío intento por recuperar el equipaje, lo primero era conseguir algo de ropa. No íbamos a pasar una semana sin muda. Mi caso resultaba mucho más sencillo. Antonio casi cuadraba en mi talla con un poco de buena voluntad. Algo más bajo y bastante más fuerte, me apañaba. El de Mer presentaba peor diagnóstico. Ninguna de las chicas alcanzaba ni de lejos su estatura ni mucho menos su delgadez extrema. Preguntamos en recepción por algunos lugares en los que proveernos e invertimos el orden natural de la visita. Primero las compras, solos; no era cuestión de fastidiarle a nadie el viaje por un problema que nos pertenecía. Luego el ocio y la cultura, ya reintegrados a la manada después del almuerzo. En nuestro peregrinar por las tiendas del centro de la City, ninguno hicimos mención al incidente de la noche anterior, pero... allí estaba, en medio de los dos, como un invisible muro de hormigón que nos distanciaba. Creo que ambos nos vimos infectados por el mismo mal: el miedo a revisar unos segundos que deseábamos no hubieran existido. No cesaba de mirarme en lo que yo interpretaba una continua evaluación de mis gestos. Al salir de uno de los comercios, al fin se decidió. Aparcó las bolsas en el suelo, tiró de mi solapa y me amarró por el cuello para propinarme uno de esos besos con los concluían las películas de antes. Lo interpreté como un modo de reiterar el perdón ya solicitado tras su ataque de ira incontenida o, tal vez, de demostrar que era ella quien había disculpado algo que yo desconocía. Ni siquiera los comentarios de un par de indígenas que abandonaban la tienda lograron interrumpir aquella ceremonia de reconciliación. No es difícil suponer lo que sucedió al regresar al hotel para reencontrarnos con el resto y colocar en nuestros cuerpos las prendas recién adquiridas.

Ya de noche, en el Soho, lo primero fue pillar un poco de hierba. Menudos

precios. Cómo para quejarnos de regreso al estafador de San Blas que en Madrid nos servía de intendencia. Después, ronda de clubs hasta localizar el nuevo templo neorromántico tras el cierre del mítico Blitz de Covent Garden. Aquí ya no hallaríamos a Steve Strange —cantante de Visage y principal promotor del local— ejerciendo de portero, siempre atento a que al recinto no accediera nadie que no diera «la imagen». Se cuenta que incluso llegó a negar la entrada al mismísimo Mick Jagger, porque en un lugar sagrado no quedaba espacio para los *rocker*. Tampoco a los Spandau Ballet de sus inicios *synthpop* cuando ejercían de banda residente. Pero nos valía para entrar en materia de cara al próximo concierto de Roxy Music sobre el que se construía la excusa de la expedición.

Julieta se espesó con la banda de Gary Kemp. Nos narró verdades y mentiras. Desde sus principios bajo el nombre de The Makers hasta el éxito de masas, al abandonar la asfixiante etiqueta *new wave* y abrazar definitivamente el soul de calidad, lo suyo. Pasada de alcohol se volvió reiterativa. Tres veces nos descubrió el origen de la razón social del grupo. Spandau venía de un distrito de Berlín, célebre por albergar entre sus muros el presidio en que cumplieron condena los dirigentes nazis que sobrevivieron a la última gran guerra. Lo de Ballet constituía una cruel metáfora sobre el movimiento de los cuerpos de los condenados en plena ejecución por ahorcamiento. Sin alcanzar tanta pasión, a nosotros no nos disgustaban.

Se percibía el peso de la historia con solo contemplar su silueta desde Camden Town. Desprendía ese aroma que distingue lo antiguo de lo viejo y que permite definir el término clásico más allá de la dictadura de la semántica. De uno de los habituales trípticos que se distribuían como propaganda turística, conocíamos que se inauguró allá por 1900 coincidiendo con la celebración del *Boxing Day*. Una fiesta británica que en el día siguiente al de Navidad impulsa las donaciones en beneficio de los elegidos por el infortunio. Primero ejerció de teatro, más tarde como cine. Tras la guerra fue adquirido por la BBC para fijar la sede de su centro dramático oficial. Ya en los setenta, se volvió célebre al convertirse en templo del punk bajo la nueva marca de The Music Machine hasta constituirse en escenario de la célebre película homónima. Entre sus paredes se vivieron algunos de los mejores momentos de gentes como The Clash o The Dickies. El signo de

unos tiempos difíciles en los que la etiqueta antitodo envolvió el desencanto de la juventud más rebelde. Poco antes de nuestra visita, otro cambio de nombre. Ahora se conocía como Camden Palace al lugar que, con la típica organización inglesa, albergaba los martes a lo más destacado del rock de las islas y en la noche de los viernes sesiones de una incipiente electrónica que los años se encargaron de convertir en míticas.

Habituados a las interminables colas tan propias de la península, nos sorprendió la prontitud con que accedimos al recinto. Todo orden y todo respeto hacia unos clientes que en España se acostumbraba a tratar como a simples números. También la puntualidad con la que comenzó el espectáculo. A las nueve menos cuarto, ni un minuto más, ya teníamos a Roxy Music sobre las tablas y a Brian Ferry, el mito, recitando lo esencial (*The Main Thing*):

*Mira mi mano,
hay un alma encendida.
Tú puedes elevarla aún más,
lo esencial.
Todo el mundo sabe
cuando algo bueno se ha ido.
Tú puedes encenderme de verdad,
lo esencial.
Pasas por aquí,
con tus palabras de arena,
casi puedo entender
lo esencial.*

A juzgar por los gestos afectivos que intercambiamos, tanto Mer como yo sentimos que el genio de Sunderland interpretaba esos versos para nosotros en una especie de recital privado, ajenos a un entorno que parecía rendirse al talento elegante que inundaba el escenario. Uno de esos trozos de tiempo en los que el mundo se empeña en demostrarnos cómo debió vivir el ser humano cuando habitaba el Edén. El concierto alcanzó el clímax tras más de una hora de notas musicales coreadas por los asistentes. Sonó *Avalon*, el *hit* del momento, seguido por aquel *My Only Love* que asumió el rol de banda sonora de nuestra relación. Fue escuchar los primeros acordes y fundirnos en

un abrazo desde el que nos devoramos sin importar el contexto. La cantamos íntegra, el uno al otro, en lo que los años descubrieron un maldito ejercicio de futurología.

*A veces me pregunto
más de lo que las palabras pueden decir.
El cielo sabe que es bastante difícil rezar.
Déjame decirte algo: hay un cambio en mí.
Incluso ahora que te has ido, siempre estarás.
Mi único amor
¿Parece tan divertido que un tonto llore?
¿Sabes el significado de la despedida?
Hay un río que fluye entre los sauces.
Cuando necesites conocerlo, acuérdate de mí.
Mi único amor.
Déjame decirte algo
más de lo que las palabras pueden decir.
Pero son todo lo que tengo, no hay otra manera.
Hay un río que fluye entre los sauces.
Cuando te encuentres allí, acuérdate de mí.
Mi único amor.*

Tras los besos, abandonamos el recinto con idéntico orden con el que accedimos. Por el largo pasillo que conducía hasta el *hall*, las bromas en recuerdo de aquella cerveza de barril que un par de jornadas antes nos habían dejado a medio vaso porque ya eran las dos. Y a esa hora, exactamente a esa, se dejaba de servir alcohol. Según Mer, en hiriente reivindicación de la orgullosa, común e irrenunciable francofilia: «Cosas de los bárbaros del norte».

Para nuestro universo compartido, Francia era la tierra de la cultura, de la guillotina a quien la merece, de la revolución inesperada, de la acogida, de la resistencia a todo aquello a lo que vale la pena resistirse. Bajo el éxtasis de haber degustado *in situ* los sonidos que tanto nos unían, rechazamos la oferta de continuar la noche con la habitual sucesión de esas últimas copas que vuelven interminable el ansiado retorno al punto de partida. Víctimas del alcohol, «la última» siempre resulta la de las palabras que sobran, la de los sentimientos encontrados, la de las broncas, la de aquello que nunca debimos

hacer o expresar, quizá por miedo a la soledad, cuando es ella la única que espera nuestro regreso. Sin palabras, como se dice todo lo que de verdad importa, nos habíamos transmitido mutuamente el deseo de no resistirnos al deseo.

Ya en el hotel, con el equipaje recuperado desde la misma mañana del concierto, Mer convirtió en certeza las afortunadas palabras de Anais Nin: «No vemos las cosas como son, vemos las cosas como somos nosotros». O como estamos. La despreciada ambigüedad de la lengua inglesa añade en este caso un nuevo encanto a la frase. Lo que días atrás consideraba una habitación «de mierda» en un sitio horroroso, parecía conceptuarlo ahora como la más excelsa suite del Ritz. La magia del *art-rock*, de los mitos y de la pasión incontenible que había nacido al cobijo de la elegante belleza de Roxy Music.

El propósito inicial pasaba por aprovechar las generosas dimensiones de la bañera —algo bueno debía tener aquel lugar— para sumergirnos en el erotismo a base de agua y sales. Nos venció el apetito. La compañera ya me había sugerido retirarnos a los aseos para disfrutar de nuestros cuerpos en pleno concierto. En parte por higiene y sobre todo por el pudor a que pudieran pillarnos en tierra extraña bajo esa tesitura, lo rechacé a mi modo: el «si-no-bueno-pues-por-eso» con el que solía expresar en toda mi timidez una negativa. Tampoco éramos nuevos. Más de una vez habíamos «probado» los servicios de Rockola. Pero Camden, Inglaterra y mis miedos merecían un cierto respeto. Mientras llenábamos el baño, no pudimos contenernos. Desde el desenfrenado abrazo inicial, tomamos el autobús directo. El que conducía sin detenciones en los pueblos intermedios hacia la orgásmica estación de destino. Como si acabasen de dar la salida a una carrera de cien metros, sin dejar de besarnos, ella me desabrochó el pantalón. Yo elevé su falda e hice descender la ropa interior en la distancia necesaria para que las maniobras propias del acto amoroso no resultaran incómodas. Se amarró a mi cuello mientras la mantenía en vilo por las nalgas con la única colaboración de la pared que sostenía su espalda. El resto resultó tan simple como rendirnos al instinto. Ni siquiera un par de pequeños impactos contra el lavabo, ni la inundación provocada por el desbordamiento de la bañera nos hicieron renunciar al instante. Estábamos en lo que estábamos. El resto del universo, en lo pésimo y en lo mejor, sencillamente no existía.

II. Las puertas de la percepción ³

*La percepción del artista no está limitada a lo que es biológica o socialmente útil.
(Aldous Huxley).*

Una media hora después de chupar con el ansia del novicio aquel papel secante, las formas comenzaron a rediseñarse. Las rectas se retorcían y las curvas adquirían ángulos inimaginables en una cadena indeterminada de puntos de inflexión. Los colores nacían ensombrecidos, pero sin rastro de los destellos que había leído en el libro de Huxley. Aún recuerdo aquel vaso sobre la mesa del comedor que, una vez abiertas las puertas de la percepción, se transformó para mí en una excelsa obra de arte. Me volví incapaz de encontrarle una utilidad diferente a la intrínseca belleza de sus perfiles. ¡Quién podía ser tan imbécil de emplear aquella joya para algo distinto a la admiración!

Según su experiencia, Mer preparó el entorno para que nuestro primer viaje en común resultase lo más placentero posible. Luz tenue, música inspiradora —creo recordar que el *The Return of the Durruti Column* en modo continuo— y ventanas cerradas. Algo en lo que insistió hasta la pesadez por si el destino decidía en algún momento alejarse de lo deseado. Ella misma fabricaba el ácido en un pequeño laboratorio doméstico: «Es muy fácil y alguna utilidad había que buscar a mi licenciatura en químicas».

El sexo bajo los efectos de aquella sustancia ni siquiera se asemejaba a lo disfrutado hasta entonces. Era como si, por encima de la conexión física, consiguiéramos aparearnos con el alma. Cada beso, cada gesto, se percibía una caricia mística mientras parecíamos desnudarnos por dentro. Cualquier anhelo proscrito en otras circunstancias adquiriría la condición de natural bajo los efectos del derivado lisérgico.

Al cabo de un rato, comenzaron a modificarse de nuevo las percepciones. Infinito placer, el de olfatear sus fluidos con la mirada o reproducir en mi cerebro la imagen de su cuerpo a través del tacto. Sin metáfora que lo enmascare, no la imaginaba, sino que literalmente la veía al más leve roce de su piel incluso manteniendo los ojos sellados. Por primera vez, aterrizó en mi

mente la concepción del ser humano como un simple espíritu dotado de periféricos. Solo así, adquiriría una explicación razonable aquella mágica inversión de los sentidos y, de paso, concedía cierto provecho al curso de Informática que cursaba en el trabajo bajo partida presupuestaria de la Seguridad Social.

Me pidió que eyaculara sobre su espalda para después regalarle un masaje erótico con el semen en la función de los aceites aromáticos que suelen emplearse en estos menesteres.

—Quiero que creemos juntos —me dijo— y no se me ocurre mejor modo que impregnando nuestros cuerpos con los líquidos que al otro le salen de dentro. Luego, yo pinto y tú escribes las primeras palabras que seas capaz de trasladar a papel. Todo el arte que seamos capaces de parir esta noche habrá nacido de los dos. Mis fotografías y tus textos serán los hijos que nunca engendraremos.

Yo carecía de un plan explícito respecto a la paternidad; ni me lo había planteado hasta ese momento. Me agradaban los críos aunque sin excesos. También me asustaba la idea de convertirme en gestor de vidas ajenas cuando me notaba incapaz de conducir la mía con un rumbo cierto. Los rasgos dominantes de mi personalidad ponían el resto. Si por el camino me cruzaba con una madre vocacional, a por los niños; si no, tampoco iba a juzgarme incompleto por tan pobre motivo. Siempre consideré que lo esencial es atravesar el pantano sin conceder importancia al estilo natatorio empleado para conseguirlo. Una vez en la orilla de tus sueños, poco importa si hasta allí te condujeron el crol o la braza. Me preocupaba más emprender el viaje en la compañía correcta que las posteriores consecuencias de tal elección. Por el contrario, ella poseía una opinión bien formada: ni

hablar de hijos. No llegó a explicarme con detalle sus razones, tampoco yo las reclamaba. Las supuse consecuencia de su personal concepto de la especie humana:

—El hombre es un virus, no aporta nada. Solo destrucción, muerte, odio, injusticia. Cuanto más desgraciados y más tontos, más se reproducen. La naturaleza opera en nosotros un criterio de selección inversa; por eso estamos condenados a la extinción.

Pese a parecerme un argumento demasiado simple para un ser tan complejo, lo acepté como bueno. A mi me resultaba un tanto indiferente. A

juzgar por determinados temores que a veces afloraban en instantes de desesperanza, creo que pesaba aún más el pánico a que sus hipotéticos descendientes heredaran la genética de su abuelo materno.

Concluida la ceremonia, Mer impregnó sus dedos en las pinturas y comenzó a dibujar sobre un lienzo tendido en el suelo cualquier elemento que reclamara su atención. Realizaba varios bocetos del mismo modelo. Los trazos, también el color, se modificaban de uno a otro como si retratara una realidad diferente. De mi rostro, realizó tres o cuatro copias a cual más extrañas. En todas se adivinaba un nexo común: cada una de las difusas manchas que contaminaban el pavimento era yo, claramente reconocible.

—Ves, cariño, en esto consiste la abstracción, en reflejar lo que solo puede verse a través del alma.

Me asusté ante las primeras visiones. Los tonos saturaron su intensidad y entonces sí, cualquier luz centelleaba en una mezcla perturbadora a caballo entre el aura de una migraña y los fogonazos de una discoteca de moda en noche de sábado. Comprendí el origen exacto de la expresión «alucinar en colores». La *Monstera deliciosa* de la entrada se alió con el helecho que dominaba el salón para transformar mi casa en una selva tropical. Era tal la percepción de realidad que convirtió en inútil, por repetido, mi hasta entonces soñado viaje al Amazonas. Los objetos se aproximaban y se alejaban en un rítmico movimiento al compás de la música ambiente. Incapaces de calcular las distancias, nos golpeamos varias veces contra elementos inmóviles. A ratos recibía una incómoda sensación de mareo que se esfumaba cuando Mer, lo único que mantenía una cierta existencia real, se acercaba a mí, me hablaba o me tocaba. Durante tiempo indeterminado, ella pintó un buen puñado de imágenes. Siguiendo sus instrucciones, rellené unos cuantos folios con palabras inconexas, ajenas en igual distancia a las reglas de la lógica como de la semántica. Mi mente se trasladaba de cuento en cuento hasta que decidí permanecer en una perfecta representación de la más famosa obra de Lewis Carroll.

Resultaba obvio que el papel de Alicia nació con dueña. Se volvió por partes iguales ilusionante y perturbador que todos los personajes femeninos adquirieran el rostro de Mer y los del género opuesto adoptaran el mío sin exclusión que confirmase una regla inexistente. Cuando la Reina de Corazones se encontraba a punto de ordenar mi decapitación, me trasladé hasta el sueño repetitivo que me perseguía desde la niñez. Los dos, Mer y yo, contemplamos aquella aurora boreal en mitad del desierto y juntos escapamos

del ejército de seres sin rostro hasta el agujero subterráneo que nos servía de refugio. Ante lo novedoso de vivir en compañía tan íntima locura, a ella la convertí en la gata que me lamía el cuerpo como los felinos de la obsesión. Escondidos bajo la mesa, observábamos el exterior a través de un periscopio imaginario que representamos con una pajita de horchatería abandonada en el suelo quién sabe en qué circunstancias. Ocultos de la nada en esa posición, veíamos como las inexistentes paredes que nos rodeaban modificaban su anchura ante nuestros movimientos de modo que permanecían siempre a igual distancia. Llegué a preguntarle si también ella contemplaba al ser sin rostro que nos acompañaba o se trataba de otra alucinación. Respondió que sí, pero que, al contrario de los perseguidores, le aportaba una reconfortante sensación de calma. Ninguno fuimos capaces, ni en pleno trance hasta las profundidades de la mente, de identificar a tan enigmático personaje.

—Cariño, vamos a concluir el rito en la cama. Es el único espacio de la casa que aún permanece sin explorar en este trayecto.

Me sorprendió la risa desafinada que siguió a su alocución. Tampoco me muestro seguro de que fuera ella y no yo quien la pronunciara. Al tumbarnos sobre el lecho, comentó:

—Amor, si sientes que todo te da vueltas, gira con ello. Compartimos un sueño y a los sueños nadie es quien para resistirse. Te propongo que recorramos el mundo entero, hasta donde lleguemos, estableciendo la reciprocidad como único reglamento. Puedes hacerme lo que gustes; sumérgete sin límites en todo aquello que te provoque placer a condición de que me toleres reproducirlo a la vez en ti y viceversa. Mátame, si quieres, pero solo cuando estés dispuesto a morir por ello.

Aun bajo los efectos del LSD, asentí sin la intención de alcanzar tales extremos. Supongo que empezaba a confiar en Mer y debió parecerme un acuerdo equitativo.

Qué despertar más terrible. La mera idea de intentar abrir los ojos trajo sobre mi cuerpo el peso muerto de un luchador de sumo. No me creía apto para iniciar el menor movimiento: labios secos, sensación de frío siberiano y unas nauseas discontinuas como si acabara de ingerir una botella íntegra de Marie Brizard.

Los primeros meses de convivencia, con quien ya se calificaba de modo oficial como mi pareja, resultaron bien diferentes a lo que auguraban los principios. Salíamos con relativa asiduidad, pero nada de ir por ir al garito de moda o compartir copas con las amistades sin rumbo definido. Conciertos, muchos. Alguna exposición y cualquier cosa que satisficiera sus insaciables ansias creativas. Siempre en diario porque —en su criterio— «el fin de semana lo diseñó el Gobierno para los horteras». Con la excepción de las grabaciones de *La edad de oro*, un programa musical de La 2 muy popular entre el ambiente *underground* del momento, no fui capaz de determinar la fórmula matemática que definía su conducta en esa materia. Aunque poseía una lograda habilidad en las relaciones sociales, precisaba de un motivo convincente para alejarse de casa. En realidad, lo necesitaba para todo; se mostraba incapaz de ejercer sin causa. Influían bastante sus hábitos alimenticios. La hostelería de aquel Madrid de entonces no practicaba la hospitalidad con el veganismo. Llegaba a alterarse cuando solicitaba un sándwich vegetal en cualquier establecimiento y se lo servían con mayonesa, huevo y hasta pescado de lata: «Tío, ya me contarás en qué campo siembran los atunes en tu pueblo». Solía repetir en ese trance al camarero.

Dedicábamos la mayor parte del tiempo libre al estudio de las distintas posibilidades fotográficas. Virados, papeles con diversas texturas o investigar las secuelas del manejo de los tiempos de exposición sobre diferentes zonas. Lo más llamativo era su original técnica para obsequiar a las imágenes el aspecto final. Dominaba la práctica de colorear con los dedos reproducciones en blanco y negro, pero terminó por invertir el proceso. Primero el dibujo para después retratar la obra con macros 1:1 a la distancia más adecuada en función de la focal. Un *photoshop* analógico difícil de igualar en plena dictadura del haluro de plata. Frente al realismo dominante del momento, lograba así tomas abstractas, conceptuales, siempre cercanas a esa corriente minimalista con la que tanto parecía identificarse, situando el resultado último en la indefinida frontera entre la pintura y el estricto arte fotográfico.

Supuse que su irresistible tendencia hacia los psicotrópicos provenía, como casi todo, de una adición de factores. Por una parte, la curiosidad innata de quienes nacieron para crear y sienten el impulso indómito del experimento. Por otra, la oscura relación con su padre que siempre interpreté como la condición determinante de su personalidad. Rara vez lo citaba por su nombre y nunca por el cariñoso apelativo de papá. Para Mer era «ese cabrón», «el hijo puta» o un «él» que sonaba por igual a desprecio y ataque. La guerra

declarada al progenitor se convirtió en el viento dominante de su travesía por la vida. Como si ante cada decisión, estudiara con esmero cuál de entre todas las opciones disponibles resultaría la más dañina para aquella sombra omnipresente. No llegué a conocer con certeza la causa de tamaño antagonismo. Solo narraba episodios sueltos sobre la agresividad —incluso física— con la que trataba a la madre, sobre las continuas infidelidades que ni siquiera se molestaba en ocultar, sobre la disciplina con la que pretendía educar en valores cristianos a sus dos únicas hijas o sobre los espectáculos domésticos cuando regresaba al hogar inundado de alcohol. Yo intuía algo más sórdido, pero no me pareció oportuno insistir en un tema que la incomodaba. En un par de ocasiones, víctima de la indignación, la sentí próxima a dar el paso. Al final siempre dejaba abierta la interrogante: ¿qué sería aquello tan horrible como para vencer la insolencia adoptada por eslogan personal?

Cuando despertó del coma lisérgico, comenzó a llamarme a gritos.

—Charly, Charly. ¿Dónde estás, amor? Dime por favor que no te has ido.

Al regresar a la alcoba, la encontré tan aterrorizada que volví a tumbarme junto a ella. La abracé e intenté protegerla sin una conciencia aproximada de qué o de quién. Nunca olvidaré ese rostro de terror y esos temblores que entendí propios de quien se halla desnuda en plena calle con varios grados bajo cero en el ambiente. Sus deliciosos ojos azules, los que tanto me entusiasmaban, parecían haber duplicado el tamaño ante el imposible de fijar la mirada en ningún objetivo concreto.

—Por favor, no te vayas. Jura que nunca me abandonarás. Dime que tú no eres humano, que de verdad naciste diferente y que pase lo que pase no me vas a dejar tirada.

Vaya papelón. Me movía entre el *shock* por su estado de ánimo y un cierto crecimiento del ego ante la reconfortante realidad de notarme imprescindible. También me inundaba el desconcierto. Cómo iba a abandonar a aquella criatura, si era yo

el que no distinguía la razón por la que me escogió. Por qué a mí; un idiota de provincias, tímido y feo, con el mismo atractivo personal que una botella de Mahou de las antiguas.

Cuando en situaciones más relajadas le había formulado esa cuestión, solía contestarme con un encadenamiento de virtudes que, por alejadas en mi

criterio de la realidad, no terminaban de convencerme. Las dictaba una a una con una pausa amplia entre cada término como un profesor con experiencia a la espera de que el alumno tome apuntes.

—Eres alto, no soporto a los enanos.

—Delgado, tampoco aguanto a los tripones ni a los que tienen más tetas que yo.

—Muy «muchismo» inteligente. Mucho, Charly. Estás a mi nivel y eso no es común.

—Unos ojos azules, maravillosos, con el poder de mirar donde pocos pueden.

—Estás bueno y además follas de puta madre.

Tras un par de horas en la sala de reanimación, abrió una sonrisa amplia y me habló como si el episodio de gritos y temblores no hubiera cobrado existencia.

—Te quiero, gilipollas.

Pegó un bote y se levantó, trasladando a mi mente sus ansias anteriores. Me encontraba confuso incluso sobre el lugar en que debía situar la coma en su última frase. El epíteto era lo de menos, a esas alturas ya conocía su peculiar modo de declararse próxima. Mi cerebro no terminaba de responder a la pregunta de si aquella inquietante conducta nacía de la obediencia a los efectos del ácido o de alguna avería seria en el motor de muchísimos caballos que propulsaba su cabeza.

Bajo el agua casi hirviendo de la ducha en común, eliminamos de nuestros cuerpos los restos de los excesos. Del pensamiento, al menos del mío, no resultaba tan sencillo. Tras el habitual desayuno impuesto por Mer a base de dátiles, zumo de pomelo con bicarbonato y un par de tostadas regadas de aceite, evaluamos los resultados artísticos del viaje psicotrópico. Mis poemas no quedaron mal: distintos, un poco absurdos, pero dotados de ese componente imaginativo que con frecuencia echaba de menos. Al contemplar sus dibujos, confirmé la impresión de convivir con un genio.

III. Suck it to me ⁴

*Buscando tu calor he bajado a las cloacas
y las ratas me dieron su amor.
(Almodóvar y McNamara).*

Comprendí el sentido exacto de la palabra éxito al practicar balance de su primera exposición. Vendió mucho, casi todo, y a un precio lo bastante razonable como para dar por bueno el esfuerzo: meses de insomnios, de drogas, de experimentarlo todo incluso por encima del límite de nuestra salud. Dos animales monomaniacos que a través de la fotografía iban construyendo su universo en común. Fiel a mi facilidad para el aprendizaje cuando algo me obsesiona y nadie lo impone, a esas alturas ya había mejorado lo suficiente como para empezar a considerarme aceptable en lo técnico. Mer se centraba en la creatividad, en diseñar las imágenes soñadas con la certeza un tanto optimista de que yo sería capaz de descubrir la senda que nos conduciría hasta ellas. «Quiero esto», ordenaba; constituía mi responsabilidad determinar las ópticas, las aperturas, velocidades, horarios e iluminaciones más adecuadas para conseguirlo.

Por encima del relativo triunfo económico, nos sorprendió la repercusión mediática: por allí pasó todo el Madrid chic de la época. Algo sencillo en una ciudad y en un tiempo en los que colaba como artística cualquier manifestación que rompiera con lo anterior, sonara divertida y fuera liderada por jóvenes con pintas raras, a ser posible de clase alta. Hasta Juan Almendralejo y su banda, los capos de aquella Movida que nada movió, se acercaron por el pequeño recinto de Malasaña a dar el visto bueno a las creaciones.

Casi la liamos con Lucio McCallahan. Harta de sus gracias sin gracia, de la insaciable necesidad de vacío protagonismo o de los manoseos carentes de autorización hacia todo aquello que se acercara, Mer estalló cuando simuló acariciarla el sexo como premio a sus méritos profesionales en un gesto ridículamente obsceno. Antes, yo también soporté unos besos en los labios que no venían a cuento y unas propuestas a voces sobre lo divertido que resultaría un trío erótico con él en medio. Y todo en ese tono de medio broma que dejaba abierta la interrogante sobre sus últimas pretensiones .

—Huy, chica, qué egoísta. ¡Con lo guapa y lo joven que eres! Cómo

quieres guardarte esta joya de novio para ti sola. Compartir, compartir, que hay que compartirlo todo. ¿No es eso lo que proclamáis las anarquistas? — afirmó Lucy, el apodo con el que se le conocía, entre unas risas artificiales y amaneradas en igual medida—. Ay no, que tú además de ácrata también eres verde. Pues a ver si alguna vez demuestras lo verde que eres.

—Mira, Juan —dijo Mer en un apartado al cineasta que lideraba el grupo —, te agradezco la visita y los cumplidos. Sabes lo importante que es para mí tu juicio. Pero o atas a tu loca hasta que se le baje el tripi o le enchufo una hostia en los huevos que no le vuelves a chupar la polla.

Confirmé lo que yo significaba para ella al leer la entrevista publicada en el dominical de El País. Con la habitual petulancia de quien desconoce de lo que habla, el periodista la calificó como la nueva esperanza de la imagen española. Ya por entonces talentos como Alix, Canet u Ouka Leele comenzaban a tener un nombre. Lo de Mer aún no alcanzaba ese nivel y además sonaba un tanto diferente. Tan lejos del realismo de los dos primeros como de la innovación creativa de Bárbara, representaba lo que el entrevistador entendió como la manifestación gráfica de la música de Steve Reich o de Wim Mertens. Lo accesorio convertido en esencia por obsesiva repetición; la estética conceptual del minimalismo trasladada a un límite inexplorado. Aunque la ilustre era ella no yo, un simple operario que seguía bajo plano las instrucciones del jefe, no puedo negar que agradecí sus palabras. Justificaba con ellas el continuo uso del número en el que se expresaba.

Hablo en plural porque no soy nadie sin él. Pongo el nombre, el rostro, parte de la idea y me llevo la fama; pero me confieso incapaz de crear ni una buena toma sin un duende muy flaco que encontré en el Marquee hace unos meses. Por miedo a la luz, prefiere permanecer escondido en su refugio. Yo solo tengo que esperar con paciencia a que salga.

Paciencia, un término que en su boca siempre terminaba por resultarme extraño.

Tras cerrar la sala, el día de la clausura acudimos a una de esas extravagantes fiestas que congregaban a quienes se creían la vanguardia del momento. Hasta Lena, la «no se sabía muy bien qué» de los Monsters —un grupo pop muy de moda en aquella época—, se dejó caer por allí. A mí no me disgustaban, pero a Mer le descomponían estos ambientes. Mucha droga,

mucho sexo sin causa. Un juvenil juego de excesos en el que parecía premiarse solo la ocurrencia más disparatada. Todo servía con el único requisito de resultar lo más hiriente posible para la generación de cantautores con barba que nos precedió.

—Joder, tía, pláncate la cara que pareces a la de los Plasmatics. Si no te encuentras cómoda no sé a qué venimos, la verdad. Nadie nos obliga.

—Charly, hijo, hay ocasiones en que da la impresión que te cocieron poco. Estos gilipollas son los que nos compran las fotografías y hay que seguirles el rollo. No se las vamos a vender a los amigos de tu padre. Enseñamos unos dientes, decimos cuatro paridas y nos piramos antes de que se vuelvan del todo insufribles.

Al principio nos divertían estos saraos, la esencia de la transgresión llevada al extremo más inverosímil. Pronto, por simple reiteración, comenzaron a pintarse de aburrimiento. Idéntico argumento con los mismos personajes en decorados que poco se diferenciaban los unos de los otros. Una mezcla entre la escena del sueño de *Doble cuerpo* y la de la mamada de *Pepi, Luci, Bom*.

Esta vez tocaba en una especie de sótano en dos plantas cerca del Rastro. Un espacio de techos altos, paredes viejas y columnas que parecían colocadas por algún arquitecto psicótico en pleno subidón. Entre los asistentes se confundían militantes de las diversas tribus urbanas. Bailaban al son de Bauhaus, de Marc Allmond o de Siouxié Sioux con los extraños movimientos arrítmicos que hicieron furor en los ochenta. En un bando, los que asumían por bandera la estética gay sin que resultara estrictamente necesario compartir hábitos sexuales con los legítimos dueños de la imagen. Atuendos brillantes, hombreras desproporcionadas y camisas dos tallas mayores de las que aparentaba exigir el físico. En el otro, los *dark* fusionábamos sin demasiado acierto elementos del punk tardío que llegó a España con las primeras equipaciones del uniforme siniestro. Una imposible mezcla entre lentejuelas y muñequeras de pinchos, entre camisas blancas y atuendos de cuero negro. A medida que la combinación de alcohol y psicotrópicos mostraba sus frutos, el ambiente se contaminaba de excesos. Dos chicas acariciándose en un rincón o una pareja hetero practicando el amor sin reparos en la escalera que comunicaba las dos alturas asumían el riesgo de que alguien decidiera unirse al festejo sin autorización expresa de los celebrantes.

Tras una hora de feliz matrimonio entre danzas y cervezas, Mer comentó:

—Me estoy meando, tío. Acompáñame al baño. Ya sabes de qué va esto y no me apetece salir a hostias con ningún cretino.

La fiesta comenzaba a animarse; lo comprobamos durante el trayecto. Un grupo bastante numeroso simulaba una procesión con Lena en el impropio personaje de la Virgen. Desfilaba por el recinto sobre una especie de carroza que delataba cierta premeditación. Esos útiles no se crían solos en sótanos ruinosos. A su paso, los fieles acariciaban su cuerpo semidesnudo y la vitoreaban como se piropea a las divinidades en la Semana Santa andaluza. Los más atrevidos, también las más osadas que allí no se conocía fórmula alguna de discriminación por género, la regaban con alcohol para después saciar la sed directamente de su piel.

A Mer le desagradó de modo singular el espectáculo. En parte por agotamiento. También por lo absurdo de la escena. Pero sobre todo, interpreté, por su enemistad manifiesta con la primera actriz.

—Esta pedorra es incapaz de pasar desapercibida.

—Ya me he dado cuenta que bien no te cae —respondí, abriendo una sonrisa con la que intentaba relajar los ánimos.

—Joder, se cree una musa irresistible cuando ni canta ni baila ni pinta ni piensa... Y además pierde el culo por enseñar las tetas, aunque las tenga más lisas que la llanura de tu tierra. A mí me daría vergüenza mostrar eso con lo vistas que ya se las tenemos. No la soporto, cierto. Como alguna vez me pongas los cuernos, solo te pido que elijas mejor. Si te pilló con ella, os mato a los dos. Te lo juro. Vámonos.

—¿Pero no te lo estabas haciendo? Por lo menos habrá que despedirnos de la gente. Se trataba de quedar bien, ¿no?

—Me aguanto. Bomba de humo y punto. Además me apetece una dosis. Entre el cansancio y esta mierda... ¿Nos queda algo de «jaco»?

—No.

—Pues lo compramos. Tenemos pasta fresca.

Bien avanzada la noche, nos dirigimos a Embajadores donde de natural habitaba una manada de yonquis que trapicheaban con caballo de calidad aceptable, eso sí, muy mal de precio. A esas horas no nos pareció prudente adentrarnos en algún poblado en el que conseguir algo mejor y bastante más barato. Tras un tímido regateo, pillamos apenas un par de dosis pequeñas con las que salir del paso. Ni a los camellos ni a sus mercaderías los considerábamos del todo fiables. Podían colocarnos cualquier basura y despertar a la horrible bestia que portaban en su interior a poco que algo se torciera. Con esta peña había que andarse con cuidado. Al menos, se trataba de mercancía blanca y no de ese tóxico marrón que con frecuencia colapsaba

los puntos de venta.

Al llegar a casa, seguimos con esmero el ritual aprendido meses atrás en los baños de algún garito de moda. Cuchara, jeringuilla, limón, una goma con la que a modo de torniquete facilitar la localización de la vena del brazo más sencilla de perforar y un mechero para calentar la mezcla y allanar así a la heroína la compleja labor de disolverse en agua. Aunque aún no poseíamos demasiada práctica, a los pocos minutos ya habíamos intoxicado nuestro cuerpo con aquel veneno líquido. Solo restaba esperar unos instantes a que la sustancia tomara posesión del cerebro y comenzara «la luna de miel», término con el que se denominaba en el argot ese «flash», esa indescriptible percepción de placer intenso seguida de un extraño *holding* de sensaciones opuestas: sedación completa y el exacto grado de euforia serena con que podría definirse la felicidad. Transcurrido un rato, cuya duración concreta no éramos capaces de calibrar, incomodaban en parte la sequedad de la boca y una leve dificultad visual fruto de la disminución del tamaño de las pupilas. Se compensaban de sobra con aquella lentitud respiratoria que regalaba una ficticia percepción de calma. En estricto régimen autogestionario, jeringa y aguja debían emplearse bajo la forma de cooperativa.

Aplicando la teoría de la relatividad, empezaba a sentirse lejano nuestro primer contacto con el opio. Por mitades iguales, consecuencia de la irresistible tendencia a explorar y de la caprichosa voluntad del dios Destino.

Viajábamos hacia los Montes de Toledo en una escapada de fin de semana con la primavera ya en plena agonía. En el límite exacto entre la llanura y las estribaciones de las viejas montañas que sirven de aduana sur a la provincia castellana, miles de amapolas blancas vestían de novia los espacios en reposo del barbecho tradicional. Como una cría pequeña ante sus regalos navideños, Mer quedó entusiasmada con el decorado.

—Hostia, tú, ¡para! ¿Eso no es opio?

—Ni idea. Por aquí lo llaman adormidera y en el valle donde a mi padre no se le ocurrió nada mejor que comprarse un asco de casa vieja, lo preparan como el té y se lo enchufan a los niños para que pasen la noche de un tirón.

Tras una de sus espontáneas carcajadas cuyo sentido exacto nunca lograba descifrar, continuó:

—No jodas. Pues no deben dar ni gotita de guerra. Eso es una infancia

feliz y lo demás son mierdas.

Reconocí mi absoluta ignorancia sobre el modo en que debía recolectarse. Ella, pese a confesarse debutante, parecía haber cursado algún posgrado en la materia. Se trataba de recoger las cabezas de las flores, ya sin pétalos, y almacenarlas en el maletero de aquel Seat 127 que nos servía de transporte. De regreso a casa preparamos la cosecha. Primero practicamos unos cortes de los que manaba, con la lentitud de la sangre espesa, una especie de látex de aspecto lechoso. Una vez seco, se transformaba al contacto con el aire en una resina pegajosa de un tono parduzco que raspábamos hasta obtener el producto en bruto. Si lo dejábamos secar durante algunos días, adquiriría una imagen pétreo, casi cristalina, que se oscurecía por la simple evaporación del agua. Un modo tan sencillo como gratuito de provocar la concentración de los alcaloides y acrecentar así sus efectos narcóticos.

Durante un par de semanas, todas nuestras conversaciones giraron sobre el mejor modo de condimentar aquel obsequio de la naturaleza. Tras devorar toda la bibliografía que conseguimos sobre la materia, alcanzamos el convencimiento de que lo más práctico sería hervirlo en agua, a fuego muy suave, hasta que la sustancia se diluyera. Luego de dejarla enfriar y de filtrarla, una segunda cocción —un poco más intensa— evaporaría el líquido obteniéndose así el mayor nivel posible de morfina pura.

Para consumirlo, a falta de una pipa específica con calderín metálico en la que la droga llegara a hervir y lo bastante larga como para que el humo se enfriase antes de abrasarnos la boca, probamos casi de todo. En cigarrillos no nos convencía. Además de la dificultad de hacerlo prender sin mezclarlo con una muy alta proporción de tabaco, se apagaba de modo constante. Cortaba el rollo y convertía en tormento lo que debiera mostrarse como placentero.

—Vaya mierda. Esto no tira y además sube menos que un porro de hachís. Tiene que haber otra manera —comentó bastante enojada tras nuestra primera experiencia.

Una noche de sábado, al fin, descubrimos el modo más eficiente de intoxicarnos. Consistía en cortar la piedra de opio con un cuchillo al rojo y aspirar el vapor resultante a través de un embudo en posición invertida. En apenas unos minutos, comenzamos a percibir efectos similares a los que más tarde descubriríamos en la heroína, pero mucho más elegantes. Ni rastro de ese *rush* inicial por el primer contacto con los receptores opioides del cerebro humano. Aquí todo era calma, sosiego, paz. Un camino refinado para alcanzar el reino de la dicha. Tumbados sobre el suelo del salón con el único

atrezo de la almohada, el tiempo parecía circular en marcha muy larga, a muy reducida velocidad, como la conducción que recomiendan sobre una carretera cubierta de nieve. Ni rastro de ansia, ningún signo de dolor.

—Cariño, esto mola. Es como si los segundos decidieran detenerse y fueran por entero tuyos y míos. Me siento bien. Hasta veo a mi padre un poco menos despreciable.

No recuerdo lo que contesté. Imagino que ratificaría sus propuestas como natural suma entre la conformidad con los hechos y mi innata alergia hacia la discusión.

—Me apetece sexo, Charly. Hoy mejor innovamos. Abrazos, besos, caricias y, si lo deseas, también nos masturbamos el uno al otro. Quizá debiéramos practicarlo así siempre. La penetración la inventó la naturaleza o ese puto Dios en el que solo creen los tontos con el único fin de mantener una especie que no lo merece. Además, comparativamente, dura muy poco y frena la creatividad.

»Imagina que somos dos bolleras que se tocan durante una noche íntegra por puro placer, sin más. La noche entera. Desde que el sol se acuesta hasta que regresa para asesinar la magia de las tinieblas y, con la luz del alba, devolvernos a la asquerosa realidad. Quiero sentirlo todo contigo, mi amor, todo. Lo que nos obliga gemir de gozo y lo que nos duele. Pídeme lo que quieras y te lo daré, pero por favor nunca me dejes... Promételo.

Sentí el impulso de preguntar directo quién o quiénes causaron en su alma semejante pánico al abandono. Entre la artificial sedación y mi deseos de tranquilizarla, decidí omitir el interrogatorio. Respondí echando hacia atrás su cabello con un gesto lento de los que rezuman sinceridad.

—Mer, cielo, mírame a los ojos. ¿Tengo yo aspecto de salir corriendo?

Tras un buen rato de poner en práctica nuestros buenos propósitos, de modo unilateral cambió súbitamente el tono como si obedeciera una orden externa cuya procedencia no conseguía identificar.

—¿Sabes que el opio ha sido más importante de lo que nos cuentan en la historia de la humanidad? Las primeras referencias aparecen en grabados de Babilonia o Asiria. Allí representaban a las deidades entre campos de adormidera. Yo quiero ser tu diosa, tu diosa del amor. ¿Crees que poseo cualidades para ello?

—A ver, déjame que te vea —comenté mientras, en una especie de juego adolescente, simulaba examinar un cuerpo desnudo que conocía de memoria—. Tú eres más que una diosa, cielo. Ellas forman parte de una leyenda, un simple invento de las élites para garantizar la dominación. En cambio mi chica tiene carne y tiene hueso, más lo segundo que lo primero, y los dos me encantan, por cierto.

—Adulador.

—Sabes que no. Y menos aún después del sexo. Ya no tengo que hacer méritos.

—No te rías, capullo, en Grecia y en Roma su consumo era legal como medicina; también con fines lúdicos. Incluso para suicidarse que estaba muy bien visto en aquella época. No como ahora que si fracasas en el intento, encima concluyes en la cárcel o en manos de psiquiatras. ¿Quién es nadie para obligar a otro a seguir viviendo sin desearlo? ¡Qué cabrones los griegos! Mucha Filosofía y mucha polla... ¡Menudas fiestas debían marcarse! ¿Te imaginas a Sócrates, como nosotros, todo el día «colgao»? Así decían las cosas que decían. ¿Y si el grueso del pensamiento clásico, el origen de nuestra maldita civilización, fuera la consecuencia de unas mentes contaminadas por las drogas? Tal vez en ello se encuentre la última respuesta. Lo mismo somos dos grandes sabios y esta mierda de humanidad aún no nos ha descubierto.

Tras una carcajada narcótica, hizo una pausa y prosiguió con un tono solemne como si fuera a enunciar el indubitado origen del Universo.

—Podíamos elaborar la teoría de la antifamilia. Este puto mundo se ha diseñado para tan tóxica unidad social hasta en los detalles más insignificantes. Cómo si domesticar pequeños monstruos o transmitir frustraciones de generación en generación constituyera un logro de especial mérito.

»Los «papis» y las «mamis» se creen con derecho a escoger las vacaciones en los trabajos para que coincidan con las escolares, te aparcen en doble fila en la puerta del colegio o tienes que tolerar con una sonrisa como su criatura «pota» en un restaurante. ¿A quién puede causarle asco el vómito de un niño?, parecen preguntarse. Pues a mí, gilipollas, sin ir más lejos. Son vuestros jodidos hijos, vuestra elección, y los demás carecemos de razones objetivas para soportarlos. Una constante de esta mierda de cultura judeocristiana: subvencionar valores detestables. Además, la medicina ha convertido a los infantes en plaga bíblica. Antes, la mitad no llegaban a

granación. De ocho cachorros que pudiera parir una tía, solo dos o con suerte tres terminaban convirtiéndose en adultos. Ahora no se muere ni Dios. Destruimos el planeta por simple aplicación de las leyes de Malthus. Quienes optan por concebir enanos deberían pagarnos al resto un tributo, sería lo justo. O limitar su número a la unidad como en *Fahrenheit 451*.

»Yo no quiero hijos, cariño. Los odio. No me apetece renunciar a ser mujer, amante o artista para transformarme en madre y luego chantajear al resto exigiendo que colaboren conmigo en portar una cruz que escogí libremente. Tampoco deseo que tú conviertas en objetivo prioritario que unos seres insoportables aprendan a montar en bicicleta u obtengan calificaciones brillantes en una escuela empeñada en transmitir tan nefastos principios. Si, desde la razón, esterilizamos a los gatos para que no se reproduzcan, la sensatez impone la misma táctica con el ser humano, el animal más nocivo que habita la Tierra. Qué pedo tengo, cariño. ¿Nos vamos a la cama?

Ya en la habitación continuó con sus narraciones opiáceas. Me explicó que buena parte de las actuales fortunas norteamericanas nacieron del comercio de tan amable mercancía, «pero como estos yanquis fueron siempre tan hipócritas, ahora persiguen a quienes decidieron hacerles la competencia. Incluso hubo un conflicto entre Inglaterra y China que se bautizó así por la historia: La Guerra del Opio».

Tumbada boca arriba con la almohada cubriendo buena parte de su rostro, prosiguió un monólogo que desprendía el aroma de la confesión avergonzada:

—A mí, de pequeña, me regalaban muñecos como a todas las niñas. Pero yo no jugaba con ellos a las madres. Prefería arrancarles la cabeza, clavarles agujas o descuartizarlos. Mi padre me regañaba y lo pagaba con mamá que, aunque algo asustada por mis inclinaciones, siempre terminaba defendiéndome. «Qué mala suerte hemos tenido. Tu hija es una perfecta psicópata, un proyecto de asesina en serie. Así es de desobediente». Decía el muy cabrón, como si la sumisión a lo injusto fuera un valor a preservar. Ella le respondía que eran cosas de críos, que cada cual es como es y que no había que tomarlo tan a pecho.

»Entre eso y mi animadversión hacia los habituales entre-tenimientos de las chicas, terminé en una psicóloga recomendada por el colegio. Una imbécil que convenció a los maestros de que todo obedecía a un cociente intelectual muy superior a la media, al complejo que sentía por mi estatura y a mis ansias de llamar la atención por cualquier motivo diferente al físico. Nadie

comprendía que yo solo hacía lo correcto: liberar a los iconos de plástico del dolor que les esperaba en este absurdo que llamamos vida y a la sociedad de la presencia de nuevos elementos. ¿Y tú, amor, también opinas que estoy loca?

—Por fortuna, sí, de atar. ¿Qué haría yo a tu lado en el caso contrario? La locura es la sublimación del intelecto. Nadie que pase por cuerdo en este mundo enfermo puede poseerlo muy desarrollado. Nietzsche, Hesse, Mishima, Arrabal... Solo los bobos, los que asumen sin rechistar lo aprendido en los libros de texto, pueden aparentar equilibrio. Luego se encuentra el bobo-cretino como categoría especial. Es idéntico a los demás, pero lo disimula con algún disfraz estafalario o llamándose a sí mismo alternativo. No se conoce mayor vulgaridad que la de suponerse distinto. Igual, en el fondo, pienso lo mismo que tú con un formato menos radical. Ya me conoces. Creo que, de alguna manera, me adiestraron para comprender a todos... excepto a mí.

»Yo de crío fabricaba mis propios juguetes. Me alegraba que me regalaran cosas, pero no disfrutaba con ellas más allá de media mañana. Siempre terminaba en mi artificio de fabricación casera: una simple vara y un trapo viejo, de los que la abuela empleaba en la limpieza, unidos en un extremo por una pinza de tender la ropa. No me preguntes el porqué, pero al agitarlo se excitaba mi fantasía y viajaba hasta mundos imaginarios. Cualquier lugar me servía. Desde un encuentro de fútbol entre el Madrid y el Atleti, en el que los indios siempre ganábamos por siete a cero, hasta la recreación de la partida del siglo, aquel duelo entre Byrne y Fischer donde el medio judío demostró a todos que había nacido el mayor talento de la historia del ajedrez. De tanto repetir llegué a aprenderla en cada uno de sus movimientos. Así comencé a desenvolverme con cierta soltura en ese juego. También soñaba con llegar a ser un escritor de mérito. No uno cualquiera como Cela o Delibes, sino de los buenos, de los que no venden un libro y solo triunfan después de muertos.

»Con el tiempo desarrollé una especie de algoritmo para añadir realidad a mis ficciones. Asistido por unos dados, introduje el elemento aleatorio. Sin conocer aún lo que era eso, asignaba probabilidad a cada una de las alternativas. Ante una respuesta de remota posibilidad, por ejemplo, un mal movimiento de Fischer, exigía que la tirada diera como resultado un doble seis. Si el fenómeno lo interpretaba más habitual, añadía otras combinaciones válidas según la frecuencia que quisiera asignar al suceso. Reduje a ello casi

todo mi universo infantil. Me irritaba cuando mis padres medio me obligaban a jugar con los repelentes vecinos del tercero porque pertenecían a buena familia y me vendrían bien como ejercicio de socialización. Algo muy necesario según ellos. O a perder las horas en resolver aquellos estériles problemas de matemáticas que, por obvios, se me hacían interminablemente aburridos. A veces simulaba no entenderlos para que papá plegara el puto Arriba, un periódico fascista que cada día nos llevaban a casa. Al menos, nos jodíamos los dos juntos. Dejé de hacerlo cuando descubrí que aquello le agradaba; se sentía profesor y aliviaba su frustración por no haber sido capaz de concluir una carrera de ciencias. Qué coñazo cuando me forzaban a interrumpir las ilusiones porque «a ver que hacía un niño sin dormir a esas horas». Los muy ignorantes nunca comprendieron que despierto y en soledad es el estado ideal para conciliar los sueños.

—Joder, tío, y pensaba que yo era rara.

—Bueno... No asesinaba muñecos.

—Cabrón.

—Psicópata.

—No me digas eso, no es verdad. Tengo miedo, Charly. No sé de qué, pero tengo mucho miedo. Me ha llegado así, de momento, como cuando te baja la regla fuera de fecha sin aviso previo. Abrázame, por favor. Te quiero.

Obedecí y añadí como consuelo un beso de los que salen de dentro. Durante el rito, se amarró a mi cuerpo con tanta intensidad que llegue a percibir en la boca una cierta sensación de dolor. Algo parecido a una mordedura que, lejos de incomodar, me provocaba un placer intenso. Pasado un tiempo, retomó la conversación como si aquel episodio de afecto y terror fuera solo el fruto de mi inventiva.

—Tío, me tienes que explicar eso de que tus padres te «medio obligaban». No me entra el concepto. O lo hacían o no, no es posible el término medio. Mejor lo dejamos para otra ocasión, empieza a vencerme el sueño. Date la vuelta cariño, sé que te gusta que te tome así.

Me giré y avancé hasta el mismo borde del colchón. Un gesto repetido en cada oscuridad. Tal vez, una forma discreta de reclamar unas dosis de esa independencia que todos precisamos en determinados momentos o quizás una cesión voluntaria de la soberanía de la cama en su favor. Terminábamos descansando los dos en la arista. Yo, en plena huida hacia la ventana; ella persiguiéndome cada vez más pegada. Primero cruzaba su brazo sobre mi cuerpo hasta entrelazar con la suya una de mis manos; luego, completaba la

fusión con la pierna izquierda que se situaba entre las mías en un acoplamiento casi perfecto.

Se durmió rápido y quedé a merced del insomnio con una infrecuente sensación de paz. En ocasiones tendía a agobiarme esa postura que limitaba los movimientos. Aquella madrugada la percibí del modo opuesto. Desde esa estación de partida, mi mente comenzó a desobedecer y se fue llenando de ideas confusas, de preguntas sin causa y de razones no respondidas. ¿Hacíamos lo correcto al emplear el opio como puerta de emergencia ante una realidad que tanto nos dañaba? ¿Hasta dónde nos conduciría esa tortuosa senda? La dependencia mutua que ambos reconocíamos ¿partía de lo físico o de lo intelectual? ¿Cuánto duraría? ¿La admiraba, la amaba o me habría infectado del virus del ego al sentirme envidiable para el resto por vez primera en mi historia personal?

¿Sería ella aquel ente sin rostro que me regalaba la calma en mi obsesivo sueño de la infancia?

IV. Adivina quién viene esta noche ⁵

*Debéis ignorar a esos pobres diablos o compadecerlos, porque son esclavos de sus prejuicios, fanatismo, ciegos odios y estúpidos miedos...
(William Rose).*

Tras casi dos años de convivencia, aún no había hallado el momento óptimo para presentarla a la familia. Ninguna de las partes destacaban por su comedido carácter y tampoco las consideraba especialmente hábiles en simular afectos postizos. No sabría decir que temía más si la reacción de ellos o la de Mer. Que no simpatizarían, lo tenía asumido desde el mismo instante en que nos conocimos. Me aterraba la idea de soportar ese trance; no se me ocurrían dos formas más opuestas de enfrentarse al mundo.

Cuando de modo muy esporádico, los padres rendían visita, siempre conseguía cuadrarlo con las ausencias de mi compañera. Cada vez que amenazaban con invitarse en tiempo inadecuado, ideaba viajes, exámenes, cursos ineludibles y hasta trabajos de fin de semana. Si el cielo prometía tormenta, ya inventaba alguna razón inaplazable para ser yo quien viajase a Toledo. La madre sospechaba algo desde el primer momento, demasiado orden doméstico en un vocacional del desastre. Mis esfuerzos por desorganizar un poco el hogar antes de que ellos llegaran fueron posponiendo lo inevitable. Menudo trabajazo. Primero desalinear, luego reponer las cosas en su sitio. En la habitación, bastaba con cerrar los armarios y sellarlos con llave para mantenerlos a salvo de la Policía del Pensamiento. Lo del baño se transformaba en un auténtico jeroglífico: maquillajes, útiles de aseo, productos sanitarios y demás utensilios propios del cuidado normal de una mujer joven que gustaba de esmerarse con su aspecto externo. Ya les había ido anticipando que salía con cierta frecuencia en compañía de una chica; por superfluo, omití el detalle de que también entraba a diario. Todo bajo relativo control hasta que en un descuido, que antes o después habría de producirse, olvidé en el cesto de la ropa sucia una de sus prendas. Mi padre salvó el incidente con su particular sentido del tacto:

—Carlitos —así me llamaba—, una de dos: o te has traído una puta a casa y la muy guarra se marchó sin bragas o te has vuelto maricón y gastas calzones de los de ahora, de esos en los que se te salen los huevos por los lados.

Pese a que él debía considerarse muy ocurrente, pocos modos de abordar cualquier temática producían en mí mayores heridas. Sin que nadie lo solicitara, la madre atendió una inexistente señal de socorro:

—Anda, anda que tú no entiendes. Ahora se llevan así. Cómo se nota que soy yo quien te los compra. Qué antiguo eres, por Dios. ¡Cómo me casaría contigo! No pretenderás que en plena juventud tu hijo se vista con ropa de otro siglo.

Tras el salvamento, como demostración de que una cosa era su acostumbrado papel de tonta oficial y otra que de naturaleza poseyera tal característica, casi al oído susurró en ese tono de manipulación comprensiva que tanto me irritaba:

—Espero que al menos sea guapa. Miedo me da. Ya nos la presentarás cuando la historia avance, estás seguro de que vais en serio y lo creas conveniente. No me gustaría andar conociendo conquistas con las que no estés dispuesto a casarte.

Ten cuidado no la dejes embarazada y matemos a tu padre del berrinche. Aunque ahora ya no se estile, sabes que en casa seguimos siendo personas decentes.

Después de la comida, Mamá se dispuso a fregar la vajilla. Una tarea que, junto a cocinar o quitar y poner la mesa, vedaba a los varones bajo castigo de someternos al despectivo epíteto de «cocinillas». Mi padre, mientras tanto, se encargó de repasar la lección.

—Si andas con mujeres, sé precavido. Lo suyo es respetarlas hasta el matrimonio, pero como a ti te agradan tanto estos tiempos de desvergüenza, al menos adopta las medidas necesarias. Pese a lo moderno que te crees, no has visto el mundo por un alfiler. Te intuyo capaz de infectarte de cualquier cosa o de preñar a alguna y tener que apechugar con ella te guste o no. Cuánta gente no habrá arruinado así su vida por diez minutos de descontrol. Ese siempre ha sido tu punto débil. Recuerda la que nos liaste con la niña aquella del colegio.

»Pregunta en la farmacia por los preservativos. Allí te indicarán cómo usarlos correctamente. Si no eres capaz de hacerlo por ti, piensa en tu madre. La pobre no soportaría otro bochorno. Bastante nos has hecho ya sufrir. Cuando maduras, si es que alguna vez eres capaz de alcanzar ese estado, hallarás en la oración la mejor ayuda; hasta entonces, procura meter la pata lo menos posible... Si no es mucho pedir.

Tras el sermón, enmudecí por unos instantes. Dudaba entre lo que apetecía,

expulsarlo de mi casa con los peores modales, u omitir cualquier comentario como si no hubiera escuchado nada, fiel a mi lema vital: «Tú di lo que quieras, que yo haré lo que me dé la gana». La conversación me indignó lo suficiente para tirar de ironía en la respuesta. Mi modo predilecto de lastimar al adversario cuando algo de verdad me hiera:

—Gracias por el esfuerzo, Papá; lo tendré presente. La verdad es que no se me había ocurrido. Y los veinte años me parecen una edad muy adecuada para una primera clase de educación sexual. Sobre todo, cuando hace ya dos que decidí volar solo para no tener que aguantar las tonterías de nadie.

—Qué egoísta y qué mala leche tienes, hijo. No sé a quién puedes parecerte. A mí, no, desde luego. Supongo que a tu abuela, la que te reía todas las gracias y te convirtió en lo que eres: un golfo sin mente, un puñetero mocososo rebelde incapaz de sopesar el sufrimiento que nos causas y de someterse a las más elementales normas de convivencia. Se quedaría tan a gusto con las cosas que te metió en la cabeza. No hay más que ver las pintas que gastas. Como ahora se llevan los zarrapastrosos, aún no te han echado del trabajo. No te servirá eternamente a menos que modifiques tu actitud. Salvo que hubiera servido en la legión, pronto se consentía en mis tiempos a un funcionario acudir a su puesto con tatuajes, con pendientes o con esos imperdibles que te colocas como si la nariz fuera una bragueta con la cremallera rota.

—Papá, no te consiento que hables así de la abuela. Te callas o te vas, tú eliges.

Mucho debí dañarlo cuando trasladó a primera línea toda la artillería. Por usuales, no me molestaban ya sus parrafadas. Incluso a lo que siempre juzgué como un permanente

chantaje, termina uno por acostumbrarse. A esas alturas, me provocaban más aburrimiento que rechazo, pero por lo de la madre de mi madre sí que no pasaba.

Viví con ella desde que recuerdo hasta su último latido. Todo: lo bueno, lo terrible, lo indiferente. Cuando aún compartíamos techo con mis padres y cuando juntos huimos de un ambiente enrarecido por el continuo enfrentamiento entre los dos machos de la guarida. Sus meses finales me pillaron preparando la primera oposición. Noches íntegras a su lado, tendido en la alfombra de la alcoba en infructuoso intento de aliviar su comprensible

miedo al más allá. Resistió un primer cáncer al precio de perder uno de los pechos; el segundó se volvió insuperable. Atacó a traición, hacia los adentros, destruyendo el estómago y dejando casi inservibles otros órganos vitales. Con dieciséis recién cumplidos, fui yo quien tomó la decisión de no operar ante la sinrazón de someterla con sus años a un tormento carente de esperanza. Como había sido yo el que la acompañaba al médico, el que intentaba disimular para ocultarle su fatal destino o el que a diario la aseaba o le servía el alimento ante la incapacidad sobrevenida para las tareas cotidianas. No podía contener las lágrimas cada vez que observaba aquellas heces oscuras, casi negras, por la sangre que el organismo digería. Tampoco me mostraba seguro de hacer lo correcto: ocultar el diagnóstico negándole el derecho a decidir sobre ella misma. Me atormentaba tanto la idea de engañar de forma premeditada al ser que más quería como que consumiera los instantes finales aterrorizada por lo inminente. Tras una buena colección de insomnios, opté por rodearla de todo el afecto del que fui capaz y cargar con la responsabilidad. Nunca olvidaré nuestra última conversación, apenas una hora antes de que un bendito coma hepático decidiera aliviar su despedida. Como postrero gesto de amor, supo liberarme del remordimiento y eliminar de mi cabeza el instintivo miedo a la muerte.

—¿Quieres que avise a Mamá y a los tíos? Igual te sientes más acompañada. Así podría estudiar tranquilo y mañana aprovecho para descansar un rato cuando te encuentres mejor.

—No te esfuerces hijo, no soy tonta. Los dos sabemos lo que pasa. Escúchame, por favor. En el pasadizo del camaranchón, hacia la derecha, hallarás un baúl con los viejos libros de tu abuelo. Sácalos. Debajo hay un cofre con todo mi dinero. No es mucho, pero te servirá para sobrevivir hasta que te sitúes sin tener que soportar a quien no quieres. También encontrarás unos pocos efectos personales que deseo conserves en tu poder. Quede para siempre entre nosotros. Es tuyo, te pertenece según la tradición. Lo llevo ahorrando desde que viniste al mundo. Deja que los demás se peleen por esta casa. Pensé en transmitírtela de algún modo, pero el notario me dijo que no podía ser. Aquí no rigen las leyes divinas, sino las humanas. Tampoco te hace falta. Ellos tienen raíces, como los vegetales, y vivirán amarrados al suelo hasta el fin de sus días. Tú eres de los míos, naciste con alas. Úsalas y vuela tan alto como los vientos te consientan. La vista aérea es la que mejor nos permite comprender el paisaje. No avises al resto, esto lleva demasiado tiempo siendo cosa tuya y mía. Así debe permanecer. Para los demás, ya se

hizo tarde.

»Cuando parta hacia la Tierra Prometida, reza por mí. Pero a mi Dios. Aunque lo oculte por seguridad, no es el de ellos. No te preocupes si aún no lo conoces; Él sabrá encontrarte. Termina hallando a todos sus elegidos. Pienses como pienses o pase lo que pase, nunca olvides quién eres ni te enfrentes sin causa a los tuyos. Solo los necios renuncian a su sangre, como tu madre y tus tíos.

Desde el instante de su muerte, fui incapaz de volver a pisar las baldosas de aquella estancia. No me notaba con fuerzas para patear los recuerdos. La misma noche del entierro, mi padre insistió en que alguien debía dormir en la cama de la abuela: «Luego esas tonterías se perpetúan y dejan inútil la mejor habitación de la casa». Creo que comenzaba ya a llamársela suya. El candidato elegido obviamente era yo, el nieto primogénito, el predilecto, el que vivía con ella y el que convirtió el elegante inmueble de la judería toledana en refugio impenetrable para los progenitores. En principio me negué, aunque por mi alergia a los debates gratuitos, preferí engañarlo: dije que sí y... me acosté en mi cuarto, rezando sin saber a un Dios extraño. La última vez que intenté comunicarme con cualquier forma de divinidad. No pude evitar la percepción de que la abuela aún estaba allí, protegiéndome, como había sucedido desde el momento en que, por la innata tendencia a llegar tarde a todas las citas, tuvieron que extraerme del vientre materno. Una sensación de la que no he conseguido separarme nunca. Quizá fue aquel, el segundo en que el destino decidió presentarme a una amistad íntima que habría de acompañarme durante el resto de la vida: la soledad indeseada. Mi cómplice más fiel, mi peor enemiga. La causa de aceptar lo inaceptable con tal de combatirla.

Si la fijación con la abuela llegué a entenderla como un subproducto de los celos, se me escapaba la frustración paterna porque su único hijo hubiera eludido de modo voluntario el servicio militar. Extrañaba en alguien que años atrás practicó lo mismo, según él por diferente causa. Se libró por hijo de viuda; las fatales consecuencias de la posguerra para la familia. No negaba el agobio que le producía determinada circunstancia. Si la ascendiente llegaba a fallecer antes de que mi padre hubiera cumplido los treinta, se hubiera visto abogado a una mili de dos años y a esa edad ya no apetecía. Pasado el peligro, juró bandera en uno de sus frecuentes arranques patrióticos. Una prueba de amor hacia esa España imperial que entonces aspiraba a seguir siendo una, y a convertirse en grande y en libre a poco que la historia quisiera

mostrarse propicia.

Mis razones poco tenían en común con las suyas. Sencillamente me negaba a tirar un año de la vida obedeciendo órdenes absurdas; a sustituir la lógica por el capricho de estúpidos mandos ascendidos por el Estado a la categoría de dioses. Tampoco me ilusionaba someterme a las novatadas de los veteranos palurdos que encontraban en aquel secuestro el único medio de conocer un lugar diferente a su puto pueblo. Lo traducía como la simple sumisión de la inteligencia a la brutalidad. Con la Constitución del 78 en trámite, o recién parida y sin desarrollo, no había nacido aún como derecho la objeción de conciencia. Quienes desafiábamos el masculino deber de servir a la patria, adquiríamos sin más la cualidad de desertores. Nos enfrentábamos a un consejo de guerra y a una pena segura de varios años de prisión.

Al acto del tallaje, acudí fuera de fecha y escoltado por un par de guardias. Me negué a contestar las ridículas preguntas que allí formulaban. Tan solo abrí la boca en el capítulo de alegaciones donde aduje todo aquello con la más remota posibilidad de eximirme: lesiones de rodilla, sordera, pies con demasiado arco, la vista... Los dolores de cabeza los omití. Para qué iba a mencionarlos si tan solo la abuela los aceptaba. Todo valía con tal de retrasar un poco el proceso en espera de tiempos más propicios. La miopía estuvo a punto de socorrerme. Pero, según el oftalmólogo castrense, veía mejor que lo que veía y eso que de modo deliberado no di ni una al identificar las letras; ni siquiera en los gigantescos caracteres de la primera fila. Como ejercicio de autocrítica, me perdió la sobreactuación. Mi padre se tranquilizó al conocer los resultados. Le hubiera dado un soponcio si me declaran inútil.

La primera idea era pasar de historias, ni objetor ni hostias, manifestarme abiertamente como insumiso y apechugar con las consecuencias. Desde las mismas asociaciones, me aconsejaron solicitar prórroga por estudios y esperar a que los inminentes cambios legislativos amortiguaran en parte los desperfectos. Atosigaba la prisa por aprobar las oposiciones; necesitaba el nombramiento antes de desertar. En cualquiera de los supuestos, la condena suponía la inhabilitación para el desempeño público, pero si ya estaba dentro, podría regresar a mi antiguo puesto una vez cumplida aquella. En caso contrario, los antecedentes impedirían el acceso a la carrera funcional.

Qué decepción se llevó mi pobre padre cuando el primer bombo me declaró excedente de cupo. Se ve que las nieves del 62 trajeron una amplia cosecha de varones y faltaban armas para tanto hombre. A él, con todas sus esperanzas depositadas en que la mili «me domara», le resultaba inasumible

que se permitiera a los estudiantes sortear cada año y elegir así el resultado más favorable. No podía aceptar que hasta la fortuna se hubiera colocado de mi parte.

Dudé en anular la prórroga. Resultaba lo más sensato, pero no terminaba de satisfacerme. Me sentía como un obscuro comerciante de principios que vendía los suyos a cambio de librar unos pocos años de cárcel. El conflicto eterno entre lo que conviene y lo que apetece del que casi siempre sale victoriosa la comodidad. Una lucha interior que nunca hubiera existido si llego a nacer algo más tarde. Hasta los militares tomaron conciencia del privilegio y decidieron eliminarlo por ley poco tiempo después. Junto a aquella noche del Marquee en la que conocí a Mer, la lotería de los quintos fue el único instante de la vida en que le caí simpático a la suerte.

En parte por curiosidad y también por limar asperezas tras el incidente, la portavoz oficial de la familia nos invitó a pasar a los dos un fin de semana en Toledo. Yo lo hubiera rechazado bajo alguna excusa poco trabajada con la que dejar explícita constancia del enfado que me provocó nuestra última conversación. Pero era un asunto que nos pertenecía a ambos y me pareció lo correcto consultar su parecer. Ella me había presentado a su madre hacía ya tiempo e incluso sacábamos de paseo a la hermana, una adorable cría trece años más joven, también muy alta. Salvo en el carácter, parecía una fotocopia reducida de la mujer con la que compartía cama.

Sin oponer resistencia, Mer confirmó los peores presagios: no iba a dejar escapar un desafío semejante.

—¿Tú estás segura de querer conocer a mis padres? Ya te he hablado de sus maneras y no me extrañaría que nos obsequiaran alguna exhibición. Juntarte con ellos es como lanzar una piedra de sodio en un barreño grande repleto de agua.

—Joder, tío, ¿por quién me tomas? ¿Acaso dudas de que sabré comportarme?

—No es eso, bonita. La culpa es mía. Yo tampoco les he contado cuál es exactamente nuestra situación. No cabe en su cabeza y vaya gana de montarla. Esperarán una ceremonia de pedida con anillo de diseño y café en el salón de la familia de la dama. Se van a pegar una buena hostia.

—Ya... pero... ¿Tan impresentable me ves que me escondes?

—Que no, tía, que no. No te rayes con tus historias. Eres con diferencia lo mejor que me ha pasado en esta puta vida y se me haría muy difícil continuarla en soledad. ¿Cuántas veces tengo que repetírtelo? A quienes oculto, cariño, es a ellos; a ellos —insistí—. Ellos sí que me parecen impresentables. Una pareja fugada del medievo caminando sin pudor por pleno siglo XX. Ya eran antiguos cuando nacieron; llenos de tópicos, de egoísmos, de miedos, de complejos, de rechazos a todo lo que desconocen, de órdenes que obedecen porque siempre ha sido así. No deseo que nos contaminen. Solo eso. Deberías entenderlo. Tú padeces un problema similar con uno de los tuyos.

—No es lo mismo, Charly. Mi padre es un cabrón. ¿Me das un beso?

—Si no es muy corto, sí. En caso afirmativo, dos o tres o cuatro. Eso es todo lo que quiero.

Pese a mi evidente falta de entusiasmo, la decisión estaba tomada. No había nacido un ser capaz de hacerla cambiar de criterio cuando algo la desafiaba. Una de sus cualidades que más admiraba. Sí era sí y no, no; siempre con pasión. No la concebía navegando entre la indiferencia. Comprendí lo que se avecinaba al comprobar el atuendo elegido para el festejo: un uniforme de cuero negro —por supuesto sintético— con falda muy corta, escote aún más expuesto, complementado por un chaleco a juego y unos tacones de diseño propio, un tanto excesivos para su estatura. Bastaba añadir una peluca albina para transformarla en la doble perfecta de Ana Curra, aquella mujer que convirtió la portada de *El acto* —el único disco grande de Parálisis Permanente— en icono erótico de toda una generación.

—¿Te gusto, cariño? ¿Voy bien así?

—A lo primero, la respuesta es mucho. Tanto que me parece un desperdicio que uses esa ropa para visitar a mis padres. No se lo merecen. Se me ocurren mil formas mejores de disfrutarla. Lo segundo no lo tengo tan claro; necesitaría conocer cuál es exactamente el objetivo para contestarte. En cualquier caso, estás preciosa y no me corresponde escoger tu ropa. Si es ese el *look* que te apetece, tira. Siempre será el perfecto para mí.

»Vámonos, cielo. A ver si conseguimos no llegar muy tarde y... que ocurra lo que tenga que ocurrir.

—No sé, no te veo muy convencido. ¿Me cambio? Hábito de monja no tengo, pero igual podía buscar algo un poco más feo, más adecuado a los gustos de tus viejos.

—Ni de coña, colega. ¿No querían conocerte? Pues que te conozcan. Así no podrán llamarse a engaño.

Me sorprendí a mí mismo con ese arranque. En realidad, estaba pensando: «tía, no tenías otra cosita que ponerte». Pero ese era uno de los efectos que Mer me provocaba, aventurarme en lo que apetecía olvidando convenciones y el daño que pudiera derivarse hacia terceros. En ello consistía parte de la incontenible atracción que nos profesábamos: cada cual representaba para el otro aquello que queríamos ser y no nos atrevíamos. Durante el viaje, no dejé de meditar sobre la esperada reacción de mi padre en una mezcla de emociones contrapuestas. Por un lado, «buena gana de montar un pollo»; por otro, «te jodes». No exento de ciertos recelos, me alegré de que la segunda saliera victoriosa.

Inenarrable el rostro de los anfitriones al conocer a la nuera. Sin atreverse a pronunciar palabra, el nerviosismo de sus gestos delataba el impacto. Ni ella ni yo esperábamos menos, de eso en parte se trataba. Por momentos me sentí trasladado a *Adivina quién viene esta noche*, una vieja película de Stanley Kramer, invirtiendo el sexo de los protagonistas. Con Hepburn, Tracy, Poitier y Houghton en el reparto, narraba la historia de una inocente dama de la ilustre sociedad blanca californiana cuando presentaba a la familia un novio negro. Mi padre inició el diálogo con una de esas tonterías que se usan cuando se desconoce otro modo de interrumpir el silencio.

—Bueno, bueno, bueno. Así que María de las Mercedes, ¿no?

—Que va. Eso es solo lo dice el carné. Es mentira. Todos me conocen por Mer, algunos por Flaca. Si alguien me llama Mercedes, es muy posible que ni vuelva la cabeza. No me identifico con un nombre tan largo, es poco práctico.

Aunque los principios no resultaron muy prometedores, la inquisición se fue tranquilizando a medida que avanzaba el interrogatorio. El hecho de que la que ya veían como su futura parentela, perteneciera a la élite del poder empresarial, política e incluso literaria de aquella España posfranquista, consiguió que miraran a la chica de otra manera. Podía adivinar el pensamiento de mi más inmediato ascendiente: «La muchacha es rara con ganas, es lo que tienen estas familias, el gen estrafalario que las caracteriza». Obviamente omitimos que la relación de Mer con la mayoría de los próximos se hallaba en algún punto indeterminado entre la inexistencia y la nulidad. Su

don innato para terminar discutiendo con casi todos, así lo exigía. Temí lo peor cuando mi madre intentó entablar con ella una relación de mujer a mujer según el concepto de feminidad marcado a fuego en el que fue mi hogar.

—Mer, mientras los hombres hablan de fútbol y esas tonterías, nosotras, si te parece, vamos preparando la comida. Ya sé por Carlos que vuestros gustos son un poco particulares. No me atrevo a hacerlo sola.

—Por mí vale, si quieres te acompaño, pero ya te anticipo que en poco podré colaborar. No tengo ni idea de cocina. En casa es Charly el que se encarga de esas tareas. Yo... ensaladas, pasta y poco más.

—¿Mi hijo? Pero si no ha frito un huevo en su vida. Mira, me alegro que alguien lo meta en cintura. Solo por eso ya me caes bien.

—Ni lo freiré. Nosotros no comemos animales, no es necesario.

—Con un huevo no matas a nadie, ¿no?

—Pregunta a las gallinas. Viven prisioneras en granjas, obligadas casi a prostituirse, y se las selecciona por su aptitud para generar producto de modo continuo. Duran la mitad de lo que lo harían en libertad y absolutamente infelices.

—Pues nada, no comemos huevo ni carne ni pescado. Fácil no lo ponéis; ya inventaremos algo.

La expresión «en casa», empleada por Mer durante ese diálogo, envejeció unos diez años el rostro de mis padres. Acababan de cruzarse de frente con uno de sus peores diablos: el heredero vivía en pecado con una mujer que, a partir de ese momento, adquiriría sin más el alias en clave de fulana. Me sorprendió que omitiesen todo comentario. Desconozco si les pudo la educación o simplemente cayeron derrotados ante el temperamento incontenible de la nueva integrante de la familia.

El culto al tópico se adueñó de la sobremesa. No faltaron las interrogaciones sobre si con esa altura competía en baloncesto, sobre su delgadez un tanto extrema que relacionaban con la dieta vegetariana o incluso alguna alusión, de pasada y en prudente tono humorístico, sobre las dimensiones de la falda con la que acudió a la cita. Nada que mi madre no pudiera salvar con un tiempo muerto y un fingido cambio de equipo.

—Di que sí, bonita. Tu no hagas caso a las bromas de este hombre, es un antiguo. Si yo tuviera esas piernas, ten por seguro que las enseñaba.

Con algún conato de guerra fría, todo transcurrió mejor de lo previsto. Los dos bandos en sus posiciones sin altercados lo bastante significativos como para requerir la intervención de Naciones Unidas. Ya por la tarde, en el típico

paseo por el casco viejo con el que se presenta al visitante una ciudad desconocida, practicamos una primera evaluación de daños.

—¿Qué tal lo he hecho, cariño? Aunque en ocasiones me hubiera apetecido mandarlos a tomar por culo, he intentado mostrarme comedida. No quiero crearte problemas.

—Has estado estupenda, cielo. No sé cómo aguantaste tanto. ¿Y yo?

—Cambias mucho en su presencia. Te noto muy a la defensiva. Hasta brusco, todo te molesta. Tampoco son para tanto, unos fascistas asquerosos de los muchos que andan sueltos. Me gustas más cuando estamos solos.

—Lo siento, tía. Ya te dije que no me parecía muy buena idea.

De modo intencionado, intenté alargar la noche hasta su límite. Mi madre había dispuesto un cuarto para cada uno y adivinaba a Mer poco animosa en contribuir a ese teatro. Prefería llegar tarde cuando los mayores ya se hubieran acostado. Vaya gana de exponerse a un espectáculo. Era obvio que después tomarían conciencia; pero con cada uno en su domicilio, allá pensasen lo que quisieran. La estrategia de hechos consumados que aprendí de la abuela.

Cenamos fuera y tomamos tres o cuatro copas por la única zona apta para cierto desenfreno juvenil. Donde hoy se asientan el Palacio de Congresos y uno de los aparcamientos que custodian la zona monumental, entonces hacían furor unas galerías comerciales conocidas como «El Miradero» en honor al parque bajo el que se habían construido años atrás. En sus diferentes plantas, se multiplicaban bares de copas, pubs y hasta alguna discoteca en cutre imitación a los garitos madrileños de Aurrerá. Aunque en Zaida, mi antro preferido, nos echamos unos bailes al ritmo de *La enfermera de noche* de la Mode, la aventura nocturna no resultó especialmente acogedora. Los escasos sesenta mil habitantes, que poblaban la ciudad antes de la invasión palurda de los funcionarios de Castilla La Mancha, no daban para mucho y agobiaba el tener que saludar en cada uno de los locales a un rebaño de gente conocida. Tras veinticuatro meses de ausencia, sentí en mi cuerpo el peso de la bíblica parábola del *Hijo pródigo*. Tampoco el aspecto de ella, demasiado «militante» para una capital de provincias, colaboraba en exceso con el anonimato.

De vuelta al «hotel», ya en el portal, Mer me dejó claros sus planes para la madrugada:

—Entre lo guapo que estás y lo interesante que te has puesto por los cobertizos contándome las leyendas de este puto pueblo, tengo las bragas

encharcadas. Como no me las quites pronto, me voy a constipar. Anda, dame un beso bonito y dime que me quieres mucho. Me he portado muy bien durante todo el día, al menos merezco un premio.

—Yo te doy todos los premios que pidas. Alguno más como obsequio si te dejas, pero lo más calladito posible. Como te pongas a chillar según tu costumbre, se nos planta mi madre en la habitación en la creencia de que te están asesinando o algo similar.

—No hemos hecho más que empezar y ya estoy hasta los rizos bajos de tu madre. Joder, tío, ¿ellos no follan?

—Supongo que sí. Nunca me lo he planteado. Por esos prejuicios en que nos educaron, no los imagino en situación.

—Dame ese beso, anda, no seas rancio.

Fue introducirnos en el angosto lecho que un día me perteneció y recordarme de modo explícito lo invariable de sus intenciones.

—Ves como no te he engañado —susurró, llevando mi mano hasta su sexo—. Esta birria de cama está pidiendo a gritos un sesenta y nueve intenso. Los dos tendremos la boca ocupada y no será fácil que nadie escuche gemidos.

Gemidos no, pero al maldito somier solo le faltaban unos teclados para convertirse en la banda perfecta con la que rendir tributo a Deep Purple.

V. La reina de África ⁶

*Jamás pensé que una experiencia física pudiera ser tan excitante.
(Cecil Scott Forester).*

Aprendí de la teoría de conjuntos que toda relación acotada entre ellos alcanza un valor máximo en algún punto de su dominio. Tuvimos que viajar muy lejos, hasta las profundidades del África tribal, para descubrir el extremo superior de la función matemática que define la felicidad. Mer, por relaciones y por currículum, consiguió un contrato con una editorial inglesa cuyo objeto consistía en fotografiar durante tres meses la vida cotidiana de un perro salvaje que respondía al nombre científico de *Lycaon pictus*.

La publicación no deseaba el típico reportaje descriptivo, sino un trabajo más «artístico» para un monográfico con el ecosistema de Massai Mara como excusa. De un modo menos grueso, además de los cánidos, también debíamos captar instantáneas de un extenso listado de bichos. Sobre mí, para variar, recaía el gravamen de lo técnico. Como afición, acostumbraba a perseguir animales, cámara en mano, sobre todo mamíferos y reptiles de tamaño medio. No voy a negar que me asustaba la responsabilidad; la distancia que imaginaba infinita entre lanzarme al monte en busca de zorros, de lobos o de alguna preciosa culebra bastarda, y patear la sabana a la caza sin daño de alguna fiera.

Inenarrable el rostro de mi jefe cuando solicité permiso sin sueldo para viajar hasta Kenia.

—Si viniera de otro, pensaría que habrías desayunado aguardiente o que me tomabas el pelo. De ti, me lo creo. Mira que lo pones difícil. Te aúpo hasta un cargo de libre designación en el que ganas una pasta para lo joven que eres y me lo pagas largándote a retratar chuchos silvestres.

—Bueno, entonces sí o no —respondí.

—Claro que sí. Qué remedio. Para uno de los pocos que sabe de qué va esto y trabaja algo, sin excesos, no le voy a cabrear para que no dé ni chapa. Pero como vengan los fachas, te veo en una mesa de la sala, amigo. Ni despacho ni secretaria ni leches. Esos no se andan con miramientos y aspecto de pertenecer a los suyos mucho no tienes. Más te vale que ganemos las elecciones y continúe en mi puesto.

Pese a la imagen contraria que se esforzaba en reflejar, Eustaquio se

ajustaba a la definición de buen tipo. Un gallego ejerciente que accedió al puesto de subdirector general por su proximidad sin militancia expresa al Partido Socialista. Toda una excepción entre los del gremio: pese a venir de la política se mostraba honrado hasta en los céntimos y conocía como nadie las profundidades de las tareas propias de su cargo. Siempre agradeceré su primer consejo. Me vio tan apurado durante mi debut en la Administración que decidió revelarme los secretos para sobrevivir sin desperfectos en aquella jungla:

—No te azares. Eres funcionario y hagas lo que hagas de aquí no te echa nadie. Tú guarda los papeles en el cajón, salvo los indispensables para que la mesa no se observe del todo limpia y te coloquen otros cuantos. Si a la semana no ha preguntado nadie por ellos, no serían tan importantes; cuando aparezca alguien hecho un basilisco por el retraso, entonces dales salida. Así ha marchado siempre esto. Va en la genética del Estado.

Como en toda historia de las que merecen la pena, los principios no resultaron muy alentadores. Poco antes de nuestro primer crepúsculo africano en régimen de acampada y bajo un asfixiante calor, quién me mandaría preguntar la utilidad de las hogueras que los guías encendieron frente a la entrada de las tiendas. A Mer se le endurecieron las facciones al conocer la respuesta. Ya sobre la colección de aislantes que nos servían de colchón, se sinceró.

—Te podías haber metido la curiosidad en los huevos. Hubiera preferido intentar dormir sin saberme en el menú de algún depredador.

—No te preocupes. Si yo fuera leona, me zampaba primero al irlandés gordito. Para ella supone el mismo esfuerzo con mucho más alimento. A nosotros, con nuestras carnes, seguro que nos colocan en la parte de la carta destinada a los buitres. Para otra cosa no damos.

—Tú riéte, pero como me lleguen las ganas, a mear de madrugada va a salir tu puta madre. Yo me lo hago en la tienda y ya se limpiará.

—Ni se te ocurra. ¿No has oído al asistente que conducía nuestro jeep? El orín humano, por lo visto, atrae a una especie de termita carnívora capaz de ventilarse una jirafa en cuestión de minutos. Fue lo primero que nos dijo al alcanzar destino. Imagina despertar con todo el cuerpo lleno de hormigas gigantescas metiéndote dentelladas. Casi prefiero perecer a fauces de

leopardo, qué quieres que te diga.

—¿Estás de cachondeo, no?

—¿Tú qué crees?

—Déjate de gilipolleces. Si hay algo que me cabrea de ti es ese vicio de bromear cuando no toca. Jodeeeeeer. Que tengo el miedo «pegao» al culo y me obsequiará un mordisco de un momento a otro. No vengas tú a tocar encima las pelotas.

—Mujer, esto último no lo veo muy factible. Salvo que te hayan crecido en el viaje, tú pelotas no tenías.

—Charly, vete a la mierda, tío. Te vuelves insufrible.

Tras esas palabras se giró hacia su lado y marcó distancia. El gesto habitual cuando se sentía agraviada. Una tipología de enojo que nunca consideré del todo verídico. El rito obligaba a que, pasados unos minutos de reflexión, yo me aproximara a ella y la abrazara desde la espalda en inequívoco signo de acatamiento incondicional.

—Venga, tonto. ¿Por qué gastas esas gracias si sabes que no me agradan?

Lo común era que a esa frase uniera una sonrisa ancha, un beso con el que sellar la paz y luego lo que tocara. En esta ocasión, suspendimos la comedia en el segundo acto. No andaban los ánimos para exhibiciones. Unos minutos más tarde, ante la huelga indefinida con que amenazaba el sueño, rectificó su deseo en uno de esos repentines que tanto me descolocaban.

—Sabes lo que te digo: que si nos han de devorar las hienas, al menos que nos pillen «follaos». ¿No te parece?

La vida en el África más salvaje no resultó tan complicada como podía preverse en una pareja de jóvenes urbanitas. Lejos de las normas impuestas por la artificiosa civilización judeocristiana, pronto comprendimos la sencillez con que uno se adapta a lo natural. Cebras, guepardos y elefantes cobraron tal familiaridad que parecían pertenecer desde siempre a nuestro paisaje cotidiano. Las que en Madrid hubiéramos calificado de bestias salvajes, dignas de visita en esas prisiones para inocentes que denominamos zoológicos, se convertían en simples compañeras de trabajo bajo el hechizo de los infinitos atardeceres del Parque Nacional. En cotizadas modelos que, sin la exigencia de un salario, posaban ante nuestros objetivos con el sosiego que solo otorgan los años de oficio. Pese al indisimulable estrés y al esfuerzo

físico, las horas transcurrían con un peculiar ritmo de difícil descripción: lentas, por la armonía que contagiaba el entorno; raudas, por el placer ilimitado con que las consumíamos. Tras la despedida del sol, se agradecían las cenas al cobijo de la hoguera del campamento. Minutos para el balance del día que agonizaba y para planificar el siguiente hasta donde se dejaran las siempre inestables circunstancias locales. Sin un conocimiento preciso de su personalidad, Mer empatizaba poco con el biólogo irlandés que ejercía por autoproclamación como director del grupo.

—No soporto al Porky —así lo llamaba en honor al evidente parecido con un popular personaje de la Warner—. Alude a los bichos como enseres, la simple diana de sus estudios de mierda. No observa en ellos la angustia, la alegría, la individualidad, los sentimientos, la vida... Un puto psicópata que se cree genio porque aprendió a pronunciar en latín nombres de especies. ¿Has visto cómo me cachea con la mirada? Este no folla gratis desde que el IRA comenzó a cargarse ingleses.

Con una expresión menos visceral, Edward provocaba en mí similar desconfianza. Me incomodaban su abuso del alcohol a poco que el momento se mostrara propicio, la afectación narrativa con que exhibía su currículum de anteriores expediciones y el menosprecio hacia una tarea, la nuestra, que consideraba menor por alejarse en su criterio de «lo científico». Creo que interpretó un agravio de la editorial compartir viaje con dos críos ibéricos sin pedigrí en la sabana.

—Anda, abrázame —susurró Mer en su versión más romántica.

Tras la cena, nos retiramos a la estancia nómada que nos servía de hogar. El único refugio con relativa intimidad en el horizonte de una llanura tan vasta.

—¿Sabes? —insistió— Desde que llegamos me apetece sexo convencional. Uno sobre el otro, sin que la posición adquiera relevancia, o que me tomes por detrás, a cuatro patas en plan animal, lejos de esas posturas extravagantes que tanto me excitan en Europa. Será el puto calor que nos impone oler de continuo a sobaco de gorila o quizá el contagio de la sencillez agreste del entorno. Anda, hazme algo bonito. Ese imbécil consigue siempre despertarme la mala leche justo antes de acostar. Y sin un mal «peta» con el que intoxicarme. En cambio, Mutira solo transmite paz. Me cae bien el jodido negro, parece un buen tío.

—Mujer, no calificaría yo de estrictamente convencional practicarlo acampados en medio de la nada, rodeados de gacelas Thomson, de leones, de

Porky y de los guías nativos que intentan dormir a cinco metros de distancia. Pobres, menudos calentones debemos meterlos. Si no moderas un poco los gemidos, a alguno te lo cargas, tía. Así nos miran luego en los desayunos.

—Tiene cojones la cosa. ¿Y tú, cabrón? ¿Tú cantas una nana?

—Ratifico, mi niña, que me enamoré de ti por el sentido del humor... A mí también me gusta el brujo ese. No tanto como tú, pero me agrada.

—Joder, tío. Me encantó la historia aquella de las manchas lunares. Como todo será otra puta falsedad, pero prefiero imaginarlas tal cual las narró Mutira. Rostros de amantes que se asoman a la Tierra para recordar que siguen aguardando a quienes en ella quedaron. Nada que ver con las mierdas de las religiones clásicas. El puto amor cristiano ni es amor ni es cristiano y además lo fabrican con fecha de caducidad como los yogures del supermercado. El de esta leyenda me parece mucho más cercano a lo sublime. La muerte no es el fin, sino el principio de un camino a recorrer en compañía de quien eliges, una vez superado el aprendizaje terrenal. Puestos a escoger, si fuera verdad que existe un alma y que la vida es infinita, preferiría compartirla contigo en lugar de con ese Dios cabrón. El mismo que nos ordena obedecer a los padres, aunque sean unos hijos de la gran puta, y que tolera el hambre, la guerra, la injusticia, la discriminación... en prueba de su afecto. El mismo que regala al humano el cargo de ser superior con el derecho medieval de explotar a los demás. Vaya puta mierda de divinidad.

—Prométeme —prosiguió, sin tolerar el menor espacio para mi respuesta — que si muero antes que tú, saldrás a verme en cada luna llena. Yo me habré convertido en un defecto sideral y te sonreiré una vez al mes para recordarte que estoy contigo; que de algún modo continúo a tu lado, esperando en el espacio para surcar juntos lo que quede de eternidad.

—Como atea no tienes precio y fácil me lo pones en cuanto al juramento. Si obedecemos a la estadística, no seré yo quien deba cumplir el compromiso. En tu condición de hembra, tienes garantizados entre cinco y seis años de viudedad gozosa por simple ley natural.

—Eso rige para el resto, Charly. Ni tú ni yo crecimos para acatar las órdenes de nadie. Promételo. Aunque parezca adolescente, lo suyo sería sellar nuestro acuerdo con un pacto de sangre. Muérdeme los labios, después procedo yo y mezclamos los plasmas con un beso.

Tras rendirnos al desahogo de la carne, me afilié sin titubeos a una especie de insomnio consentido como si comenzara a asumir el carácter temporal de

la compañía de Mer y no quisiera desperdiciar un solo instante con el sueño. Consumí toda la noche en admirarla: tierna, preciosa, proporcionada, desafiante, larga, inocente, muy blanca, delgada, indómita, débil, brutal. Cautivadoramente indefensa ante los rayos de una luna que, filtrados entre los mosquiteros de la estancia, convertían su cuerpo desnudo en la más meritoria obra de arte. El teatro adecuado para la actriz indicada. La escena perfecta en la utopía inalcanzable de cualquier creador: mi chica, el tiempo para disfrutarla, el sonoro silencio de la fauna libre, el satélite blanco en su expresión más frondosa y... yo. Ni sobraba nada ni faltaba nadie. Sobre el lienzo impoluto de la noche africana, se dibujaba el fidedigno retrato de la felicidad.

Al principio, no comprendí muy bien el cargo que en la tribu desempeñaba Mutira. Un masái sin nombre de masái que podría traducirse del suajili —el idioma de procedencia— por consejero o asesor. Curiosa etimología para alguien que estudió medicina en Inglaterra. Todos lo tomaban por chalado, pero todos se sometían a sus mandatos. Ni alto ni bajo, ni obeso ni escuálido, por comparación a la delgadez extrema y a la elevada estatura media de los suyos, poseía en la desesperante calma verbal y en la imposible determinación de su edad los más destacables rasgos subjetivos. Sin precisar de una causa explícita, confié en él desde el primer intercambio de palabras.

—Bienvenidos a la cuenca del Mara. Aunque los pasaportes se nieguen a reconocerlo, no os halláis ni en Kenia ni en Tanzania, sino en el territorio Masái: un país sin Estado, un pueblo nómada sin patria y sin el menor deseo de constituirse en lo primero o de tomar posesión de lo segundo. Eso son limitaciones de la cultura europea, impuestas por los que huyeron trazando ridículas fronteras rectilíneas cuando ya no resultaba rentable su permanencia en África.

Mezclado de continuo con términos suajilis, maa —la lengua materna— y hasta franceses, su inglés se manifestaba lo bastante cuidado y lo suficientemente imperfecto como para entendernos sin dificultad. Fue Mutira quien descubrió en el comportamiento de Mer de los primeros días los signos de abstinencia por su aún incipiente adicción a la heroína. Fue también esa especie de brujo tribal quien le facilitó una anónima sustancia para aliviar los síntomas. Algo así como una infusión con gusto muy amargo de efectos tan

inmediatos como relativamente prolongados en el tiempo.

—Una taza cada dos días y tu estancia en el Mara se volverá más amable. Ven a buscarla cuando te sientas mal. El viejo Mutira conoce los remedios que la naturaleza regala.

Me llamaba la atención su tendencia a evitar manifestarse en primera persona. Al principio lo interpreté como inseguridad. A medida que avanzaban nuestras conversaciones, lo concebí un sutil modo de adoctrinar sin ofender; de tornar en permeable la lógica desconfianza de un chaval infectado por el virus de la supuesta superioridad europea. Me sentía como el pequeño saltamontes en el templo de Saolín recibiendo las enseñanzas del maestro.

—Mi joven amigo blanco ¿no crees incierta esa distinción que practicas entre medicina alternativa y convencional? Mutira solo conoce dos tipos de ciencia médica: la que sana y la que no. El resto es método. Por poner un ejemplo de elementos que te pueden resultar próximos, tanto las terapias occidentales como las chinas parten del mismo principio: el concepto de patología. Las primeras combaten hinchazones y procesos infecciosos. Antibióticos, corticoides, antiinflamatorios o cirugía. No hay más por rebuscados títulos que otorguemos a los medicamentos. Un mero negocio de laboratorios. Las segundas actúan principalmente sobre las terminaciones nerviosas. El cuerpo no siente los efectos del mal que lo acecha, pero tampoco lo elimina. Mutira piensa que ambas se equivocan. Existe el enfermo, no la enfermedad. Una simple variable estadística. Si cada organismo es único y diferente al resto, única y diferente ha de ser la cura que lo libere de su padecimiento. Mutira prefiere observar los ojos, comprender a su paciente, a la más completa de las analíticas. ¿Qué significa el colesterol alto o la hipertensión? ¿Elevados respecto a qué o quién? ¿Una distribución normal que regala ese adjetivo a un individuo inexistente? ¿Causas o efectos? ¿Acaso es enfermedad no parecerse a la mayoría?

—¿Medicina natural sería más correcto?

—¿Medicina natural?— repitió con una sonrisa comprensiva como de profesor resignado ante la torpeza del alumno—. Nada se inventó, querido. Lo artificioso se relaciona con el proceso productivo y con su posterior distribución. Un concepto meramente económico, nunca médico. Todo estaba ahí y el hombre solo lo tomó. Ninguna herramienta acapara la bondad o la perversión en sí misma. Tu mujer y tú portáis sofisticados equipos fotográficos, pero la calidad de las tomas depende del grado en que

comprendáis a vuestro modelo. Yo sería incapaz de retratar un rinoceronte aunque me prestases el mejor de los objetivos. Igual sucede con los hechiceros de la salud. No se trata tanto de disponer de la cámara o de las ópticas más caras, sino de conocer cuáles y cómo han de emplearse en función de la finalidad, de la situación y de las condiciones de luz. Hasta la homeopatía, que parte sin duda de un demostrable error científico, tiene su momento. Sus efectos químicos no actúan más allá del puro placebo; sin embargo, cualquier método es bueno para ayudar al organismo. No olvides que, pese a la devoción del hemisferio norte por los de mi oficio, el cuerpo es el más efectivo de los medicamentos y la medicina no más que el arte de distraer al enfermo mientras la naturaleza cumple con su cometido. A veces consiste en sanar o enseñar a convivir con la enfermedad; otras en ayudar a morir sin sufrimiento. Tal cual me instruyeron en Europa, deberíamos interpretarla como la ciencia del fracaso. Si alguna verdad existe sobre la tierra, es que todo lo que nace habrá de desaparecer algún día. Ningún médico ha salvado jamás una

vida; en todo caso la habrá prolongado. Lo cual, en ocasiones, se convierte en lo opuesto a lo que la conciencia dicta.

Me resultaban chocantes sus ideas sobre la parcela del saber a la que dedicaba las horas de un modo un tanto heterodoxo. Nada comparable a los criterios sobre determinados hábitos de su pueblo. Los masái, históricamente, nacieron como una tribu de guerreros que se alimentaban del pastoreo entre conflicto y conflicto. Mantequilla, antílopes y sangre de mamífero mezclada con leche agria constituían la base esencial de su dieta. Horrible el sabor de esta última. Tuve que ingerir doble ración por la negativa de Mer a consumirla. Aunque en aquella época ya casi había prescindido de cualquier alimento de origen animal, me pareció una descortesía rechazar su mejor manjar en una fiesta que nos ofreció el poblado de Mutira. Entre las danzas de la celebración, no nos costó intercambiar los vasos en cuanto yo vacié el mío.

Elegidos por su Dios Ngai como centro del universo, a los masái les pertenecía por regalo divino todo el ganado de la Tierra. El robo de reses no solo no se encontraba penado por las leyes, sino que determinaba hacia lo positivo la posición del individuo en el grupo. La sociedad se organizaba según edades y sexos. Los niños cuidaban del ganado; las mujeres lo

ordeñaban y gestionaban el resto de las tareas domésticas incluida la albañilería. El tiempo de ocio lo dedicaban a confeccionar collares y otros ornamentos artesanales. Los hombres jóvenes, obviamente, se ocupaban de la guerra. Al tiempo de nuestra visita, poco a poco había crecido el respeto hacia las normas impuestas por las autoridades de Kenia. Pero nunca faltaban pequeñas escaramuzas con alguna tribu enemiga. A los mayores se les encomendaba el gobierno último de la comunidad en estricto régimen de asamblea. El cargo supremo lo ejercía el *laibon*, un profeta hereditario encargado de intermediar entre la divinidad y los masái. También actuaba como juez, consejero y augur. Entre sus cualidades más destacadas, se hallaba el don de predecir el futuro. Además de la función representativa como presidente de las ceremonias rituales, detentaba lo que en Europa consideraríamos poder ejecutivo. Era él quien autorizaba las guerras, garantizaba la fertilidad y quien asumía la ingrata tarea de atraer las lluvias en época de sequía. Resultaba llamativo que tan insigne posición la desempeñara un médico de formación británica y nulas creencias en forma alguna de divinidad.

Mutira me confesó su desacuerdo con la norma de la circuncisión que, en sus modalidades masculina y femenina, convertía a los adolescentes en adultos. Aunque consideraba inviable extirparlas por las bravas del hábito colectivo.

—Buena parte de la culpa la tenéis los ignorantes blancos cuando achacáis esas prácticas a creencias islámicas.

Intenté explicarle que me parecían una salvajada y discriminatorias sin excusa contra la condición de mujer. Sin perder nunca una exquisita cortesía, creo que fue en aquella oportunidad cuando más cerca estuve de contemplarlo enojado.

—Qué sabréis vosotros del alma de África. La circuncisión no es musulmana, no procede de religión alguna. La de los jóvenes varones nació para demostrar el valor. Quien grita o llora durante la dolorosísima ceremonia cae en la deshonra. Un acto impropio de un guerrero que contamina a toda la familia. Es también una profilaxis para garantizar la salud sexual de la tribu. ¿Acaso en tu país no operan la fimosis?

Tras una pausa lo bastante breve para no permitir la respuesta obvia —«sí... con anestesia»—, pero suficientemente larga para destacar las frases que esperaban, prosiguió:

—Aunque de modo formal sea propiedad de su marido, que la compra a

cambio de ganado, nuestra cultura permite a una mujer mantener relaciones íntimas con cuantos hombres desee. No se considera inmoral. La familia debe constituirse en apoyo y en herramienta de procreación. El placer puede buscarse al margen de ella. En el caso de las hembras, nadie trata de privarles el goce erótico con la circuncisión, sino de equipararlas al macho en los ritos. Una estricta norma igualitaria que, como casi todas las que en todos los lugares se dictan con ese fin, terminan por provocar el efecto contrapuesto.

»Fíjate —prosiguió— lo sucedido en tu mundo con el trabajo femenino fuera del hogar. Al principio se interpretó como liberatorio: qué era eso de que solo los hombres desarrollasen una profesión. Justo, muy justo. Cuando se generalizó, las chicas fumaban, vestían con pantalones y tenían una profesión lejos de casa. Un gran avance, sin duda. Observa sus últimas consecuencias. La mayoría siguen encargándose de las tareas domésticas, duplican su horario mientras el macho mantiene sus hábitos. Si miras la repercusión para el núcleo familiar, al final todo quedó en que entre los dos esposos trabajan el doble y ella además el doble que él. Todo un adelanto diseñado por los negociantes para que ambos consumieran más y dispusieran de menos horas para la reflexión. Me surgen, entonces, una serie de preguntas: ¿El trabajo es redención? ¿Hemos de considerar más esclavo ser empleado de los tuyos que herramienta productiva al servicio de un extraño?

—No te entiendo, Mutira. Tú, educado en Europa, defendiendo esa salvajada.

—No lo has comprendido—respondió, sin perder ni por un instante aquel tono entre cariñoso y académico que lo definía—. Mutira cree justo que la mujer y el hombre aporten lo mismo. Si los dos han de salir del hogar para buscar sustento y han de cuidar de él a su regreso, lo suyo es que realicen ambas labores por igual. Que cedan al otro la mitad del tiempo en ambos espacios y que cada núcleo humano lo organice conforme a sus deseos. Eso es liberador; lo que hizo vuestra cultura, subyugante: trabajar más para consumir más. Y encima os atrevisteis a llamarlo libertad.

»Elegisteis mal. Lo que siempre se consideró masculino ya no es necesario y con perspectiva se vuelve ridículo. En vez de feminizar al varón, masculinizasteis a la hembra para incorporarle todos los defectos del primero. La consecuencia habitual cuando se dicta una norma a espaldas de los hábitos sociales: provocar el efecto contrario al querido.

»En mi pueblo sucede lo mismo. Lo correcto sería suprimir la circuncisión en los dos sexos. Ahora disponemos de medios sanitarios que convierten la

tradición en crueldad. Ahora ya no precisamos robar ganado, ni inventarnos enemigos contra los que mantener distraídos a los jóvenes.

»Mutira sabe que no posee ningún poder para atraer la lluvia, no tiene fe en Ngai, no puede adivinar el futuro, ni considera necesarias las ceremonias rituales. Por eso regresó de Londres para ser *laibon*, porque desea que los suyos dejen de ratificarse en sus errores como defensa ante el inglés. Aspira a cambiar la ley algún día; pero tampoco cree en revoluciones colectivas, sino en imperceptibles cambios individuales que transforman los modos de vida mediante el sumatorio de conductas. Unidad a unidad, se convence; en grupo, solo se adoctrina. Y todo adoctrinamiento conduce al desastre.

—No digo que no tengas razón, pero me siguen pareciendo bárbaras ciertas costumbres de tu pueblo.

—Todos los pueblos son iguales, chico europeo. Todos se creen elegidos por algún Dios, todos con la exclusiva de la verdad y todos, sin excepción, se perciben distintos al resto. Por ahí comienza el engaño de los poderosos para dominar: el principio de especialización que nos impide apreciar lo global. Compara el tuyo con el mío, no los observo tan diferentes.

Hasta Porky se mostró agradable durante la última cena de campaña. Atrás quedaron las bromas sin gusto, los comentarios ambiguos con nocivos propósitos y las dudas perpetuas sobre nuestra capacidad para acompañarlo en África. Yo me sentía el retrato exacto de la contradicción. Por una parte, deseoso de regresar al relax de las duchas diarias; por otra, apenado por abandonar el lugar y el tiempo en el que con mayor nitidez reconocí la felicidad. Costaba el adiós a la fauna libre, a los atardeceres en Serengeti o Massai Mara, a Mutira, a la ausencia de otros horarios que los dictados por el sol, a los porteadores nativos convertidos en cómplices por la intensidad del trato en la sabana, a ese

sudor perpetuo con el que hacíamos la guerra al calor, al olor a hembra sin lavar y hasta al cretino irlandés que tanto se nos atragantaba en los principios.

—¿Tú crees que volveremos alguna vez? —preguntó Mer durante el paseo nocturno que emprendimos tras la reunión a modo de despedida.

—Mutira —respondí— me explicó el otro día que nunca se regresa. Que

cada instante es único y cada ser, y cada vivencia, únicos también en cada instante. Bueno, él lo expresó a su modo, ya sabes: «Jamás el león caza dos veces la misma presa». Creo que tiene razón.

Entre molesta y desilusionada, quizá por ratificar un hecho que presagiaba, intentó sin demasiado éxito pilotar la charla hacia destinos más afables.

—Joder, tío. ¡Qué luna! Igual de intrigante que la de nuestro estreno y mucho más clara que el sol de medianoche que gozamos en Laponia. Llena, brillante y con ese blanco cálido con el que solo se muestra en el Ecuador. ¿Será la misma que la de aquella primera jornada? Al menos, ella podrá permitirse la permanencia, ¿no?

—La luna siempre es la misma, lo que varían son las circunstancias. La estación, el lugar desde el que la observamos, la limpieza del aire, el clima, las nubes, la contaminación lumínica, el momento, nosotros, nuestro ánimo, nuestra intención...

—Pues ahora mismo mi intención es que claves unas piquetas en la tierra, que me desnudes y me amarres a ellas con las ataduras que robé del equipaje del grupo; quedan muchas y nadie las echará en falta. Que me tumbes boca abajo como si me forzaras. Que me muerdas el cuello, después la espalda, al estilo de los leones cuando inmovilizan a sus hembras... Y que me folles como te dé la gana. Miento, tengo mis preferencias. Te doy pistas, así en plan Mutira, a ver si las aciertas. Primera: nunca empieces a recorrer el camino donde termina. Segunda: para hacer saber a una fiera quién manda, mírala siempre de abajo a arriba. Tercera: el viajero debe detenerse en todas las paradas y adquirir en cada una las provisiones que necesite para la siguiente... Fácil, ¿no?

A esas letras tan explícitas, añadió su característica mirada baja, provocadoramente ensombrecida por la excitante claridad del plenilunio africano. Por unos segundos, quedé perdido en una inoportuna reflexión sobre lo premeditado de su comportamiento. Había previsto hasta lo más insignificante de nuestro en apariencia espontáneo paseo nocturno. Tras la introspección, regresé a este mundo con un beso exagerado. Mitad en solicitud de clemencia por mi inadecuada pausa, mitad en signo de conformidad. Durante la ceremonia, como revelando una inconfesable secreto, susurró muy próxima al oído:

—Ya que nada es repetible, quiero que en esta tierra donde he sido feliz quede algo nuestro. Nuestro aroma a humano sin duchar, nuestros líquidos más íntimos, algún trozo de nuestra piel, nuestras heridas, nuestros sueños

más perversos, aquellos que ni siquiera nos atrevemos a soñar. También deseo que, en equitativo intercambio, nos llevemos puesta alguna cicatriz del Mara y que amanezca con nosotros en cada una de las mañanas que aún nos resten por despertar.

Tras tan turbadora alocución, invirtió de nuevo el registro. Con una mano me apretó con fuerza el rostro, con la otra lo golpeó suave; pero con un gesto agresivo, arcángel del fin del calentamiento y de la salida real del espectáculo:

—¿A qué esperas, cabrón? Ya te he transmitido lo que deseo.

Inicié el ritual sin una imagen exacta de sus expectativas. Cuando comencé a desnudarla, me corrigió:

—¡Así no, coño! Vaya mierda de violador. ¡Rómpeme la ropa, hostias! Arráncamela, incluidas las bragas.

Uno de los puntos que con menor claridad había comprendido de las instrucciones era el tránsito desde el desvestimiento hasta la posición final. Aun bajo el influjo de la noche africana, me parecía cortante eso de dedicarme a clavar piquetas mientras Mer aguardaba desnuda el certificado de fin de obra. Me liberó de la duda al iniciar la felación con que decidí amenizar las tareas de albañilería. A ninguno nos resultó extraño en esas circunstancias que uno de los pinchos se resistiera un poco más del tiempo estándar. Tras anudarla en la exacta postura que había solicitado, comencé a penetrarla. A modo de apuntadora de un actor novato, fue marcando cada uno de los actos del guion. Primero tirones de pelo, después arañazos en la espalda... Al percibir que mi ardor vaticinaba la cercanía del clímax, ordenó una pausa:

—Para, recupera y continúa en el otro orificio. Lubrícalo un poco, sin pasarte, y dale duro hasta que te corras. Mejor si duele al principio. Que el placer venza al dolor, un buen final para nuestra estancia en el Mara.

Al completar el rito amoroso, quedamos tendidos sobre la sabana. Tras liberarla de sus ataduras, ella pronto se rindió a un sueño profundo como de bebé recién amamantado. Yo, a lo mío. A perderme entre la soledad del pensamiento. A buscar respuestas inexistentes a preguntas que nadie cuestionaba. Reflexioné sobre todo lo que en nosotros había influido África. La primera noche no nos atrevíamos a vulnerar el amparo de la tienda por temor a las amenazas de la naturaleza. La última, la consumimos a la intemperie lejos de los fuegos protectores de la civilización. Un modo como cualquier otro de perder el miedo a la vida.

VI. Retorno a Brideshead ⁷

*He dejado atrás la ilusión, [...] A partir de ahora viviré en un mundo de tres dimensiones, con la ayuda de mis cinco sentidos.
(Evelyn Waugh).*

Ya en Madrid, comprendí la diferencia entre empleo y trabajo. Sin otro espacio al descanso que el indispensable para dormir y alimentarnos, el reloj keniano transcurría al ritmo de la carrera de un guepardo. Aquí se volvía infinito el tiempo de despacho. Ni las largas pausas inherentes a la condición funcional convertían en llevaderas las ocho horas mal contadas de mi jornada de supuesta dedicación exclusiva. Con frecuencia, me cuestionaba qué coño harían los demás cuando yo, que me tenía por zángano, alcancé fácilmente prestigio de currante. Como martillo en fragua, golpeaba mis pensamientos una frase de autoría desconocida que grabé de los labios de Mutira: «Una persona no puede ser nada diferente a aquello en lo que cree con pasión».

Si algún convencimiento alcancé en el Mara, fue que no había nacido para labores burocráticas. Me desesperaban las actitudes de los compañeros. Identificaban el aprobado del opositor con la piedra filosofal capaz de convertir en derecho toda forma conocida de obligación. Si, junto a los Abogados del Estado y el ególatra cuerpo de Inspectores de Hacienda, se creían la élite administrativa, mejor no pensar lo que daría de sí un puesto de oficial en el glorioso Ejército español.

Con la aburridísima rutina, regresó también el sueño obsesivo de la infancia. Por encima de amores y desganas, descubrir las facciones del incansable guardián nocturno se había configurado en uno de mis objetivos prioritarios. Al principio, cuando en mi adolescencia creí poner la razón en uso, lo identifiqué con la abuela. A su favor, ese temperamento pausado y la sensación de cobijo que siempre percibí de ella; por contra, no cuadraban ni el género ni la temprana despedida. Alcancé la certeza de que el centinela de mis tinieblas respondería al nombre de un varón y que cada vez que las cosas se tornaban realmente horrendas, él aparecería para apaciguarme y recordarme su existencia. Después convertí a Mer en candidata. Esa irrupción tan peculiar en mi camino, como si todo respondiera a un argumento escrito, y la confianza que siempre me despertó... Aunque incumplía el resto de los

requisitos. Más allá de lo sexual, la contemplaba como el retrato exacto de la pasión: hasta en lo más insignificante empeñaba el alma. Pero paz, lo que se dice paz, no contagiaba. ¿Sería entonces Mutira el ser sin rostro que me aportaba calma en aquel refugio de paredes flexibles que siempre permanecían equidistantes de mi cuerpo?

—Joder, jefe. Todavía no has vuelto de África— afirmó Julieta interrumpiendo mis meditaciones.

La antigua compañera de promoción había mutado en mi laboral mano derecha. No precisaba llamar al despacho cuando conocía de mi soledad, ni solicitar permiso para penetrar en mi cabeza. Y era ella a la única que consentía nombrarme como «jefe».

—No exactamente, tía. Solo intento descifrar el personaje de un sueño.

—A tu belleza pelirroja y a ti os falta dormir y os sobran humos, algunos papelillos de colores, tanta hostia artística y muchas, muchas inyecciones. Me preocupas. Te diviso un poco a la deriva.

—No es eso, Yuli. Solo intento descifrar el personaje de un sueño. Déjalo.

Mer asimiló aún peor la vuelta a casa. El lógico bajón tras el viaje y una simple charla con su progenitor bastaron para destruir más de tres meses de feliz abstinencia.

—Una dosis pequeña y corto. No me encuentro tío, no me encuentro.

Excepto el que mantenía conmigo, que se mostraba si cabe más intenso, fue rompiendo los vínculos con todo aquello a lo que hasta entonces anudó su razón.

—No participo más en nada relacionado con CNT. Esta gente son un puto mausoleo a la incoherencia. Bakunin, Kropotkin, Faure, Goldman... No pueden dejar en paz a los muertos. Consumen las horas en descifrar si su pensamiento rinde honor a los clásicos y si, comparativamente al resto de los correligionarios, cabe considerarlo lo bastante puro como para merecer su respeto. Ni un avance, ni un cambio diferente a oponerse por sistema a todo aquello que huelga a posible. Además, su modelo organizativo es absolutamente inoperante. Tanta asamblea y tanto papo devienen en interminable la decisión de qué hacer de desayuno. Durruti no dejaría en su sitio a uno de estos. Acaban por convertirse en el enemigo que tanto odian. El anarquismo no es una ideología, sino un modo de pasear por la vida que solo desde el arte se puede ejercer con propiedad. Un privilegio de creadores. El resto se llama hipocresía. Cómo puede reivindicarse así un médico, un profesor o un funcionario si comen a costa del puto Estado al que venden sus

horas a cambio de un sueldo más o menos digno. La anarquía es factible para un músico fracasado, un pintor fracasado, un escritor fracasado o un fotógrafo fracasado. Derrochan sus días ajenos a la esclavitud de las manecillas solo sometidos a las normas de la creatividad. Ni te cuento ya de un picapleitos. «Yo soy abogado anarquista», manifestaba el otro día uno de los muchos capullos que circulan por la sede. Gilipollas. Si así te defines, no crees en la Ley. Si te consideras medio decente, no puedes sobrevivir a costa de una falacia. La utopía no es el fin, sino el camino. Solo desde el arte o desde el terrorismo se puede conquistar la libertad. Estoy con Arrabal: un anarquista auténtico debe postularse contra el anarquismo.

»Lo de las identidades territoriales —prosiguió— ya es la polla. Se muestran contrarios al nacionalismo español mientras se entusiasman con el catalán, el vasco, el gallego o el andaluz. Cierto que los punk nos definimos como antitodo, pero en un concepto incondicional a resguardo de excepciones. En eso somos mucho más congruentes: nada merece conservarse y hasta el último detalle se ha de edificar sobre nuevos principios. Estos incluso escriben libros para distinguir los unos de los otros, para justificar el despropósito de convertir lo absoluto en relativo. Más allá del idioma o la herencia cultural, ser español no resulta peor que reconocerse inglés, francés, vasco o catalán. Lo perverso es ejercer con independencia del sitio. Libertarios de las JONS, eso es lo que son.

—Pues podías haberlo descubierto antes —respondí—. Ahora que ya me tenías convencido...

—A ti no hay Dios que te convenza de nada, cariño. Portamos el mismo virus, el que nos impone descubrirlo todo

por nosotros mismos sin maestros manipuladores ni guías espirituales a los que rendir oración. Supongo que por eso me enamoraste.

Honrado ante la imagen que Mer contemplaba de mí, comencé a acostumbrarme a sus arengas nocturnas. Desde que regresamos de África, cada noche pronunciaba una especie de discurso, ya tendidos sobre la cama, con el que dimitía de alguna de las que hasta entonces interpreté como sus más tajantes convicciones. En baldío intento por introducir unas dosis de humor, continué la charla:

—Entonces, ¿qué somos ahora?, cielo. ¿Nos hemos pasado al marxismo?

—Si hay algo que me jode de ti, es ese vicio de interrumpir con ironías una

reflexión severa. Los dos sabemos que solo el de Groucho merece el calificativo de marxismo serio. El otro provoca esa horrible sensación a caballo entre la pena y la risa. La revolución del Che, de Lenin, de Mao o de Fidel pereció un mal día, asesinada por sus adeptos, cuando intentaba atravesar el muro de Berlín. El llamado socialismo democrático no existe: nunca fue ni lo uno ni lo otro. Solo la guardia pretoriana de los capitalistas; la que los protege de sus peores enemigos.

»Nuestro tiempo —continuó— se asfixia en su propia contradicción. El modelo liberal, incorrupto heredero de aquel feudalismo al que sustituyó, funciona. Lo hace a costa de un cuádruple abuso: el de los acaudalados sobre los indigentes, el de los pueblos del norte sobre los habitantes del sur, el del varón sobre la hembra y el de la especie humana, con independencia de su riqueza, género o domicilio, sobre el resto de los seres que moran en la Tierra.

»Todo socialismo crece con la aspiración de combatir los dos primeros. A regañadientes, pues sucumbe a la dominancia del género masculino, incluso el tercero. Pero fracasa al ignorar el último. Como cualquier otro argumento parido por la Revolución Industrial, comparte el antropocentrismo, la raíz de todo mal. Más que les pese, aceptaron el pérfido regalo de las religiones: considerar al *Homo sapiens* como dueño y señor de un planeta que interpretan a su estricto servicio. Cualquier expresión de capitalismo, privado o estatal, se desarrolla sobre el endeudamiento. Una veces monetario; otras, consumiendo recursos que pertenecen a generaciones futuras o gastando en un viaje a Cuenca el combustible fósil que la Gaia tardó milenios en fabricar. De momento solo abonamos intereses. La empresa quebrará cuando corresponda devolver el principal del préstamo.

—Me temo, mi niña, que algún mosquito tanzano te contagió el nihilismo. Hay otras cosas, cielo. La ecología y las feministas combaten buena parte de eso que reclamas y, además, tampoco se encuentra en nuestra mano resolver todos los problemas de la humanidad. A mi me basta con tirar más o menos a mi aire.

—Charly, no parezcas idiota porque nunca lo fuiste. Ningún «ismo» supera nada. Se limita a reproducir idéntica injusticia que la que dicen combatir, pero invirtiendo el signo que la precede. Feministas y ecologistas han decidido aliarse con ideas fallidas. Por más que quieran observar espejismos sobre el horizonte, en nada impregnan a esa izquierda arcaica que eligieron

de compañera de viaje y que las acepta a empujones como una simple moda, como parte de un nuevo envase con el que seguir vendiendo su producto de siempre. La puta dictadura del proletariado que solo cambia al sujeto que la práctica. La gente no huye por gusto de Cuba o de la Alemania del Este. Si vivimos lo bastante, terminaremos viendo al Felipe que ahora entusiasma a las masas o a buena parte de los sindicalistas más notables como dirigentes de alguna multinacional.

»No me he vuelto nihilista. Ejercer de antitodo me parece el único estilo de caminar por este mundo dignamente. No la voy a patentar como idea propia, ya lo describió Orwell en ese 1984 que habré leído mil veces: cualquier forma de subversión, distinta al absoluto derribo, pertenece en realidad al mecanismo diseñado por el sistema para garantizar su permanencia. Todos terminaremos desayunando al ritmo que nos indique alguna pantalla y amando al Gran Hermano justo antes de morir. A eso llamamos madurar.

»Cada vez que un ideólogo, político o agente social se convierte al pragmatismo, nos enseña su placa de policía del pensamiento. La misma distinción entre derecha e izquierda no es hoy mas que otra mentira interesada. La primera se identifica con el Partido Único; la segunda interpreta el siniestro invento de La Hermandad, la perfecta herramienta de control para que todo permanezca invariable. Los conservadores son simples idiotas que se conforman con que su estado no empeore. Los llamados progresistas, unos ingenuos discípulos de un credo religioso. Como ese sionismo que tanto detestan, esperan eternamente la cercana llegada de su mesiánica revolución. Los que de verdad deciden solo tienen que alimentar esa quimera y listo. Todo en su sitio.

Tampoco los colegas de andanzas nocturnas escaparon a la crítica. Aunque nuestros hábitos aparentaran lo contrario, nunca había sentido especial devoción por los dioses adorados en el Madrid de la época.

—La Movida es otra estafa que no moverá nada. Un puñado de niños, hijos de ricos en su mayoría, que se creen genios por dictar frases estrafalarias. Quizá no sea yo la más apta para señalarlo, pero solo tienes que leer sus apellidos. Con cuatro excepciones mal contadas, músicos que no saben ni solfeo o pintores que hallan en la abstracción la excusa necesaria para camuflar su falta de talento. Fiesta, caballo y sexo. Suficiente para divertirse; muy poco para provocar un cambio real.

»Sin que lo estimes corporativismo, los fotógrafos son lo mejor con diferencia del invento. Mínguez, Alix y Ouka sí que son buenos. También el cineasta, aunque me caiga como unas ladillas en los rizos. Tío, esto es más de lo mismo, solo que ahora salimos en televisión. Un instrumento posmoderno para domesticar las masas.

Tras la diaria conferencia, solíamos levantarnos para fumar un par de porros. Después regresábamos a la cama y proseguíamos con una charla que se centraba entonces sobre temas más íntimos.

—¿Tú te los has hecho alguna vez con un tío?

—No, nunca. Ni me lo cuestiono. Ya sabes que la heterosexualidad más absoluta constituye uno de mis peores defectos.

—¿Y cómo puedes afirmarlo si ni siquiera lo has experimentado?

—Pues por la misma razón por la que, sin prueba que lo avale, intuyo desagradable pillarme el prepucio con la cremallera de los pantalones. Ni lo comparo ni juzgo a nadie por sus preferencias. Cada cual es muy libre de gozar de su cuerpo como le apetezca, pero el mismo derecho también me asiste a mí. Simplemente lo ejerzo. ¿A qué viene tan repentina curiosidad?

—Solo pensaba, cariño. No sé. Se me ocurrió.

Tras una breve pausa, insistió en el interrogatorio bajo el inconfundible gesto de que alguna novedad se gestaba en su cerebro:

—¿Y con dos tías? ¿Has probado con dos tías?

—No, tampoco.

—¿Te gustaría?

—No me lo he planteado, cielo. Contigo tengo bastante.

—No te creo.

—Mujer, igual lo imaginé en alguna fantasía sin la perspectiva de llevarlo a cabo. Como supondrás, no elaboro un inventario de ilusiones sexuales. ¿Y tú, te lo has montado alguna vez con varios hombres o con una mujer?

Como si hubiera acertado en la clave del pasadizo secreto de la gran pirámide, Mer se volvió hacia mí, sonrió y comenzó a acariciarme el sexo con esa sutileza que anticipaba los grandes momentos. Casi lamiéndome el oído, respondió:

—Con dos tíos, ni de coña. No me apetece convertirme para ellos en un peluche lleno de agujeros. Qué se la casquen en una batidora si tanto les ponen los experimentos. Menos a ti, creo que en realidad odio al resto. Las chicas somos más sensibles, más sensuales, más capaces de entender el amor como entrega y no como conquista. Ni colocada he pasado de un beso o de

algún «sobeteo» con alguna de ellas, pero... igual sí que me excita. Toca, empapada solo con imaginarlo —confesó, mientras conducía mi mano hacia su entrepierna.

—Supón —insistió— que me lo hago con una niña mona con cierta práctica lésbica. Nada de una camionera de pelo corto y músculos de haltera. Una bollera hembra, digamos, muy femenina y que esté buena. Tú podrías masturbarte mientras nos observas. En premio a la paciencia, como fin de fiesta, te comemos la polla entre las dos hasta que estalles y nos pongas la cara perdida de lefa. Tiene que saber exquisita en el rostro de otra nena.

—También resultaría guapo —continuó— organizar una pelea entre nosotras. Sin otra vestimenta que unas pequeñas bragas, nos untamos sin prisas con aceite de masaje, obviamente la una a la otra. Después empieza el combate. Saldrá vencedora la que primero consiga morder los pezones y conquistar con los dedos cada uno de los orificios penetrables de la rival. El trofeo consistiría en disfrutar sin normas del cuerpo de la derrotada que debería someterse a cualquier deseo de la mujer dominante. Participar del festín sería tu recompensa por ejercer de árbitro. ¿Qué le harías a Julieta, si fuera ella la elegida?

—¿Julieta? ¿No podías pensar en otra candidata? Que yo sepa, Yuli ni es homosexual ni la veo de concursante en ese juego.

—¿Cómo lo sabes si aún no se lo has propuesto? Está muy buena y a veces noto como si se me insinuara. Yo pensaba que te agradaba. Además, entre vosotros se percibe la química. Nadie mejor para el puesto. ¿Qué le harías, repito, si por mi voluntad se viera obligada a satisfacer todas tus demandas?

—Nada. Es mi amiga y me siento incapaz de contemplarla en otro papel.

—Chorradas. ¿Qué le harías?

—No lo sé, Mer.

—¿Qué le harías?

—Déjalo ya, tía.

Cambiando sus humanos gestos por los de un leopardo a la caza, me oprimió con fuerza los genitales hasta extraer de ellos un quejido hondo. Como en una danza a vida o muerte entre presa y depredador, prosiguió sin ni por un instante detener la presión:

—¿Acaso no te apetecería amarrarla a la cama boca abajo, con el culo levantado y bien expuesto, y penetrárselo con cuantos dedos fueran necesarios para causarle dolor? Yo, mientras tanto, me sentaría sobre varias almohadas delante de su cara. La obligaría a comerme el coño para callar sus

quejidos y la golpearía con una regla de madera a medida que me fuera subiendo el gusto. ¿Le harías eso?

—No.

—Mentira. ¿Le harías eso?

—No.

—¿Por qué?

—No lo sé. ¡Para!

—¿No lo sabes, cabrón? Yo estoy segura que sí, no me decepciones. Aunque solo sea para complacerme, ¿le harías eso? ¡Dímelo!

Por concluir una escena que me incomodaba y también a causa de la excitación, terminé respondiendo afirmativamente. Cumplido su anhelo, liberó los testículos y regresó al personaje de adolescente romántica desde el que me solicitó la narración detallada de todo el proceso. Una especie de examen que certificase mi correcto aprendizaje de la lección.

—Eso está muy bien, mi amor. Me fascina tu estilo de contar las cosas. Da confianza que te sinceres conmigo. De momento es solo un boceto; habrá que ponerse a trabajar en ello. Imagina que yo soy Julieta y que acabo de perder la apuesta. Házme lo.

Quedó tan obsesionada con aquel narcótico delirio que durante las siguientes semanas no admitía otra conversación. La idea, según sus palabras, era convertirlo primero en una galería de imágenes, después, ponerlo en práctica si tras el proceso creativo aún la seducía.

—Abandono la abstracción, necesito diferenciarme de esa manada de imbéciles que la emplean como perverso sucedáneo del talento. Pretendo aplicar a las hembras humanas las técnicas que empleamos en África para retratar licaones. Hasta convencer a Julieta, preciso de modelos capaces de olvidar su mojigata educación y transformarse ante una lente en seres salvajes. Quiero captar a las chicas como leonas peleando por su vida en una orgía de sexo y de sangre, ajenas a las normas de los buenos modales. No concibo nada más erótico que el rito de la caza de igual a igual entre dos fieras. Los tíos no me interesan. No me gusta su cuerpo y también me desagrada su actitud ante la cámara. Demasiado artificio, demasiado músculo, demasiada pose y demasiada poca sumisión al personaje. Mejor trabajaremos en casa. El estudio se vuelve muy frío y para este proyecto necesito calor.

Aumentaba mi desconcierto cada vez que comentábamos el asunto. Dudaba si la fantasía sexual nació para inspirar un giro en su carrera fotográfica o todo se integraba en una mera artimaña para someter a Julieta. Ni siquiera comprendía su fijación por ella. Yuli, sin duda, era una tía muy maja, pero para nada espectacular. Al menos en el grado suficiente como para causar en alguien tamaña obcecación. Tampoco apreciaba signos de celos. Ni nosotros concedíamos un pie que lo justificara, ni antes en Mer había observado ese sentimiento. No éramos, no parecíamos, otra cosa que simples compañeros de trabajo en quienes florecía la amistad mediante el natural vínculo del trato.

Poco costó encontrar voluntarias. El prestigio artístico de Mer había crecido lo suficiente como para que sobraran jóvenes ansiosas por enriquecer el currículo delante de su objetivo. Durante algunas jornadas, mi casa se asemejaba al rodaje de *Historia de O*: chicas desnudas o en mínimas prendas interiores, bajo extrañas composiciones y las más inusuales prácticas. Cuando se retiraban, revelábamos los negativos, imprimíamos contactos y ampliábamos las tomas más prometedoras. De modo singular, me atrajo la imagen de una modelo sin ropa con el cuerpo decorado de flujo menstrual.

—¿Cómo se te ocurrió?— pregunté.

—Surgió solo. La tía me llamó, me dijo que le había bajado la regla y que no podía participar sin bragas en la sesión. Se me encendió la idea y ella accedió, eso es todo. A mí también me gusta el resultado. Lo veo un modo de normalizar un tabú, de reivindicar nuestro cuerpo con todo lo que de él entra o sale. ¿Te has fijado en esta? Acaricia a otra chica con las manos ensangrentadas. Cuánto dice y cómo pone. ¿Brutal, no?

—Maravillosamente brutal. Como tú. Brutal, cielo, esa es la palabra.

Prolongábamos la tarea hasta que Morfeo vencía a la vigilia. Tumbados en la cama o sobre el suelo del salón, analizábamos las fotos con el anhelo de encontrar cualquier defecto o algún detalle que las mejorara. Mer entendió que el mecanismo óptimo de retroalimentación pasaba por interpretar previamente los personajes.

—Necesito conocer qué sienten las protagonistas cuando trabajan. Hasta dónde alcanza el dolor, hasta qué lugar el placer y el exacto punto en que comienza la humillación. No se me ocurre otro modo que ponerlo en práctica, tú y yo, la noche antes de cada sesión.

Quedó satisfecha con el resultado de tanto esfuerzo. Transcurridas algunas

semanas, la selección de fotos se aproximaba lo suficiente a lo deseado como para dar por concluido el proyecto y comenzar a plantearse una nueva expo. Decenas de imágenes en un blanco y negro muy contrastado y con una iluminación que, centrada sobre lo superfluo, mostraba con sutileza los rasgos animales perseguidos por la autora. La creatividad característica de quien había nacido para esto transformó en edén de la insinuación unas tomas condenadas en origen al injusto estigma de lo pornográfico. Su arte, como su persona, se construía sobre un equilibrio inestable entre la radiante subexposición de las luces y los matices infinitos de las profundas sombras.

—Cariño, no hagas planes para el sábado. Viene Yuli a cenar y de paso completamos la sesión que en su día dejamos pendiente.

Ni siquiera me atreví a contestar. La alianza entre el transcurso del tiempo y la ausencia de noticias habían convertido aquella conversación, bajo los efectos de la noche y de la marihuana, en una simple fantasía sexual inspiradora de su nueva serie fotográfica.

Durante los días siguientes evité a Julieta. Si precisaba indicarle algo o solicitarle alguna tarea laboral, dejaba una nota sobre su mesa, se la encargaba a otro compañero o, simplemente, la asumía yo. Todo menos cruzar con ella dos palabras. Temía conocer cómo había accedido a las pretensiones de Mer; que me preguntara detalles del programa y sobre cuál sería mi intervención en él. Me atormentaba tanto defraudar a la mujer amada como engañar a mi mejor amiga y participar de una encerrona que seguro le desagradaría. Fue Yuli quien interrumpió el silencio que nos distanciaba.

—Bueno, jefe, mañana nos vemos en tu casa, ¿no? Ya me contó la pelirroja lo de las fotos. Espero que no te moleste. Ha sido una semana difícil y no tuvimos oportunidad de comentarlo. Contigo nunca se sabe, cómo eres tan rancio.

—No estás obligada a acudir si no quieres. Igual hasta me hacías un favor.

—Pero qué desagradable te pones, hijo. Cómo os voy a meter plantón. Me hace ilusión posar para vosotros y, además, es la primera vez que una chica me invita a cenar bajo el requisito de acudir con tanga y sin sostén. Lo mismo salto a la fama como modelo y me despido cagándome en la mesa de mi superior. Solo confío en que no nos pasemos mucho con el ácido, yo no estoy tan habituada y no me gustaría dar el espectáculo.

También, en lo posible, aplacé tratar el tema en casa. Fue Mer quien tomó la iniciativa en la noche del viernes previo a la cita.

—Mañana tenemos lo de tu amiga. A ver qué tal. Me atrae la propuesta.

—¿Qué le dijiste?

—La verdad.

—¿Qué verdad, Mer?

—Qué le voy a decir. Que estoy interesada en una sesión fotográfica íntima, un tanto especial, y que ella daba el papel. Que primero cenaríamos y después nos pondríamos un poco con ácido para estimular la creatividad.

—¿Qué más, Mer? ¿Qué explicaste de esa sesión tan especial?

—De qué vas, tío. Esto parece un interrogatorio del KGB.

—¿Qué más, Mer? ¿Qué detalles facilitaste a Yuli?

—Joder, todos los que me solicitó y todos los que pudieran resultar de su interés. Le pedí que se vistiera con braguitas lo más diminutas posible y le informé que, para las imágenes, prescindiríamos primero del sujetador y más tarde del resto de la ropa. También que en la sobremesa disfrutaríamos algunos cortos de sexo lésbico para entrar un poco en situación, que tú nos retratarías mientras nos aplicábamos recíprocamente aceite corporal y que, después, nos dejaríamos llevar por el ácido, compitiendo en algún juego erótico cuyo reglamento acordaríamos durante el masaje. También que la derrotada debería someterse a las fantasías sexuales de la otra en las que tú, como árbitro del torneo, podrías participar si era ese el deseo de la ganadora. En esta fase, tendría colocadas varias cámaras con autodisparador para captar las tomas. De otro modo, nunca conseguiríamos salir los tres. ¿Más que suficiente, no?

—No lo sé. Eso debes valorarlo tú en función de tus objetivos últimos en esta historia.

—Cariño, no hay una finalidad preconcebida. Completar una novela gráfica con imágenes que solo entre nosotros podemos lograr. Ayudarnos de las drogas y de la excitación sexual para concebir escenas relevantes y dejarnos conducir por sus efectos hasta donde lleguen. No quiero actores que interpreten, sino seres que sientan de verdad. Pensé que con tu amiga te encontrarías más cómodo, no más. No vamos a someter a nadie a nada que no desee.

»También, desde el punto de vista personal, quiero comprobar cómo te entiendes con Yuli. Si algún día falto, estoy segura que será ella quien ocupe mi puesto. Con el acto creativo, dictaremos un conjuro por el que me haréis presente cuando en mi ausencia os améis.

—Estás loca, tía. Como una puta cabra loca.

Desperté el domingo a mitad de mañana. Mer, desnuda sobre las sábanas, con un ciego que medio en sueños invitaba a confundirlo con la muerte. Solo me tranquilicé tras comprobar que respiraba. Al incorporarme, caminé hacia la cocina en busca de agua. Dios, ¡qué sed!, ¡y qué desastre de casa! Digna de una fiesta de adolescentes abandonados por los padres durante el fin de semana. Me reconocía incapaz de hallar un solo objeto doméstico en el lugar acostumbrado. Sobre el sofá del salón, aún sin ropa, encontré a Julieta con signos inequívocos de un profundo colocón como si ella sola hubiera vaciado Afganistán de toda sustancia tóxica. En parte por la resaca y también por eludir el encuentro matutino con mi amiga, decidí regresar al dormitorio, esconderme bajo la almohada y esperar que las horas resolvieran lo uno y lo otro. Qué dolor de cabeza y qué pesadez en el alma, avivados ambos por la ausencia de recuerdo alguno sobre lo acontecido. Por fortuna, o quizá por desgracia, quedarían las negativos como neutral testimonio de aquella velada.

Cuando ya el lunes, coincidí con Yuli en la oficina, se interesó:

—¿Qué tal las fotos?

—No lo sé. Aún no las he visto y tampoco consigo acordarme de nada.

—Uff, no me extraña —respondió—. Yo solo conservo imágenes vagas, así como flashes dispersos en la memoria, y un resacón de la hostia que aún me dura. Supongo que nos pasamos cinco pueblos con las drogas. Sin duda, una experiencia única. No imaginaba que esto del arte resultara a la vez tan gratificante y tan duro.

Mer se las ingenió para negarme el acceso a las tomas. Por más que yo insistía, siempre hallaba una excusa que imposibilitaba comprobar el resultado de la sesión. A Julieta le envió unas cuantas copias ampliadas a papel en agradecimiento a su contribución a la obra. Otras pocas, las incluyó en el catálogo final de su nueva muestra pública. El grueso de aquellas imágenes, involuntarias testigos de una larga noche de ácido y sexo, quedaron para siempre bajo su custodia.

VII. El ángel exterminador ⁸

Es preferible la muerte a este ambiente tan descuidado.

(Luis Buñuel)

Tras la exposición, otro éxito de ventas a muy buen precio, se intensificó el idilio de Mer con la heroína. Lo achaqué en principio a unas críticas que no se mostraron tan benévola y unánimes como hasta entonces. Desde los gurús de la vanguardia, quizá porque dimitió de lo abstracto para aproximarse a un realismo dramático más condescendiente con las formas clásicas. Los ortodoxos observaban de reojo su vecindad a lo que calificaban sin reparos de pornografía. Sí conquistó el aplauso del público neutral y del creador honesto, ese que, sin banderas en las que catapultarse, observaba en su último trabajo la natural maduración del genio. Llegó a rechazar un buen puñado de billetes que publicaciones más o menos eróticas colocaron sobre el mostrador con la pretensión de incorporarla a su plantilla.

—No me apetece gastar mi arte en retratar tetas de famosas. Mis escenas deben transmitir. Un mensaje, un sentimiento o al menos un concepto de la estética. Disparo para ensalzar a la mujer, jamás para convertirla en paja de babosos.

Tampoco ayudó el último intento del padre por ablandar sus diferencias. Aunque nunca identifiqué con exactitud el árbol del que procedía, la sombra del pasado se manifestaba tan densa que le volvía incapaz de mantener ni siquiera unos modales más o menos acordes con el parentesco. Sin dudar de la bondad del propósito, afiló el antagonismo entre ellos.

—Te odio, Papá. No quiero saber de ti. De tu dinero, del patrimonio de la familia o del apellido con el que a la fuerza tengo que cargar. No hay olvido, no cabe el perdón. No quiero volver a escuchar tu palabra.

Yo, en ese momento, ya había decidido dimitir de las cucharas. Por costumbre o por motivos estrictamente lúdicos, me mantuve en el consumo de otras sustancias malsonantes. La incipiente necesidad de refugiarme en una aguja en cuanto algo se torcía, terminó de empujar una determinación que maduraba casi desde mi primer contacto con el opiáceo. Por pura herencia cultural, no terminaba de valorar como positivo algo que, con la inmediatez del rayo nacido de la tormenta, transformaba la angustia del suicida en la felicidad más intensa que puede soportar el ser humano.

—Es la última vez que me «pico». Y me gustaría que adoptases la misma estrategia ahora que aún estamos a tiempo. El «caballo» es otro artilugio de dominación. Si su paz no fuera ficticia, si no se volviera mortíferamente nociva, se vendería en los supermercados como la valeriana o las cápsulas de alfalfa. No será esta revolución la que haya de conducirme hasta la tumba.

Continuaba proporcionándosela, un poco por la incapacidad de negarle nada y también por el temor a que fuera a buscarla a los dudosos ambientes en que se obtenía. Cualquier cosa menos exponerla a la canalla de Embajadores, de los polígonos de Villaverde o de los infames colonos de la Celsa. Aunque algún o alguna idiota calificase hoy ese gesto de machista, me acusaran de lo que me acusaran lo repetiría por mil veces en mil vidas. Los de la glorieta del Rastro y los poligoneros no eran más que unos pobres desdichados pese a la chungu apariencia. A cambio de una papelina con la que saciar su angustia, se exponían al sida, a la pasma o a terminar las horas entre los deshechos de un vertedero a poco que incumplieran algún plazo. A la gente de los poblados la fabricaron con otra materia prima. Típicas mafias, casi todas de etnia gitana, que encontraron en el «negocio» el lucrativo sustituto al legítimo comercio de mercadillo o al injusto tópicu del robo de gallinas. Millonarios vendedores de la muerte en humildes escaparates de hojalata.

La fortuna quiso que Antonio, el único poli al que en algún momento sentí como amigo, alcanzara destino en la unidad madrileña contra el narcotráfico. No solo advertía de redadas y aconsejaba buenos proveedores, sino que directamente nos pasaba el «jaco» procedente del decomiso. Las ventajas de mantener amigos hasta en los lugares menos dignos en los que uno puede ganarse el alimento.

—Cuando pillamos un buen alijo, nadie es capaz de determinar si allí había tres o cuatro kilos. Una mayoría lo hace para enriquecerse; yo, por cariño hacia un colega. Me parece legítimo.

También nos regaló un exacto medidor de pureza. Mientras las dosis se mantuvieron dentro de lo sensato, no adquirimos la convicción del riesgo. Solo cuando se aproximaron al límite de lo compatible con la supervivencia, un leve error de cálculo o cualquier alteración de la química transformaba la droga en la más infalible de las asesinas. Casi un gramo diario convertía cada agresión a las venas en una macabra apuesta a todo a nada con la muerte como premio al menor yerro.

Con Antonio, la amistad caminaba desde lejos. Compañeros de andanzas

en el bachiller, una buena pieza para completar cualquier puzzle que incluyera la ilegalidad entre sus elementos. Pocas cosas me sorprendieron más que su ilustre ingreso en el ilustre cuerpo. Tras el reencuentro en la capital, compartimos con él algunos de nuestros minutos más intensos: aquella grabación del Rock and Ríos de Miguel, las eternas madrugadas en la calle del Pez o las patrullas nocturnas a medias con el compañero en los vehículos camuflados de «la secreta». En una de ellas, en San Blas, conocimos lo arriesgado de su oficio. Al final no pasó nada, pero nos acojonamos cuando en una de las callejuelas características del barrio, los dos cargaron las armas. A horas impropias, una simple furgoneta de reparto bloqueaba el pavimento. Falsa alerta e impulsiva reacción ante el fundado temor a una emboscada. Nunca un onomatopéyico clik-clak horadó tan hondo nuestro cerebro.

Supongo que también por puro agotamiento, Mer suspendió toda actividad con la cámara. Por el día, apenas se levantaba de la cama; tras el crepúsculo, gastaba las horas en el diseño de una colección de zapatos que la obsesionaba desde tiempo atrás. Nuevas formas, nuevos materiales exentos de cualquier sustancia de origen animal con el objetivo confeso de «crear moda sin sangre». Ahora lo denominaríamos depresión y lo trataríamos con algún veneno diseñado por Bayer y con siete u ocho meses de baja laboral; entonces, en nuestra ignorancia, lo calificábamos ingenuamente como una mala racha.

— Charly, voy a dejar la fotografía por algunos meses. Ya no me llena y no sé hasta que punto compensa tanto esfuerzo. Con la pasta que pillamos de la última expo y con tu sueldo, podemos tirar hasta que las ideas se vuelvan más claras.

»Tú también deberías olvidarte de la cámara. La verdad es que eres bueno, de largo mejor que yo, aunque parezca herirte cuando lo refiero; pero muy, muy lento. Tus cosas, tío. Tus complejos. Los que te impiden reconocerte cuando te observas ante un espejo. Los que te hacen salir huyendo si alguien escarba en esa fachada de sobrado tras la que ocultas tu intenso modo de sentir. Un desquiciante obseso de la perfección y del orden interno bajo el disfraz del ácrata despistado. Todo en ti es ajedrez y todo también sentimiento. Me fascinan esas imágenes oscuras, simbólicas, donde lo que solo se adivina se sobrepone a lo que se muestra explícito. Pero como tengas que vivir de esto, los reportajes de boda para Semana no llegan a tiempo ni al divorcio. Mejor que te centres en escribir y abandones lo demás. Incluido ese

curro de mierda que te hace infeliz. Si de veras te lo propones, antes o después alcanzarás el éxito. El que deseas, según tu definición subjetiva del término. Nadie como tú para describir esos abismos en los que todos caemos. Aunque ninguno de los dos llegaremos a verlo, alguna vez se estudiarán tus textos en los colegios. Esté donde esté, sé que me hará feliz. Abismos, por cierto, bonito nombre para un buen libro de versos.

—¿Qué te pasa, cariño? Casi no te reconozco desde que volvimos de África y mira que ya hace.

—No lo sé. Me siento como en *El ángel exterminador*. Atrapada en una mansión burguesa de puertas y ventanas abiertas sin la capacidad de huir hacia el exterior por algún motivo que desconozco. Solo los sirvientes poseen libertad de movimientos. Y ni tú ni yo nacimos para convertirnos en eso.

—Aunque no provenga de México, el «caballo» —contesté— se parece bastante al palacio de los Nobile descrito por Buñuel.

— No es eso o tal vez... Causa o efecto. No lo sé.

Nada mejoró en los meses siguientes. La dependencia de Mer comenzaba a situarse en registros de inflación iberoamericana. Su carácter se tornaba gris por días y se volvieron comunes arranques de cólera incontenida cada vez que intentaba aplazar una nueva dosis. «Al menos —me decía en baldío consuelo—, no dependemos de “cundas” ni camellos y ganamos la pasta suficiente para no estacionar la vida en los arceles proscritos de la marginalidad». Prisionera de la abstinencia, su comportamiento se devenía impredecible. Sin aduana en la que detenerse a abonar aranceles, alternaba el llanto con la risa, la euforia desbocada con la depresión más devastadora y las demostraciones de afecto incondicional con tenebrosas entregas de violencia gratuita. Autolesiones, lanzamiento de cubertería hacia quien solo intentaba mimarla y la destrucción voluntaria de objetos domésticos se convirtieron en nuestro horizonte cotidiano. Pasado el temporal, se arrepentía y era entonces el infundado pánico al abandono quien se adueñaba de su voluntad. Hasta las solicitudes de clemencia o de perdón se manifestaban excesivas.

Mi raciocinio navegaba entre dos fuerzas de impulso contrapuesto: sabía que la sensatez ordenaba salir de aquel infierno sobrevenido de agujas y cucharas, pero ni podía ni quería alejarme de ella y arrojarla a un vacío infinito del que nunca sería capaz de escapar. Mer era Mer, mi amor, mi

chica, primaran los oros o fueran los bastos los más valiosos de la baraja. Como si algún aliento interior me obligara a inmortalizarla, gastaba las horas retratándola en cualquier circunstancia. Las noches de insomnio, la mayoría, revisaba la tomas buscando una causa, quizá una salida o simplemente deleitarme en contemplarla sin las cadenas que le impedían ejercer de la criatura que conocí años atrás. Me agradase o no, ya no era la dama de ensueño con la que compartía almohada, sino una imagen en papel merced a la química del haluro de plata.

De todas las que capté, la encontraba sobre todo en tres. Una primera, tumbada sobre la cómoda del salón en posición semifetal, ataviada con una especie de viso y esa mirada un tanto difusa con la que confesaba su infantil terror a la soledad. La composición me gustaba. Muy ella en cualquier punto en que detuviéramos la vista. La antítesis entre una mujer tan bonita y tan alta y el pequeño mueble sobre el que posaba acurrucada. Fuerza, miedo, dominio, sumisión, luces suaves y sombras muy contrastadas, dependencia, genialidad, tristeza, obsesión, dulzura, el peso de un apellido del que siempre renegó, daño irreversible —probablemente en la infancia—, carencia absoluta de esperanza, lo que debió ser y nunca sería, una pequeña niña mimada, un huracán sin mordaza, una sugestiva criatura inocente contaminada por un ajeno pecado original, una persona complicada, mis mejores momentos, mis peores días, lo que querría que nunca terminara, lo que me enseñó a apreciar la vida, lo que me la robaría... Un ser intrínsecamente dañino, incapaz de causar mal a nadie diferente a él mismo. Todo eso y mucho más me transmitía esa instantánea en una especie de *flashback* imaginario que adquiría formas distintas cada vez que la contemplaba.

La segunda, la tomé en un paseo veraniego por Bolzano, una localidad alpina del norte de Italia cercana ya a la frontera con Austria. Hasta allí viajábamos con cierta frecuencia para visitar a su familia italiana, la única que reconocía como tal. Al llegar a una plaza, le pedí que agarrara por dentro la verja que protegía el soportal de algo parecido a un convento. Ya con incipientes signos de deterioro físico y con esos ojos intensos que delataban la confianza en quien se hallaba al otro lado del objetivo, elevó la cara y disparé el diafragma. De las pocas ocasiones en que una imagen crece en el papel tal cual la concibió el cerebro. Mer, la puñetera valla que nos separaba, una cámara y yo. Y una eterna pregunta en el viento: ¿en cuál de los dos lados habitaba la libertad que tanto codiciábamos?

La tercera, más explícita y mucho más extrema, la obtuve durante una

personal práctica íntima. Igual que gozaba de pasear desnuda por la casa, prefería vestirse para disfrutar de la bañera. Una de sus aparentes rarezas para las que siempre terminaba encontrando causa capaz de convertirla en racionalidad. Un bikini y una camiseta estrecha formaban su atuendo predilecto para introducirse en ese agua caliente, casi hirviendo, que tanto la relajaba. Resultó una captura muy compleja. Tan reducido espacio como el del cuarto de baño obligaba a un angular corto que provoca inevitablemente ciertas deformaciones en los objetos cuando se enfoca a poca distancia. Al final conseguí la composición deseada: Mer en la bañera con toda la ropa empapada y con su rostro emergiendo angustioso para ingerir una copa de alcohol con hielos que consumía casi cubierta por el agua.

No supe interpretar con certeza el significado de esta instantánea. Por alguna de esas razones apócrifas que constituyen fuente del conocimiento, me recordaba una producción de 1983: *The Hunger (El ansia)*. Basada en la novela homónima de Whitley Strieber, su película predilecta.

Ignoro si sería un reparto integrado por una buena síntesis de los mitos de la época —Catherine Deneuve, Susan Sarandon, Bowie...—, una historia rara sobre vampiros contemporáneos o ese *Bela Lugosi's Dead* de Bauhaus que tanto nos cautivaba, pero desde su estreno en España, el debut filmográfico de Tony Scott se convirtió en texto constitucional de nuestro romance. En el cine, de alquiler en aquellos videoclubes que entonces hacían furor o directamente pirateada en VHS, cada vez que la contemplábamos, nos servía para extraer nuevas interpretaciones, para comprender nuestra vida y nuestro tiempo y hasta para iniciar el rito amoroso. Tumbados en el salón, costaba proseguir con la peli sin «pausas». Resistirse al embrujo de la sutil escena de amor lésbico entre las dos principales protagonistas... con el *Dúo de las flores* de Delibes como fondo sonoro.

El guion en sí no parecía para tanto. Miriam Blaylock, acaudalada coleccionista de piezas del Renacimiento residente en Manhattan, escondía un lúgubre secreto. Era un vampiro sin fecha. Una recopiladora de amantes a los que convertía en instrumentos para huir de la clausura. Seducidos por su belleza, quedaban atados a su vida al contaminarlos con algo semejante a un virus mediante la tradicional técnica del mordisco en vena. La víctima padecería desde entonces un insaciable ansia que solo se calmaba al consumir

sangre humana recién manada de algún cuerpo. En premio, obtenía una casi eterna juventud. El proceso se invertía a partir de un determinado momento envejeciendo en unas pocas horas lo que se mantuvo intacto durante siglos.

Un vulgar relato de elegante terror, narrado con un ritmo lento hasta lo desesperante, que nosotros tradujimos en reflexión sobre la soledad, la dependencia, la alentadora y a la vez terrible sensación de saberse diferente a los mortales, el dominio, la pasión, la necesidad de experiencias excitantes, la condena de la despedida a seres que se integraron en nosotros, la ley no escrita de que la supervivencia impone adaptarnos a tiempos extraños, el valor del arte... El ansia. El impulso que nos mueve, aunque no conozcamos ni por qué ni hacia dónde; el que nos mantiene vivos por encima incluso de la voluntad, y a veces, también el que nos empuja hacia la tumba. El ansia, la partícula elemental de la existencia cuántica.

Hasta la Celsa me condujo la vida en pocas ocasiones. Resultaba raro que, con todo lo que se incautaba, Antonio no pudiera apartar lo preciso para las necesidades básicas de Mer. Fue él quien me aconsejó el poblado chabolista para épocas de escasez:

—Es lo mejor. Los clanes gitanos son gente peligrosa, sin escrúpulos, que obedecen sus propias normas, construidas para conceder justificación ética al modo en que parasitan al resto de la sociedad. No encuentro nada respetable en ellos, pero cuidan su negocio. Buena mercancía y buenos precios. Aunque resulte raro emplear el término en tan indigno oficio, en lo suyo son peña de fiar... siempre que pagues.

Aún sin construir la autopista de circunvalación M-40, no resultaba difícil acceder en coche desde la zona de Entrevías. Si aparcabas en los alrededores de la plaza del Pozo del Tío Raimundo, te plantabas allí caminando en diez minutos. También desde la Nacional IV, tomando la antigua carretera de Villaverde a Vallecas. Lo más seguro era contratar algún «cundero» que, calle de Embajadores abajo y por un precio contenido, te guiara en su auto hasta la misma puerta sin tener que someterte al control de acceso de los «vigilantes de seguridad». Una vez junto a las ruinas de la antigua fábrica de cerámica que daba nombre al poblado, el espectáculo se tornaba desolador: decenas de yonquis deambulando cual cuerpos sin alma en espera de una

dosis con la que salvar el día.

El fuego encendido en el interior de la chabola se traducía por existencias a la venta. También lo usaban como medio para deshacerse de ellas en el caso de que la poli realizara una visita. Además de en billetes, lo usual entre quienes podíamos permitirnoslo, se admitía también el pago en especie: chatarra, cualquier tipo de objetos de cierto valor —igual daba su origen, nadie iba a exigir el título de propiedad—, o si eras tía del gusto del gitano, en un griego o una mamada a su conveniencia. Cualquier cosa por una papelina. Las menos afortunadas ofrecían sus servicios por los alrededores, entre vehículos abandonados y toneladas de basura, a los clientes que aún no habían caído en la miseria. Hombres abundaban menos en esa actitud. La homosexualidad se hallaba mal vista en la mafia de los patriarcas y el machismo rancio de los del gremio convertía en imposible ser atendido por una dama. El narcotráfico, como el brandi Fundador anunciado en la tele de entonces, era cosa de varones. Para ellos resultaba mucho más «decente» financiar las compras pegando un «palo» que colocando su cuerpo al servicio de la causa. Una pena, un asco. Todo. Dos sentimientos que aumentaban con solo imaginar a Mer en esa tesitura. «Antes me moría o la mataba», pensaba absurdamente en instantes de desesperación.

Pese a su fama, por fortuna la sustancia no resultaba tan cara como suponían las gentes de bien. La cotización dependía de las condiciones del mercado. En una dosis media, podemos considerarla equivalente a unos pocos paquetes de cigarrillos de los de hoy. Un buen agujero en el bolso de las clases humildes; nada insalvable para quienes disfrutábamos de una economía personal más o menos próspera. Tampoco se mostraba especialmente adictiva. Otro error común, suponer que con cuatro «picos» ya quedabas enganchado para siempre. Como todos los opiáceos, la heroína precisa de un consumo habitual relativamente prolongado hasta convertir la costumbre en necesidad. Alcanzado ese punto, lo peor lo provocaba su altísimo efecto tolerancia que obligaba a incrementar de continuo la medida para mantener la eficacia. Los problemas se multiplicaban. A su —ahora, sí— elevado coste, se unía el acortamiento de los tiempos entre tomas y el riesgo de que una de ellas superase el umbral máximo soportable por el organismo humano y sobreviniera una muerte difícil de evitar. Poco importaría entonces que los forenses encontraran en un paro cardíaco por reducción de la tensión arterial, en un edema pulmonar severo o en el simple olvido de respirar, la causa última del fallecimiento. De ahí la importancia de

mantener a la víctima despierta en caso de accidente.

Para una mayoría, se volvía imposible financiar la droga sin trapichear con ella. La ilustración exacta de la Ley de Say, uno de los principios básicos del liberalismo económico: toda oferta crea su propia demanda. Las célebres sobredosis que se llevaron por delante a buena parte de la juventud de la época no las causaba un exceso de vicio, como querían suponer las personas respetables, sino una proporción de morfina pura superior a la usual o el debilitamiento de las defensas orgánicas provocado por la propia adicción. Nada de eso dependía de los consumidores.

Tras un par de visitas a la Celsa, costaba no alistarse a un racismo creciente que identificaba a la etnia con el negocio de la muerte. Ellos, los clanes, en principio no consumían. Provocaba repugnancia escuchar en los medios a los patriarcas defendiendo sus derechos y sus supuestas leyes bajo la amenaza de tildar de segregacionista a quien no aplaudiera el chiste. Un buen número de amistades gitanas me libraron del error de confundir la raza con la mafia. Buenos y malos, los parieron de todas las leches.

La colección de zapatos fue un nuevo éxito que unir a su lista de fracasos. Ante la imposibilidad de controlar en su estado todo el proceso, simplemente cedió los diseños a una conocida fábrica toledana que se encargó de distribuirlos con su marca. Ganó dinero, también nombre como diseñadora, pero a cambio de percibirse una especie de prostituta artística.

—Vaya mierda. Los tíos se habrán forrado vendiendo cuero. No era eso. Calidad alta a precio razonable y una estética alejada de lo usual, fueron los objetivos con los que la concebí. Nada de asesinar bovinos para que una cursi vista sus pies de elegancia. Se trataba de investigar en nuevos materiales capaces de crear belleza sin la muerte del animal. Demasiado para un puto comerciante. No volveré a hacerlo.

Otra puerta que se cerraba. Otra ilusión desilusionada que invitaba a gastar las horas tirada sobre la cama o abrazada al sofá de un salón entristecido por la ausencia de esperanza. Entre dosis y dosis, ya casi tres diarias, aparecían por momentos esa sonrisa y ese genio endemoniado que antes la caracterizaban. Después, nada. Un mueble, un objeto inanimado, un juguete caído en desgracia a la espera de que su propietario decidiera archivarlo para siempre en el almacén de los recuerdos de la niñez.

En tan oscuro teatro, cada instante alcanzaba para mí el sonido de la despedida. Me sentía como el espectador de una película de duración indeterminada de la que conocía el desenlace y solo restaba definir el exacto segundo en el que los créditos anunciaran el fin de la historia. Bajo la perpetua amenaza de que el beso mañanero con el que iniciaba la jornada tuviera que recordarlo como el último, el trabajo se convirtió en el refugio en que guarecerme de tan adverso clima. Ni siquiera conseguía centrarme en él. Cuando por cualquier razón me ausentaba de casa, telefoneaba tres o cuatro veces sin otro objetivo concreto que cerciorarme de que aún podía responder.

Por la oculta capacidad de adivinación que de algún modo todos poseemos, me sobresalté cuando Julieta me transfirió con urgencia su llamada.

—La he jodido, cariño. Perdóname. La he jodido y te he jodido a ti. Me queda nada. La he jodido. Perdóname.

—Voy para allá, cielo. Sobre todo no te duermas. Camina, vomita, chilla, rompe platos o pega golpes a las puertas... pero, por favor, no te duermas.

Aunque disfrutaba del privilegio de trabajar a diez minutos andando de casa, algo infrecuente en una gran ciudad, pocas veces se volvió más longevo un trayecto tan breve. Su voz, su tono, su desesperación no concedían espacio al optimismo. Apenas se la entendía. De sus desfiguradas palabras, comprendí que se había inyectado de una nueva partida sin comprobar previamente la pureza de la droga. Una imprudencia temeraria que, según la gravedad de la intoxicación y la inmediatez o no de la asistencia médica, podía pagarse con la vida.

Antes de escapar literalmente de la oficina, avisé a los servicios de emergencias. Durante el camino, de modo tan involuntario como extremadamente preciso, paseaban por mi mente cada uno de los instantes que recorrimos juntos: Marquee, Rockola, los frecuentes viajes a Londres, Italia, África, nuestro domicilio de la calle del Pez Volador, las distintas dependencias de la vivienda, los conciertos, las exposiciones, la aproximación a las malditas drogas, el espíritu de cambio que nos inundaba, la confianza en un futuro mejor, la certeza de participar en una revolución capaz de rescatar nuestro país de un atraso de siglos, las noches de fiesta en Malasaña, sus convicciones éticas sobre el trato que los humanos debíamos a los otros habitantes del planeta, el ecologismo radical, la mirada cruel con la que ridiculizábamos a los cantautores de la generación anterior, las detenciones por manchar con sangre los abrigo de piel de las gentes adineradas, su pésimo mal carácter, la adorable pasión con que todo lo

emprendía, el desmedido terror al abandono, la aparente seguridad en sí misma, la decepción profunda por todo cuanto antes la ilusionaba, la infinita dulzura de los momentos dulces, su inteligencia pantagruélica, la confianza sin límites que en mí depositó, el cabrón de su padre, la pésima relación con los ídolos culturales del momento, su bondad intrínseca, la ternura de sus noches y sus días, su arrogancia, la insolencia con que adornaba el disfraz que la protegía...

En nada me sorprendió el horizonte que divisé al entrar en casa. Mer, tendida en el salón, intentaba arrastrarse por el suelo a la espera de la ambulancia en una lucha sin trampas por la supervivencia. Los dos sabíamos que de llegar a dormirse con ese grado de intoxicación jamás despertaría. La levanté y portándola casi en volandas procuré que caminara.

—No te pares, bonita, no te pares. En nada llegarán los médicos y todo saldrá bien.

Próxima al coma, acertó a balbucear:

—No te esfuerces, mi amor, la he «cagao». Te quiero.

Nunca supe con seguridad cuánta heroína pillaron en mi casa. La suficiente como para tardar dos noches de comisaría en convencer a los polis de que su único destino era el consumo de una adicta. Pese a mi natural predisposición contra ese oxímoron que conocemos por fuerzas de seguridad, he de confesar que me trataron más o menos con corrección. Tampoco es que sirvieran desayunos a la carta, pero ni siquiera durante los persistentes interrogatorios, me pusieron la mano encima. Cuatro voces, algún numerito de cabaret barato para intentar que revelara la procedencia de las drogas y poco más. Como resultaba evidente, no dije una palabra. Yo no vendía, yo no compraba, yo no consumía y carecía de la menor idea de cómo habrían llegado hasta allí esas sustancias. Solo me interesaba sin respuesta por el estado de Mer.

—Chico, mientras te encuentres aquí, las preguntas las hacemos nosotros. Ya tendrás tiempo de enterarte de lo que quieras.

Me puso al día el jurista que contrató mi padre para asistirme durante la detención. Luego conocí que hasta mi jefe había movido pieza solicitando al ministro que intercediera en el caso. Algo bueno habría de tener ocupar un puesto tan cercano a la política.

—Ya he conseguido sacarte de aquí. En unos minutos recuperarás tus

pertenencias y quedarás en libertad sin cargos. Te espero fuera y, si quieres, tomamos un café.

Al salir, en efecto, uno de los polis me entregó mis objetos personales con un tono amable que, de no ser por la procedencia, hubiera interpretado como cariñoso:

—No queremos verte más por aquí. Esto lo hallamos en tu domicilio durante el registro. Ya no hace falta como prueba. Creo que va dirigido a ti y pensé que te gustaría conservarlo. Suerte, chaval, y aléjate de toda esa mierda.

El puñetero abogado me confirmó lo que ya intuía. Ante mi insistencia al preguntarle por Mer, respondió:

—Al parecer no pudo superar la crisis y creo que la enterraron ayer. Lo siento. No estoy muy informado, pero ha salido hasta en la prensa. Su familia es muy conocida. Te llamo un taxi si quieres. Debes estar agotado.

Mientras el tipo pagaba la cuenta, ojeé el ABC que prendía de la barra. Casi sin querer, me topé con una esquela:

aría de las Mercedes Romero de Tejada y Rossi. Falleció en Madrid, de muerte repentina, el día 9 de septiembre de 1987, a los veintisiete años de edad, habiendo recibido los Santos Sacramentos. D.E.P.

Sus apenados padres Sancho y Gabriela, su hermana Ana, tíos, primos, demás familia y amigos, la recuerdan con cariño y ruegan una oración por su alma.

El funeral por su eterno descanso tendrá lugar el 26 de septiembre, a las 19:30 horas, en la parroquia de San Francisco de Borja (calle Maldonado, número 1), Madrid.

Al llegar a casa, tomé conciencia de que ya no estaba. Allí quedaban sus cosas, su olor, sus ambiciones, sus locuras, sus cuadros, sus fotos, sus nostalgias... Por vez primera desde que adquirí el grado de adulto, sentía la fatal ausencia de su cuerpo. Como un crío preso de sonambulismo, recorrí cada dependencia. Quizá bajo la esperanza de encontrarla detrás de alguna puerta, con su mirada insolente, desafiando a ese mundo con el que tan poco simpatizaba. En la que hasta entonces había sido nuestra alcoba, me derrumbé a llorar sobre la colcha. Se cruzaban en mi cabeza sentimientos de impotencia, de terror ante la idea de continuar camino sin ella, de culpa infinita por no haber hecho lo suficiente para que sobreviviera. «Tal vez — pensaba— debí obligarla a dimitir de aquellas criminales jeringuillas. Tal vez

no debí ser yo quien le facilitase la sustancia. Tal vez no debí dejarla sola la última mañana. Tal vez debí abandonarlo todo y haber inventado la manera de quedarnos en África. Tal vez debí ingresarla por la fuerza en algún centro de desintoxicación por más que ella se negara. Tal vez no debí nacer, si ni siquiera servía para impedir la temprana muerte de quien más amaba».

Al rato, recordé el documento que me entregó el policía. Un simple folio escrito a mano por una letra que reconocería a oscuras, con los ojos vendados, entre un millón de textos para elegir.

Esto termina, mi amor. Esta vez, sí que la he cagado. Tenía esta nota escrita desde hace algún tiempo. Sabía que cuando precisase utilizarla carecería de las fuerzas necesarias. Hoy me temo que ha llegado ese momento. Lo siento más por ti que por mí. Menuda putada. Yo que siempre padecí de pánico a que me dejaras, soy ahora la que te abandona a ti. Cosas de la puta vida que espero algún día puedas perdonarme. Aunque estoy segura que lo harás mejor sin mí, por si te sirve... fuiste, eres y serás mi mejor fotografía; mi revolución perfecta; el rostro visible del único sueño que cumplí.

No sé si quedará oportunidad para la despedida. Algo además innecesario. Hallaré el modo de quedarme siempre a tu lado. No soy quien para exigirte promesas a estas alturas, pese a mis miedos y a los tuyos, cumpliste todas. Pero nada me haría más feliz que tú lo fueras, aunque para ello tuvieras que olvidarme. Y, por favor, pase lo que pase, nunca dejes de escribir. Gracias, mil gracias por todo, mi pequeño genio bobo. Te quiero, te amo, como creí que no sabía y no voy a dejar de hacerlo por el insignificante hecho de morir. Aunque los demás nos tomen por locos, te espero en la luna... una vez al mes.

Un beso infinito que dure hasta el reencuentro.

Mer.

II

El viaje a ninguna parte ⁹

*¿Dónde está el maná de los cómicos, en qué tierra caerá que sea nuestra,
si nosotros no somos de ninguna parte?*

(Fernando Fernán Gómez)

I. El camino de las utopías ¹⁰

*No me gustan los maderos
ni la gente con banderas...
(Robe Iniesta).*

Sin vocación de convertirlo en hábito, llegué con tiempo a la cita. Me sentí extraño en esa circunstancia. Nunca confié demasiado en los portadores del estigma de la puntualidad. En mi descargo, podía señalar a una reunión de trabajo de duración muy inferior a la prevista como responsable última de la falta. El primaveral Madrid de 2011 ofrecía mil opciones para gastar los ahorros de las casi dos horas sobrantes. En parte por cercanía al lugar del encuentro y también por esa costumbre, tan de nacido en provincias, de tender siempre al centro de la Villa, decidí consumirlas por los alrededores de la Puerta del Sol.

En lo climatológico, la tarde se dejaba. Sin exceso de frío ni de calor y con ese sol suave que empezaba a despedirse del diecisiete de mayo, se volvía invitación para visitar el escenario de la masiva protesta de apenas dos días atrás. Miles de indignados, según los convocantes, o unas pocas decenas, si validábamos la cifra de la prensa monárquica, obedecieron en lo literal al manifiesto de Hessel. La rebelión ante un sistema que condenaba a una mayoría al proscrito andén de la miseria se había convertido en derecho y en obligación por iguales porciones. Las secuelas de un desastre económico negado por el gobierno de entonces hasta con la amante desnuda en el lecho conyugal, de una Europa de los mercaderes orgullosa de su apodo y de una élite financiera que, por modificación estatutaria legalmente acordada en junta de accionistas, había convertido el pillaje en la actividad preferente de su objeto social.

Tras el violento desalojo de la noche de San Isidro, un grupo aún algo escaso de efectivos se esforzaba en erigir un nuevo campamento. Supongo que por azar, el señor de nuestras vidas, fijé la atención en dos chicas impecablemente ataviadas con uniforme «perroflauta» de gran gala: flequillo corto y recto, rastas largas, ropa exageradamente amplia para su complexión, multitud de pendientes distribuidos de modo aleatorio por todo su cuerpo y una piel que, entre decenas de tatuajes, parecía adivinarse blanca. Con más tesón que práctica, peleaban sin éxito contra el montaje de una humilde tienda de campaña. La operación no aparentaba excesiva complejidad: un modelo de esos de lanzar al aire y meterse dentro comercializado por Decathlon en algún polígono del sur industrial. Pero –interpreté– entre el

nerviosismo propio del momento, la escasez de edad y su evidente impericia en la acampada, no acertaban del todo con la fórmula exacta.

En uno de esos impulsos genéticos que hacían increíble para el resto mi natural timidez, me aproximé:

—Buenas tardes. Disculpad que me entrometa... ¿Se puede saber qué hacéis?

Mi curiosidad apuntaba más bien al asunto de la infraestructura; ellas debieron entenderla circunscrita a lo filosófico. En un tono tan seco como cordial, con el que evidenciaban cierta incomodidad ante la pregunta, respondió la más baja:

—Hola. Es que somos anarquistas y estamos empezando una revolución.

A esas alturas de la vida, el imparable giro de las manecillas me había convertido en un respetable ciudadano que se ganaba el sustento con el ejercicio independiente de la abogacía. Atrás quedaron las drogas, las locuras de juventud, los ánimos revolucionarios, la carrera funcionarial, los sueños artísticos, los recuerdos todos —los buenos y los malos— y hasta algún divorcio con el que pagué la búsqueda de esa ansiada normalidad que el destino desde niño me había negado. A la frase de las activistas, contesté del único modo posible en una persona de fiar:

—Ah, vale. Si queda hueco me apunto. ¿Cuándo empezamos?

Inmediatamente escribí a Ana para advertirle la noticia:

Nuevos planes, bonita. Si no te importa, cambiamos las tapas previstas en el mercado de San Miguel por acampada subversiva en Sol. Dame un toque cuando llegues y salgo a buscarte. No hagas proyectos para el resto de la noche. Quedamos junto al caballo si te parece.

Tardó en contestar. Por privacidad y también porque su origen ruso me otorgaba mayor confianza, yo prefería Telegram como servicio de comunicación. Poco a poco comenzaba a extenderse, pero su uso en España era infinitamente más limitado que Whatsapp. Recibía en consecuencia menor atención de los usuarios. Los prejuicios, los míos, de los que nadie conseguimos escapar por completo: un antiamericanismo elemental que rayaba lo enfermizo.

Vale, tío. Perdona la tardanza. Me pillaste en la ducha. Tienes suerte de que estudiara psiquiatría. Si se lo haces a otra, te borra de la agenda sin

más. Ya me explicarás. Aunque no suene a velada romántica, la idea en principio parece atractiva. Voy para allá. Lo que tarde. Muaks.

Añadió un corazón y otro par de iconos de esos que nunca conseguí interpretar. Un lenguaje de símbolos demasiado primitivo y demasiado adolescente para alguien con demasiados años regresando de todo. Y con una vista lo bastante herida como para no diferenciar unos monos de otros. Quizá por eso me agradaban tan poco las charlas telemáticas. Por medio tan antinatural, no distinguía una broma amable de cuando alguien se acordaba para mal de los ascestos.

De la familia de Mer, solo mantuve el trato con Ana. Se sucedieron periodos de mayor o menor cercanía, pero nunca del todo perdí el contacto con aquella hermana pequeña a la paseábamos por el Retiro, capaz de vaciar los refrescos antes de que el camarero terminara de servirlos. Junto a Julieta, también la única superviviente de un pasado ya lejano que a veces se negaba a permanecer en su tiempo. Del grupo de amigos que asistimos a la grabación del directo más famoso de Miguel Ríos, solo yo conservaba el DNI en vigor. Palacio de los Deportes, seis de marzo del ochenta y dos. Casi nada. Unos cayeron por sobredosis, otros por complicaciones más o menos relacionadas con el sida. Hasta al bueno de Antonio, el poli invulnerable, se lo llevó ETA en uno de sus crímenes. Como referíamos con cierta frecuencia, merced a ese vicio tan ibérico de convertir en gracia la tragedia, Yuli se libró por una faringitis que la mantuvo en cama con cuarenta de fiebre mientras el resto disfrutábamos del mejor rock.

—Aprendí dos cosas en aquel episodio: que le debo la vida a unas bacterias y que nunca volveré a subir contigo en un avión —solía bromear ella, supongo que por normalizar en lo posible tan delicado tema.

Pese a que buena parte de las amistades comunes sospechaban que entre nosotros existía algo más que la normal relación entre dos cuñados que lo fueron, jamás me planteé con Ana nada diferente a una amistad íntima avivada por la complicidad de compartir la presencia perpetua de alguien que llevaba muchos años ausente. Cierto que ella, según confesó tras su divorcio, no le hubiera hecho ascos a conceder motivos a la masa. Sin perder el afecto ni sentirse defraudada, entendió mi negativa.

—Con la aversión que tengo a los tíos, ya es mala suerte que me vaya a encaprichar de uno de los pocos capaces de rechazarme. A riesgo de que me taches de creída, buena estoy un rato. También me considero bastante guapa y por tonta o inculta nunca me tuve.

—No es eso, lo sabes. Suscribo cada una de tus últimas frases y añadiría algunas otras que olvidaste. La diferencia de edad, los recuerdos comunes y la semejanza con tu hermana son quienes me lo impiden. En lo físico, pareces una fotocopia de ella trece años más joven. Hasta más atractiva para un observador neutral. Visto desde el balcón del tiempo, una auténtica putada que compartierais familia.

A veces me costaba hasta mirarla. Sin intención por mi parte y consciente de que merecía una estima por sí, no podía dejar de observar en su rostro el fidedigno retrato de lo que Mer hubiera sido de no mediar la desgracia.

Quizá para comprender los fantasmas de su niñez, eligió la psiquiatría como instrumento de manutención. Tras un breve tránsito por la política, en la que recolectó enemistades por el imperdonable defecto de abrir despacho a las nueve y exigir a los funcionarios un comportamiento equivalente, retornó a su antiguo puesto en la policía. Ignoraba cuál era su cometido exacto. Aun sin pertenecer al cuerpo, le suponía una responsabilidad lo bastante elevada como para que el temor hacia su figura se percibiera el sentimiento dominante entre sus compañeros. Crítica con los de su gremio médico por el vicio de empastillar al paciente al primer síntoma, fue ella quien mejor me ayudó con el tormento de los dolores de cabeza.

—Me he documentado sobre tu asunto. Nadie conoce con certeza de dónde y por qué proviene el *cluster*. O cefalea en racimos, si dejamos los anglicismos para los que pronunciándolos se reconocen notables. Se sabe que lo causa algún trastorno relacionado con el ciclo del sueño, no más. Cuando se ignora el origen, mal se pueden prescribir remedios. Sin ser neuróloga, yo no tomaría ningún tipo de preventivos. No les hallo mayor utilidad que cronificar los síntomas y engordar los balances de los laboratorios. Solo calmantes que me aliviaran el dolor cuando se presentara, elegidos por el simple mecanismo de la prueba y el error. Intentaría aprender a convivir con ella como el ciego con su ceguera o el maldito con su maldición. No concedes a la enfermedad el dominio sobre tu existencia. Una crisis puede amargarte un rato, unas horas, unos días o incluso algunas semanas seguidas; el resto es cosa tuya. No lo malgastes.

»Pese a ese exagerado apodo con que aparece en las enciclopedias, cefalea

del suicida, no tiene más poder sobre ti que el que tú accedas a concederla. Si estás seguro de la eficacia de los psicotrópicos, olvida las leyes, tu propia historia y no te cortes. Ya sabes que las segundas nacieron para proteger el negocio de los más fuertes y que los primeros no causan peores efectos que triptanes o corticoides.

No me sorprendió la reacción de Ana tras el encuentro en Sol:

—Muy propia la vestimenta. Traje azul con raya diplomática, pajarita roja y camisa salmón claro. Ideal para una revuelta. Luego será a mí a quien califiques de pija. Tienes que darme razón de tu estilista.

—Anita, guapa, que salía de currar y me encontré con la fiesta.

Su opinión no se modificó cuando entre el calor y la comodidad me obligaron a prescindir de la chaqueta:

—Mira, ves, así estás mucho mejor. Ahora pareces a Arrabal exigiendo conversación sobre milenarismo. Solo te faltan una mesa en la que sentarte y diez o doce copas encima. Vamos a por ellas, ¡cojones, ya! —exclamó tras esa tan suya sonrisa irónica—. Imagino que la revolución podrá demorarse un par de *gin-tonics*.

De regreso a la plaza, las compañeras de la tienda nos hicieron hueco en el interior. La noche se mostraba tan benigna como fresca y se agradecía el cobijo de un techo por liviano y portátil que fuera. Previamente, en asamblea, habíamos acordado mantener la acampada frente a la presión de los guardias. No me puse a contar unidades. A simple vista, se apreciaban unos participantes en número lo suficientemente elevado y lo bastante convencidos de sus actos como para resultar imposible el desalojo sin incidentes graves.

Los de la Policía Nacional, pasen. Educadamente chulescos, mantenían un trato correcto en espera de órdenes. Después supimos que Rubalcaba, responsable de Interior, decidió respetar la concentración y no causar nuevos altercados. Pese a su fama dudosa, mis diferencias ideológicas y a la mala opinión generalizada que provocaba en las izquierdas, siempre me pareció un tipo sensato.

Los municipales, aún bajo el mando del infame Gallardón, se mostraban impresentables. Una provocación tras otra con la inequívoca intención de que aquella pacífica protesta desembocara en altercados.

Ana nos dejó en el entorno de la una.

—Me gustaría quedarme, pero mañana curro y no quiero llegar rendida. Salud y suerte, chicas.

Ya en privado, mientras la acompañaba hacia el taxi que habría de conducirla hasta su casa, le salió un poco la madre.

—Ten cuidado, Charly. Estas tías no tienen nada que perder; tú, sí. Te llamo si me entero de algo. Insisto, mucho cuidado. De esos —afirmó, señalando a las unidades de la UIP que se hallaban apostadas bajo el reloj— no hay uno que ande en sus cabales. Tuvimos que suspender los psicotécnicos periódicos ante el evidente riesgo de quedarnos sin gente. Qué se puede esperar de quienes de modo voluntario escogen el oficio de bajarse de un furgón y emprenderla a palos sin cuestionar razones con seres a los que ni siquiera conocen. Mañana te escribo y nos contamos. ¿Vale?

En ausencia de Ana o tal vez gracias a la confianza conquistada con las horas, la conversación ganó en fluidez. Leo estudió arquitectura en un mal momento. Con la llamada crisis de las hipotecas, nunca llegó a obtener un empleo serio. Solo encargos menores casi siempre como autónoma, becaria o directamente afiliada al Régimen General de la Economía Sumergida. Había participado en un par de proyectos sobre edificaciones sostenibles en ecoaldeas extremeñas y en el adecentamiento de alguno de los centros okupados de Barcelona.

Poli curraba como peluquera en Villaverde. El negocio le pertenecía, pero apenas alcanzaba. Enamorada de su oficio y de un modo de vida un tanto inusual, no mantenía abierto el establecimiento fuera de las citas que concertaba con carácter previo. Su facturación se había resentido en los últimos meses.

—No me llega ni para el alquiler. De continuar así, pronto me veo entre cartones, peleando por un hueco en el parquin de Mayor para pasar la noche.

El resto de sus horas las dedicaba a los movimientos sociales en sus más diversas manifestaciones: derechos de los animales, feminismo, pacifismo, ocupación israelí sobre Palestina, visibilización homosexual, acogida de inmigrantes... Activista a la búsqueda de causa. Un ejemplo genuino de las maneras de vivir que cantaba Rosendo.

Cada uno con su vida, con sus ideas y con su historia, nos rebelábamos contra ese nuevo orden financiero que convertía a los pueblos en esclavos de la deuda, contra el retroceso de los más básicos servicios sociales y contra una represión de las libertades públicas que comenzaba a mostrarse sin

calmantes. En último extremo, contra el fatal descubrimiento de que el Gran Hermano ideado por Orwell había mutado su denominación societaria por la de «Los Mercados».

Leo y Poli terminaron por dormirse. Yo preferí esperar a la hora bruja, aquella en la que casi todas las madrugadas recibía la visita de mi peor enemiga. Un animal de origen indefinido que se hacía llamar cefalea en racimos o, simplemente, Horton.

Salvo los siete años de convivencia con Mer, no recordaba otro periodo prolongado sin continuos dolores de cabeza. Al principio lo achaqué a algún tipo de somatización inversa. Con el paso del tiempo, me hablaron de estudios realizados en Suiza sobre la eficacia de los psicotrópicos en el tratamiento de la dolencia. No podía pertenecer a la casualidad que mis únicas vacaciones en tan desagradable secta coincidieran con la época en la que consumíamos LSD como aquellas pastillas de leche de burra por las que los críos de mi infancia peleábamos ante los quioscos cercanos a la escuela. Pese a mi experiencia, o quizá por ella, me irritaba de modo singular cuando en los grupos de pacientes algún iluminado recetaba dosis concretas de sustancias que con frecuencia él mismo comercializaba. Al principio entraba en polémica; más tarde, harto de discutir con idiotas interesados que el consumo de ácido o de setas alucinógenas podía conducir hasta la muerte bajo determinada condición psicológica, decidí que cada cual tiene derecho a creerse lo que quiera y que no merece la pena debatir con quien carece de la imprescindible amplitud mental. Camellos de medio pelo, hechiceros, sanadores, estafadores

diversos y fervientes devotos de la religión homeopática disfrazados de enfermos. El sino perpetuo de los foros de dolientes cefaleicos en las redes.

Tras un periodo muy breve en el que la nariz se carga y comienza a caerse el párpado izquierdo, las crisis se inician con un tornillo ardiente que penetra por la fosa nasal del mismo hemisferio. En muy pocos minutos, no más de cinco si llega fuerte, cada giro... un grito, un ojo que estalla, un casi irrefrenable deseo de extraerlo de tu cuerpo y de que todo concluya para siempre. Y en ese «todo» cabe cualquier concepto capaz de terminar con el dolor. Sin tratamiento, la duración se muestra variable según circunstancias e individuo. Dos o tres horas como máximo en mi caso.

Conviví con la «amiga» desde los primeros momentos. De niño, recuerdo con terror las tardes de primavera en el gimnasio o las noches de otoño cuando mis despertares entre gritos los atribuía el pediatra al sonambulismo o a algún tipo de pesadilla recurrente. Más tarde, al conocer el informe psicológico del colegio, la tesis dominante evolucionó hacia un modo de reclamar la atención por el aburrimiento que me causaba el estudio. Tras el diagnóstico, ya cercano a los cuarenta, comprendí lo uno y lo otro: hasta que la madurez me convirtió en paciente crónico, «disfrutaba» de dos episodios anuales coincidentes con la entrada y salida del verano. Una crisis a las cinco de la tarde y otra a las dos de la madrugada se incorporaron a mi rutina como la ducha o la cena diarias. Una doliente alarma que se activaba cada jornada, a las mismas horas, durante toda la duración del ciclo. El primer bloque comenzaba en mayo y solía concluir con la llegada de julio. El segundo, más intenso y prolongado, se iniciaba a mediados de septiembre y duraba hasta que Dios quisiera. Aunque, normalmente, la divinidad solía encapricharse de los principios de diciembre. Como los sistemas operativos ideados por Bill Gates, la muy cabrona era capaz de adaptar su puesta en marcha a las modificaciones oficiales del horario invernal. Ante el «no puede ser» de mi último neurólogo, quedé con ganas de desearle a viva voz una colonoscopia agresiva sin lubricante ni sedación.

No se conoce un remedio claro. Los especialistas suelen distinguir entre tratamientos preventivos y abortivos. Los primeros intentan retrasar los brotes; los segundos, acortarlos cuando se presentan y aliviar en lo posible el dolor. Corticoides, hidrocloreuro de verapamilo, litio, antiinflamatorios diversos y un largo etcétera de maldades se constituyen en el mejor modo de convertir en crónico al enfermo que solo padece ciclos aislados.

Al principio se prescribían triptanes, bien por vía oral, bien inyectables. Luego, se descubrió la eficacia del oxígeno puro aplicado con una mascarilla específica con reservorio y un exagerado caudal de 15 litros por minuto, capaz de destruir a medio plazo los pulmones más intactos. Complementos alimenticios como la melatonina —en dosis abusivas de dos gramos al día— y la nueva piedra filosofal, la toxina botulínica, completan el arsenal anti-Horton con que todo paciente debe armarse en su particular guerra contra el sufrimiento. Atrás quedaron las inhumanas experimentaciones con electroestimuladores neuronales. Deberían permanecer presos de por vida quienes se lucraron abriendo la cabeza de las víctimas bajo promesa infundada de que así terminaría la pesadilla.

Lo peor, sin duda, los efectos psicológicos. A todo llega uno a acostumbrarse, incluso al dolor extremo que se presenta durante las crisis; pero la certeza de que mañana regresará sin remedio, a la misma hora y con similares síntomas, altera las mentes más equilibradas. Así me lo explicó Ana durante una de nuestras conversaciones:

—Es el problema de las enfermedades que ni directamente matan ni resultan visibles. Un humano con cáncer o alguien que padece la mutilación de las extremidades despierta la ternura en sus semejantes. Quien «solo» sufre un dolor de cabeza y además continuará así por un «para siempre» lo bastante largo como para no atisbarse un final determinado, acaba por hastiar hasta a los más cercanos. Tampoco hay nada por lo que culpar a nadie. Quienes nunca lo hemos sentido no podemos evitar la tentación de recomendar la ingesta de un ibuprofeno o un de paracetamol para proseguir aliviados con todos los planes.

»La razón por la que no se investiga —prosiguió— tiene que ver con lo económico. No sois negocio, tío. Os prescriben medicaciones que nacieron para tratar la migraña. Si el opio se cultiva legalmente para mejorar los últimos momentos de pacientes terminales, solo existe un motivo para que no se actúe de igual modo con los psicotrópicos: la pasta. No resulta rentable. Nuestro mundo, nuestra sociedad que en lo monetario y en lo político vive prisionera de la dictadura de las mayorías. En el fondo estoy de acuerdo con los argumentos de Pío Baroja: el ideal sería una dictadura inteligente. El problema es que ese ideal se compone de dos proposiciones antitéticas. A la especie humana la diseñaron con defecto. Carece de remedio.

Después de velada tan intensa, las compañeras me ofrecieron compartir té y galletas al abrigo de la tienda. Opté por buscar algo más consistente. A esas horas de la mañana, nunca fui nadie sin mi dosis de cafeína. Me decanté por un viejo bar alargado de los que mendigan una reforma que evite su quiebra, justo en el cruce entre la plaza de las campanadas de fin de año y el principio de la calle de Espoz y Mina. Un recinto infestado de gente donde se confundían los más refinados de la acampada con turistas, transeúntes y quienes acudían al trabajo en los comercios de la zona. Retiré de la barra el típico desayuno a la andaluza: un café solo y una tostada grande de pan del

día adornada con tomate rallado y aceite virgen de oliva. Sin otra causa visible que la simple asociación de imágenes, me acordé con cariño de la perpetua negativa de mis amigos catalanes a reconocer que el tradicional manjar de su tierra procedía en realidad de charnegos importados del sur de la península. «El antifaz nacionalista —pensé— que nos impide contemplar la amplitud del horizonte y reduce la mirada a lo que alguien coloca de modo interesado delante de nuestras pupilas».

Me esforcé en localizar un rincón más acogedor para disfrutar la ingesta. La intratable barra, permanente ir y venir de bebidas y viandas, aconsejaba buscar cobijo entre las escasas mesas. Tras solicitar autorización a quien usufructuaba en soledad una de ellas, conseguí acomodarme hacia el fondo del local. Una esmerada combinación de maquillaje caro y ropa buena, lo bastante arrugada como para delatar que no acababa de salir de casa, me permitió suponerla correligionaria. Pertenciente, eso sí, al estrato más holgado en lo económico del movimiento. Por ese vicio tan humano de agradecer la compañía en los errores, me alivió no ser el único en vestir de forma impropia para las circunstancias.

—Buenos días, lo primero. Gracias por el hueco. Cotizan caro por aquí. No queda otro en toda la sala. ¿Noche larga, no?

—Buenos días, sí —respondió alargando la vocal, mientras yo intentaba determinar si con tan cálida sílaba se refería a la ausencia de espacio o a la longitud de la madrugada.

Tras una breve pausa, aclaró mis dudas.

—Sobre todo muy emotiva. No imaginaba, la verdad, que la gente respondiera así.

Me sorprendió que aquella mujer, bastante más joven que yo y tan discreta como artificialmente atractiva, no pareciera dudar sobre el motivo de mi presencia allí.

—No me recuerdas, ¿verdad?

Sin dejar espacio para que interviniera, prosiguió:

—Nos conocimos en una cena. Hace algunas semanas en un garito del centro tras una conferencia de Armando Encinas en la sede de ATTAC. Con tanta gente, es normal que no te acuerdes.

Respondí sin palabras con un intento de sonrisa de esos que salen solos cuando no sabes muy bien qué decir. Mitad un signo conformidad, mitad disculpa por carecer de la menor conciencia de haber coincidido en el lugar que afirmaba.

Imagino que por evitar el silencio, continuó:

—¿Cómo valoraste la charla?

—Sinceramente, si exceptuamos a José Luis Sampedro que es el puto amo y pertenece a otra galaxia, no me llevo demasiado bien con los profes. Menos aún con los que alcanzaron el grado de «jubiletas». Demasiados tópicos, demasiada teoría inaplicada, demasiada pretensión de resistirse al hecho de que su tiempo ya pasó. Demasiados lugares comunes como para aportarme algo. El tío me pareció un auténtico plomo. No necesito más de una hora de rollo y chistes viejos para comprender que nos hallamos en manos de cuatro inversores internacionales que manejan el mundo conforme a su interés. Yo ya lo traía aprendido de casa. Estará muy bien para la gente del PCE o de Comisiones que descubren el Mar Negro los viernes por la tarde y planean la revolución durante el fin de semana bajo la añoranza del Che. O que piden el voto para Izquierda Unida... Más o menos, viene a ser lo mismo. Me niego a participar de ese circo. No tengo por fin aprovechar esto que llaman crisis para vender en rebajas ideas fracasadas.

—Ah, claro. Tú eras anarquista...

—No exactamente. Si por tales entendemos a quienes en su día admiramos en los grandes del socialismo utópico la más exacta crítica a la religión capitalista y quienes adquirimos el hábito de pensar sin someternos a consignas, sí. Al menos lo intento. Pero no me gustan los trajes de marca. Antes o después termina por adquirir más valor la etiqueta que la prenda. Eso va contra mi naturaleza. Las ideas deben constituirse en lugar de partida, nunca en inevitable estación de destino a la que hay que llegar por obligación cualquiera que sea la ruta tomada. Sigo a Bookchin, cierto. Pero si tuviera que vestirme, me veo antes de ecologista que

de ácrata. Otra cosa es que para hacerme entender entre los dinosaurios del marxismo, resulte más práctico hablar en su lengua.

—Interesante... Al menos escritor sí que eres, ¿no?

Suavicé la respuesta. Ante una criatura con tan inocente apariencia, me pareció descortés reiterarme en la negativa.

—Lo fui de joven. O mejor dicho, lo pretendí. Quizá iba para ello. En algún momento se torció la vida y opté por dejarlo. Hace poco lo retomé, nada serio: crónicas de conciertos, artículos de opinión en prensa alternativa y un blog que, a raíz de los últimos sucesos, empieza a ser

relativamente seguido. Tal vez con el tiempo me plantee otra cosa. Quién sabe.

»Con la literatura tengo una deuda pendiente. Escribo de todo. De música, de economía, de política y, por supuesto, de mis filosofías baratas, la sección que más me agrada de la página. Una síntesis del idealismo infantil que no curé con los años. Algo así como una terapia con la que ahorrar sesiones de psicoanalista. Sale mucho más barato.

—Reitero lo de interesante. Ahora me siento molida y además debo irme. Estaría chulo quedar un día y que me explicaras más despacio. Cuando saques tiempo, no hay prisa. Te intuyo muy ocupado. Si te parece intercambiamos teléfonos, te pido amistad en las redes y así mantenemos el contacto. Me atrae seguirte. Piensas de un modo muy original.

—Claro, será un placer. No esperes demasiado de mis opiniones, tienen más de locura que de idea. Pero ya hemos hablado demasiado de mí. Cuéntame algo o dime al menos

cómo te llamas. Me siento terriblemente egocéntrico tras nuestra conversación. No soy tan importante como para chupar toda la atención de la cámara.

Ya casi levantándose, aclaró con voz que incluso aumentó su cercanía:

—Yo soy feminista. Me interesa todo lo relativo a la mujer. No como a las antiguas que parecen odiar a los hombres. Creo que la nueva masculinidad resulta imprescindible para lograr un mundo igualitario. También he trabajado en derechos humanos. Mejor nos vemos y charlamos con calma. Ahora tengo que marcharme. Mi nombre es Sol.

—Encantado, Sol. El mío, Carlos. Pero en este ambiente me conocen más bien por Charly. En este y en casi todos.

—Ya lo sabía —comentó con una amplia sonrisa, mientras se levantaba y colgaba el bolso sobre su hombro—. Eres bastante popular en estos círculos.

—Pues lo dicho, chica, un placer. No siempre empieza uno el día rodeado de tres soles.

—¿Tres soles? —preguntó con cierto gesto de incomodidad, como si hubiera recibido un piropo de albañil tosco.

—Sí, mujer: la plaza, el que se asomó al horizonte hace un rato y tú. ¿No era ese tu nombre?

Volvió a sonreír, me obsequió un par de besos muy protocolarios y escapó

andando rápido en dirección hacia la calle Mayor.

Quedé un tanto confundido. No sentía ni el deseo ni la esperanza de volver a encontrarnos, pero me chocó el conocimiento tan detallado que poseía de una actividad tan modesta como la que yo desarrollaba y, además, me descolocó el tono que empleaba al expresarse. Mucho más cercano de lo usual en un primer encuentro. De no ser por la diferencia de edad y por su apariencia un tanto ingenua, lo hubiera considerado en la frontera misma de la insinuación.

Tras un amplio letargo, me sobresaltó el reencuentro con mi eterno compañero nocturno. El mismo desierto. El mismo ejército agresor. La misma tormenta de arena provocada por la misma aurora boreal lejos de su natural espacio. Los mismos gatos, todos negros. Las mismas paredes flexibles que se desplazaban a mi paso. El mismo ser sin rostro que me regalaba la paz... El mismo sueño repetido de años.

Con él regresó la inquietud por descubrir la identidad de esa especie de ser superior capaz de convertir en calma la pesadilla. Descartadas la abuela y Mer, me esforcé en identificar nuevos aspirantes. Sentía que el transcurrir del tiempo me aproximaba al objetivo como si aquella presencia anónima creciera en cercanía y fuera a mostrarme sus facciones de un momento a otro.

A ellas las tenía siempre presentes, pero no cuadraban con el personaje: pese a su desaparición, todo permanecía invariable. Con Mutira, otro candidato, mantenía periódica correspondencia postal. El único con el que aún empleaba tan primario instrumento de comunicación. Me aportaba equilibrio en cada una de sus cartas, aunque se hallaba muy lejos y sus intervenciones me parecían demasiado esporádicas como para identificarlo con el rostro oculto de mi sueño. Tal vez me había confundido desde la niñez y aquella criatura no fuera un organismo humano. Quizá se tratase de un deseo íntimo, de un anhelo repetido desde la cuna o de alguien con quien todavía no había coincidido en mi trayecto vital. Dos posibilidades abiertas por las novedades del momento.

Achaqué este proceso a la cadena de emociones de los últimos días. Mucho trabajo en la plaza como participante en los grupos que elaboraban el manifiesto del quince de mayo. Mucha ilusión en un fenómeno con el que al fin la ciudadanía plantaba cara a la dictadura perpetua de quienes dominan

desde las sombras. Me ilusionó hasta el mecanismo de sufragio: quienes se mostraban a favor de una propuesta, izaban hacia el cielo ambos brazos, agitando las manos en señal de aprobación. Todo se vestía de belleza, de nuevo, de esperanza, de ese optimismo espontáneo que brota sin abonos químicos desde lo auténtico. Ni siquiera se volvían áridos los minutos de gloria de quienes lo único que tenían que decir es que querían decir algo.

Frente a los residentes a jornada completa, otro grupo bastante amplio seguíamos turnos para garantizar que cada refugio se mantuviera permanentemente habitado. El modo de que la acampada acogiera no solo a estudiantes con diagnóstico de alergia a las aulas, parados y gentes sin obligaciones definidas; sino también a quienes compatibilizábamos Sol con las tareas propias de la vida cotidiana. Para el análisis estadístico, se convertía en imposible elaborar el perfil tipo de los congregados. Sin especiales desacuerdos, convivíamos libertarios, marxistas de diversas marcas a la izquierda del parlamentarismo, ecologistas y una mayoría de seres sin etiqueta que encontraban en el hartazgo su principal impulso revolucionario. Y también allí se acomodaba cualquier reivindicación que sonara a igualitaria: medio ambiente, género, sufragio directo, justicia económica, organización común, tercera edad, salud, educación, infancia, orientación sexual... La vida sin intermediarios. La escritura pública por la que «los y las cualquiera», en afortunada expresión de algunos compañeros, revocábamos el poder notarial otorgado a los partidos en virtud de la estafa en que se había transformado la democracia representativa. «Curioso nombre —me repetía con frecuencia— para algo que nunca quiso ser ni lo uno ni lo otro».

Inenarrable el sentimiento durante aquel grito mudo con el que recibimos la jornada de reflexión previa a las municipales de 2011. Una elegante evidencia de que nos la pelaban las elecciones. Al fin, la inmensa minoría silenciosa dimitía de su último adjetivo y osaba manifestar sin temor a feos epítetos que ni sus deseos caben en una urna ni los sueños se imprimen en una papeleta. También que la desobediencia a lo injusto es la mejor tinta con la que escribir la historia.

Hasta muy respetables señores de derechas, que hubieran podido pasar por mi progenitor, nos detenían por la calle para comunicarnos que comprendían el levantamiento y aunque les parecíamos un poco guarros y aquello no eran formas... ¡Adelante! «Qué culpa tendrán los cerdos de las faltas de los humanos», pensaba de modo automático ante tales argumentos. Incluso los comerciantes de la zona, que más tarde pondrían su grito en boca de Dios

ante la caída de las ventas, se mostraban comprensivos... Excepto en lo referente al uso de los baños en los establecimientos próximos a la acampada.

Supongo que también influyeron en mi ánimo los cada vez más frecuentes mensajes de Sol. Siempre por el servicio de misivas de Facebook, todo comenzó la misma noche de nuestro primer encuentro. Con un tono que, por azucarado, no terminaba de contagiarme confianza, me transmitió la admiración que en ella producían los textos de mi blog y el paralelismo que advertía en determinados episodios de nuestras vidas.

Me ha emocionado muchísimo leerte. No esperaba tanta sensibilidad en alguien con tu imagen pública. De modo especial en la presentación. Adivino en ella que ambos hemos pasado por una experiencia similar. Me he sentido muy identificada. Has llegado a provocarme lágrimas. No sé, te veo un hombre muy femenino.

Igual por ese ego varonil que mediante la mala educación a todos nos transmitieron, comencé a cobrar cierto interés en sus palabras. Releía y releía la entradilla de mi página sin hallar en ella nada especial que justificara semejante entusiasmo:

Decía Gala que «la vida es de diversos amores y una sola pasión». Es cierto. Los que, próximos a la frontera del medio siglo, hemos tenido la fortuna de vivirla en el momento preciso y con el ser adecuado, sabemos que con el tiempo o con la muerte la pasión se apaga . Quedan entonces los amores: la música, la familia, los gatos, los y las amantes, la fotografía, la montaña, los cactus, escribir, correr, los amigos, las amigas, pasear, el sexo, leer, pensar y, en el peor de los casos, hasta el trabajo ...

Y queda la heterodoxia como modo de enfrentarnos a lo que viene y a lo que se fue. Nací disidente y como Bunbury, el cantante, con la percepción de no ser mala hierba, «solo hierba en mal lugar». Aquí encontraréis una recopilación de lo que hablé y escribí en otros templos, y de lo que pienso sobre nuestro mundo, su sentido o su carencia de él. Gracias por prestarme vuestra compañía en este viaje hacia la contradicción.

Imaginaba que se refería a la mención a la muerte. Ante su falta de precisión, sentía como si en cada charla se aproximase tres pasos hacia mí para retroceder cuatro en cuanto se veía correspondida en algún gesto. Una

percepción extraña que me colocaba a su acecho cuando no había movido un dedo en esa dirección. Noche tras noche charlábamos sobre cómo nos había ido el día o sobre los acontecimientos públicos más relevantes. Hasta empecé a manejar me con agrado entre esos ridículos iconos de las redes sociales a los que parecía tan aficionada. El intercambio de mensajes se había convertido en el modo natural de despedir cada página del dietario de mesa con el que intentaba ordenar mi frenética actividad de entonces. Sin una conciencia clara, dos nuevos candidatos opositaban al cargo del personaje misterioso de mi sueño: el 15M y ella.

Bajo tan ilusionante panorama, distinguía no obstante ciertas sombras. En el movimiento, el riesgo de que los políticos profesionales o quienes veladamente ya daban síntomas de anhelar sus puestos, terminaran por fagocitarlo en favor de ambiciones de individuo o de marca. En la chica, me descolocaba ese modo tan íntimo de expresarse que se volvía reacción desproporcionada, como el aguijonazo de un escorpión, en cuanto algún término parecía no agradaarle. Entre un «hoy es de esos días que no debieron empezar y me alegra que estés ahí para aliviarme» y un «no me puedo creer que tu digas eso, esperaba otra cosa de ti», no mediaba más que una frase insignificante. Un adjetivo, un sustantivo o un verbo que sacaba de contexto e interpretaba en acepción ignorada por la RAE. «Cosas de mi pesimismo genético», me decía, ante el deseo de no oscurecer un cielo que al fin comenzaba a mostrarse limpio.

Fue con ella con quien primero compartí el manifiesto que elaboramos en la plaza. Un simple copia y pega de la nota que me enviaron por Telegram instantes antes de su publicación definitiva:

MADRID, 20 de mayo de 2011

Como resultado del consenso alcanzado durante la Asamblea celebrada el día 20 de mayo de 2011 en ACAMPADA SOL, y como resultado de la recopilación y síntesis de las miles de propuestas recibidas a lo largo de estos días, se ha elaborado una primera relación de propuestas.

Recordamos que la Asamblea es un proceso abierto y colaborativo. Esta lista no debe entenderse como cerrada.

Propuestas aprobadas en la Asamblea de hoy día 20 de mayo de 2011 en ACAMPADA SOL.

1. Cambio de la Ley Electoral para que las listas sean abiertas y con

circunscripción única. La obtención de escaños debe ser proporcional al número de votos.

2. Atención a los derechos básicos y fundamentales recogidos en la Constitución como son:

- Derecho a una vivienda digna, articulando una reforma de la Ley Hipotecaria para que la entrega de la vivienda en caso de impago cancele la deuda.

- Sanidad pública, gratuita y universal.

- Libre circulación de personas y refuerzo de una educación pública y laica.

3. Abolición de las leyes y medidas discriminatorias e injustas como son la Ley del Plan Bolonia y el Espacio Europeo de Educación Superior, la Ley de Extranjería y la conocida como Ley Sinde.

4. Reforma fiscal favorable para las rentas más bajas, una reforma de los impuestos de patrimonio y sucesiones. Implantación de la Tasa Tobin, la cual grava las transferencias financieras internacionales y supresión de los paraísos fiscales.

5. Reforma de las condiciones laborales de la clase política para que se abolan sus sueldos vitalicios. Que los programas y las propuestas políticas tengan carácter vinculante.

6. Rechazo y condena de la corrupción. Que sea obligatorio por la Ley Electoral presentar unas listas limpias y libres de imputados o condenados por corrupción.

7. Medidas plurales con respeto a la banca y los mercados financieros en cumplimiento del artículo 128 de la Constitución, que determina que «toda la riqueza del país en sus diferentes formas y sea cual fuere su titularidad está subordinada al interés general».

- Reducción del poder del FMI y del BCE.

- Nacionalización inmediata de todas aquellas entidades bancarias que hayan tenido que ser rescatadas por el Estado.

Endurecimiento de los controles sobre entidades y operaciones financieras para evitar posibles abusos en cualquiera de sus formas.

8. Desvinculación verdadera entre la Iglesia y el Estado, como establece el

artículo 16 de la Constitución.

9. Democracia participativa y directa en la que la ciudadanía tome parte activa. Acceso popular a los medios de comunicación, que deberán ser éticos y veraces.

10. Verdadera regularización de las condiciones laborales y que se vigile su cumplimiento por parte de los poderes del Estado.

11. Cierre de todas las centrales nucleares y la promoción de energías renovables y gratuitas.

12. Recuperación de las empresas públicas privatizadas.

13. Efectiva separación de poderes ejecutivo, legislativo y judicial.

14. Reducción del gasto militar, cierre inmediato de las fábricas de armas y un mayor control de las fuerzas y cuerpos de seguridad del Estado. Como movimiento pacifista creemos en el «No a la guerra».

15. Recuperación de la Memoria Histórica y de los principios fundadores de la lucha por la Democracia en nuestro Estado.

16. Total transparencia de las cuentas y de la financiación de los partidos políticos como medida de contención de la corrupción política.

@acampadasol

Movimiento #15M¹¹

Tras tomar pausa para leerlo, me sorprendió la dulzura infantil de su respuesta:

Qué ilusión que lo compartas conmigo. No creo que haya un solo ser humano que pueda oponerse a nuestro manifiesto. Me siento orgullosa de ti por haber participado en construir un futuro más bonito. Estoy muy feliz. Si estuvieras a mi lado, no podría resistirme a regalarte un beso. Te lo ganaste.

Añadió un par de iconos, unos labios rojos muy exagerados y un corazón grande, seguidos de otro mensaje sin pausa aparente entre ellos:

Igual es un atrevimiento, pero ¿no te parece que sería más cómodo hablar por Whatsapp? Así suelo comunicarme con los íntimos. Es un poco rollo esto del «face»...

II. La pasión turca ¹²

La gente aspira a encontrar su otra mitad en su ciudad, en su barrio, y hasta en su calle; [...] Y no es así: cerca nos tropezamos con los humildes premios de consolación.
(Antonio Gala).

Alcanzamos Neptuno poco antes de las seis. Tarde suave de otoño. Decenas de organizaciones congregaban a sus afines alrededor de las Cortes con dos objetivos concretos: exigir a los parlamentarios el cese en su encargo representativo y la convocatoria de un inmediato proceso constituyente. Tras el cambio de denominación a la definitiva de Rodea el Congreso, finalmente fue autorizada por la Delegación del Gobierno.

Entre los primeros gritos de «lo llaman democracia y no lo es» o «esta crisis no la pagamos», allí nos reunimos con dos compañeros llegados de provincias hacia los que me unía una amistad nacida del activismo. Fue José quien nos puso al corriente de las últimas noticias:

—Según venía, escuché por la radio que han registrado varios autobuses procedentes de Aragón y Granada. Desconozco en qué quedó la cosa. Se ve que pretenden calentar los ánimos. Esto fácil no va a estar.

Con él coincidía en el pesimismo, en ejercer como profesionales de relativo éxito —cada uno en lo nuestro— y en la renuncia voluntaria a cualquier ideología concreta. Carentes de la menor confianza en las posibilidades futuras de la especie humana, nos incluían en el sector más cercano al movimiento libertario, pero sin perder nunca nuestra innata esencia heterodoxa. Nos distinguíamos en que mientras el amigo aún quería mantener la fe en las instituciones como motor del cambio, a mí me mentabas un vividor de la política y comenzaban a crecerme las amígdalas.

Lo de Jorge carecía de nombre. Alertado por un intenso aroma a marihuana que perfumaba de naturaleza media plaza, le pregunté señalando a la mochila:

—Oye, ¿tú no llevarás ahí lo que imagino? Huele que apesta, tío. No se yo si es el lugar más indicado para venir en esa compañía.

—Sí, claro. Me quedé sin hierba y aproveché la visita a Madrid para pasar por donde tú ya sabes. Estaba bien de precio y he cargado lo suficiente para una larga temporada. No iba a dejarla en el coche. Echo el día si me la limpian.

También recibimos a María, una amiga de Sol equipada para el evento con el perfecto disfraz para pasar inadvertida en Lavapiés. Nada más presentárnosla, explicó como una estudiante que recita la lección recién aprendida:

—Trabajo en un proyecto de escuela alternativa al margen del sistema. La idea es empezar poco a poco con un grupo reducido de niños reclutados entre las amistades más cercanas. Se trataría de garantizar un aprendizaje natural, sin normas ni asignaturas, en el que cada crío fuera adquiriendo los conocimientos por los que se interesara. Nada de Historia, Matemáticas, Lenguaje o Literatura: labrar la tierra, veganismo, sexo, juegos... Felicidad sin trabas.

Aunque de por sí, me mostraba muy crítico con el actual modelo educativo, más próximo al adoctrinamiento que a la enseñanza, su planteamiento no resistía ni una suave brisa. Eso de comenzar sin inmueble estable, sin un capital mínimo y sin un profesorado con titulación adecuada, impartiendo «las clases» en la casa de algún padre por estrictos turnos semanales, no terminaba de parecer sensato. Más me sorprendió la reacción de Sol. Conocía de su predisposición a mimetizarse con el entorno social de cada instante y a asumir como propia cualquier idea que, con independencia del fondo o de las formas, llegara acompañada del calificativo de alternativa. Pero no alcanzaba a comprender como podía tomar por cuerdo aquel auténtico disparate. Entre una factoría de operarios sumisos y una colección de felices ignorantes, no sabría muy bien con cuál quedarme ni que por esas vías se llegase a diferentes destinos.

Nada nuevo. Aun sin conocerla, fueron las peculiares tesis de María el objeto indirecto de nuestras primeras discrepancias serias.

Sol ya me había hablado de ella. Lo hizo por Whatsapp, como casi todo hasta ese momento, en una de nuestras dilatadas conversaciones nocturnas.

Sol_00.35

Perdona las horas. Hoy cené con María, una amiga, y se me ha hecho un poco tarde. No quería acostarme sin saber cómo te encontrabas. Qué tal tu día?

Charly_00.38

Bien, sin sobresaltos. Aguantando al hampa que tengo por clientela.

Sol_00.39

María es una tía muy maja. Vegana como tú. Me gustaría que la

conocieras. Creo que os caeríais bien.

Sol_00.40

Ha vuelto de un viaje y he quedado con ella para que me contara. Vive de un modo muy alternativo, sin sujetarse a las normas.

Charly_00.41

Y de qué subsiste, exactamente.

Sol_00.43

Un poco de todo. Estudió arqueología, pero lo dejó porque no le gustaba. Ahora participa en proyectos, recorre mundo, cuida niños, cultiva marihuana...

En fin, lo que salga. Se lo pasa genial. Pertenece a familia adinerada y la ayudan un poco hasta que se sitúe.

Charly_00.47

¿Qué tipo de proyectos?

Sol_00.47

No sé. Proyectos...

Charly_00.48

Entiendo.

Por no contrariar la ilusión que el personaje despertaba en mi interlocutora, omití el resto de mis pensamientos. No iba a decirle que lo que comprendía era que su amiga vivía del cuento, amparada en la fortuna de unos padres ricos, y que así, también yo me apuntaba a esa movida.

Sol_12.49

Tiene unos hábitos muy originales.

Se ducha una vez al mes. Considera que el sudor y la grasa ejercen como protectores naturales de nuestra piel. Prefiere no contaminarla con químicos.

Tampoco se depila.

Pese a ser bajita y un tanto rellenita, liga un huevo la tía. Supongo que estará buenísima.

Charly_12.52

Ya debe para alcanzar tanto éxito tal como la pintas. Imagino que hará más dianas en los días siguientes a las duchas.

Percibí en ella un súbito cambio de ánimo que se manifestó en la ausencia

de iconos con los que hasta entonces había adornado sus mensajes. También en el largo periodo que consumió hasta ofrecer respuesta.

Sol_01.03

No me puedo creer que salga de ti un comentario tan machista. Sinceramente, me decepcionas.

Charly_01 .05

Lo lamento, Sol. No fue mi intención herirte.

Solo me refería a que yo necesitaría un largo periodo de abstinencia o razones muy poderosas para meterme en la cama con una mujer sin lavar de un mes. Una simple cuestión de higiene.

Siento haberme expresado mal o que tú lo interpretases de otro modo.

Sol_01 .10

Has dicho lo que has dicho y no voy a consentir que des la vuelta a mis argumentos.

Con ello solo profundizas en tus contradicciones. Una típica conducta patriarcal que deberías someter a revisión.

Qué descanses. Buenas noches.

Charly_01 .11

Perdona, Sol. ¿Qué es lo que he dicho?

Charly_01 .12

Creo que no fui yo quien antepuso un «pese» a la condición de «ser bajita y un tanto rellenita». Ni quien presume de «tener la piel como el culo de un bebé» por haber eliminado con láser el bello corporal —tus palabras literales del otro día— , excepto «un triangulito que casi no se ve en la zona más íntima» (vuelvo a citarte).

Charly_01 .15

Sinceramente, los pelos me la sudan y estoy convencido que una mujer puede resultar encantadora cualquiera que sea su estatura o su complexión física. Me parece que no soy el único que debe revisar sus contradicciones.

Charly_01 .17

No obstante, te ruego me disculpes si mis palabras no resultaron afortunadas.

Inútil ejercicio el de los últimos mensajes. Una raya única en el móvil y la súbita desaparición de la foto de perfil confirmaban lo obvio: me había

bloqueado sin leer la respuesta.

En las jornadas siguientes, el silencio se adueñó de nuestras noches. No tuve otras noticias de ella que continuos *post* de Facebook —ahí sí que mantuvo la ventana abierta—, todos condenando conductas claramente sexistas y dejando explícita la falsedad de los varones que presumían de actuar de otra manera. Por más que releía nuestra última charla, no encontraba nada que justificase tan desproporcionada reacción. Igual emití una broma sin gracia o igual ella tuvo un mal día, pero de ahí a hallar en mi comentario la esencia de un machismo de siglos, mediaban un par de galaxias. Aunque extrañaba el intercambio nocturno de mensajes sobre el que empezaba a percibir cierto componente adictivo, debía respetar su decisión.

En la madrugada del tercer día, como la supuesta resurrección de Cristo o como la novelada de Franco en algún pésimo relato de Fernando Vizcaíno Casas, compartió en su muro una versión en vivo del viejo *Should I stay or should I go* de los Clash. Uno de mis temas preferidos de siempre que, además de la calidad musical, mostraba en su título una pregunta por responder: te quedas o te vas. Me costaba asimilar que una mujer de casi cuarenta años escogiera tan adolescente canal de comunicación, pero dos factores añadidos lo convertían en indubitable. Hacía pocos días que, hablando de canciones, me pidió que escogiera una: «la que más te guste, sin importar época, estilo o autor». Y fue la de Joe Strummer la primera que cruzó por mi mente. Además, el comentario que la acompañaba a modo de entradilla tampoco dejaba muchos huecos a la duda:

Una composición antigua, una invitación a rectificar errores o a perpetuarse en ellos de por vida. La puerta, quizás, de lo que nunca fue o de algo por continuar. ¿Te quedas o te vas? Tú decides.

Y decidí enviarle un privado.

Charly_23.50

¿Cómo estás, Sol? Buenas noches.

Al principio mantuvo el tono de dama romántica. Luego se abrió para manifestarme que le había hecho muy feliz mi mensaje, que no se lo esperaba y que tenía que tomar una decisión importante en la que mi experiencia podría ayudarla.

Sol_00.35

Es muy complicado explicarlo por aquí. Afecta a mi trabajo y me vendría muy bien conocer tu opinión. Aunque a veces no lo merezcas mucho, me fio de ti.

Sol_00.38

Si quieres quedamos una tarde que te venga bien, tomamos algo y te cuento. Creo que así será más fácil.

Por suavizar el ambiente, pregunté si debía tomarlo como una cita, en texto acompañado de guiño y sonrisa para evitar erróneas interpretaciones. Con un icono con el que mostraba encontrarse pensativa, respondió:

Sol_00.53

No me apetece consultar el diccionario a estas horas. Una cita es siempre que quedan dos personas, no?

La recogí en la Ronda de Segovia, muy cerca de su domicilio que se ubicaba en una de las calles perpendiculares. Un lugar privilegiado de Madrid desde el que en diez minutos andando elegías caminar por el río o por el centro. En el último caso, al precio de sufrir unas buenas rampas. Una tarde ya de cálido verano que invitaba a terraza y algo frío. Terminamos en Conde Duque a remojo de vaporizadores en uno de los establecimientos del patio interior. Tras un largo intercambio de palabras intrascendentes, intente entrar en el asunto que hasta allí nos condujo.

—Bueno, ¿qué es eso tan importante que querías comentarme? En compañía agradable cuesta calcular la velocidad del tiempo y al final nos vamos sin resolver el orden del día de nuestra reunión.

—¿Reunión? —contestó, mientras regalaba una cómplice sonrisa—. ¿Pero no habíamos quedado que era una cita?

Volvió a sonreír, esta vez de un modo más explícito, a la vez que posaba su mano sobre la mía en evidente gesto de proximidad.

—Tú sabrás, chica. Si no recuerdo mal fui yo quien formuló la pregunta.

Como haciendo un inciso en la conversación, comentó:

—Oye, aunque nada tenga que ver con el asunto, ¿a ti te gustan los *híster*? Esto está lleno de ellos y a mí, la verdad, me resulta atractiva su estética.

—Vamos, que te ponen.

—No sé, no es eso. Tal vez sí...

—Ni las modas ni los uniformes son lo mío. Ninguna, ninguno. En la juventud, estuve cercano a alguna tribu antes de decidir que por la vida se camina más cómodo sin disfraces.

Frunció el ceño, como desilusionada por mi respuesta, y optó por entrar en materia:

—En fin, al lío. Se trata de mi curro. Te dije que, hace no demasiado, acepté la jefatura de servicio de Contratación en la consejería de Presidencia. No tengo nada que ver con la política. Tampoco la menor simpatía por la Aguirre. Me la ofrecieron y me pareció un puesto interesante.

»Al principio pensé que la causa se hallaba en el currículo, pero me temo que guardaba más relación con la apariencia. Me debieron ver mujer y así, novatilla, y creyeron que haría sin rechistar lo que a ellos les viniera en gana.

»El problema es que actúan con desprecio de las normas. Los concursos están resueltos de antemano y me veo de modo permanente al borde del acantilado. Si actúo en conciencia, no duro quince días. Si trago e informo de modo favorable a expedientes que carecen de defensa, además de que pueden salpicarme complicaciones graves, me provoca unos conflictos éticos que me tienen próxima a la histeria. Tú, en tiempos, fuiste un alto cargo. Pensé que podrías ayudarme a aclarar ideas.

—Difícil, lo que cuentas. Yo no padecí esos problemas. Cierto que recibía presiones políticas y que los presupuestos de cada año debían amoldarse a los deseos del ministro. Pero en lo estrictamente técnico, cero injerencias. Mantengo una buena opinión sobre los socialistas en eso. Y mira que luego surgió lo de Roldán y compañía.

—Poco me ayudas. ¿Qué harías tú en mi caso?

—No lo sé. Tendría que verme en tu piel. Supongo que intentaría hallar un punto de equilibrio entre ética y sentido práctico.

Con desánimo, volvió a repetir una frase que juraría haber escuchado en nuestra discusión sobre María:

—Esperaba de ti otra respuesta. Eso es lo que me dice todo el mundo, que

trague. Vamos, que abra el culo y a lo que venga.

—Yo no he afirmado tal cosa. De hecho, hace años dejé la Administración por motivos que pudieran parecerse bastante a lo que comentas. A partir de cierto rango, tengo el convencimiento de que los funcionarios solo sirven de pretexto para comerse los marrones. En esta vida hay que elegir y si, por las razones que fueren, aceptas un cargo de libre designación en una consejería eminentemente política, ya sabes a lo que te expones. Está en tu mano pronunciar un sí o un no.

—Pero esto no debería ser así —respondió—. Aprobé unas oposiciones y estoy en mi derecho a ejercer el oficio como quiera. No tengo por qué escoger entre la carrera profesional y la ética.

—Vamos a dejarlo en que no debiera presentarse así. Las cosas son como son y no como nos gustaría que fueran.

—Se hace tarde, vámonos —afirmó con evidente gesto de contrariedad.

Poco después de llegar a casa, recibí un *whatsapp*. No me atrevía del todo a leerlo. Por un lado, significaba que me había desbloqueado de esa red y recuperábamos un contacto «más cercano» que por Facebook. Por otro, en función de los antecedentes y de situaciones que empezaban a sonarme repetidas, temía su reacción:

Sol_23.55

Te agradezco tu tiempo y tu interés. También tu sincera respuesta, aunque no se corresponda con el idealismo que imaginaba en ti.

Sol_23.56

Si estás libre y te apetece, mañana podrías pasar por casa a eso de las nueve, cuando haya bajado un poco el calor, y damos una vuelta por los alrededores. Ya me cuentas. Un beso.

Sol_23.59

PDT: Si aceptas, esto SÍ que es una cita con todas sus consecuencias.

Los días siguientes se desarrollaron como con arreglo a un libreto. Lentos, progresivos, avanzando sin pausa hacia algún destino predeterminado. El primero, simplemente caminamos por la zona del río paralela por una orilla a la calle Virgen del Puerto y perpendicular por la otra al paseo de Extremadura. Una charla larga, amable, desigual. Me exigió la narración detallada de mi historia hasta ese instante a cambio de someras pinceladas de la suya. Me llamó la atención el interés que mostraba en mi experiencia con Mer. Pedía datos, fechas, pormenores. Descripciones exactas de episodios

que incluso a mí me costaba situar con precisión en el tiempo. Fue entonces cuando reveló su anterior relación con Manu.

—He pasado por un episodio similar. Por eso me llegó tanto el texto que encabeza tu blog. Nos conocimos cuando estudiaba las oposiciones, era mi preparador. Un hombre muy inteligente, mucho mayor que yo, que alternaba el empleo de funcionario con las clases de la Universidad como profesor asociado. Un tío majo, de fuerte carácter, un poco chapado a la antigua. Se me declaró durante una cena en el reservado de un restaurante caro con velas sobre la mesa y anillo de pedida. Me sentí como la princesa de un cuento. Aunque descubrí aspectos de él que no me convencían, no pude decir que no. Convivimos por un tiempo y después... murió.

—Vaya, lo siento. Una experiencia dura.

—Cosas que suceden. Pasé unos meses muy malos. Después me sobrepuse y decidí que debía continuar mi camino hasta donde me conduzca. En abril hizo un año. No es la única situación de ese estilo que he vivido. Pero eso ya lo dejamos para otro día.

Me sorprendieron lo cercano de los hechos y el buen ánimo que mantenía al narrarlos. También el corto periodo que precisó para recuperarse de golpe tan adverso. Pese a su aparente debilidad, se trataba —estaba claro— de una mujer muy fuerte. Sin juzgarla, que cada cual es como es y tiene sus plazos, yo pasé más de cuarenta meses en una especie de coma vegetativo tras la despedida de Mer: del trabajo a casa y de casa al trabajo, incapaz de fabricar en mi cabeza idea diferente a la de su recuerdo. Después mejoré poco a poco. Necesité de un grave accidente en la montaña para resolver la ecuación en la que ejercía de incógnita mi retorno o no a la vida. Lo que sí mantuve fue la sentencia firme de dimitir de las letras y de abandonar para siempre la fotografía.

Pirineo central. Frontera entre el otoño y el invierno del noventa y uno. Las recientes nevadas, copiosas como pocas veces, cubrían de blanco virgen las laderas del Perdiguero. Pese a su altitud, 3222 metros, una ascensión fácil, ideal para retomar la montaña tras largo periodo de abstinencia.

En los años siguientes a la muerte de Mer, ni el monte me atraía. Todo gris, turbio, vacío. Una existencia sin contrastes capaces de excitar los sentidos. De casa al trabajo y vuelta en recorrido inverso, pero igual de

inapetente. Con lo bella que es la vida y lo lóbrega que se vuelve cuando dominan las ausencias. Tras los iniciales momentos de duelo, quedé sumido en una absoluta desgana que ni siquiera alcanzaba el rango de depresión. Las jornadas se sucedían a la espera de que el tiempo pudiera con las heridas. Las pocas amistades aún sobrevivientes terminaron por hastiarse de negativas. No salía, no escribía, no leía, no acudía al teatro ni al cine. Mucho menos a una cena o a un concierto. No era luto, sino absoluta abulia. Por no sentir, no alcanzaba ni a percibir el dolor. El obrero soñado por cualquier capitalista sin escrúpulos.

Pese a las numerosas ofertas, ni hablar de fotografía. Cerré para siempre esa estancia con una exposición de mis retratos más sentimentales. Nada brillante. Un mero álbum de recuerdos que, parafraseando el epitafio legible en la tumba de Keats, titulé como *Nombres escritos en el agua*. Una despedida, otra, con un humilde homenaje a mis caídos. Una muestra sin talento y sin finalidad en la que nada se compraba y nada se vendía. Y, como se deducía por su denominación, con el rasgo distintivo de que todos los modelos habitaban ya en los cementerios.

No me cuestioné el motivo por el que accedí a la propuesta de Fernando. Un conocido de la montaña que planeaba una serie de ascensiones invernales hasta los más sencillos tresmiles pirenaicos.

—Voy con gente muy nueva, Charly. Me vendría bien tu experiencia en la zona. Lo haremos la semana previa a las navidades. Después aquello se convierte en romería.

Iniciamos la ruta desde la carretera que conduce al Hospital de Benasque, antigua guarida de contrabandistas convertida hoy en hotel de lujo por la estupidez humana. Nunca entendí como se consienten determinados edificios. Su única finalidad, además del miserable negocio de unos cuantos, parece la de lesionar a la naturaleza en cualquiera de sus manifestaciones. Pase que se autorice un pequeño refugio como punto de inicio para las excursiones hacia la zona del Aneto o para la práctica del esquí de fondo en los mejores senderos para ese fin de toda la península; pero se mostraba un despropósito la construcción sucesiva de instalaciones, aparcamientos, almacenes y almacenes de almacenes en pleno parque natural de Posest-Maladetas.

Remontamos el valle de Literola con la precaución debida. El riesgo, tres sobre cinco en la escala de graduación de avalanchas, no imponía quedarse en casa, aunque tampoco garantizaba la tranquilidad. Tras transitar con prudencia por las zonas más expuestas, alcanzamos la vista del Ibón Blanco.

Debíamos girar hacia la izquierda, en la dirección del Collado Ubago, antes de afrontar la última rampa. Enfrentábamos una pala preciosa, vestida de fiesta con su enorme esmoquin blanco. Aunque parecía más o menos asentada, la orientación sur obligaba a adoptar ciertas cautelas. Cruzaríamos de uno en uno con el fin de impedir que nuestros cuerpos provocaran un alud por simple cuestión de sobrepeso. Las huellas de animales sobre el manto incitaban al optimismo: si por allí ya había circulado otro mamífero, no existía razón para que a nosotros se nos negara. Fue Fernando, que por algo ejercía como responsable de expedición, quien impartió las instrucciones a los más novatos.

—Este paso es lo más complicado que nos resta. No parece peligroso, pero con tanta nieve y el sol en lo alto tampoco está la cosa para exhibiciones. Sin voces y con movimientos lo más suaves posibles, esperamos a que quien nos precede se encuentre al otro lado. Como en toda la ascensión, Charly irá por delante mientras yo cierro la cordada.

A media pala, justo cuando llegaba a sentirme un elemento más del paisaje, el suelo se desvaneció bajo mis pies. La típica placa de viento cubierta por el espesor acumulado en las nevadas. En un instante eterno, en el que parecía haberse detenido el tiempo, pegué mil vueltas entre la materia que se deslizaba ladera abajo en estricta obediencia a las leyes de la física. Durante el trayecto, seguí como en un examen las instrucciones aprendidas en los cursos de alta montaña: cabeza protegida y, sobre todo, agruparme en forma de pelota procurando ocupar el mayor volumen posible con el cuerpo. Cuanto mayor fuera este, más cantidad de oxígeno cabría al cesar el deslizamiento y más tiempo para un hipotético rescate antes de fallecer por asfixia.

Cuando todo se detuvo, regresó el silencio. En unos segundos comencé a escuchar los gritos de los acompañantes. Lo bastante próximos como para suponer que no me sepultaban demasiados metros de nieve; lo bastante alejados como para no perturbar la paz que me inundaba. Por momentos, me sentía inmerso en un paraje familiar. Aquel inmenso congelador de cristales de agua helada era lo más cercano que había conocido despierto al búnker de mi sueño repetitivo.

Salvo lo de orinarme encima para adivinar la dirección en que debía intentar la fuga, de modo casi involuntario, obedecí los dictados de la teoría: moderar el ritmo respiratorio para alargar la duración del aire disponible e intentar mantener la tranquilidad. Lo último apenas me costaba. Sentía frío,

sí, también la proximidad de la muerte, pero ninguna de las dos me desagradaban. Como si algún dios hubiera atendido al fin mis deseos, me regalaba la opción de desaparecer. Por colaborar con ella, apagué el dispositivo de localización y, simplemente, me dispuse a morir en calma. A medida que las fuerzas parecían fugarse hacia la nieve, comenzó a dibujarse en mi pensamiento una especie de película que, en orden estrictamente cronológico, recordaba cada detalle de mi existencia hasta entonces. Extraña sensación: parecía vivirse a cámara lenta, pero a juzgar por todo lo que cupo en tan pocos minutos, debía circular a gran velocidad. Ni el menor signo de angustia. Hasta los episodios más dolorosos se contemplaban entonces con la naturalidad de quien se alimenta, de quien duerme o de quien ama. Ni rastro de esa ansiedad sin causa que se había convertido en mi más fiel compañera. Todo se volvía liberador ante el convencimiento de que todo terminaba. Al alcanzar la filmografía vital el instante de la desaparición de Mer, visualicé su carta de despedida: «Nada me haría más feliz que tú lo fueras...».

Aunque me ilusionaba la inminencia del reencuentro, no podía presentarme ante ella con la promesa incumplida. Para hacerla feliz siendo feliz, necesitaba permanecer con vida. Tocaba decidir y decidir rápido. Quince minutos, el plazo máximo de supervivencia bajo la nieve. Tocaba decidir... Y decidí activar el ARVA. La única opción para cumplir mi palabra.

La sonda de los compañeros haciendo diana en la espalda fue el último recuerdo de aquel ataúd de paredes blancas. Supongo que perdí el conocimiento víctima del frío y de la hipoxia. La siguiente imagen me situaba ya en el cálido refugio de un hospital ante una enfermera con inequívoco acento aragonés.

—Bienvenido al más acá. Ya tendrás algo que contar a tus nietos. No todo el mundo sobrevive a una avalancha.

—¿Cuánto tiempo llevo aquí?

—Dos días. Te trajo el sábado el helicóptero.

—¿Estoy entero?

—A tu edad y con esos ojos, me extraña —bromeó, tras una amable sonrisa—. Aunque no debiera decírtelo, que para eso cobran los médicos, sufriste algunas congelaciones. Nada grave ni nada que con paciencia no se recupere. Te sacaron a tiempo. Has tenido mucha suerte. Si crees en algún Dios, dale las gracias. Se lo merece. Ahora... descansa.

En la segunda de nuestras «citas formales» me invitó a conocer su domicilio. Como en la jornada anterior, la escribí al llegar al lugar del encuentro. Incluso en verano, el tráfico en Madrid se muestra difícil de prever y resulta complejo calcular la hora exacta en que alcanzarás destino. No quería que esperara en la acera, ni hacerlo yo —aparcado en doble fila— más allá del tiempo imprescindible. Si soy fiel a la verdad, tampoco podría afirmar que me sorprendió su respuesta:

Sol_20.30

Hola, bombón. Mira a ver si puedes dejar el coche en algún sitio y subes si quieres. Podemos tomar algo aquí sin necesidad de andar por la calle como vagabundos.

Sol_20.31

Te advierto que tengo la casa hecha una mierda. Como te dije ayer, la chica que limpia está de vacaciones y yo soy muy mala en las tareas domésticas. Me parecen la pérdida de un tiempo que prefiero dedicar a otras cosas.

Sol_20.32

Con este calor no apetece abandonar el refugio del aire acondicionado. No seas muy duro conmigo en el juicio.

Tomé el ascensor tras recibir las instrucciones sobre la ubicación precisa de la vivienda. Durante el trayecto hasta el ático de la sexta planta, intenté determinar el modelo al que debía ajustar la conducta. En mi época de juventud, cuando en una cita una mujer te invitaba a conocer su casa, esperaba algo más que una charla amable y consumir juntos una bolsa de copos de maíz. Por mi anquilosamiento en la materia, temía que las costumbres hubieran cambiado con los tiempos. El estilo de conducción de Sol, a base de acelerones y frenazos extremos, no contribuía a resolver las dudas. Difícil punto de equilibrio entre no parecer del todo idiota y arriesgarme a un terrible «tú qué te has creído». Si ya me había calificado de machista por expresar mi predilección hacia las mujeres limpias, provocaba

miedo interpretar de modo incorrecto las románticas señales que emitía.

No exageraba con el asunto del orden doméstico. Un dúplex precioso en el último piso penalizado por un caos de ropas esparcidas sobre el mobiliario, utensilios de cocina en aparente distribución aleatoria y una capa de polvo añejo que todo lo cubría. En la zona baja, salón amplio, cocina estrecha y alargada, justo al lado de un pequeño aseo. En la de arriba, un baño completo, una alcoba enorme con estructura abuhardillada y una terraza, también muy grande, separada por ventanales desde los que se divisaban a lo alto los jardines de las Vistillas. El dormitorio principal carecía de armarios. Todo su ajuar, mucha ropa, mucha, descansaba en perchas colgadas sobre barras portátiles en la zona de techo más bajo. A sus pies, un número indeterminado de zapatos hacían imposible el tránsito.

—Bueno, pues esta es mi casa. Está un poco desordenada. Ya te dije que la chica disfruta sus vacaciones desde hace tres semanas y no seré yo quien pierda el tiempo con planchas y limpiezas. Me gusta el sitio, aunque se me hace un poco pequeña. De hecho la ropa de invierno no me cabe y la guardo en Chinchón en el chalé de mi padre. Un rollo andar de aquí para allá en cada cambio de temporada. Ponte cómodo, anda. ¿Qué quieres tomar? Tengo agua y algunos zumos, creo.

Tras su invitación a acomodarme en el sillón, me ofreció una extraña mezcla de frutas tropicales sin azúcar y... palomitas.

Al principio, me sometió a un nuevo interrogatorio sobre el pasado. Luego permitió que la conversación fluyera hacia temas más íntimos.

En determinado momento, sin que sea capaz de explicar muy bien el proceso previo, nuestros rostros se cruzaron y sencillamente nos besamos.

Tras una especie de salida en falso, retiró sus labios de los míos y repitió, ahora sí, con un gesto profundo, largo, intenso, en el que las lenguas parecían a toda velocidad encaprichadas por cambiar de cuerpo. Un beso que, después de muchísimos años, consiguió recordarme a los de Mer.

Al tumbarnos sobre el sofá, comenzó a palparme el sexo. Primero por encima del pantalón, después, ya por dentro. Yo correspondía con caricias apasionadas por todo su cuerpo. Sin razón aparente, se levantó brusca e interrumpió el proceso.

—¡Para! ¡Para! ¡Para! ¡Vete! ¡Vete! ¡Vete! Vete Charly, por favor. Que la liamos y no es el momento —exclamó con un tono de niña asustada que mantuvo durante la apresurada despedida.

Aturdido, recogí mis cosas —bolso y sombrero— y emprendí el camino de regreso a casa sin entender media palabra de lo sucedido. Un efecto que comenzaba a volverse dañinamente común entre nosotros.

Ya en mi terraza, mientras me preguntaba sin respuesta clara en qué me equivoqué o qué habría hecho tan mal como para provocar en ella tan contradictoria reacción, la repetida sintonía del Whatsapp decidió interrumpir mis reflexiones.

Sol_00.52

Ha sido precioso, Charly.

Quizá hemos ido un poco deprisa.

Sol_00.53

Qué sepas que me has hecho sentir como nadie antes. Y cuando digo nadie, lo hago consciente del sentido último de la expresión.

Sol_00.55

Gracias, cariño, por una tarde-noche inolvidable.

Un beso, lento y profundo, que te conduzca hacia el sueño.

Hasta mañana, mi amor.

El tercer día repetimos el ritual. Esta vez, el parón llegó tras el hechizo de una felación, perfecta mezcla de ternura y fiereza, que disfruté de pie, apoyado sobre la mesa del comedor. Después de ingerir con ansia cada gota de semen, la misma escena con casi idénticas palabras.

Cada anochecer, progresábamos en la ceremonia con una serie de etapas que parecían ordenadas con precisión en su cabeza. Primero, ascendimos hasta la alcoba para acariciarnos aún vestidos sobre la cama. Después, fuimos suprimiendo prendas hasta que día a día el ritual nos condujo a la desnudez absoluta. Todo un privilegio contemplar su cuerpo delgado sin excesos, esbelto y con muchos menos signos de celulitis que los propios en personas de su edad. Tan solo unos restos en las nalgas, consecuencia quizá de una drástica reducción de peso. Me engañó al responder sobre las casi invisibles cicatrices de la zona inferior de los pechos. Las achacó a la extirpación quirúrgica de pequeños quistes, pero por su forma y disposición, exactamente simétricos en ambos, y por el simple sentido del tacto, resultaba evidente que

se había sometido a algún tipo de cirugía plástica. Unos labios indubitadamente tratados con ácido hialurónico y la presencia de bótox en frente y pómulos contribuían a corroborar mi tesis.

Tras tan sistemáticas paradas en todos los apeaderos intermedios, al fin alcanzamos destino.

—Hoy no te detengas hasta que te vacíes dentro —ordenó—. Tampoco te cortes. Apetece algo salvaje.

Obedecí gustoso. Conocíamos ya tanto el uno del otro que ni siquiera me llamaron la atención sus excesos verbales, la forma de retorcerse ante mis acometidas o ese modo tan agresivo de masturbarse durante el coito. También descubrí que Sol ejercía de mujer multiorgásmica. Como si el destino tuviera decidido gastarme una broma con dudosa gracia o desafiarme con una adivinanza imposible de interpretar, justo en el instante en que eyaculaba, iluminaron el cielo unos fuegos artificiales. El desafío de un enigma disfrazado de casualidad. Fin de las fiestas que, por esos días, se celebraban en las Vistillas.

A medida que avanzaba la tarde del 25S, el ambiente se enrarecía. Más allá de la bromas con Jorge acerca de la marihuana, una sucesión de falsas alarmas sobre cargas policiales provocaban el pánico entre la multitud. Junto al compañero, decidí avanzar hasta las vallas que, levantadas por los custodios del orden con el fin de acorazar el Congreso, separaban Neptuno de la Carrera de San Jerónimo. José desapareció mientras las chicas optaron por mantenerse en el sitio.

—Ten mucho cuidado, cielo —solicitó Sol—.

—Lo tendré. Solo quiero tomar unas fotos y comprobar el ambiente. Si hay lío y tenéis que salir por pies, quedamos en la puerta del VIP. Si la cosa se pone de verdad fea, os metéis en los servicios y salís cuando haya escampado. Entre la cantidad de peña ocupando línea y los barridos de la poli, no se puede confiar en los móviles.

De camino, comprobamos como algunos de los congresistas abandonaron por unos momentos el hemiciclo para solidarizarse con la multitud. En una simple ojeada, distinguimos a Alberto Garzón y a Llamazares charlando distendidos con los manifestantes. Me llamaron la atención una serie de individuos que, enmascarados e impecablemente vestidos de negro, portaban

largos estandartes del mismo color.

—¿Tú sabes algo de esto? —pregunté a Jorge—.

—No. Y no me gusta su aspecto. Creo que estás pensando lo mismo que yo.

Sin militancias extremas, ambos frecuentábamos círculos libertarios más o menos radicales y nos extrañaba la compleja organización de una bandera negra sin que hubiéramos recibido noticias por una u otra vía. Además, los grupos estructurados de resistencia anarquista, dispuestos a emplear la fuerza en su defensa, solían actuar de modo coordinado. Nunca en solitario y desperdigados entre la muchedumbre. El hecho de airear los símbolos con tanto entusiasmo y que fueran ellos los más sobreactuados, los únicos que lanzaban objetos hacia el otro lado de la barrera, solo aumentaba la sospecha. Al día siguiente, un vídeo de Youtube, el del viral «que soy compañero, coño», con el que uno de ellos solicitaba a los antidisturbios que no lo golpearan, confirmó nuestra suposición.

Al alcanzar las protecciones, el espectáculo parecía el escenario de una mala película sobre distopías. Centenares de guardias con casco cerrado y armas en mano esperaban la orden de intervenir. Mientras tomábamos algunas instantáneas, mi pensamiento se retrotrajo a una jornada de primavera del año anterior cuando bajo un lema optimista, «no nos vamos, nos expandimos», pero con el inconfundible sabor a la derrota en las entrañas, el 12 de junio 2011 se levantó definitivamente la acampada.

La presión del comercio de la zona, el natural desgaste de veintiocho días sin pausa en la plaza y la ausencia de un destino claro capaz de provocar consecuencias inmediatas desencadenaron un final que llevábamos escrito en la frente. En lo más íntimo, todos conocíamos las verdaderas causas. Como el Quijote y como Sancho, habíamos topado con los tres enemigos naturales del alma: los mercaderes, la Iglesia y el poder. Y contra el imposible de alterar un orden social que lo merecía sin unas mínimas dosis de violencia. Ni la lógica ni la historia se hallaban de nuestro bando: nadie renuncia a privilegios si no se los arrancan por la fuerza. El pacífico ADN que nos permitió despertar las simpatías de la masa, nos condenaba después al fracaso.

También tuvimos mala suerte con la fecha. La convocatoria veraniega de la Jornada Mundial de la Juventud Cristiana terminaba de cerrarnos las puertas

ante el imposible de compartir escenario. El poder tenía que elegir entre la razón y la creencia y esta última siempre se mostró cómplice con los intereses de las élites. El sexo explícito contra la caricatura de aquel cursi «Amo a Laura» de cierta campaña propagandística que hizo furor en las redes. Causa perdida. A ella, a Laura, prometían respetarla hasta el matrimonio; a nosotros, no nos dejaron ni emprender los preparativos de la boda.

Durante los meses siguientes, continuó la inflación de movilizaciones que interpreté entonces como una carrera por apropiarse del legado del 15M. De una parte, los entusiastas de la partitocracia intentaban canalizar el descontento hacia un voto masivo a Izquierda Unida. De otra, quienes contemplábamos en la organización horizontal desde la base la única alternativa posible a la dictadura de los mercados. El núcleo próximo a Izquierda Anticapitalista, una antigua escisión de IU con origen en la vieja Liga Comunista Revolucionaria y claras inclinaciones troskistas, quedó en posición intermedia. Confiaban en la vía institucional, pero recelaban con razones y con razón del PCE, dueño y señor de la coalición de izquierdas, como habitual ángel exterminador de todo movimiento con aspiraciones que quisiera situarse más allá del PSOE. Poco amigos del dogma liberal de la competencia, comenzaban siempre eliminándola de los alrededores.

De regreso al presente y cuando iniciábamos el retorno a nuestra posición, observamos con claridad como, a las siete en punto de la tarde, uno de los infiltrados arrojaba una botella de agua semivacía hacia los agentes. Ni siquiera se acercó a su hipotético objetivo, pero... las vallas se abrieron y las unidades policiales comenzaron a repartir palos sin medida entre un gentío aterrorizado ante la agresión. Cada cual reaccionaba a su modo. Unos permanecían sentados sobre el pavimento con los brazos al cielo, al más puro estilo 15M, en inequívoca señal de que no opondrían resistencia. Otros se quedaban de pie, en el sitio, intentando esquivar las porras. Los más salían corriendo sin tener muy claro el destino de la carrera. Viejos, jóvenes, hombres, mujeres, fotógrafos, periodistas o simples observadores. Nadie escapaba a la brutalidad de quienes pretendían disolver por la fuerza una protesta pacífica, legalmente autorizada, y que hasta las cargas no presentaba la menor evidencia violenta. Las lógicas consecuencias de que una organización delictiva autodenominada Partido Popular, ansiosa de revancha por la pérdida añeja de unas elecciones que creían ganadas tras la voluntaria jubilación del títere de las Azores, hubiera triunfado con mayoría absoluta en los últimos comicios generales. Los socialistas de Zapatero obedecieron

sumisos las instrucciones de la troika —qué remedio—, pero mostraban cierta comprensión hacia quienes nos oponíamos a ellas. Contaminados por el virus que infecta a todo aquel que aterriza en política, en el fondo actuaban contra su conciencia. El indecente eufemismo que conocemos por responsabilidades de gobierno.

Paralizadas por el terror, Sol y María aún se encontraban en el punto exacto en que las dejamos. Abracé a la primera y la conduje hasta uno de los laterales de la Plaza de Cánovas del Castillo, protegiéndola con mi cuerpo de posibles golpes. Jorge hizo más o menos lo mismo con la segunda. No se trataba de ningún gesto de supremacía del macho dominante, sino de la reacción natural ante su evidente falta de experiencia. Al igual que la inmensa mayoría de los presentes, habían llegado con aire casi de fiesta hasta la fuente donde los atléticos disfrutaban sus triunfos. Como a una sentada ante una consejería en solicitud de readmisión de interinos despedidos o como a alguna domesticada marcha de autobús y bocadillo con cargo a presupuestos, promovida por Comisiones Obreras. Se encontraron con la represión real, la que practica el Estado sin miramientos cuando estima que el enemigo de veras puede causarle algún daño.

Intentamos serenarlas y serenarnos a remojo de unas cervezas. Encontramos sitio en un pequeño bar cercano a la basílica de Jesús de Medinaceli. Nos costó. Resultaba casi imposible circular por cualquier calle por la que remotamente pudiera accederse a las Cortes. Miles de policías custodiaban cada rincón como si el tal Bin Laden anduviera por Madrid de visita turística y hubiera alquilado un avión. Sol pidió una botella de agua y se mantuvo en silencio. Los demás nos refugiamos en unas cañas ante las que María no cesaba de parlotear. Nada que viniera a cuento. Diferentes formas de espantar el miedo. Yo permanecía más próximo a las tesis de mi chica: indignado por el desmedido compartimento policial, pero sobre todo por la respuesta de los manifestantes. Menudos revolucionarios que salen corriendo ante un puñado de psicópatas, encantados de apalear por una dieta miserable de entorno a cien euros a quienes los mantienen con sus impuestos. Acaso a ellos no les bajaban el sueldo, no les expulsaban de sus casas en ejecución de hipotecas que quien las concedió conocía que nunca podrían pagar o no esperaban un año para una simple ecografía. Qué envidia de aquellas movilizaciones antiglobalización en las que participé años atrás. Qué nostalgia de Génova.

Cuando creíamos pasadas las peores olas, acompañamos a María hasta el

metro y a Jorge hasta su vehículo, aparcado la zona alta de Méndez Álvaro. Nada más regresar al paseo del Prado, contemplamos como el propietario de una cafetería, autónomo de éxito poco sospechoso de antisistema rojo, se jugaba la vida y el establecimiento. Con su actitud, evitó que los polis accedieran al interior para detener y/o apalear a quienes se refugiaron dentro. Ya en las cercanías de Atocha, comprobamos que cualquier situación siempre puede tornarse peor por mala que se presente. Los antidisturbios recorrían los pasillos de la estación golpeando todo lo que hallaban en su recorrido. La tarde noche del veinticinco de septiembre convirtió en deporte de riesgo tomar un tren hacia Toledo, Barcelona, Sevilla o Valencia.

Casi al mismo tiempo que nos despedíamos de Jorge, recibí respuesta a los mensajes que anteriormente envié a José. No teníamos noticias tuyas desde que desapareció en Neptuno y temí que hubiera sufrido algún percance.

José_22.41

No te preocupes, estoy bien. Espero a poder sacar de aquí mi coche. De momento, no me dejan. Al principio me pareció lo más lógico, pero solo a mí se me ocurre venir a rodear el Congreso y meterlo en el parquin de las Cortes.

Las primeras palabras de Sol tras los incidentes, las pronunció ya en el auto mientras la acompañaba a casa:

—Sube. No me dejes sola esta noche.

La supuse prisionera de un *shock*. Al tumbarnos en el sillón, aún casi temblando, me recordó con calma lo importante que yo era para ella y me hizo prometer no abandonarla. Sus ojos de pánico al pronunciar esa palabra me retrotrajeron a épocas pasadas, a etapas de mi vida que ya creía archivadas para siempre en el rincón de los recuerdos más recónditos. Seguí la conversación disimulando el sobresalto y la abracé con fuerza. Un intento de responder con hechos lo que ella solicitó con las palabras. Sin venir demasiado a cuento, me reveló nuevos detalles de su relación con Manu. Cuando él murió, hacía meses que el idilio había terminado. Hermano mayor e hijo de viuda, Sol se sentía ninguneada cada vez que la sangre llamaba a su puerta. El detonante de la ruptura fue la conducta del hombre hacia su familia.

—Le traían comida y ropa limpia cada vez que nos visitaban. Cómo si nosotros no dispusiéramos de la autonomía suficiente para realizar esas tareas. Ni él ni yo cocinábamos, pero comíamos casi todos los días fuera y contratamos una chica para que se encargara de las labores domésticas.

—Una tarde —prosiguió—, mi suegra comentó algo sobre lo arrugado de la vestimenta de su hijo. Pretendía coger la plancha y solucionarlo. Le dije que no era necesario y nos enfrentamos. En lugar de situarse sin dudas de mi lado, Manu trató de conciliar y pasar por alto el incidente. Cogí lo imprescindible y salí de su casa. No podía consentir que me tratara así. Después mantuvimos cierto contacto. Recurría a él cuando tenía algún problema y también a la inversa. Nunca más como pareja. De hecho, ni siquiera nos veíamos, comunicábamos siempre por Whatsapp. Solo cuando me enteré de lo

del tumor a través de su hermana, acudí a visitarlo al hospital. Espero que no pienses que todo se debió a un ataque de celos, eso mismo creía Manu.

—Yo no estaba allí —respondí— y no sabría cómo opinar. Cuando una relación te hace sentir mal lo sensato es dejarla con independencia de las circunstancias. Eso concluyo desde lo racional. Por mi historia, quizá no sea el más indicado para manifestarme así.

—Charly, yo no soy celosa, pero Manu era un machista y no podía consentir que me dejara detrás de su familia. Fueron su madre y su hermana las que no soportaban que el niño que hasta entonces había ejercido de marido y de papá incorporara a su vida alguien por delante de ellas.

—No creo que nadie esté detrás o delante en cuestión de afectos. Solo en lugares diferentes que nunca deben mostrarse incompatibles.

Tras ese comentario se levantó en lo que interpreté como signo de disgusto por no haber recibido de mí una total adhesión.

—Cariño, creo que deberíamos irnos a la cama. Ha sido un día muy duro. La habitación estará hecha un desastre. Espera aquí hasta que la prepare un poco y ahora te aviso.

Asentí sin comprender demasiado el sentido de sus palabras; la alcoba siempre merecía para mí ese calificativo y no admitía un mayor desorden.

Mientras ascendía por las escaleras, le quedó tiempo de enviarme un beso

soplado desde la palma de la mano y de revelar:

—Amor, que sepas que estoy muy orgullosa de ti. El hombre más valiente que he tenido a mi lado. Aprecio tu gesto de alejarte de una batalla en la que crees solamente por cuidarme.

La suponía una noche de sueño reparador. Los incidentes del día, el cansancio y hasta nuestra charla invitaban más al descanso que a la pasión. Salí del error cuando alcancé la segunda planta. La estancia presentaba su habitual estética descuidada, pero ella había dispuesto una cuidadosa escenografía. Me esperaba desnuda, solo cubierta en su zona más íntima con un minúsculo tanga repleto de transparencias. Como adornos: muñequeras y tobilleras claveteadas al estilo de los conciertos de *heavy metal*. De rodillas sobre las sábanas, se aproximó gateando hacia mí con intencionado gesto de pantera.

—Amor, ¿te gustó la escena de *La pasión turca* que vimos juntos el otro día?

—Sí, pone mucho. ¡A quién no!

—Hoy vamos a vivirla en primera persona. No tengo nada para que me cuelgues del techo. A cambio, he preparado para nosotros algo muy especial.

Tras tan susurrantes palabras, me ofreció una especie de collar con pinchos y correa como la que se emplea con los mal llamados perros de presa. Me sugirió que se lo colocara al cuello y luego la encadenara por muñecas y tobillos a unas esposas que había instalado en los barrotes de la cama, manteniendo siempre su felina postura. Cuando todo se hallaba conforme a sus deseos, comentó en voz muy baja:

—Manu vivía obsesionado con follarme el culo. A mí no me gustaba. Mi agujero es pequeño sin dilatar y el muy bruto me hacía un daño insoportable. En la mesilla tienes también un poco de lubricante. Estoy segura que tú lo harás mucho mejor. Tómame el tiempo y los preparativos que consideres, soy toda tuya. Si en algún momento percibes que me duele, tírame del pelo, de la correa hasta casi asfixiarme o golpéame con fuerza en las nalgas. A tu elección, sin cortarte. Solo un clavo saca otro clavo. Ya sabes...

III. Todo sobre mi madre ¹³

Una es más auténtica cuanto más se parece a lo que ha soñado de sí misma.
(Pedro Almodóvar).

A escaso cuarto de hora de las cinco de la tarde, alcanzamos el punto de encuentro. Tras saludar a Jorge, mi compañero habitual, y tras la imprescindible presentación de los hasta ese instante desconocidos, iniciamos la marcha hacia Neptuno. Un dubitativo vistazo a los alrededores de la glorieta de Atocha confirmó los pronósticos menos optimistas: o se trataba de una manifestación de «maderos» o allí no había ni Dios. La amena charla sobre fotografía nos permitió aproximarnos a las nuevas amistades y nos condujo hasta el lugar en que los atléticos suelen celebrar sus orgásmicos éxitos deportivos. Siempre me llamó la atención la desproporcionada cantidad de seres con inquietudes artísticas que encuentras en estos círculos. Caminábamos lentos, pausados. Como si por reducir la frecuencia y la amplitud de la zancada, fuéramos a multiplicar el número de asistentes.

Al alcanzar las vallas que cerraban la carrera de San Jerónimo, intentamos cubrir nuestra desolación con una sonrisa. El nombre de la calle, por lo de carrera, tampoco portaba buenos augurios. La hora prevista para el inicio y solo unos cientos de personas. Nada para un Madrid. Ni contar merecía la pena. Entre agentes y periodistas dispuestos a filmar carnaza duplicaban como poco el número de manifestantes. La campaña mediática había dado sus frutos. En el estreno del temido espectáculo Asalto al Congreso, se intuía un fracaso de crítica y público.

En los corrillos, un comentario común: la plataforma En Pie convocó mal la acción. Su léxico sobreactuado —a quién se le ocurre hablar de asaltos o asedios— y una actitud poco abierta hacia los afines impidieron que captase el favor de una buena parte de los que debieron integrarse en su clientela. La agresiva e injusta campaña mediática hizo el resto criminalizando la protesta. Bastaba alzar la vista en cualquier dirección para comprender los que pensaban utilizar la violencia y los que no, quienes poseían todos los boletos para resultar agredidos y quiénes para constituirse en agresores. En nuestra desilusión, obviamos un sustancial detalle: el miedo, que por fin había cambiado de bando, transformó los alrededores del Congreso en un fortín con

más UIP que bacterias por metro cuadrado.

Entre opiniones diversas y anécdotas exageradas de otras convocatorias, trascurrió como media hora. Nuevo vistazo a la plaza con la incomunicada esperanza de un milagro. Nada. Esas cosas solo suceden en Lourdes y a los creyentes previo paso por caja. Seguíamos con no más de mil personas. Novecientas ochenta normales y veinte con los suficientes problemas de salud mental como para salir de casa con la idea obsesiva de pelearse con quien se pusiera delante. Una especie de ultras futboleros que cambiaban la bandera del Madrid o del Barça por la de la justicia social. Una compañera del grupo se acercó a ellos para recriminarles la actitud. Llegamos casi al enfrentamiento. Pese a los muchos informadores presentes, sabíamos que el episodio nunca saldría publicado en una prensa amordazada por la composición de sus accionistas. Esa escena no se hallaba en el libreto y el director se mostraba tan tirano que no permitía a los intérpretes el menor ejercicio de improvisación. Inútil trabajo de nuestra nueva amiga. Imposible hacer entender a quien adquirió el firme propósito de negarse a ello. La policía debió retirar a esos personajes para garantizar la seguridad de todos y nuestro derecho a manifestarnos; pero los polis cobraban por molernos a palos, nunca por protegernos. Lo teníamos claro. Ellos y nosotros.

Al poco llegaron refuerzos. La comitiva procedente de Sol, el otro punto de reunión, alcanzó por fin la plaza de Cánovas del Castillo. No es que fueran multitud aunque, al menos, un poco más sí que abultábamos: media entrada optimista, sin apreturas. Adquirí la convicción de que de allí saldríamos corriendo y con un tipo de porra grande y cerebro pequeño intentando atizarnos con la primera. El guionista contratado por la señora Cifuentes, entonces delegada del Gobierno, así lo escribió casi al mismo tiempo de conocerse la convocatoria. Formaba parte del circo; del espectáculo maniqueo diseñado por la clase política para disimular el diabólico efecto de sus decisiones sobre la inmensa mayoría de la población.

El argumento incluía palos a las ocho y media. Así me lo comunicó Ana, merced a sus contactos con cualificados mandos policiales. De entre las múltiples llamadas, solo atendí la de una prima por parte de padre. De los pocos familiares con los que mantenía trato frecuente.

—¿Estás en Madrid? No vayas por el centro. Dicen en la radio que hay convocada una manifestación muy violenta. Llamé para avisarte.

No me atreví a confesarle que charlaba con la milésima parte del terrible peligro anunciado en su emisora.

La temperatura descendió lo suficiente como para que el frío comenzara a sentirse. Con la idea de abrigarnos y regresar más tarde, decidimos volver al coche de Jorge justo en el instante en que comenzó la fiesta. Por una de esas casualidades difíciles de atribuir al azar, los descerebrados de la primera fila empezaron a mover las vallas con dudosa pretensión justo a la hora pronosticada por Ana. El más bobo –o el más disciplinado– lanzó una bengala hacia las UIP. Increíble su mala puntería. Pese a la escasa distancia que los separaba, no consiguió acertar a ninguno de los agentes. A partir de ahí, carreras sin fin y palos sin tino, bajo la percepción de repetir una escena ya vivida el último veinticinco de septiembre.

Conocía y reconocía que la inteligencia no solía ser la característica más destacada en un antidisturbios. No la necesita. Podía constituirse más en estorbo que en mérito para el ejercicio de su profesión. Su trabajo consiste en pegar, nunca en pensar y menos aún en pensar bien. Pero a los mandos debieron exigirles el sentido suficiente como para evitar que aquellos «intelectuales» vestidos de Mazinger Z disparasen pelotas de goma a mediana altura en zonas de tráfico abierto. Como preveía, tocó correr y correr rápido.

Ya en Delicias, perdí el contacto con Jorge en medio del caos. No suponía ningún inconveniente grave. Aunque su proximidad siempre me resultaba grata, los dos conocíamos cómo cuidarnos en soledad.

De modo un tanto inexperto, un puñado de chicos muy jovencitos levantaron barricadas. Desde fuera podría parecer un ejercicio de vandalismo; metidos en faena, se volvía tan normal como legítimo. Siempre es lícita la defensa cuando se ejerce proporcionada a las características de la agresión. Una vez más, se invirtieron los papeles: la policía pagada por los ciudadanos para protegernos opositaba por voluntad propia al empleo de homicida.

Tras las carreras y las escenas de tensión, regresó la calma. Un fotógrafo prometió borrar mi rostro de una instantánea a cambio de un poco de agua.

—Bebe. Me da igual. No he hecho nada que merezca la pena ocultar ni nada de lo que deba arrepentirme.

Un grupo de críos de no más de diecisiete devoraron con ansia los restos de mi botella de dos litros. El miedo, supongo, que siempre termina por engordar la sed. Bajo su vestimenta de peligrosos antisistema, con capucha y palestina como complementos, se escondían poco más que unos niños asustados por las bestias azules y por la bestia de una sociedad empecinada en que vivir resultara imposible. Los figurantes elegidos por Cifuentes para

hacer de malos habían concluido con bien su trabajo.

—Venga, se acabó por hoy. Esto ya carece de sentido. Marchaos a casa con vuestra familia.

—No tenemos ni casa ni familia. Vivimos en la calle, tío. ¿Dónde quieres que vayamos?

Quizá lo previsto por los autores de la obra fuera que en ese momento amase al Gran Hermano. Pero nací disidente y produjo en mi el efecto contrario. Sentía el deseo de levantar barricadas, de volcar contenedores, de quemarlos, de apedrear cajeros automáticos y de lanzar objetos a los guardias, representantes en la calle de un mundo tan miserable como para condenar a esos chicos a la nada. Por momentos me veía una versión contemporánea del Cojo Manteca. Aquel peculiar personaje que alcanzó la gloria de la popularidad cuando destruyó con su muleta equipamientos urbanos en las protestas estudiantiles de enero del 87. No me reconocía. Nunca fui un pacifista convencido, pero sí un pacífico ejerciente. Por fortuna, todo concluyó sin que cayera en ninguna locura seria.

Facilité a los chavales la dirección de un par de centros okupados con la esperanza de que pudieran encontrar allí el afecto del que carecían. Nos despedimos con un abrazo.

—Suerte. Aunque marcháis agradecidos porque os saqué de un buen lío con mi pinta de señor respetable, sois vosotros quienes me habéis socorrido. Desconozco si volveremos a encontrarnos, pero habéis regalado a este señorito de crianza burguesa e ideas revolucionarias lo que necesitaba en este instante preciso: una ilusión por la que pelear y la placentera sensación de sentirse útil.

Por fin me reuní con mi gente. Tras el cigarro de después —una cerveza en este caso—, decidimos marcharnos cada cual a su destino. Vaya sablazo. Casi veinte pavos de parquin le cayeron a Jorge. Con el cambio, recogimos nuestra propia contradicción: acudimos a una protesta antisistema y pagamos un buen puñado de euros por una simple guarida para el coche.

—¿Quieres qué te lleve a casa? —preguntó—. Me las puedo apañar para que me pille de camino.

—Mejor a la de Sol. La noté preocupada y prefiero pasar la noche con ella.

—Lo comprendo. Con o sin preocupación, yo en tu lugar tendría las mismas preferencias.

Durante el trayecto, el móvil no se cansaba de repetir la sintonía con que saludaba a los mensajes. Tras un vistazo rápido, me detuve en responder al de

Ana.

Ana_22.01

Estás bien, capullo?

Espero que algún día me expliques qué cojones hace un tío como tú en esos saraos.

Charly_23.17

Sí, sin problemas.

(Demostrarme que el deporte de vivir aún posee algún sentido).

En lo científico, la noche sirvió para ratificar la incidencia del estrés sobre las cefaleas. Tras jornada tan intensa, fue rendirme al sueño y comenzar con los primeros síntomas. Intenté resultar lo más discreto posible, pero no logré evitar que Sol despertara cuando me incorporé para medicarme. El lagrimeo, la congestión nasal y el punzón ardiente en la zona del trigémino vaticinaban que la crisis llegaba dura y no admitía demora en la respuesta.

Por el nerviosismo, por la oscuridad o por algún defecto en la aguja, algo relativamente frecuente en las jeringas encapsuladas de sumatriptán, el pinchazo me causó una pequeña hemorragia en el brazo derecho. Pese a los esfuerzos de maestros y familiares por corregir mi tendencia a emplear la izquierda en cuantas tareas se me presentaban, solo vencieron a la naturaleza en las más comunes. En el resto, incluidos deportes, labores domésticas y juegos infantiles, salieron derrotados con estrépito. Para escribir o comer, parecía sencillo inmovilizar la mano dominante, forzándome así a emplear la opuesta. Pero era imposible soltarme de esa guisa en el patio del recreo.

La herida no parecía nada serio. Solo lo suficiente como para que ella se impresionara al iluminar la alcoba.

—No te preocupes, cariño. La sangre es muy aparatosa.

—Ya, cielo. Pero yo me mareo al verla.

Hasta que el inyectable comenzó a ejercer su oficio, contuve en lo posible mis reacciones. Unos diez eternos minutos en los que Sol contempló por vez primera los efectos del Horton sobre un ser sintiente. Temblores, movimientos compulsivos, tirones del ojo sin miramientos, algún gemido ronco que escapó contra mi deseo y esa tendencia a causarme dolor en

cualquier punto del cuerpo que guiara hasta allí el foco de atención. Frente a la costumbre de encarar el episodio a base de rápidos paseos por cualquier estancia despejada, opté por permanecer en la cama en honor a la compañía. También eludí los cabezazos contra la pared que de natural proporcionaban cierto alivio.

Durante la crisis, Sol me abrazaba, me besaba, me sujetaba, me acariciaba, intentaba calmarme con palabras, lloraba o me compadecía, en una agobiante sucesión de gestos excesivos. La gama completa de todo lo prohibido a la hora de afrontar el dolor.

La percibí extraña cuando regresó la calma: girada hacia su lado y muy alejada, casi en el borde del colchón. Cada cual es libre dormir en la postura que encuentre más cómoda, pero esa posición tan remota resultaba en ella poco usual. A la hora de compartir cama, pecaba más de atosigante que de emancipada.

—Siento que me hayas visto así. Te había descrito los síntomas para que llegada la ocasión no te asustaras. En directo y con entrada VIP, no debe ser un espectáculo agradable.

—Tienes razón, no resulta agradable. Tampoco tu carencia de empatía. Te centras en ti como si solo tú lo padecieras. Ignoras el daño que a mí me causa verte así y la impotencia de no saber ayudar en nada —respondió, manteniendo el lejano emplazamiento—. Si prefieres pasarlo solo, no sé qué coño haces aquí. Una relación exige compartirlo todo, incluso eso.

Achaqué la conducta a la angustia y a esa tendencia tan suya de desviar el enfado hacia un objeto diferente al que en realidad lo provocaba. Nunca reconocería el enojo por mi participación en un acto tan revolucionariamente antisistema como el asedio al Congreso y entendí que precisaba de una excusa para mostrar su ánimo adverso.

Con la idea de relajar la tensión, decidí contestar con una de mis inadecuadas bromas estúpidas.

—Pues ya te advierto que esto es solo el principio. En las noches de luna llena, suelo vestirme con capa negra y volar por el salón hasta encontrar una buena lámpara en la que colgarme cabeza abajo.

—No seas bobo, Charly. ¿Cómo quieres que me crea semejante idiotez?

—Y eso no es nada —proseguí ajeno a su comentario— en comparación a cuando me levanto con los brazos estirados hacia el frente, camisón blanco y vela encendida, y paseo en sueños por la casa.

—Anda, tonto. ¿Por qué te querré yo tanto con lo que me haces sufrir? ¿De

verdad eres sonámbulo? —expresó tras una sonrisa de curiosidad, girándose ya hacia mí.

—No, pero lo fui. De niño me conocían como el terror de los veranos. Imagina un julio cálido con toda la familia achicharrada no fuera a ser que el crío se nos despeñara por una ventana. Entonces no se estilaba esto del aire acondicionado.

—Joder, pues vaya nohecitas que me esperan.

—En la mayoría no te quejas tanto... O, al menos, lo que escucho no lo interpreto como lamento.

—Cabrón. Ya me has cambiado el tema y ni siquiera me he enterado. ¡Jodido manipulador!

—Pero, oye —prosiguió—, ¿eres sonámbulo, en serio?

—Ya no, cielo. La parasomnia desaparece poco a poco con la edad. Ahora solo queda algún resto como hablar dormido y responder a una conversación sin dimitir del sueño. Para ti —bromeé— eso presenta sus ventajas. Nunca te podré poner los cuernos. Nadie es capaz de mentir en ese estado de consciencia inconsciente. Algo así como el suero de la verdad de los programas de la tele. Obtendrías respuesta sincera a cualquier cosa que preguntaras.

Tras un par de horas de descanso no demasiado profundo, me despertó un susurro que interpreté como el epílogo de una pesadilla. Sentada a mi lado, desnuda sobre la cama, Sol formulaba una interrogante que no sabía muy bien si situar en alguna versión posmoderna de *Blancanieves* o en la original de *El silencio de los corderos*.

—Cariño, ¿a quién quieres más, a ella o a mí?

Me aterroricé. Por instantes, cruzó mi pensamiento aquella escena del picahielo que, junto al más provocador cruce de piernas de la historia del cine, convirtió en célebre a *Instinto básico*. Infundado temor alimentado por el recuerdo de una simple película. Al margen de la sorpresa inicial y de lo delicada de la situación, Sol era objetivamente incapaz de

causarme el menor daño físico. Insistió ante mi mutismo cambiando ciertos términos y modificando la persona en que se conjugaba la interrogación:

—Charly, ¿a quién quieres más, a Mer o a Sol?

Mi cabeza se convirtió en un gigantesco tributo al desconcierto. Imposible elegir entre dos trozos de mí, entre los vivos y los muertos, entre dos tiempos

de mi historia que en nada se mostraban incompatibles, entre sacrificar el caballo o el alfil, o la pierna que prefería me amputasen. ¿Qué hacer? ¿Responder “a Sol” —lo más sencillo—, ahuyentar un fantasma que ahora parecía tan suyo como mío y alimentar la representación perfecta del absurdo? ¿Devolver pregunta por pregunta y cuestionar las razones de su comportamiento? ¿Omitir cualquier contestación, simular un sueño que ya no existía y esperar que el tiempo convirtiera el episodio en olvido?

Insatisfecho por cualquiera de las alternativas, en todas observaba mayores inconvenientes que trofeos, opté por hacer que despertaba justo en ese momento. Evité así la obligación de responder, de compartir con ella mi personal valoración de tan preocupante actitud y, además, le abría una puerta para escapar sin secuelas de su error siempre que el incidente no se convirtiera en norma. Conservé para mí las dudas. Cual pelota en frontón de cesta punta, revotaban en la mente ideas desordenadas, incapaz de comprender como una mujer tan aguda concedía credibilidad al contenido de una evidente broma. Según testimonios menos condicionados, de mi antigua parasomnia nacían frases sueltas durante el sueño. Pero nadie en ese trance es capaz de contestar con cierto sentido a una pregunta. En la más optimista de las hipótesis, hubiera respondido sin ninguna lógica, ajeno por completo al argumento de la interrogación.

Durante el resto de la noche, mientras la observaba infantilmente dormida en mi abrazo, crecía la memoria de sucesos anteriores que en su momento obvié.

Primero, recordé el diagnóstico de Ana al leer la dedicatoria de un libro que Sol me regaló para un cumpleaños.

—Esta letra es de quien imagino, ¿no?

—Si imaginas de Sol, sí. Lo considero obvio, sobre todo si lees la firma. No me digas, Anita, que ya empezamos con tus teorías. Desembucha. ¿Qué es lo que no te gusta esta vez?

Mi comentario incluía una carga explosiva. Una queja, amparada en la mutua confianza, sobre la descalificación sistemática a cualquiera de las que ella estimaba como candidatas al imposible de ocupar la vacante de su hermana. Cuando no era por bajita, era por alta, por desagradable o por exceso de azúcar, por tosca, por inculta o, en último recurso, por algún desequilibrio emocional severo que solo una eminencia de la psiquiatría podía detectar. Por unas razones o por las opuestas, lo cierto es que ninguna cuadraba.

—Tómalo como quieras. Teórica o no, recuerda que me gano la vida, entre otras cosas, identificando psicópatas por la letra. Y esta, la de tu nueva chica, me valdría para una tesis doctoral. Observo, además, una personalidad dominada por un fuerte componente histriónico que ella conoce. Lo oculta tras una inteligencia fuera de lo común, probablemente muy cercana a la tuya. Aprecio, incluso, un trastorno de grado superior que tendría que confirmar con pruebas ordinarias para alcanzar certeza. Y en medicina, hablamos de trastorno y no de características solo cuando impide al paciente desenvolverse con normalidad en sus relaciones sociales. Con esta tía, agárrate fuerte que llegarán curvas. Y no me refiero a las de su culo o sus tetas. Esas disfrútalas si te agradan. En tu lugar, yo evitaría implicarme emocionalmente más allá de los polvos que te apetezcan. Serán buenos sin duda. Quienes se han tirado a un o a una psicópata dicen que son la hostia en la cama.

—Por fortuna, querida, nunca creí en grafólogos. Sin que te enfades, dada tu afición a emplear su «técnica» en el diagnóstico, me parecen ilustres ejercientes de una pseudociencia, como el tarot o la astrología, sazónada con un agradable acento porteño con el que aparentan cierta credibilidad.

—Charly, nunca te fíes de quien presume conocer los secretos que esconde una firma. Pero dos caras manuscritas por alguien que no se siente observado, seguidas de rúbrica, no permiten espacio a la duda. Una persona con el suficiente CI puede engañar a cualquiera, excepto a sí misma. Como diría Mayra Gómez Kemp, hasta aquí puedo leer... Ten cuidado, encanto. ¿No tuviste bastante con una?

Como en una presentación de Microsoft Publisher o de Libre Office Impress, según la adicción al rebaño o a la libertad de cada individuo, la noche prosiguió entre imágenes de diversos episodios conflictivos. Aquellos que convirtieron lo nuestro en una sucesión de emociones creciente en progresión de razón tan alta como indefinida. Junto a periodos de felicidad límite, convivían otros en que parecíamos empeñados en fabricarnos a medida una existencia imposible. A un mes de intenso romance, seguían dos de dolorosa ruptura en dañina alternancia desde el comienzo mismo.

No llevaríamos más de quince días cuando planeamos acudir a un estreno teatral. Ni siquiera recuerdo el nombre del espectáculo. Solo que se

representaba en un espacio alternativo de la calle La Nao. Un sótano que, bajo tapadera de asociación cultural, acogía obras ajenas a los circuitos comerciales. No merecía exactamente el calificativo de «micro» tan de moda en época y lugar. Unas cuarenta personas en la pequeña sala suponían casi la entrada media en laborable de cualquier escenario clásico de Gran Vía. Tampoco se trataba de ninguna genialidad del arte contemporáneo. Su mayor atractivo se hallaba en el reparto. Actriz y actor veteranos, con tablas y oficio, y el innegociable reclamo de la amistad por parte de ella. Fiel a ese vicio tan mío de confundir la hora y la fecha de cualquier evento, quedamos para un jueves a las diez cuando de veras actuaban el miércoles a las siete.

Solo al comprobar un par de días antes las invitaciones, tomé conciencia del equívoco. Inmediatamente, escribí agobiado a Sol:

Charly_12.35

Tía, la he jodido. Mi colega actúa veintisiete horas antes de lo previsto.

Lo siento. ¿Podrás?

Sol_13.25

Hola, bonito. Vaya putada.

Buff. Lo intento, pero está chungo. Ya había programado una reunión a las cinco y no creo que nos dé tiempo.

Charly_13.27

Vale, me cuentas cuando sepas. Pero haz lo posible, anda. Me hace ilusión presentarte a Marta.

Sol_13.30

Pues si tanta ilusión te hace esa Marta, vete solo y así no estorbo.

Charly_13.31

A ver, Sol. Lo que me ilusiona es presentártela. Te estoy pidiendo que lo intentes, no más. Mujer, qué eres funcionaria.

Charly_14.45

Sol, cariño. No te habrás enfadado, verdad.

Sol_14.49

Charly, aún estoy en el curro. Y, aunque sea mujer o igual por eso, mi trabajo es tan importante como el tuyo. No consiento que nadie lo infravalore. Tampoco te voy a tolerar presiones.

Sol_14.51

Me exiges que me arriesgue a perder mi empleo. Además, mi sueldo lo pagan todos los ciudadanos y no me parece decente abandonar el puesto para que tú quedes bien con una amiga o lo que sea.

Charly_14.54

Perdona, Sol. Ni te exijo nada ni te he pedido eso. Hasta donde me has contado, tienes horario flexible. Salvo de 9 a 2, el resto del tiempo puedes cumplirlo cuando quieras. Pero si no te cuadra, no pasa nada. Ya te la presentaré en otro momento.

Sol_14.58

No voy a ir al teatro ni a ningún otro sitio. Ahora, por favor, deja de interrumpirme. Cuando saque un hueco, quedamos y hablamos tranquilamente sobre lo sucedido. No hay prisa. El finde tengo planes. Ya te escribo y concretamos la semana que viene. Cualquier día que nos venga bien a ambos.

Sol_15.29

Por cierto, disfruta de la función y que te lo pases muy bien con Marta.

Volvimos a vernos unos diez días más tarde. Durante esa personal travesía del desierto, todo intento de contacto se volvió inútil. La marca simple en el chat de Whatsapp delataba que ni siquiera llegaban los mensajes. Quedamos en los jardines del templo de Debod y, sentados en un banco en la zona del fondo —la más lejana de la calle Ferraz—, me explicó que mi comportamiento se correspondía con el perfil típico de un maltratador y que se veía obligada a dejar la relación. Ella se consideraba una mujer fuerte, capaz de defenderse de manipuladores como yo, pero como Secretaria General de una asociación que asistía a víctimas de violencia de género e integrante de la comisión de feminismo del 15M, no podía permitir en su entorno a un enfermo, aunque solo fuera por solidaridad con las compañeras. Tras ofrecerme ayuda para superar mi patología, me regaló la tarjeta de visita de una psicóloga clínica especializada en la materia y se marchó.

Al principio quedé turbado por la escena. Igual yo había insistido más de lo conveniente en el asunto del espectáculo. Puede que incluso mis mensajes no resultaran del todo afortunados. Pero de ahí, a valorarlos como caso típico de maltrato. Además, si tan estricta se mostraba con el horario laboral, podía haber empezado a cumplirlo durante la jornada de presencia obligatoria. Ella misma me confesó que fichaba a las nueve y salía a tomar café inmediatamente. Que repetía sobre las diez, esta vez para el desayuno oficial de veinte minutos que se alargaba hasta las once por tolerancia de los jefes. Luego, sobre la una, bajaba a cafetería a por agua y pincho de tortilla con los

que aguantar hasta las tres, su hora de la comida. A eso de las cuatro, marcaba la salida y a casa. Salvo un par de tardes semanales en las que, para completar las cuarenta horas de dedicación exclusiva, prolongaba hasta las seis y media mientras preparaba sus clases de inglés ante la imposibilidad de hacer nada provechoso en esa franja horaria.

Con el transcurrir de los minutos, se modificaba mi percepción. Primero hacia un «de la que me he librado»; más tarde, con tristeza, a admitir que la diferencia de años nos situaba en generaciones diferentes y que para la gente más joven, tal vez los de mi edad eramos algo así como una especie en extinción de dinosaurios. Con lo ya llovido sobre mi vida, quién me mandaba a mí sumergirme en semejante charco.

Al final, terminé achacándolo a la educación. Pese a mis esfuerzos en sentido opuesto, seguramente el entorno en que me crié nunca desapareció por completo y cobraba sus facturas en forma de comportamientos inconscientes que derramaban sexismo por los poros. Pese a que la conducta de Sol me seguía resultando exagerada y hasta me provocaba cierto enojo, fui asumiendo el peso de la culpa.

El sábado siguiente, al término de una de las múltiples manifestaciones que siguieron al levantamiento de la acampada, recibí un inesperado mensaje.

Sol_21.40

Por maravillas como esa, es por lo que me siento capaz de perdonarte cualquier cosa.

Sol_21.42

Estoy en lo alto de un monte con el sol despidiéndose a mi espalda y la luna enfrente. Media vida daría porque te encontraras a mi lado, abrazándome.

Charly_21.55

Hola, Sol. Me temo que te confundiste de chat. Besos.

Mi primera respuesta en nada obedecía al despecho, sino a la convicción de que había errado en el destinatario de su texto por algún cruce de conversaciones. Algo muy común en mí que ya me había costado más de un bochorno en los grupos. Aún me sonrojaba al recordar aquel «beso lento y profundo» que remití a una asamblea entera del 15M.

Sol_21.56

Confundirme yo? No creo. Conoces mucha gente que haya publicado hoy un poema genial en su página?

Charly_22.15

A nadie. No conozco a nadie en esas circunstancias. Qué disfrutes de los astros. Buenas noches. Besos.

Sol_22.17

Si molesto, dejo de escribirte. Solo tienes que decirlo.

Charly_22.31

No se trata tanto de que molestes o no, como de que estaba en una mani y al final ha pasado lo de siempre: que se lió.

Sol_22.32

Huy! Entonces déjalo. Ponte a salvo y ya hablaremos más tranquilos. Muaaaaks.

Charly_22.33

Será lo mejor. Disfruta de la noche.

De regreso a casa, renuncié a la cena y quedé pensativo sobre la cama hasta bien avanzada la madrugada. Buscaba las razones por las que los cuatro broncas habituales se empeñaban en provocar incidentes de modo sistemático al final de cada protesta. Mala práctica que solo podía acarrear nos peores consecuencias. Poseía la convicción de que si seguía hacia adelante el movimiento, resultarían imprescindibles unas mínimas dosis de violencia ponderada. Nunca de modo gratuito y sin otra causa aparente que el simple pasatiempo de pelear porque sí. Tampoco terminaba de comprender los mensajes de Sol. Si hace cuatro días yo era poco menos que un prófugo de la justicia, cómo me escribía ahora obviando lo sucedido. Releí varias veces la charla, en parte a la caza de respuestas, en parte por adivinar su imagen detrás de la pantalla.

Cuando casi saludaba a Morfeo, me interrumpió de nuevo la sintonía del teléfono:

Sol_2.54

Todo bien? Me dejaste preocupada.

Atrapado entre el impulso de responder sin demora y el recuerdo todavía reciente del templo de Debod, me rendí al instinto sin demasiada resistencia con el pleno convencimiento de desafiar al sentido común.

Charly_2.56

Sí, todo en orden.

Sol_2.54

¿Dónde estás?

Charly_2.54

En casa.

Sol_2.56

Yo, en Zarzalejo. En un hotel rural con unos amigos. Vine aquí para intentar superar el duelo por lo nuestro. Pero los muy cabrones se han puesto a follar en la habitación de al lado y se oye todo. No soy capaz de pegar ojo. Las paredes deben ser de papel. Me dan una envidia! Justo lo que me faltaba para echarte más y más de menos.

Me tomé un tiempo antes de contestar. Quería que mis palabras fueran las exactas para expresar sorpresa, quizá un falso desagrado ante sus comentarios, sin cerrar del todo la puerta a una conversación que comenzaba a alimentar mi ego casi tanto como el más primitivo deseo sexual.

Charly_3.10

¿Duelo tan grave por una relación que no duró ni un mes y que rompiste por propia voluntad? No lo creo.

Sol_3.11

Oye. Si molesto me lo dices y me callo.

Charly_3.13

La verdad es que estoy muy cansado. Es de esos días en los que no entiendo a nada ni a nadie. Incluyéndote a ti.

Sol_3.14

Ya... A mí me pasa más o menos lo mismo. Me percibo lejos de todo y siento que solo tú podrías comprenderme. Si quisieras, claro. Tuve una semana muy difícil en el trabajo.

Charly_3.14

Lo lamento.

Sol_3.14

Gracias. Ya pasó.

Sol_3.18

Oye...

Charly_3.19

Dime...

Sol_3.19

Estás dormido?

Charly_3.19

¿Tú qué crees?

Sol_3.19

Te puedo confesar algo?

Charly_3.20

Te temo.

Sol_3.20

Eso no es decir nada. Sí o no?

Charly_3.21

Prueba. A ver qué pasa.

Tras enviar unos puntos suspensivos y un icono que parecía representar instantes de reflexión, añadió:

Sol_3.21

La verdad es que estoy desnuda sobre la cama... masturbándome mientras pienso en ti.

Charly_3.22

Bueno. Con el «entorno» que tienes, no me extraña que necesites ciertos desahogos.

Sol_3.23

Ya... Pero al acariciarme el clítoris, imagino que es tu lengua la que me lame y me muero de placer.

Charly_3.23

¡Glub...!

Espera que trago saliva.

Sol_3.24

(Prefiero pensar que es otra cosa la que tragas).

Sol_3.25

También me aprieto con fuerza los pezones, hasta gritar. Qué se jodan los «vecinos». Y sueño que eres tú quien de nuevo me los muerde. Tengo que contener mucho para no correrme, porque deseo que me duela más y más.

Charly_3.26

Joder, Sol...

Sol_3.27

Exacto. Me has adivinado el pensamiento. Eso es justo lo que voy a hacer. Introducirme el consolador grande por el coño y suponer que eres tú quien me sometes...

Charly_3.27

Uffffff...

Sol_3.28

Anda... Porfa... Déjame que coma de tu polla y me inunde la boca con tu semen. Lo que sobre, me lo esparces por el resto del cuerpo. Qué no se desperdicie ni una gota.

Sol_3.29

Anda... No seas duro conmigo. Mastúrbate y cuéntale a tu chica lo que sientes...

Además de picahielos, injerencias externas no solicitadas y momentos más o menos tensos de entre los vividos con Sol, también cupieron recuerdos más lejanos en aquella madrugada de sueño fingido. Mer, en su despedida, me impuso la búsqueda de la felicidad casi como una obligación. Un tributo personal a lo que significó, aunque para ello tuviera que renunciar a su memoria. Nunca me mostré conforme con la última proposición. Mi deseo más íntimo consistía en ser apreciado por lo que era, no por la imagen que alguien se construyera de mí. Demasiado tributo abonado a ilusiones ajenas, a expectativas inalcanzables por anhelos externos que no me pertenecían. Quien de verdad me amara debería aceptarla como lo que era: mi mejor y mi peor pasado, el cimiento sobre el que se construía el presente y un pedazo inseparable de mí que me habría de acompañar en lo bueno y en lo pésimo

hasta el último aliento.

De algún modo, me consideraba responsable de la conducta de mi compañera de cama. Tal vez, el *photoshop* del tiempo había enfatizado sus luces —las de Mer— y aclarado tanto sus profundas sombras que la había convertido en un fantasma sin competencia posible entre los vivos. Pese a que me limité a cumplir las solicitudes de Sol al respecto, probablemente exageré al narrarle las vivencias con aquella chiflada pelirroja y provoqué en ella una reacción tan injustificada como dañina para ambos.

También sirvió la vigilia para retomar la búsqueda del personaje oculto de mi sueño perpetuo. Descarté al movimiento. Lo que por entonces sobrevivía del 15M había alcanzado tal distancia de los principios que ya casi no me reconocía en él. Entre quienes centraban su esfuerzo en escalar al puesto de más de lo más, los que comenzaban a abrazar sin máscaras fórmulas gratuitas de violencia exentas de fin concreto y quienes, ya sin tapujos, contemplaban como necesidad la vía parlamentaria al uso, apenas quedaba resquicio a la esperanza. Terminar convertidos en la edición remasterizada del viejo PSOE, con arreglos de móvil y Whatsapp, no merecía tanto riesgo. Como hubiera sentenciado la abuela: «Para ese trayecto, no se precisaba zurrón».

Recordé una frase de José en una de las últimas movilizaciones en la que coincidimos:

—Echa un vistazo a nuestro grupo. ¿Te das cuenta que venimos a reclamar sanidad universal, escuela para todos y vivienda digna, y que los presentes podríamos costearnos sin problemas esos servicios en el sector privado? ¿Dónde se quedaron quienes de verdad los precisan? Así no vamos a ningún sitio.

Sol quedó igualmente desechada. Sentía hacia ella una incontenible atracción física y esa cierta intelectofilia que satisfacían su amplia cultura y su elevada capacidad mental. Difícil superar nuestros polvos; las conversaciones que los seguían en las madrugadas. Imposible mejor compañía para la presentación de un libro, para una expo de arte contemporáneo o para un concierto de rock alternativo. Pero transmitir calma, paz, sosiego, los elementos esenciales del ser sin rostro al que perseguía, no se mostraba precisamente su cualidad más representativa.

Con el desayuno, llegaron el agotamiento de una noche casi en vela, la decepción por las reacciones de los supuestamente afines a los altercados del día anterior —los mismos que antes apoyaban la protesta, la condenaban ahora en la prensa por su carácter supuestamente violento— y un proyecto

romántico de fin de semana en la sierra.

El domingo se despertó con pereza. Tras el sexo con el que saludamos el día, quedamos tendidos en la cama sin el menor ánimo de abandonarla. Por esa incontrolable autonomía que a veces toman las conversaciones, las palabras nos dirigieron hacia la figura de su madre. Una mujer que falleció joven y que planeaba de modo permanente por la cabeza de Sol. Nunca conocí con exactitud la enfermedad que facilitó su viaje hasta la tumba. Hablaba de una patología de nombre impronunciable que le provocó la invalidez más absoluta, de un largo periodo de estancia hospitalaria y de lo mal que el marido se comportó con ella. Pero con tan escaso grado de detalle que me impedía situarla en las enciclopedias médicas.

Tampoco me cuadraba su papel durante la agonía. Refería horas a su lado, noches íntegras supliendo las faltas del cónyuge. Sin embargo, el discurso no parecía compatible con la fecha en que ella cursaba sus estudios en Getafe y con los repetidos recuerdos del tiempo en que habitó de alquiler en la ciudad neouniversitaria del sur de Madrid. Salvo que el ser humano hubiera alcanzado ya el poder de la ubicuidad, no se me ocurría el modo de dormir a la vez en dos lugares.

—Mi madre era preciosa, una mujer muy elegante —comentó, mientras mostraba unas viejas fotografías que portaba en el móvil—. Tenía estudios de maestra y muy buena mano con las telas. Hasta que se casó, se ganaba la vida como modista. La mejor de Chinchón que recibía encargos de todos los pueblos limítrofes e incluso de la capital. Luego, mi padre decidió que debía renunciar a su carrera y centrarse en el cuidado del hogar. A ver si no iba a ser él lo bastante hombre como para mantenerla. Le gustaba mucho leer, la ropa y el diseño. También fumaba y fue de las primeras en vestir con orgullo pantalones. Una gran mujer que tuvo mala suerte con la boda. No se me ocurre qué pudo encontrar en él. Un comercial que viajaba continuamente, psicópata y putero, de los que todo lo arreglan a voces. Pobre madre, una vida entera haciendo equilibrios.

Cuando me mostró las imágenes, comprendí lo poco objetivos que somos los humanos con lo nuestro. La dama no tenía mala presencia, pero sus rasgos físicos tampoco la apartaban de la imagen de una persona común para su

época.

—Yo le encuentro mucho parecido con Audrey Hepburn, ¿no crees? — Preguntó.

—Ahora que lo dices, sí, guarda un aire —respondí, más preocupado de no contrariar su ilusión que de ajustarme con rigor a los hechos.

La visión de fotografías de hacía no demasiado me permitió ratificar mis suposiciones sobre el cuerpo de Sol. Era evidente que había perdido mucho peso en los últimos años, también que operó sus pechos y modelado labios y pómulos en apariencia sin cirugía. De cualquier otro modo, nadie cambia tanto en tan corto periodo. Quizá de ahí su obsesión por la dieta. Comía poco, muy poco, y solo alimentos carentes de grasa. Todo *light*, sin azúcares, sin alcohol y sin excesos. La llamaba alimentación sana, aunque reconocía que la preocupación por su físico la condujo a algún episodio pasado de anorexia. Culpaba a una sociedad machista que imponía a la mujer unas formas determinadas. Yo no me mostraba tan seguro de que fuera el pretérito el tiempo adecuado para conjugar los verbos, ni de su origen estrictamente exógeno. Más de una hora diaria ante el espejo en día laborable, tres visitas semanales al gimnasio, el riguroso seguimiento del programa de musculación de Cindy Crawford y un completo laboratorio de cremas reafirmantes, antiarrugas, anticelulíticos, preventivos de la caída del cabello y toda suerte de brebajes para el cuidado corporal, no correspondían con el perfil de una mujer que pretendía no depender de su imagen.

—Tú no lo comprendes, cariño. Los hombres envejecéis mucho mejor. Hasta en eso gozáis de privilegios. Una chica que no se cuide un poco no encuentra pareja a partir de los cuarenta ni aunque en todo lo demás se conserve perfecta. Los varones sois así, no veis más allá de un culo y unas tetas.

El juicio opuesto le merecía la figura de su padre. Le consideraba un canalla y se avergonzaba de él hasta en los más mínimos detalles.

—Fíjate lo que me hizo en cierta ocasión —refirió—. No se le ocurrió mejor cosa que presentarse en mi trabajo, sin avisar, con la excusa de llevarme unas verduras que cultivaba en el chalé. Se enfadó conmigo cuando le dije que se fuera, que no podía recibirle. El muy cabrón me abrió el coche y me las dejó en el maletero. ¿Es o no para matarle? Figuradamente, claro.

Asentí sin demasiado convencimiento. Buena gana llevarle la contraria y afirmar que la conducta del progenitor me parecía de lo más común entre los

de su edad e incluso me inspiraba cierta ternura.

También me advirtió que era el más pequeño de siete u ocho hermanos — no recuerdo exactamente la cifra— y ejercía de niño mimado. Los demás justificaban como «cosas suyas» los ataques frecuentes de ira con que reaccionaba a cualquier contrariedad. En los enfados sin aparente razón, en una cólera desproporcionada —por frecuencia y por intensidad— y en una innata capacidad para invertir los hechos presentándose siempre como víctima, encontró sus herramientas para dominar al prójimo.

Mientras desayunábamos en horario de comida, cruzó por mi mente la similitud entre las relaciones familiares de Sol y de Mer: las dos con una gran admiración hacia la madre, las dos con náuseas al solo citar el nombre del ascendiente varón. También observaba sus diferencias: Mer amaba sin idolatrar a la primera y sentía un odio sin remedio hacia el macho dominante que le impedía el menor contacto con él. Sol exageraba los sentimientos hacia la fémina y contenía el desprecio hacia el varón. Además, en su caso, no fue ella la que murió joven.

IV. La noche que la luna salió tarde ¹⁴

*Me tumbé en el suelo solo para oír crecer la hierba
y escuché más cosas, muchas más de las que yo quisiera.
(José Ignacio García Lapidó).*

Las movilizaciones de los últimos dos años han mostrado un potencial de lucha social creciente y un amplio rechazo a las políticas que pretenden resolver la crisis premiando con dinero, reconocimiento y privilegios a sus responsables directos y endeudando de por vida a la mayoría de la población.

El actual modelo económico, institucional y político ha fracasado. Es urgente que creemos entre todas un modelo político, social y económico nuevo, conscientes de que el proceso no será fácil ni corto. Requerirá la autoorganización y la movilización social continuada. Solo con una ciudadanía activa, participativa y en la calle será posible garantizar un proceso de cambio social profundo.

Para conseguirlo, es necesario impulsar un proceso de reflexión y confluencia amplio, horizontal, plural y participativo capaz de reconocer en su competencia y diversidad los múltiples colectivos que ya hace tiempo que trabajan por el cambio democrático y pacífico. Dentro de esta reflexión, pensamos que deben abordarse temas tales como las alternativas a la crisis del régimen del 78, los procesos constituyentes, el debate sobre qué programa de urgencia social para romper con la dictadura de la deuda y las alianzas necesarias para llevarlo a cabo, la relación entre movimientos sociales y organizaciones políticas o y las formas participativas y de democracia interna de la que debería dotarse una nueva herramienta política de las y los de abajo.

Para dar pasos en este sentido, los abajo firmantes proponemos la celebración de unas jornadas públicas los días 7 y 8 de junio en Madrid, donde se debata y, si es posible, se lleguen a acuerdos sobre los diferentes asuntos tratados.

Llamamos a todos los colectivos, asambleas y activistas sociales y políticos en general a sumarse a este llamamiento y difundir y participar en estas Jornadas, cuya preparación será abierta y democrática.

Es el momento de que el 99% se una. ¿ Te apuntas? ¹⁵

Con este comunicado, se inauguraba de modo oficial una nueva etapa de la vía política. Fracasado, gustase o no, el campamento de la Puerta del Sol y descartada la opción callejera tras el fiasco de las últimas convocatorias, el nuevo viejo proyecto nacía con el deseo de trasladar hasta las instituciones el aroma de las plazas.

Bajo el lema «Sí se puede, pero desde abajo», este embrión de asamblea fundacional se localizaba en un centro social de Arganzuela, en la calle Fernando Poo. Una perpendicular al paseo de la Chopera que desembocaba justo enfrente de la Casa del Reloj. Un lugar sucio, feo, deslustrado, incluso para tratarse de un espacio okupa. Nada que ver con las preparatorias celebradas en la sala polivalente del Patio Maravillas.

Además de nosotros, asistieron unas cien personas en representación de movimientos sociales, mareas, partidos, alguna asociación ecologista, la PAH, el Frente Cívico nacido con vocación de *lobby* a instancias de Julio Anguita, las asambleas del 15M más alejadas de los postulados libertarios, sindicatos críticos con «los más representativos» por decreto y hasta delegados de IU. Desde el fondo de la sala, me sorprendió distinguir a Julieta en las primeras filas. Miguel Nabru, de anticapitalistas, ejercía el cargo de primera voz.

Sin ocultar que la aspiración última conducía hasta el ejecutivo tras los comicios generales de 2014, señaló a las casi inminentes europeas como parada intermedia. Llegó a irritarme su insistencia en repetir: «Quien hable de partido político, rompe la baraja». Tanto que me permití interpelar en el soporífero turno de preguntas:

—Compañero, si el objetivo final es la conquista del poder y ante tu reiteración en eludir el término partido, ¿te importaría indicarme exactamente en qué consiste el plan? Para asumir el gobierno solo conozco dos caminos: las elecciones y la metralleta. Y este último no parece que estéis dispuestos a emplearlo.

—Nadie ha hecho la mínima alusión a un partido político. Lo de la metralleta —añadió con humor— ya hay gente que se ha cabreado conmigo por no mencionarlo.

—Disculpa. Quizá todo se deba a una deformación profesional, pero en Derecho, los contratos no se interpretan por el título que acuerden las partes, sino por su contenido. El que observo en esta propuesta se parece demasiado

a un partido o a una coalición electoral como para que no baste con evitar el vocablo.

Desperté las risas al concluir mi parlamento recitando un poema del gran Jesús Lizano:

*Ya pueden buscarse nombres,
símbolos, señales.
Hemos construido un mundo de nombres,
nos olvidamos que son pozos.
Hemos transformado las cosas
en sus nombres.
Y decimos: ¡hemos transformado
el mundo!
Las cosas son pozos
aunque las vistan los nombres.*

Tras eternas deliberaciones, se terminaron por aprobar todas las propuestas tal cual las concebía su progenitor. El mismo menú en diferentes platos. Lo de siempre.

El primer paso suponía la organización en Madrid de unas jornadas que, a modo de puesta de largo, preveían reunir en los primeros días de junio a Ada Colau (PAH), Diego Cañamero (SAT), Yayo Herrero (ecofeminista), el actor Alberto San Juan y David Fernández representando a las CUP.

De aquella sesión hasta bien avanzada la noche, obtuve dos trascendentes conclusiones. Primero comprendí el porqué del fracaso repentino de la lucha en la calle: desde antes de que la plataforma En Pie convocase el Asedio el Congreso, ya había quienes ansiaban constituir una nueva opción parlamentaria y debían desmarcarse de los que constituían un estorbo. En bodas, bautizos y demás compromisos sociales, molestan quienes no gustan de vestir con ropas de gala para felicitar a los contrayentes. Después, me sentí de nuevo sumergido en Orwell. Lo llamarían Alternativas desde abajo, pero merecía letra a letra el nombre de la Hermandad; aquella organización creada por el Gran Hermano para controlar toda forma conocida de insumisión al sistema.

Mientras esperábamos para saludar a Yuli, pregunté a Sol nada más concluir el acto:

—¿Qué te ha parecido, cielo?

—La asamblea muy bien; tú, impresentable. Me causó vergüenza estar a tu lado cuando recitaste el poema. Esto es serio, Charly. Jugamos con el futuro de mucha gente y no es ni el momento ni el lugar para hacerte el gracioso. El programa me encanta. Habrá dos mujeres en la mesa, una de ellas feminista. No se me ocurre mejor modo de comenzar.

—Supongo que, además del género, habrás valorado el nivel de los ponentes y tu conformidad o no con los objetivos declarados. Colau y Herrero no me parecen mal. No por la condición de chicas, sino por sus cualidades y su perfil ideológico. Si lo redujéramos a una simple cuestión de sexo, alcanzaríamos conclusiones absurdas. Como que el movimiento ganaría bastante sustituyendo a San Juan por Cifuentes y a Cañamero por tu antigua jefa, la Aguirre, condesa consorte de Bornos.

—Ese es uno de tus típicos comentarios fuera de lugar que tanto me irritan. ¿Conoces otro modo de cambiar las cosas que ganando unas elecciones?

—La victoria electoral, más que las cosas, a quien suele cambiar es a los que la logran.

—Dedícate entonces a poner bombas.

—Hubo una época en que no me parecía mala solución. En el mundo en que vivimos, casi cualquier elemento que se destruya lo merece. Aunque discrepe de sus métodos, en el fondo continúo admirando a Unabomber.

Estimé que ante el fracaso de encontrar en mi respuesta elemento para la controversia, optó por perseguirla con un giro en la conversación.

—La próxima vez, adviérteme que mi ropa no es adecuada. Me he sentido ridícula así en este ambiente. Parezco a Campanilla justo al lado de Peter Pan.

—A ver, cariño. Cuando me preguntaste, ya te dije que veníamos a un antro okupa y que, aunque cada cual se pone lo que le da la gana, si querías parecer propia, eligieras un *look* mas cercano a un concierto punk que a un fotocol de estreno en Gran Vía. De todos modos, estás guapísima con ese vestido verde.

—No me adules porque no cuela. Además, sabes que me cabrea. Tenía que haberme cambiado. Estuve muy incomoda. Me miraba todo el mundo como diciendo «de dónde se habrá escapado esta pija». Pero a ti no te salió de las narices. Como tú venías con vaqueros y camiseta negra, no juzgaste necesario regresar a ponerme otra cosa. Seguro que pierdes el culo si es al revés.

—Te recuerdo que nos conocimos tras noche de acampada, impecablemente ataviado con traje y pajarita. Ahora en serio, andábamos por Santa María de la Cabeza cuando lo dijiste. Si volvemos, no llegamos ni a la

despedida. Para una vez que no veníamos tarde.

La fortuna se puso de mi bando; Julieta se acercó cuando la conversación se volvía más tensa. Tras los habituales gestos de cortesía, intervino Sol. Por el tono, lo juzgué un intento de pactar alianzas.

—¿Cómo lo ves, Yuli? A tu amigo no le ha gustado, para variar.

—Pues mira, coincido con él. Una mierda. Todo progreso parte de la sociedad. Con sus demandas, obliga a quien detenta el poder a modificar las leyes. No a la inversa. La revolución nace de la desobediencia, nunca de la imposición. El Estado es simplemente el monopolio de la fuerza y quienes nos posicionamos contra ella necesariamente debemos aspirar a su destrucción, no a colocarnos al frente.

Todo un mitin inusual en Julieta, de común ponderada en sus juicios y bastante poco vinculada a la política pese a su romántica proximidad a CGT. Ante esa respuesta, Sol se apartó para consultar el móvil con un gesto de expreso desaire.

Yuli era la única de mis amistades con quien mi chica mantenía cierto contacto. El resto no parecían de su agrado y, una a una, fue limitando nuestro trato con ellas hasta casi la desaparición. Para nada se mostraba desagradable en compañía, todo lo contrario. Era al quedarnos solos cuando me advertía de sus preferencias por evitarla. La peor parte la llevaba Ana. Sencillamente, no se soportaban. Un sentimiento tan ineludible como recíproco que solía colocarme ante situaciones complejas. Difícil cálculo de un punto de equilibrio con las dos bajo el convencimiento de que la otra se moría de celos hacia ella. Tras varios intentos sin fruto y largas conversaciones, decidí que los compartimentos estancos, al estilo de los submarinos en peligro, se mostraban la solución más prudente. Insatisfactoria, eso sí; ambas partes esperaban respuestas más rotundas.

—Igual me han condenado al fuego eterno —comentó Julieta—, pero, chico, si tenía que contestar algo en concreto que me lo hubiera dicho. Ya sabes que no me cuesta dar a la gente lo que anhela. Luego le escribo un mensajito en plan cepillada. Creo que nos entendemos mejor por ese medio. De todos modos, lo siento. Menudo discurso me ha salido.

—No te preocupes, no va contigo la fiesta. Creo que tiene que ver con temas de vestuario. Ya se le pasará, espero.

—La verdad es que para el hipódromo o una terraza en Ponzano va cojonuda, pero aquí... Supongo que como novedad tendrás tú la culpa, claro.

—Déjalo. Cada cual padecemos nuestras cosas y estas son las tuyas. El resto compensa. Cambiando el tema, ¿qué coños haces en este sarao?

—La verdad es que no lo sé muy bien —respondió entre risas—. A un amigo que colabora en Cuarto Poder, una publicación que imagino conoces, le tocaba cubrir esta historia. No podía acercarse y me pidió que tomara algunas notas. Si llego a saber que vienes tú, me ahorro el marrón. Vaya peñazo, tío. Lo único divertido, tu recital poético.

Al desviar la mirada hacia la posición de Sol, comprobé que había dimitido del teléfono. Esperaba en soledad, sin aproximarse hasta nosotros, con un gesto de evidente desagrado.

—Bueno, chica. Te invitaría a tomar algo en Matadero, pero me temo que hoy no es el día. Problemas de estilismo, ya sabes. Vámonos hasta ella, anda, antes de que piense que planeo meterme en la cama contigo o algo así.

Con una sonrisa, por partes iguales comprensiva y pícara, inició el gesto de dirigirnos hacia la posición de Sol.

—Ahora que nadie nos oye, lo de meternos en la cama juntos tampoco sería algo novedoso. Me costó un resacón de tres días, pero no recuerdo que quedara descontenta.

Antojos de la vida. Tardó casi treinta años en revelarme lo sucedido en aquella noche de fotos, drogas y caprichos de Mer de la que, víctima de la intoxicación, no conservaba apenas memoria. Pese al tiempo transcurrido y la confianza acumulada con Yuli en tan extenso periodo de amistad íntima, llegué a violentarme ante su comentario.

—Anda, bruja. No me vengas con esas ahora. Vete a tomar por...

—Más o menos por ahí fue el asunto... Bueno, mejor me callo, no te me pongas más rojo todavía.

Tras despedirnos de Julieta, el silencio se apoderó del vehículo. El paseo de la Chopera íntegro sin pronunciar palabra, semáforos incluidos. Fue pasada la plaza de Legazpi, al tomar el desvío hacia la M-30, cuando preguntó:

—A ti Yuli te pone, ¿verdad?

—Mujer, ¡qué somos amigos de la hostia de tiempo!

—Ya, pero bien que mirabas los pezones marcados en la camiseta. Iba sin sujetador.

—No lo sé, no me he fijado.

Con la excusa de templar una situación ya de por sí delicada, mentí en mi última frase. Una cosa es que me pudiera la amistad y no la observara como

posible pareja erótica, y otra que mis ojos se cegaran ante lo obvio. Como toda hembra que, sin transformarse en *barbie*, elige cuidarse lo necesario para mantener la salud, la madurez solo había aumentado su natural encanto.

—Yuli —continuó— me parece una mujer muy atractiva. Me gusta hasta a mí. Nunca me he planteado liarme con una tía. Si alguna vez lo decidiera, la vería como candidata. Aunque en el rostro se le empiezan a notar los años, aún conserva todo en su sitio y parece mantenerse durita.

De nuevo un silencio explícito, hondo, intencionado, molesto, quizá hasta excesivo, se adueñó del momento. Dos ajedrecistas frente a un tablero marca Volkswagen más preocupados de proteger la posición ganada que de amenazar las piezas del adversario. No fue hasta los túneles previos a Santa María de la Cabeza cuando Sol se animó a lanzar su ataque por el flanco de dama. Pese a mis esfuerzos por evitarlo, el que siempre mostraba más desprotegido.

—¿Y tú nunca has pensado, aunque solo sea como ilusión, hacértelo con dos mujeres? Por lo que sé, es un deseo muy común entre los hombres.

Respondí con una sonrisa forzada en un simple intento de escapar a una interrogante incómoda.

—Para qué plantearme algo que nunca consentirías. No lo veo práctico.

—Y cómo puedes estar tan seguro si aún no me lo has propuesto.

—Mujer, no creo que un zulo bajo la carretera de Toledo sea el lugar más indicado.

—Pues ya ves, listo, a mí igual sí que me apetece —afirmó en un tono manifiestamente provocador—. Me excita imaginar a la Yuli palpando mis humedades y comiéndome las tetas mientras tú nos observas.

A la altura del Calderón, movió el asiento hacia atrás, inclinó el respaldo y, abriéndose de piernas, comenzó a masturbarse bajo aquel vestido verde a la vez que narraba sus fantasías en voz alta.

—Niño, estoy ardiendo —exclamó al cerrar por dentro la puerta del ascensor—. No llego arriba. Házmelo aquí mismo o reviento.

Tras rendirme a sus deseos, que también eran los míos, retorné a las oscuras profundidades de mi cerebro. Otro *flashback*, otra pesadilla repetida, como si el director general de mi destino decidiera gastarme algún tipo de inocentada sin gracia. O yo había perdido definitivamente el juicio o, en castigo a la broma respecto a mi capacidad de hablar en sueños, terminó por convertirse en realidad. Imposible que conociera detalles de mi vida que incluso a mí me costaba recordar y que, además, los repitiera casi

exactamente con solo sustituir a una de las protagonistas. Por más que me esforzaba en convencerme de lo opuesto, parecía inverosímil justificarlo con el azar.

Cuando llegué a su apartamento, la encontré sentada en el salón, buscando ansiosa en el portátil cualquier dato referente a la hepatitis. Wikipedia, Mediline plus, OMS, Hepatitis B Foundation... Un mar de páginas en las que descubriría, junto a nuevas coincidencias sintomáticas, el amargo horizonte que la aguardaba. Tras repetir los argumentos que me había adelantado por el móvil, poco a poco se tranquilizó. Pese a las horas —casi las doce de la noche—, decidí abusar de la amistad de Ana. Los psiquiatras también son médicos y supuse que, por teléfono, podría responder sin más a una cuestión de tan elemental apariencia.

—Cualquier persona vacunada de hepatitis B presenta anticuerpos. Básicamente para eso se vacuna, querido. Si el resto de los parámetros se muestran normales, nada que temer. Dado el horario y el interés que tomas, prefiero no preguntar quién es la afectada. Si se trata de quien imagino, yo la prescribía 5mg diarios de halopedirol inyectable y me quedaba tan pancha.

—¿Qué es eso?

—Un antipsicótico. De lo mejor para determinados tipos de hepatitis —señaló con acentuada ironía.

—Ana...

—Me jode que emplee cualquier medio para focalizar sobre sí el papel de víctima. El zumo que saca de una vulgar analítica.

—Ana...

—Venga, va. Disculpa. No he dicho nada.

Pese a las escasas simpatías que le despertaba, la opinión de mi amiga terminó por serenar a Sol.

—No me fio mucho de esa tía, pero supongo que más que nosotros sabrá. Gracias por venir, te necesitaba. Desde que vi los resultados al volver del trabajo no he podido frenar la cabeza. Por eso te llamé pese a nuestro actual distanciamiento. No se me ocurría nadie más a quien recurrir en estas circunstancias. ¿Lías un porrillo y nos lo fumamos tranquilos en la terraza? Me vendrá bien relajarme tras una jornada tan dura.

Ya en el exterior, dispuso en el suelo los largos cojines de las hamacas y

me invitó a tumbarnos sobre ellos.

—La verdad es que te he echado de menos estos últimos días. Cada vez me duelen más nuestros periódicos distanciamientos. ¿Me abrazas?

»Sabes —continuó—, creo que no hay cosa que me guste más que el sexo bajo los efectos de la hierba. Debe estimular toda mi sensibilidad multiplicándola por diez o por treinta.

Después de una pausa, como si precisara una intensa dosis de oxígeno tras su comentario, se sentó sobre mí y comenzó a desabrocharme la camisa. Su lengua recorrió entonces el centro de mi torso descendiendo lentamente hacia el abdomen. Le costó liberar por completo el pantalón antes de continuar su recorrido hasta los genitales. Cuando consideró suficiente la ceremonia previa, sacó por la cabeza el corto vestido que la cubría. Un gesto erótico, plástico, provocador, irresistible, artístico.

—Ves. No llevo nada debajo. ¡Fóllame!—. Solicitó mientras se tumbaba sobre el improvisado colchón portátil.

Bajo los efectos de la marihuana, ni siquiera el sabernos observados por el vecino de la terraza contigua que intentaba descubrir el origen de tan inusuales sonidos en ese espacio, consiguió interrumpir el rito. Incluso aumentó nuestra excitación al percatarnos de aquella presencia extraña.

—¡Que se la casque si nos envidia! —. Comentó Sol al advertirla.

—Te pone que te vean, zorra.

—Seeee... Seeee... Seeee...

Tras el acto quedamos tendidos sobre el suelo. Dos cuerpos desnudos, dos locuras —cada cual la suya—, dos tumbonas sin ropa, dos cojines sobre las baldosas, mil estrellas, verano, calor, un cigarrillo de hierba, una distancia que desapareció con la intoxicación, un mirón, una pasión sin freno. Ella, yo, la luna.

—Quiero hacerlo todo contigo, cabronazo. Todo. Y probar el sexo bajo los efectos de todas las drogas. Jamás había disfrutado un orgasmo tan largo. Media hora corriéndome de seguido. Uahhh! Casi reviento.

Curiosa contradicción: siempre me atrajo tanto viajar, como abominé de los trámites del viaje. Además del infundado terror a los aviones, maletas, pasaportes, tarjetas de crédito, el efectivo suficiente como para resolver los imprevistos, documentos que certificaran la necesidad de portar determinados

medicamentos, configuración del teléfono, vacunas en el supuesto de precisarse, reservas... Todo se transformaba en agobiante. La certeza de olvidar siempre lo esencial y la alergia a los madrugones contribuían a aumentar la parálisis propia de los días previos. Con el tiempo, elaboré una cuidadosa lista de elementos imprescindibles que, clasificados por meteorologías, me guiaban en la ingrata tarea de los preparativos.

Esta vez, partía hacia un trayecto en automóvil por Francia, quizá mi territorio predilecto, sin otro plan que penetrar por la Cerdanya, remontar hasta el valle del Loira y descender por Bretaña, recorriendo la costa atlántica que conduce hacia el País Vasco francés. Una peregrinación sin plazo ni apeaderos definidos con la cámara y la ropa indispensable como únicos compañeros de partida. Un simple modo de buscar en la soledad el reparador refugio de nuestra nueva ruptura. Tras semanas escogiendo lugares para la pernocta y entornos que merecieran visita, una discusión sin causa interrumpió la relación y el proyectado recorrido por la Galia que me gusta.

Me sobresalté cuando el día de la partida, a eso de las cinco y media de la mañana, alguien pulsó el timbre del portal. Al principio no hice ni intención. Interpreté que se trataba de un error o de un gracioso que no halló mejor modo de concluir una noche de fiesta. Solo respondí ante la inusual insistencia.

—Soy, yo. Abre.

Otra vez el rito del desconcierto. Hacía apenas unas jornadas, yo era un dibujo hiperrealista del egoísmo del que debía alejarse por el permanente daño que causaba. Ahora, cómo iba a permitir que disfrutara en soledad de esa especie de Tour de Francia que diseñamos entre ambos para el disfrute común. Tras una larga sucesión de palabras vanas y silencios agresivos, al fin cargamos las maletas e iniciamos ruta. Tantas horas consumimos entre el sí y el no que la primera noche terminamos durmiendo en Calatayud. Un pueblo pequeño, coqueto y que sin duda merece paseo por su casco viejo, pero a nada de Madrid, no parecía atractivo suficiente para la pernocta inicial de un largo trayecto.

Después de horas de coche, alcanzamos Ax les Thermes en la segunda jornada. Una vieja ciudad del pirineo francés que parecía extraída del siglo XIX cuando el turismo termal alimentaba la zona. Paseo por sus angostas callejuelas, cena temprana en el casino con uno de esos espectáculos que cualquiera identificaría como francés aunque jamás hubiera pisado el país fronterizo y decadente escena nocturna en los baños públicos de la plaza

principal. Algo parecido a una piscina de chapoteo al aire libre entre el vetusto hospital y la zona hostelera del centro antiguo. Noche cerrada. Ausencia absoluta de ruido. Algún transeúnte despistado que se retiraba hacia su alojamiento. Pies sumergidos en agua a la temperatura máxima que la piel soportaba sin quemaduras. Un penetrante olor a sulfuro. Todo bien entre nosotros. Ni una duda ni un mal gesto o una oración discutible capaz de desafiar la convivencia. La paz. El viento en la cara. De nuevo la felicidad.

Tanto gozamos de Ax que al siguiente fin de etapa, Montauban, arribamos ya bien iniciada la noche pese a su relativa cercanía. Por simplificar, decidimos alojarnos en el típico hotel de carretera con acceso franco y equipamiento justo a base de habitaciones con decoración prefabricada. Un lugar tan propio para estancia de negocios o pausa rápida como inhóspito para disfrutar de una velada romántica.

La tarde comenzó a torcerse cuando de camino no hallamos lugar para reponer fuerzas. Pese a que en la patria de Astérix, acostumbran a cenar en horarios que a nosotros nos parecían de merienda, Sol prefirió posponer el avituallamiento.

—Cómo no vamos a encontrar un restaurante entre diez y diez y media.

—Esto es Francia, querida. Y a poco que la ciudad no sea muy extensa, a las ocho semáforos en ámbar.

—Pues yo he visitado París y no he tenido el menor problema.

Comenzó a incomodarse cuando en los tres o cuatro establecimientos que hallamos al paso, nos informaron que ya hacía rato no disponían de cocina.

—Vaya gente más desagradable —comentó—. A quién se le ocurre cenar con luz del día.

Prosiguió con un estudio académico sobre las razones ocultas por las que nos negaron alimento. Nacionalidad, idioma, raza, aspecto y hasta, en algún caso, el género femenino de quien formuló la pregunta. Todo menos aceptar que, en Castilla, el retraso sobre lo natural forma parte de la cultura endémica.

No mejoraron los ánimos al tomar posesión de nuestro cuarto. Por ese vicio tan de la tierra de cubrir los suelos con moquetas, fue tumbarme en la cama y comenzar las dificultades respiratorias.

—Cielo, tengo asma. Voy a meterme un chute de ventolín a ver si pasa. Me ahogo.

Creo que se contrarió ante mi falta de respuesta a sus evidentes estímulos

carnales. Desde que Mer me lo descubrió, consideraba la hipoxia una excitante compañera del placer sexual. Pero una cosa era provocarla como grato condimento del juego erótico y otra interpretarla en su acepción estricta de patología.

Con los dos prácticamente en vela, a eso de las tres, solicitó:

—Intenta cambiar de postura. Es imposible dormir con esos pitidos. Mañana voy a estar muerta.

Me aproximé hasta la ventana con la esperanza de que el aire fresco lograra en parte despejar los bronquios. Inútil esfuerzo que me condujo de nuevo hasta la cama. Sentado y con el apoyo de la almohada bajo la espalda, encontré una pose capaz de equilibrar en lo posible el oxígeno con el reposo. Cerré los ojos, no por la ilusión de alcanzar el sueño, sino como excusa indolora para eludir la respuesta a unos comentarios con la amarga fragancia de la recriminación.

Los abrí de nuevo cuando escuché la puerta. Al principio supuse que se trataba del baño y no pude evitar un cierto sentimiento de culpa. Pobre mujer. Esperaba una noche de lujuria y topó por sorpresa con un temporal de norte. Luego me extrañaron la tardanza en la vuelta y la total ausencia de sonidos procedentes de la estancia contigua.

Al alcanzar el pasillo que conducía hasta el vestíbulo de recepción, al fin la hallé. Tendida sobre la moqueta, inerte, desnuda —completamente desnuda—, con los ojos en blanco y la mirada perdida hacia algún espacio indeterminado. Aunque consciente, se mostraba incapaz de responder a mi súplica de regresar al lecho. En unos pocos segundos, transitaron por mi mente decenas de ideas. «¿Qué hacer? ¿Cargarla a hombros y arriesgarme a que despertara con gritos a medio hotel? ¿Cómo explicaría yo, bajo esa hipótesis, que portaba contra su voluntad una dama en semejantes condiciones?». Al final opté por lo sensato: conducirla hasta el lecho como supe y rezar en toda religión conocida que a ningún huésped se le ocurriera transitar a esas horas por el pasillo.

Al acostarla, se giró hacia su lado hasta el mismo límite del colchón. En una cama de dos metros de ancho, un gesto inequívoco de que pretendía alejarse lo más posible de su compañero.

Entre el asma, la preocupación y el espectáculo, no fui capaz de pegar ojo. Una noche larga, temerosa, profunda que me condujo al recuerdo de episodios similares.

Ella los denominaba «bloqueos». Según la psicóloga que la trataba o, más exactamente, según lo que Sol me transmitía de su terapia, respondían a algún tipo de trauma probablemente originado en la infancia. Solo así se explicaba la técnica empleada: el famoso EMDR, siglas en inglés de desensibilización y reprocesamiento por los movimientos oculares, ideado por Francine Shapiro hacía ya algunas décadas. Sol profesaba una fe sin límite en el tratamiento. Yo lo consideraba rayano en la brujería. Por más que me describía los beneficios de la estimulación bilateral kinestésica, no terminaba de convencerme eso de combatir el pasado a base golpes leves sobre los hombros. La idea de que así fluía la conexión entre los dos hemisferios cerebrales, facilitando el procesado de la información y la reducción de la carga emocional, me parecía más propia de astrólogos o espiritistas que de ejercientes de una ciencia seria.

La conducta sonaba a melodía repetida. En medio de cualquier conversación, comenzaba a alterarse cuando sus argumentos no eran admitidos por la otra parte. Primero, se irritaba de un modo desproporcionado a la importancia relativa de la controversia. Después, si ni así alcanzaba la respuesta deseada, desconectaba del presente, se tendía sobre cualquier cosa capaz de ejercer la función de sofá y quedaba inmóvil durante horas.

Cuando lo estrenó ante mi presencia, charlábamos acerca de un libro publicado por una compañera de la Asamblea Feminista. Algo así como una biografía novelada de la autora. Al margen de la historia que, como cualquier otra, pudiera o no interesar, técnicamente parecía una exhibición de incorrecciones lingüísticas: laismos, loismos, leismos, colecciones de adverbios terminados en “mente”, puntuación aleatoria, palabras repetidas, construcciones gramaticales simples y toda una suerte de expresiones comunes que colocaban la obra en el límite de lo ilegible.

—¿Entonces, no te gusta? —. Expresó con decepción.

—No es eso, mujer. La trama resulta emotiva, pero la buena de Esperanza anda justa de recursos.

—Pues yo pienso que está muy bien escrita. Lo importante de un texto no son las formas, sino el contenido. No imparte una clase de lingüística; solo pretende transmitir sentimientos.

—Hay que terminar de una vez con la dictadura de la RAE —continuó—. Si a ella le parece adecuado expresarse en leismos, es muy libre de hacerlo.

El lenguaje debe permanecer vivo. Si todo el mundo se confesara tan inmovilista como tú, aún andaríamos diciendo “vuesa merced”. Me molesta que te posiciones así. Esperaba otra cosa.

—Igual en un ensayo, interesa más el fondo que el continente. Pero en un texto creativo, la estética de las palabras se vuelve tan relevante como lo que digan. Hablamos de arte, chica.

—Ya, pero las normas se crearon para romperlas. De otro modo aún caminaríamos a gatas y con los genitales cubiertos por hojas.

—No reivindico lo contrario. Pero a un pintor, progresos a parte, lo mínimo que se le exige es que sepa pintar.

—Eso lo afirmas porque Esperanza nació mujer. Si se tratara de un tío, seguro que opinabas de otra manera.

—A ver, Sol. Ya estamos. Qué tendrá que ver. Borges era el puto amo de la prosa y Gloria Fuertes o Vivian Nathan lo son de la poesía. En ningún caso por haber nacido macho o hembra, sino por escribir de la hostia. Otra cuestión son las dificultades que, en función del género, puedan existir o no para llegar o para publicar más o menos. Forma parte de otro tema.

—Ves. La prosa, lo importante, para el varón. La poesía, lo sensiblero, para las tías. Solo te falta colocarles un lazo rosa.

—Yo no he dicho eso, Sol.

—Lo acabo de oír.

—¡Joder, qué no! He comentado que me gustan tanto Borges como Gloria Fuertes o Nathan, cada cual en lo suyo, y que me la pela si son mujeres u hombres. Exactamente lo opuesto a lo que sitúas en mis labios.

—No te permito que niegues tus palabras. Si quieres convencerme de que estoy loca y desconozco hasta lo que escucho, que sepas que me parece una manipulación. Y yo no tolero que me manipulen.

—Mira, tía, déjalo. El libro de tu amiga es fantástico, interesantísimo y ella escribe como Dios. Una obra maestra de la literatura universal a la que seguro conceden el Nobel.

Ante mi última ironía, se tendió en el sofá en ese estado de aparente semiinconsciencia que tantas veces se repetiría. Para mí, lo más dañino eran las explicaciones al regreso del «coma». Más o menos todo resultaba culpa mía. Por las palabras, las actitudes o hasta por el lenguaje corporal, la hacía sentir al borde del abandono o manteniendo una relación con un machista. Dos actitudes que no podía permitirse por el insoportable dolor que le causaban.

El amanecer en Motauban no provocó la necesaria calma. Bajo la duda de cuál debía ser mi comportamiento tras los incidentes de la madrugada, consumí un buen rato simulando el sueño antes de osar interesarme por su estado.

—¿Tú qué crees? —respondió—. Si de verdad desconoces cómo me siento, tenemos muy poco de lo que hablar.

—Me refiero a si te encuentras mejor que anoche.

—Pues no. No me dejaste pegar ojo, pese a pedirte que hicieras algo para combatir el asma. Tuve que salir de la habitación para evitar volverme loca.

—Sol, cielo, ¿de verdad lo interpretas así?

—No hay nada que interpretar. Actos son actos. Estaba fundida, necesitaba dormir y, por más que insistí, tú seguiste emitiendo el mismo ruido.

—Claro. Ante la circunstancia de compartir cama con quien padece una crisis asmática, lo razonable es tumbarse en pelotas en el corredor a las cuatro de la mañana.

»Perdona, tienes razón, estoy espeso. Se ve que la falta oxígeno me ha afectado a las neuronas y me muestro incapaz de comprender la natural respuesta de una persona sensata ante ese estímulo. Olvidaba que cuando regreso un poco tarde a un hotel, rara es la vez que no encuentro a una tía desnuda sobre la moqueta de algún pasillo.

—De verdad, Charly, hay cosas en ti que me encantan, pero soy incapaz de asimilar tu falta de empatía. Solo piensas en tus necesidades y no calibras el daño que me causas. Si escapé del cuarto, fue para buscar un rato de calma. Solo falta que encima me lo recrimines o que intentes convencerme de que la impropia es mi conducta, no la tuya.

Me sentí prisionero en una escena conocida. Una fusión perfecta entre *El perro andaluz de Buñuel* y *Les Sept péchés capitaux*, proyecto colectivo de la Nouvelle Vague en la Francia del 62. Me descompuso su porfía en culparme de unos hechos que escapaban a las leyes de mi lógica. Comprendía su desilusión. Las extrañas reacciones que, aliadas con el cansancio y con la nocturnidad, todos desarrollamos en algún momento. Incluso que yo no acertara al elegir el mejor modo con el que enfrentarme al asma. Pero se me volvía incomprensible que, aun sumando todos los factores, debiera aceptar como resultado inequívoco de esa operación matemática que Sol escapara

hacia las zonas comunes del alojamiento sin ropa y en ese estado de hipnótica apariencia que trasladaba sobre mí la responsabilidad absoluta.

—A ver, cariño —expresé en último intento por conducir el episodio hacia las reglas de lo que entendía por sensato—, no hemos dormido, los dos nos encontramos tensos. Creo que lo procedente es desayunar tranquilos y luego analizarlo con calma. No se trata de reivindicar la razón, sino de resolver lo que nos distancia.

—Cuánto me jode ese tono paternalista que a veces empleas. Es como si pretendieras situarte por encima de las circunstancias. Ahora vienes de conciliador. Te anticipo que fracasará en tu estrategia. Vas listo si crees que vas a convertirme a mí en culpable de algo que considero ajeno.

—Mira, Sol, yo no te he pedido que me acompañaras —respondí ya un tanto crispado—. Fuiste tú la que te presentaste en casa el día de la partida y no voy a continuar camino bajo el temor de que salte la banca en cuanto algo se tuerza. Para eso prefiero regresar y que, una vez en Madrid, cada cual continúe su ruta.

—Como quieras. Si es lo que deseas, adelante. Puedes abandonarme aquí. Ya encontraré la forma de volver sola.

—No creo haber afirmado tal cosa. Sabes perfectamente que no te dejaré aquí tirada. Pero aún quedan quince días por delante. Insisto, si va a ser este el modo de solucionar los conflictos, no veo el sentido de continuar. Tenemos dos alternativas: o hablar y tratar de reconducir la situación al territorio de la lógica o dar media vuelta y concluir viaje.

Tras un prolongado silencio de no menos de veinte minutos que aproveché para ducharme y recoger el vestuario junto a los contados enseres trasladados hasta el hotel, respondió:

—Estoy harta de ultimátums. Todo en ti se vuelve amenaza. Solo existen dos soluciones extremas: o hacemos lo que impones o terminamos la partida.

Durante la mañana, como en una tregua, recorrimos la ciudad casi en silencio o, todo lo más, entre conversaciones banales sobre la fotogenia de los monumentos o los hábitos sociales del paraje.

Pospusimos la decisión hasta después del almuerzo. Montados en el coche y sin charla previa que la introdujera, repetí una pregunta que ya no toleraba mayor demora.

—Bueno, qué hacemos. ¿Intentamos hablar y buscamos el modo de entendernos o regresamos? Toca tomar un rumbo concreto. No vamos a quedarnos aquí y así de por vida.

No obtuve respuesta. Se acomodó en el sillón, ajustó el cinturón de seguridad y dirigió al frente la mirada en inequívoco gesto de que no deseaba posicionarse. Tras varias vueltas procurando salir de la urbe, fue una vez más el azar quien adoptó por nosotros la determinación a la que ninguno nos atrevíamos. Brive la Gaillarde 92, rezaba el panel informativo que enfrentamos justo antes del peaje. Sin una idea ni aproximada de hacia dónde nos conducía, tomamos la autopista en dirección norte.

Tras una media hora sin escuchar otro sonido que el de la mecánica, solicitó:

—¿Puedes parar un momento? No me encuentro muy bien.

—Sí, cielo, nos detenemos en el siguiente área de descanso. ¿Te parece?

—Por favor, párate aquí. No me encuentro bien. Creo que voy a vomitar.

Ya estacionados en el arcén, abandonó el vehículo sin pronunciar palabra y, como en las imágenes de los documentales tomadas con cámara de alta velocidad, se sentó sobre la cuneta a un ritmo tan lento que parecía irreal. La misma escena que solo un innovador decorado permitía distinguir de las anteriores. Silencio denso, vista al infinito y ausencia de cualquier expresión corporal que facultara evaluar su estado. Pese a mis requerimientos sobre los riesgos de permanecer allí de ese modo, nuestra estancia se prolongó durante unas dos horas eternas. Ante el fundado temor de que alguna patrulla de carretera se detuviera para auxiliarnos en lo que aparentaba una emergencia, conseguí mantenerme en relativa calma. A ver como explicaba yo, con mis cuatro palabras de francés, la causa última de tan expuesto estacionamiento. Ya casi habituado a la situación, me sorprendió su parlamento al regresar al auto:

—Si habías decidido continuar viaje, no sé por qué me sometes a esta tortura.

Tras la cena en un hotel de pueblo, perdido en la orilla de una vía secundaria, intenté de nuevo el diálogo. Inútil gesto que topó con un enemigo invicto: su sentencia de eludir cualquier comentario sobre un tema que tanto parecía incomodarla.

—Calla —exigió ya en la habitación—. Hoy no sufres asma. Se me ocurren mil modos mejores de consumir la noche que discutiendo sobre algo que el reloj ya convirtió en historia.

Tras el sexo, aliñado para la ocasión con banda sonora de somier viejo, revisé mentalmente un detalle al que no concedí importancia en el momento. Hasta entonces, por mi mayor conocimiento del idioma local, siempre había sido yo el encargado de formalizar el papeleo hotelero. En aquel recóndito lugar de la Francia profunda, descubrí que compartía alcoba con Soledad Martínez Pedroche.

—Hasta escucharte hoy en recepción, creí que tenías nombre de estrella.

—Y así es. Lo de Soledad fue cosa de mis padres y no lo considero vinculante.

—No lo habías comentado nunca.

—No lo sé. No habrá surgido.

Otro nuevo estímulo al insomnio: el sol que todo lo iluminaba se convirtió de repente, por mandato del Registro Civil, en imagen dolorosa de Semana Santa, en el instrumento con el que el cristianismo reprime a la mujer o en la expresión de un estado que me perseguía desde el nacimiento.

V. Mi vida bajo el agua ¹⁶

*Son pequeños dolores
entre pálidas flores de punta de alfiler.
(Christina Rosenvinge).*

Pepe se mostraba vulgar hasta en el nombre. Un pobre tipo, ya prejubilado, que halló en la militancia obrera de los últimos años del franquismo su razón para permanecer con vida. Antiguo empleado de una multinacional, fabricante de componentes tecnológicos en el viejo cinturón fabril de Madrid, pertenecía a esa categoría de individuos que sitúan la frontera de la modernidad paralela al transcurrir de su existencia. Frente a ilustrados argumentos, comunes en el entorno de ATTAC, oponía anécdotas de tasca. Historias marinadas sobre puertas que se sellaron con silicona para garantizar el derecho a la huelga en las etapas más duras. Un histórico de CCOO incapaz de asimilar que aquello a lo que dedicó sus mejores horas se había transformado en la perfecta reencarnación de los sindicatos verticales que tanto combatió. Todo su criterio, su juicio sobre el bien y el mal, giraba en torno a la organización. Una triste y continua añoranza de cuando aquella aún conocía el decoro con Marcelino Camacho al frente.

Aunque me despertaba tanta ternura como respeto hacia su trayectoria, aparecían entre nosotros frecuentes discrepancias. No había conferencia en la que se resistiera a matizar mis palabras. Formaba parte del ritual que inaugurara el turno de preguntas:

—Lo que Charly ha querido decir es que para alcanzar la sociedad acrecentista que defiende hay que votar, y votar a Izquierda Unida.

Exactamente lo opuesto a lo que yo pretendía transmitir. Ni el acto de supuesta soberanía ciudadana ni su sentido, me parecían algo diferente a un mecanismo ideado para perpetuar los errores de antaño.

Nunca identifiqué con propiedad si semejante conducta nacía de la obediencia ciega a las instrucciones recibidas como arcángel del PCE para controlar los acontecimientos nacidos de la primavera de 2011, o de la fe religiosa que profesaba hacia la misma ideología leninista que levantó el

muro de Berlín o que obligaba a los ciudadanos a escapar de paraísos terrenales como Corea o como Cuba.

Tampoco soportaba su fingida renovación del pensamiento. Por más que lo disimulaba, se percibía que la igualdad de género, la ecología o la horizontalidad formaban parte del repertorio impuesto. Del papel que debía interpretar para mantener viva su creencia en la lucha de clases como único instrumento útil en el cambio social. Le delataban detalles tan evidentes como arrojar por instinto a la basura común botellas de plástico, irritarse hasta perder la urbanidad cuando no prosperaban sus propuestas o su obsesión por colocar a Sol en las mesas de presidencia «porque da mala foto que todos seamos tíos».

Fue precisamente un comentario sobre ella, el origen de uno de nuestros primeros desencuentros. Supongo que ignorante de la relación que nos unía, no se le ocurrió mejor idea que atribuir las rarezas de mi compañera a la falta «de unos buenos polvos». Además de por lo obvio, me sentí agredido por el modo y por las formas. Me pareció una cobardía comentarlo en ausencia de la interesada y me hirió ese tono de «palabras entre hombres» que la asociación en la que ambos colaborábamos decía combatir. Me equivoqué al descender hasta su nivel en la respuesta:

—Querido Pepe. Si es ese el problema que identificas en Sol, no creo que encuentre dificultades en resolverlo. Tú lo tienes algo más complejo. Aunque tires de viagra y aún pagando, me temo que te quedarás en paja. Dudo si será suficiente para aliviar la chochez que demuestras.

El definitivo distanciamiento llegó con la asamblea en la que pretendíamos definir el futuro de la asociación. Tras el fracaso del 15M y de todas sus réplicas callejeras, tocaba determinar si aún poseíamos un mensaje que transmitir a la sociedad y si los esfuerzos sin recompensa inmediata continuaban mereciendo la pena.

Él propuso «hacer cosas», las que fueran, bajo el condicionante de definir con claridad cuál debía ser la línea de la organización y excluir de ella a quienes no la obedecieran.

—Ya vale de críticas a Comisiones. Nadie duda de que podrían hacerlo mejor, pero se impone respetar su historia. Hoy por hoy, la vía parlamentaria es la única real e Izquierda Unida, la alternativa. Deberían prohibirse los comentarios ofensivos hacia ella. Ya hemos visto dónde nos conducen los tiberios mentales de los chicos de las plazas.

—¿Y quién emite esos «comentarios tan ofensivos»? —pregunté

conocedor de la respuesta—. Yo solo he leído juicios más o menos justificados desde la opinión. ¿Acaso debemos de aplaudir a quienes, prisioneros de las subvenciones, no movieron un dedo ante la reforma laboral y cumplieron el encargo de domesticar la oposición hacia ella?

—Tú. ¿Quién va a ser? Estoy hasta los cojones de que ataques continuamente a sindicatos que se jugaban la vida luchando contra el fascismo cuando aún vestías pantalones cortos o que recomiendes la abstención porque todo partido es corrupto por naturaleza y conduce al desastre.

Me constaba, así me lo habían manifestado en conversaciones íntimas, que una mayoría de asistentes se encontraba conforme con mi criterio. Ante su silencio, que consideré tan medroso como cómplice en aquel momento, me limité a responder:

—Disculpa si te he ofendido, compañero. Petición que extiendo a todos y todas los y las presentes. Os garantizo que no volverá a suceder.

Lejos de comprender que con mis palabras formalizaba la solicitud de baja en una entidad que, presumiendo de abierta y horizontal, pretendía imponer a sus socios la censura en las opiniones; el pobre hombre incluso me encargó algunas tareas para un futuro que yo ya había decidido extirpar con cirugía.

Al principio me entristeció la determinación. Tres años predicando desde ese púlpito las posibles alternativas a eso que denominábamos sistema, parecían demasiados para una ruptura indolora. Costaba distanciarse de algunos de los mejores seres con los que coincidí en todo mi viaje por la vida. Me apoyé en una frase que Mer repetía con insistencia en nuestra juventud: «Ni tú ni yo hemos nacido para acatar consignas». También en otra de Bukowski: «La diferencia entre una democracia y una dictadura es que en la democracia puedes votar antes de obedecer las órdenes».

Luego, el tiempo me concedió una amarga razón. El superior jerárquico de Pepe, el coordinador regional, terminó por postularse como candidato a las municipales en una coalición cercana a Izquierda Unida. Atrás quedaron los discursos en los que el tipo presumía de independencia y de no subordinarse a la política. Qué podía esperarse del típico funcionario que en público se enorgullecía de no dar golpe en su trabajo, a la vez que defendía las virtudes gestoras del Estado. La ejecución perfecta de la tradicional estrategia del Partido Comunista: utilizar los movimientos sociales como agencia para la colocación de los afines sin mejor oficio.

Durante los meses siguientes a nuestro regreso de Francia, la relación con Sol parecía haber hallado el lubricante adecuado para funcionar sin fricciones. Quizá en la ciudadela real de Loches, en la urbe monumental de Amboise o en el foso que custodia el castillo renacentista de Azay le Rideau, encontramos la mutua confianza que ambos precisábamos. Fue en Mont Saint-Michel donde alcancé a definir la personalidad de mi amada. Como la vieja abadía benedictina que obsequiaba su nombre al paraje, Sol era una elaborada obra de arte que sobrevivía a base de no resistirse a la naturaleza. Isla o península, según los designios de las mayores mareas conocidas de la Europa continental.

Albergaba en su interior los secretos del mitológico bosque de Scissy, aquel que falleció invadido por las aguas si creemos los dictados de las leyendas celtas. De la cripta romana que rememoraba escenas de vidas anteriores. O de los monjes heterodoxos que, ya en la era cristiana, convirtieron el lugar en una auténtica facultad de la alquimia. Hasta catorce metros de diferencia en el nivel de mar, aconsejaban disfrutar de ella cuando las circunstancias se mostraban propicias y simplemente admirarla si el yodo y la sal cubrían por completo los accesos.

Durante esa temporada, solo un par de episodios recordaron la posibilidad de destrozos serios por la coincidencia de los temporales con la marea alta.

El primero aconteció en Los Molinos. Un pequeño pueblo de la sierra madrileña venido a más por el criminal urbanismo empeñado en destruir cualquier resto de vida salvaje. Mantenía en la zona muchas amistades, casi todas procedentes de mi intervención allí en una larga serie de conferencias. Organizamos una quedada con ocasión de un concierto gratuito de Celtas Cortos en plenas fiestas patronales. A Sol le molestó mi comportamiento.

—Te pusiste a charlar con ellos y casi me has abandonado a la aventura. Ni un mal beso ni un contacto físico que nos identificara como pareja. Comprendo que tengas que cumplir con los tuyos, pero no sé, un guiño, un gesto que marque las diferencias entre las prioridades que profesas hacia cada cual. Me he sentido despreciada.

Quizá por el recuerdo aún cercano del paraíso galo, el incidente no cobró mayor repercusión. Durante el recital tomó distancia, colocándose dos o tres filas por delante en explícita muestra de incomodidad. Si me dirigía a ella, no me contestaba y de nuevo volvía a alejarse. Lo resolvimos fácil: un calentón

erótico al recoger el coche ya en la soledad del aparcamiento y un viaje de retorno a la gran urbe inundado de caricias de inequívoco contenido sexual. Casi nos salimos de la carretera de La Coruña mientras conducía bajo los efectos de una felación en ruta.

La segunda escaramuza coincidió con las celebraciones navideñas. Una fecha habitual de conflicto por sus pésimas relaciones con el resto de la familia. Desde la muerte de su madre, la tradición dictaba compartir mesa con los colaterales por vía paterna. Ese año se negó, imponiendo a su ascendiente cenar los dos solos en la casa de Chinchón. Desconozco con exactitud lo sucedido. Solo recibí un breve esbozo cuando regresó a Madrid, ya el veinticinco por la tarde.

—Mi padre la ha vuelto a liar, pero estoy muy contenta por el modo en que lo he resuelto. He seguido los consejos de Lara, la «psico». Cuando él comenzó a herirme con su comportamiento, tomé un libro y me puse a leer ignorándolo por completo. Reaccionó a voces, relatando en ese tono la desgracia por haber concebido una hija así. No toleré que me manipulara, persistí en mi determinación y terminó por callarse. Me siento mal. No sé por qué tiene siempre que hacerme esto.

Tumbados sobre el sofá de su apartamento, no consideré prudente recabar mayor información. Por instantes, la percibí al borde de uno de sus temidos bloqueos y no quise ser yo quien avivara ese fuego. La rodeé de brazos, de abrazos y de afecto. Lo único efectivo en esas circunstancias. Tras consumir varias horas en invariable posición, advertí un súbito cambio en su talante cuando las últimas luces del crepúsculo iluminaban el aposento. Ya no era la pequeña niña asustada por el triunfo en la batalla paterna, sino una excitante hembra en demanda de sexo.

Ante el signo de los acontecimientos, solicité una pausa por estricta imposición de la biología.

—Cielo, necesito pasar por el aseo antes de proseguir.

—Ni si te ocurra —susurró a modo de respuesta.

—Estoy a tope, niña. A menos que quieras que te ponga perdida.

—¿Y si se tratara exactamente de eso? —Respondió mientras acentuaba sus caricias sobre el miembro como si mi requerimiento se hubiera transformado en estímulo.

Cuando ya los dos desnudos casi era incapaz de contener la micción, se incorporó y me tendió la mano invitándome a seguirla.

—Vamos arriba, mi amor. Quiero darte una sorpresa.

Al alcanzar la segunda planta, me condujo hasta el baño y recorrió con energía la mampara que cubría la ducha contigua a su habitación. Un espacio singularmente amplio para el uso propio en el que se acomodaban con desahogo dos personas. Sentada sobre uno de los fondos, solicitó que me acariciara el sexo mientras la observaba en su dramática representación de la ceremonia onanista. Cuando se notó próxima al orgasmo, dictó:

—Méame. Quiero sentir en mi cuerpo todo lo tuyo. Hasta los desechos.

Acostumbrados a la impredecible torrencera en que habíamos convertido nuestra relación, resultaba insólito alcanzar Nochevieja con caudal medio. Tras años de continua alternancia entre un inofensivo cauce seco que volvía placentero cualquier paseo al abrazo del sol y aguas sin traba, capaces de arrastrar en su corriente hasta las rocas más firmemente asentadas sobre el terreno, preparamos ilusionados el rito del tránsito entre ejercicios. Acordamos celebrarlo en su casa, en la intimidad, sin nadie que incomodara esa paz que resultaba inusual. Lo previsto era partir al día siguiente hacia la zona suiza de los Alpes, un paraíso para disfrutar de la nieve en las montañas. Aunque caminábamos sin calendario determinado, no convenían excesos la noche anterior a un viaje tan largo.

Ya con todos los ingredientes en su domicilio, a excepción de una salsa de setas que yo llevaría lista desde casa, concretamos detalles la misma mañana del treinta y uno. Para evitar la tendencia al equívoco de los mensajes, opté por la llamada telefónica como medio favorecedor del entendimiento. No deseaba que nada ensombreciera lo que al fin se mostraba apacible.

—¿A qué hora me acerco entonces? Quisiera pasar antes por Toledo a felicitar a mis padres. Ya sabes que a mí me la pelan los hábitos sociales, pero a ellos no. Por una vez, les pego el gusto y ya descuido para toda la velada.

—Cuando quieras. Yo no sé guisar. Como chef, calcula que la cena esté dispuesta a una hora decente, sobre las nueve y media o las diez. No tenemos ni horario ni plan, tampoco cuentas que rendir a nadie.

Llegué a su apartamento un poco antes de las ocho menos cuarto. Tiempo más que sobrado para cocinar con calma quinoa con naranja, remolacha y una algas que, ya hidratadas desde el día anterior, no exigían más de veinte minutos de cocción. El segundo requería aún menos: un simple seitán a la

plancha al que añadiría la salsa de setas lista para calentar. Por más que nos esforzáramos en hacerlo lento, una hora en conjunto como mucho.

Desde el principio percibí en ella una conducta enigmática. Con lo exagerada que solía mostrarse en los gestos de afecto, ni se inmutó al recibir mi saludo en forma de beso. Continuó con la lectura de un libro bajo ostensibles gestos de ignorar mi presencia.

—¿Te pasa algo, cielo? —Pregunté al cabo de un rato largo de esperar sin fruto algún indicio que permitiera determinar su estado.

—¿A mí, nada? ¿Por qué?

—No sé. Me extraña tu actitud.

—Estoy leyendo.

—Eso ya lo veo, solo dudo de la oportunidad del momento. Es Fin de Año.

Se giró hacia el lado contrario, ofreciéndome la espalda, y prosiguió con el texto sin rechistar.

Ya convencido de que amenazaba temporal de norte, intenté mantener la serenidad con la esperanza de que el tiempo amansara su postura. Pensé en obviar la conducta, dirigirme hacia la cocina y comenzar en solitario la elaboración del menú. Lo descarté. En los días previos expresó su ilusión por guisarlo juntos y consideré un desprecio prescindir de sus servicios. Además me revelaba ante lo que consideré un castigo gratuito. Por conservar la referencia horaria en esta nueva representación del absurdo, programé el móvil con una alarma que me advirtiera al cabo de treinta minutos. Cuando sonó, la detuve de inmediato, la prorrogué por otro periodo de igual duración y me atreví a cuestionar de nuevo la causa de tan incomprensible proceder.

—A ver, Sol, repito. ¿Qué te pasa? No encuentro el sentido de esta escena. Si estorbo o prefieres cenar sola, solo tienes que decirlo y me «piro». Ni me agrada permanecer donde molesto ni voy a consumir toda la noche a la espera de que termines con tu libro.

—Estoy leyendo, Charly. Por favor, no me interrumpas. Mis compromisos son tan importantes como los tuyos y yo ahora tengo uno con la lectura.

Hasta la nueva irrupción de la alerta, mi cabeza fue elaborando distintas hipótesis sobre lo sucedido. ¿Se habría molestado al considerar tardía mi llegada? ¿Celos de mis padres? ¿Decepción por no haberme presentado con un ramo de rosas o algo así? ¿Uno de esos disparadores, tan del gusto de su psicóloga, que activan respuestas automáticas ante estímulos que recuerdan personas o situaciones vividas?

Coincidiendo con el sonido de la segunda alarma, comencé a irritarme al

recordar la similitud entre los gestos de Sol y los que confesó haber usado con su padre en fechas recientes. Por alguna lóbrega causa, me prescribía la misma medicina que a su progenitor.

Me levanté, me dirigí hacia ella y con un beso no correspondido, inicié la despedida.

—Parece claro que mi presencia aquí no resulta grata. Creo que ya he demostrado paciencia suficiente. Qué pases una noche agradable en compañía de la lectura. Felicita de mi parte a tu terapeuta. Los tuyos no lo sé, pero con sus recomendaciones, ha resuelto buena parte de mis problemas.

Solo entonces interrumpió su silencio. A gritos. Literalmente a gritos que debían escucharse en toda la manzana.

—Eso es, ahora me abandonas. Como siempre. ¡Vete! ¡Vete! ¡Vete! Y no vuelvas.

Aumentando a cada palabra el volumen de su voz, continuó:

—Primero te presentas tarde, sin tiempo para preparar la cena. Luego pretendes que interrumpa un libro a tu llegada. Ya apareció el macho dominante y hay que dejarlo todo no sea que se moleste. Vienes de celebrarlo con tus padres o tú sabrás con quién, mientras yo me quedé aburrída en casa cuando todo el mundo andaba por ahí de fiesta. Me colocas de postre y te incomoda que no te reciba como mujer sumisa. Y encima me acusas de joderla.

De nada sirvió mi propósito de reconducir la discusión hacia terrenos más placidos. Cualquier posible arreglo pasaba por reconocer una responsabilidad que yo consideraba ajena: ni había aparecido tarde ni le pedí que cesara de inmediato en su actividad. Más de dos horas a la espera de que terminase la lectura, daban para hacer pausa en un punto y aparte y, al menos, saludar a quien llega. No venía de celebrar nada con nadie, solo de visitar a mis padres tal como habíamos acordado esa misma mañana. Tampoco era mi problema que ella optase por el aburrimiento doméstico en lugar de salir si tanto le apetecía. Pese a que esta vez no me hallaba dispuesto a asumir la culpa, me arriesgué a un último intento de devolver cordura a la situación:

—Bueno, Sol, ¿y si nos dejamos de tonterías, preparamos la cena en lo que se pueda, celebramos la llegada del año nuevo y mañana con calma hablamos de lo sucedido?

—Qué fácil todo, verdad. Al sentirte acorralado, te muestras sumiso. La estrategia típica del manipulador.

Tras esas palabras, expresadas con modales mucho más calmados, tomó de

nuevo el libro y lo reemprendió con adolescente además de desprecio.

—Yo no soy tu padre —concedí por única respuesta.

Depositó las llaves de su casa sobre la cómoda en explícita declaración de que daba por concluido mucho más que una cena. Di la vuelta y desaparecí por la escalera.

Me arrepentí casi de inmediato. Con mi gesto, que valoré como una auténtica «sobrada», fruto del orgullo y de la cólera contenida durante la espera, acababa de arruinar la noche, el proyectado viaje invernal a Suiza y una relación que continuaba deseando con todas sus sombras. El resto, a base de paciencia y de sexo, tal vez lo hubiera disculpado; me juzgué incapaz de tolerar que me tratara como a ese padre al que tanto presumía despreciar.

De regreso a mi hogar, me irritaba el ambiente generalizado de celebración. Ratifiqué una de mis constantes existenciales, quizá aprendida de Mer, transmitida a través de la correspondencia con Mutira o incluso heredada por genética de la abuela: no existe un lugar en el que percibirse más solo que una gran ciudad rodeado de miles de seres anónimos en plena euforia festiva. Aunque por la fecha, la tristeza parecía ilegal, lo cierto es que yo me sentía abatido.

Al alcanzar al fin mi refugio doméstico, me tendí vestido sobre la cama. Intenté sin fruto conciliar el sueño; hallar en la compañía de los gatos negros y de aquel ser sin rostro que regalaba la calma, el consuelo que la realidad me negaba. Solo por la pirotecnia del vecindario, adquirí conciencia de iniciar una nueva vuelta a la estrella que nos suministra el calor.

«Malditos cretinos —pensé— que todo lo resuelven a base de estruendo».

Me perdí en el análisis a través del pretérito de aquellos rasgos de la personalidad de Sol en los que Ana adivinaba una simbiosis perfecta entre el histrionismo y el trastorno límite de la personalidad. Un simple ejercicio de exculpación por una conducta que valoraba en mí como excesiva. Por todos los recuerdos a mi alcance, intentaba convencerme de haber actuado como debía.

Su terror intenso al abandono no ofrecía dudas. Una constante de comportamiento que, pese a la incomodidad, me resultaba atrayente. Tal vez nostalgia de Mer, heridas sentimentales que nunca terminaron de sanar del todo o la puñetera memoria celular ideada por los kinesiólogos para justificar aquello que se nos escapa. Aunque me sonara a ocultismo, igual había algo de verdad en ese concebir nuestro cuerpo como la simple adición de energías

condicionadas por tres tipos de evocaciones: las ancestrales que nos conectan con la información transmitida por los antepasados, la genética —la recibida en el vientre materno— y la adquirida por lo que aprendemos a lo largo de la existencia. Igual el organismo humano de veras funcionaba como una computadora dominada por una base de datos a modo de almacén de nuestra historia.

La inestabilidad afectiva tampoco precisaba mayor detenimiento. Resultaban evidentes la sucesión de episodios en los que transitaba sin estaciones de paso de la felicidad plena a la disforia absoluta. Una frase, una simple palabra o una broma más o menos afortunada convertían la luz más intensa en oscuridad profunda.

También me cuadraban las manifestaciones de ira inapropiada, la intolerancia desmedida a la soledad y su tendencia hacia las drogas y el sexo sin medida. Por el contrario, pese al profesional criterio de Ana, no hallaba síntomas precisos de idealizaciones paranoides.

No quise extenderme en ideas repetitivas, ni repasar los habituales coqueteos con otros hombres incluso vigente nuestro idilio. Primero se mostraba angelical, aparentando una candidez que la identificaba como «presa fácil» de todo cretino ávido de sexo. Exteriorizaba una intimidad muy superior a la común con tan poco conocimiento del otro. Luego, cuando los tíos «entran», se irritaba ante las dificultades para liberarse de ellos. No se trataba tanto de esa querencia de «machotes» a desoír una negativa como de que Sol se esforzara en no emitirla. Lejos de molestarme, me excitaba sentirme unido a una mujer deseada por una mayoría. Por esa habilidad propia de aparecer como responsable, el peaje lo abonaba en forma de desencuentro.

—A ver, cielo, si tanto te molesta la insistencia de este tipo, déjale las cosas claras.

—Qué fácil lo ves todo. Cómo si fuera sencillo para una chica librarse de acosadores. Ya le dije que no la semana pasada. Y, sin embargo, el tío no deja de dar la plasta.

—Según los mensajes que me mostraste, afirmabas más bien que «el sábado imposible, ya tengo compromiso para esa noche». Implícitamente das a entender que en otro momento no lo descartas. A mí me la pelan tus admiradores cibernéticos, pero si deseas que alguien capte tus intenciones, resulta aconsejable hacérselas saber.

—Es que no puedo ser explícita. Imagina que le digo que se olvide, que no

me gusta y que además estoy emparejada. Lo mismo me encuentro con un «cretina, tú qué te has creído, yo solo te invité a cenar en mi casa, para ver juntos una peli y echarnos unos petas, no más».

—Te garantizo, niña, que las veces que alguien me propuso cena, película y porro en ambiente íntimo, no pasé del cuarto de hora de proyección.

—Sí, vamos. Qué encima tengo yo la culpa.

—Yo no he hablado de culpas, sino de relaciones entre causa y efecto. Me has pedido opinión sobre un problema que al parecer te agobia y te la aporto. *No more*. Eres muy libre de actuar como quieras.

—Al final, los tíos siempre acabáis comprendiendo vuestras mierdas. Me parece increíble que justifiques el acoso.

A los rasgos histriónicos decidí concederles la condición de axioma. Ana lo tenía tan claro y yo había estudiado con tal celo los manuales psiquiátricos prescritos por la antigua cuñada que parecía una pérdida de tiempo ratificarlos. Teatral, influenciabile, extremadamente seductora, intolerante a la frustración, obsesionada con su apariencia física, expresión superficial y muy cambiante, forma de hablar tan subjetiva como carente de los matices propios de una persona adulta, hipersensibilidad a la crítica, continuo desplazamiento hacia el otro de la culpa, necesidad imperiosa de ejercer como centro de atención... Todo me coincidía. Todo se ajustaba a ella como preservativo de látex al miembro masculino en erección.

Y mi cerebro sin cesar de formularse la misma pregunta: «¿Qué habría en mí que me imponía el deseo de perpetuar una relación objetivamente tan nociva? ¿De dónde esa dependencia de lo que duele, ese vicio de permanecer como evitativo observador en infiernos cotidianos de los que cualquier individuo sensato huiría sin girar la cabeza hacia el pasado? ¿Por qué me vencía el aburrimiento con parejas carentes de estas peculiaridades y buscaba de continuo los

venenosos rasgos de quienes se apartan del común concepto de equilibrio? ¿Sería Sol la cuerda y yo el que había perdido definitivamente el juicio?

Con las primeras luces del alba, el escándalo callejero de quienes retornaban de una obligada noche de fiesta interrumpió mis meditaciones. Tras horas sumergido en los recuerdos más recientes, me sentía cansado, solo, culpable, herido, agresor, víctima, verdugo, loco, minúsculo... Por

encima de cualquier otra dominante, triste, infinitamente triste. Al igual que la estatua de un poema musicado en los ochenta por los hermanos Auserón, «persiguiendo un enigma al compás de las horas...». Metálico, artificial, fuera de lugar, de tiempo y de espacio. Un robot mal diseñado en medio de un orgasmo de naturaleza. Quizá porque, como en la canción, escuchando el lenguaje de las plantas había aprendido a esperar sin causa.

VI. Snowpiercer ¹⁷

*Necesitamos mantener el adecuado balance entre ansiedad y miedo, caos y horror para poder continuar con la vida. Si no tenemos eso, necesitamos inventarlo.
(Bong Joon-ho).*

Tabacalera era algo así como la exacta representación en tres dimensiones del concepto cutre. Un lugar miserable, tacaño, pobre, ruinoso y sucio, muy sucio por encima de cualquier otra característica. Abandonado a su suerte en 2010 tras la privatización de Altadis, la antigua fábrica de tabacos de Madrid quedó a merced del tiempo durante siete años, hasta que por decreto del gobierno de entonces —el de Zapatero—, se constituyó en sede del previsto Centro Nacional de Artes Visuales. Tras varias controversias en la tramitación del proyecto arquitectónico, su elevado coste para tan mal momento, más de treinta millones de euros, animaron a la dirección general de Bellas Artes a ofrecérselo a la asociación cultural SCCPP (Sabotaje Contra el Capital Pasándoselo Pipa). Esta última aceptó el reto, pero trasladó la responsabilidad a otra entidad constituida expresamente para el aprovechamiento del espacio.

Organizado en estricto régimen horizontal, el centro social autogestionado La Tabacalera de Lavapiés se regía por los principios de «cultura libre y gratuita, cooperación, transparencia y el uso colectivo, solidario y responsable de los recursos». Al menos así lo indicaban los estatutos. Bajo su techo, cabían desde manifestaciones artísticas ajenas a los circuitos comerciales hasta reuniones de marcado contenido político. Mercadillos, actos asociativos, conciertos, exposiciones, talleres diversos, clases... formaban parte del paisaje habitual de este trozo castizo de la calle Embajadores. En su día también fue lugar de encuentro para los revolucionarios del mayo español de 2011. No me extrañó que el embrión del Partido X ubicara allí su convocatoria.

Acudí invitado por Pedro, un amigo, un compañero del movimiento con quien coincidía en mucho más que en lo obvio. A él creo que le atraía mi escepticismo. A mí, su capacidad para recuperarse de las decepciones. Con un historial repleto de militancias fracasadas, desde el Partido Socialista al 15M, era de los que aún creía en ese despotismo de la aritmética que nos

obstinamos en denominar democracia.

—Tienes que estar, Charly. La gente X representa el espíritu de las plazas. 99%. Libertad 2.0, te va a gustar. Nada que ver con Podemos.

Tras acomodarnos en el antiguo despacho del director, rebautizado por los usufructuarios como «Sala del No Jefe», un tipo joven, pretencioso y con aires de empollón de máster de ingeniería informática comenzó a describirnos el proyecto. Por la suficiencia con que se expresaba, aparentaba ser alguien en la organización.

—La Red Ciudadana Partido X es en realidad lo opuesto a un grupo político tal como hasta ahora lo concebíamos. X es una incógnita, la representación de la ciudadanía organizada que expulsará a los usurpadores de los asientos del Congreso. Nuestra ideología es la lógica y nuestro programa solo contiene un apartado: democracia y punto. Para el logro de los objetivos, nos apoyamos en cuatro propuestas básicas: wikileislación, wikigobierno, voto real y permanente a través de herramientas informáticas y total transparencia en la gestión pública.

»Portavoces y representantes serán figuras totalmente *demodés* en el futuro. La gente hace lo que sabe hacer según sus posibilidades. Nadie opina de lo que no tiene ni idea, pero todo el mundo puede aprender de todo. Nos fiamos de los que trabajan sobre un tema porque no lo hacen en la oscuridad. Podemos comprobar con transparencia en todo momento sus fuentes.

»El Partido X es un método de trabajo, un pacto de mínimos entre ciudadanos de carácter trasversal y no ideológico.

Tuve que contener la risa al imaginar el paralelismo entre el cretino que nos ilustraba y el viejo anuncio televisivo de un detergente. Aquel en el que un tipo sin pelo, íntegramente vestido de blanco, decía llegar desde el futuro para resolver la higiene doméstica. También al suponer a mi padre, o a cualquier abuelo de su quinta, elaborando proyectos legislativos a través del móvil o votando por el mismo medio en los continuos referéndums. ¿De verdad pensaría esta tropa que los ciudadanos comunes no teníamos nada mejor en que emplear el tiempo? Vendrían de modernos, pero diseñaban con sus propuestas un monumento a la entropía; junto a la elevada propensión marginal a la corrupción, los peores vicios de la política.

El asunto de la estructura interna resultaba menos divertido. Por más que lo disfrazara con nombres de película futurista, aquello del Kernel («núcleo operativo cuyas decisiones no se discutían»), Matriz («espacio de colaboración e implementación activa») y Desarrolladores —cuya función

consistía en «preservar la idea, las investigaciones y finalidad del prototipo y todo el trabajo acumulado garantizando su continuidad»— se parecía demasiado a los típicos aparatos de partido que presumía combatir. La llamada Agenda X, además, guardaba similitudes que excedían de lo casual con lo comúnmente conocido por programa. Lo de siempre con nombres tecnológicos. Ese fue mi veredicto.

Fiel al «encuentra quien paga y sabrás quien manda» tantas veces repetido por la abuela, solo intervine para interesarme por temas económicos.

—¿Y todo esto cómo se financia?

Tampoco me satisfizo la respuesta. Aunque el *crowdfunding* sonaba bien por el asunto del inglés, lo interpreté un modo más o menos cursi de denominar a los donativos de siempre. El principio del camino recorrido años atrás por los que luego terminaron anotándolos en la «caja B» a cambio de favores. Ratifiqué mi diagnóstico: lo de toda la vida con nueva razón social; Don Limpio y Mister Proper.

Pese a las sensaciones poco favorables, no descarté colaborar. Abatido por la enésima ruptura con Sol y sin terminar de encontrar el sitio, el activismo en cualquier causa socialmente aceptable por mi entorno parecía buena silicona con la que sellar huecos vacíos. Por una vez, la desesperación me conducía a comportarme como todo el mundo.

Ya durante la cena en un vegetariano de la calle Argumosa, Pedro recabó mi opinión.

—¿Cómo lo ves, tío? A mí me ha «encantao».

Más o menos el mismo juicio emitió Amparo. Una profesora de universidad inteligente, feminista y desilusionada de Izquierda Unida que bajo su careta de borde vocacional, ocultaba la inconfundible huella que distingue a las buenas personas.

—Yo no lo veo —respondí—. No creo en nada que surja de las urnas. Como en el viejo lema libertario: «Si votar sirviera para algo, no nos dejarían hacerlo».

»Tampoco observo mucho futuro al movimiento. Cuatro votos mal contados en las europeas. Al tiempo. Para limpiar las calles de continuas protestas, el poder ya ha escogido a Podemos.

—No soy tan «cospiranoica» —contestó Amparo—. Lo observo un proceso natural. Salir de las plazas para defender el mismo mensaje en las instituciones.

—A mí lo utópico me parece pensar en un cambio desde ellas. En que por

solo modificar los nombres y los hombres, también las mujeres, no se repetirán los mismos errores. Ni Blesa, ni Rato, ni Rajoy, ni Bárcenas, ni Camps, ni Acebes, ni Matas, ni Granados, ni Fabra, ni Costa, ni Mato, ni Muguruza, ni González —el del ático—, ni Arias Cañete, ni Hidalgo, ni Massot, ni Mir, ni Castedo, ni Cartagena, ni Canellas, ni Naseiro, ni Barberá... salieron de casa con vocación de maleantes. Todos llegaron a la vida pública para resolver los problemas colectivos. Fue eso que llamamos sistema, la más perfecta máquina de contaminar, la que los condujo al delito; a priorizar sus intereses por encima de los comunes. No podemos atribuir a la casualidad que, con independencia de ideologías, casi todo el que se aproxime a las alturas salga tan pringado de lodo como repleto de inmuebles y participaciones en fondos de inversión.

—No todos —opuso la profesora—. Te podría poner mil ejemplos de tíos y tías que se dejaron los cuernos en el empeño y salieron tal cual entraron.

—He dicho casi todos, Ampa. Cualquier generalización se vuelve injusta. El mismo Zapatero, tan denostado hasta por los fieles, no me parece mala gente. Le tocó el papel de malo y lo interpretó con la mayor dignidad posible. Debe ser jodido que te elijan para quitar primero de en medio a Bono y luego para explicar a la peña que aquello del Estado de bienestar era solo una ficción liberal con la que detener la amenaza del comunismo.

»Me linchan si confieso esto en público, pero el leonés me parece un hombre honesto que casi enfermó por actuar contra sus principios. Quién le mandaría meterse en política.

—Me pica la curiosidad —intervino Pedro, cambiando el sentido de la conversación— por eso de que el poder ya ha escogido a Podemos. Lo dices tan categórico que casi estoy por creerte.

—Pedro, tío, qué no hemos nacido ayer. Fueron Intereconomía, Antena 3, su filial La Sexta y otros medios afines al Gobierno, quienes volvieron celebridad al de la coleta. Cada cual es libre de engañarse como prefiera, pero cuando en *El gato al agua* seleccionan a alguien como «contertulio rojo», una de dos: o le consideran bobo, que no es el caso, o tienen algún interés en lanzarlo al estrellato. Para otorgar ficticia pluralidad a un espacio tan sectario, disponían de muchos otros aspirantes.

»De todos los seres de valía que pululaban en el entorno del 15 ¿a quién eligieron? Pues a un troskista con ideas decimonónicas imposibles de asumir por una mayoría social. Un domesticador de talibanes. Un portador de los principios que condujeron los estados a la ruina en el segundo tercio del siglo

pasado y que sirvieron de excusa científica al renacer del neoliberalismo. No iban a correr el riesgo de que de verdad ganase unas elecciones.

»La vieja trampa de siempre: convencer a las masas de que su vida puede cambiar sin que nada cambie con solo depositar cómodamente un voto y constituirse en fanático de telepredicadores. Mientras, continúan con sus supermercados, sus bolsas de plástico, sus televisiones, sus móviles de marca, sus adosados con césped, usando el coche para aproximarse al cuarto de baño, consumiendo en segundos lo que la naturaleza tarda milenios en construir.

»En el fondo todo es mucho más sencillo. Una ministra, o alguien gordo del PP, dijo aquello de «si no les gusta el Gobierno, que se presenten a las elecciones». Podemos y la peña del X obedecieron. Yo lo veo así de simple.

—Entonces, ¿no existe alternativa?, ¿no aprecias solución? —interpeló Amparo—. Me niego a renunciar. Igual me engaño, pero prefiero creer en alguna.

—No observo solución a corto plazo —respondí—. Al menos mientras a problemas del siglo XXI, ofrezcamos respuestas del XIX. Huelgas, manifestaciones y votos, los interpreto herramientas del pasado. Hoy, la minoría dominante no precisa para enriquecerse de nuestro trabajo, de nuestra complicidad social o de nuestro apoyo político. Tan solo de nuestro consumo. Y es por ahí el único reducto por el que aún cabe la defensa. La revolución que nunca llega ni llegará no se hace ahora con barricadas o fusiles, sino absteniéndonos de consumir por encima de lo necesario. Lo demás es puro espectáculo, una coreografía con la que acomodarnos a la condición de esclavos. Golpear dónde duele que diría Kaczynski; no donde el adversario desea nuestros golpes.

La reconciliación, una más, llegó justo a tiempo de acompañarla al hospital. Aunque los dos nos manteníamos firmes en nuestras posiciones, fui incapaz de renunciar a la iniciativa en el acercamiento. Como tantas veces antes, bastó que levantase el veto informático para que yo envistiera gustoso al estímulo. No fue un gesto de amor, de contrición o de lealtad, sino el resultado esperable de una dependencia. Como el adicto incapaz de prescindir de la sustancia que lo esclaviza aun a sabiendas de que le costará la vida.

Bajo la mutua promesa de asistir juntos a una terapia de pareja que

resolviese al fin nuestros desencuentros, decidimos regresar a la carretera. Ninguno la entendimos como una determinación libre. La reconocíamos consecuencia de esa irresistible atracción sexual que surgía en cuanto entrábamos en contacto. Apreciaba cada vez más débil mi postura, pero me sentía incapaz de alejarme de Sol. Mantenía la esperanza —quizá la resignación— de que el sentimiento se mostrase recíproco.

La mañana de la rinoplastia llegamos pronto y casi en silencio hasta la clínica. Un centro hospitalario, ni grande ni pequeño para una gran urbe, en la misma frontera entre Chamberí y Ciudad Universitaria. Ella por el miedo a lo que se avecinaba. Yo por mis discrepancias con una intervención que concebía estéril. Era su voluntad y la apoyaba, pero nadie podía exigirme el entusiasmo.

Nos recibió una asistente repleta de esa cordialidad que huele a falsa. «Amables previo pago, somos todos», pensé nada más contemplarla. Ratifiqué mi criterio con solo saludar al primer espada. Un cretino integral del barrio de Salamanca encantado de reconocerse un genio de la cirugía plástica.

—Me llevo al bombón. Te la devuelvo en un par de horas mucho más bonita.

Me sorprendió que Sol, tan suya y tan radical en la causa de la igualdad de género, permitiese un trato tan sexista. Mejor obviar las consecuencias de esa misma frase si hubiera salido de mi boca. Se me escapó un «imbécil» que, por fortuna, solo la auxiliar acertó a oír.

—No te preocupes. Es normal. Los nervios.

«Sí, exactamente —pensé—. Los nervios que me desatan determinado tipo de personas.»

Tras cuatro horas de espera, entre quirófano y reanimación, la reintegraron a planta aún bajo los efectos de la anestesia. Pese a las vendas que cubrían buena parte de su rostro, se apreciaba ya un enorme hematoma que se extendía hasta más allá de las mejillas. Sol, incluso dormida y tras recibir por vía intravenosa una primera carga de sedantes, se quejaba de las contusiones.

Al final de la mañana, apareció el artista para interesarse por el posoperatorio. Me molestó que, ante la víctima todavía con el discernimiento a media asta, se dirigiera a mí como si ella me perteneciera y fuera yo el beneficiario de su ciencia.

—La he dejado preciosa. Hemos tocado nariz y corregido en proporción

ojeras y pómulos. También hemos hecho los labios. El superior es completamente nuevo. Te gustará el resultado. Enhorabuena.

—A quien debe agradar es a ella. A mí, la verdad, me resulta un tanto indiferente. Me sirve con que escape de esta sin demasiados contratiempos.

No se precisaba de un máster en psicología aplicada para determinar la falta de química entre nosotros. Quizá por eso abrevió la visita por debajo de lo esperado en una intervención de nueve mil euros de coste.

—Bueno, pareja, os dejo tranquilos. Todo ha salido conforme a lo previsto. Que sepas que tu chica ha sido muy valiente.

Sol despertó tan contenta como dolorida. Solo por la tarde, al contemplar su imagen ante el espejo del baño, tomó conciencia de la dimensión de la cirugía.

—Si lo llego a saber, de qué me meto yo en este lío. El cabrón este me engañó. Me dijo que solo se trataba de un «retoquito».

El posoperatorio tampoco resultó conforme a lo supuesto. Aunque Sol había tomado una semana de vacaciones, tuvo que conseguir una baja fraudulenta de veinte días hasta que los efectos sobre su rostro pudieran disimularse bajo el maquillaje. Trabajar podía, pero no le apetecía hacer pública su intervención a los compañeros. Las primeras noches se volvieron terribles. Debía dormir con la cabeza en vertical, sentada sobre la cama, y respirar de modo permanente por la boca. Las fosas nasales se encontraban obstruidas con gasas. Las curas, además de agobiantes, resultaban muy dolorosas a juzgar por los quejidos que se escapaban.

Al octavo o noveno día, al fin decidió salir a la calle. Pese a que Madrid es Madrid y fuera del barrio nadie te reconoce, prefería acudir a polígonos industriales de la periferia. Allí podía tomar el aire a salvo de miradas indiscretas.

Cuando se sintió más o menos cómoda con su nueva imagen, comenzamos por fin la ansiada terapia, todavía con ciertos signos de la intervención.

Con Sandra simpatiqué desde el principio. Sonaba auténtica su amabilidad. Como buena profesional del gremio, rayaba un poco con tanto buen rollito, pero no llegaba a resultar cargante. Acudimos a su gabinete por recomendación de Lara, la psicóloga que trataba a mi compañera. En el primer contacto fijó los objetivos, expuso los posibles resultados y describió

a grandes rasgos el camino.

A media sesión, Sol comenzó a sangrar por las fosas nasales. La gasa que las protegía debió desprenderse, dejando libre el drenaje.

—¿Tienes un baño, Sandra? Debo taponarme la nariz. Me di un golpe hace unos días en el gimnasio y aún no estoy del todo recuperada. A veces se reproduce una pequeña hemorragia.

A la salida se mostró explícitamente molesta:

—Me admira la habilidad que posees para retorcer los hechos de modo que sirvan a tus intereses. Eres un maestro en el arte de transformar la verdad en mentira sin que nadie pueda acusarte.

»Me has presentado —continuó tras una breve pausa— como una celosa compulsiva y como una mema incapaz de asumir la menor frustración. Espero que Sandra sepa desenmascararte o arruinarás su trabajo.

—Cálmate, Sol. No sea que al enojarte, la chica que nunca miente vuelva a sangrar por «ese golpe que se dio en el gimnasio hace unos días».

—¡Qué rastrero! A esta tía no le importa si yo me he operado o no la nariz. Eso no es mentir, sino preservar mi intimidad. Estoy en mi derecho.

Si algún convencimiento obtuve de nuestro debut en la terapia, fue que ambos acudimos con idéntica expectativa: la de que la profesional descubriera en el otro algún trastorno severo que nos concediera la razón. Mal principio para quizá nuestra última esperanza.

Aprovechando una climatología benigna para la época, a solicitud de Sol nos sentamos en una terraza a intentar superar con un té las emociones de la segunda sesión. Quedó en silencio, bajo ese gesto entre insolente y atemorizado que amenazaba tormenta al menor viento.

—Disculpa. He salido muy tocada.

Me hubiera apetecido interrogarla sobre el motivo por el que cambió la versión hasta entonces ofrecida de su ruptura con Manu, pero estimé inoportuno el momento. Fue ella quien se anticipó, como si adivinara mis deseos, iniciando así un tenso diálogo.

—Cuando a él le detectaron el tumor, nos hallábamos en pleno periodo de reconciliación. No salíamos, ni apenas nos veíamos, pero intercambiábamos frecuentes mensajes y nos consultábamos todo lo importante. No hace falta vivir juntos para sentirse pareja.

—No es eso lo que hasta ahora me habías transmitido o, al menos, difiere

de lo que interpreté. Tampoco tu idea de una relación es la que recoges en la última frase. ¿No habíamos quedado en que resultaba obligatorio compartir hogar?

—Mira, Charly, no voy a consentir que vuelvas a manipularme; que desvíes la atención sobre lo accesorio para eludir lo sustancial. Me ha entristecido comprobar tu actitud hacia mí: pasiva, racional, como si te resultara indiferente que estuviera o no en tu vida. La mía, por contraste, manifiesta una súplica: la de que me prestes un poco de atención. Así es como me haces sentir de modo permanente. Y no sabes el daño que me causas.

—Quede claro que yo soy el manipulador, pero tú quien decides lo que debemos calificar de superfluo o de esencial y también tú quien interpretas el sentido de nuestra terapia. Te recuerdo que el ejercicio, según las instrucciones de Sandra, consistía en intentar comprender la posición del otro y en reflexionar sobre lo que podemos modificar en la propia para que se encuentre más cómodo; no a la inversa.

—Eso es justo lo que hago. Otra cosa es que a ti no te agrade la conclusión e intentes invertir los resultados.

Tras rescatar el coche del aparcamiento, nos dirigimos hacia mi casa. Allí habíamos quedado con Dori, una vocalista de rock con la que tiempo atrás mantuve una relación un tanto peculiar. Mitad colegas, mitad amantes, justo hasta que Sol apareció en mi vida para convertir en historia el segundo de los términos. No comprendía muy bien las razones por las que mostraba tanto interés en conocerla. Espantar fantasmas, demostrarme su confianza o igual cerciorarse de que, al margen del excelente trato personal, había huido entre nosotros cualquier tentación de retomar viejos tiempos.

—La verdad es que estoy un poco nerviosilla. Me ilusiona un montón, pero a fin de cuentas es tu antigua follamiga y da un poco de cosa.

—Si te sientes incómoda, no sé a qué tanta insistencia. Fuiste tú quien repetidamente me pediste que te la presentara.

—Hombre, ella forma parte de ti. Y a mí, todo lo tuyo me interesa.

»No te preocupes, estoy bien. Solo un poco removida por la terapia. No sé si habremos elegido el mejor día.

Conocí a Dori tras un concierto en la Riviera. Las dos horas más inspiradas

de su carrera musical. Nuevo disco de éxito, gira de masas y la madurez que la aproximaba tanto al público adulto como a quienes ya se despedían de la adolescencia. Por entonces, año 2000 —más o menos—, yo aún colaboraba con varias publicaciones musicales y resultaba frecuente el trato personal con los artistas. Nos presentó una amistad común que me incitó a esperarla a puerta de camerino.

—Este es Charly. No sé si os conocéis. Escribe en Onda Corta Rock. Es un poco el gurú de la revista, así que te interesa tenerlo por amigo.

La cantante, aunque cordial y visiblemente contenta por el éxito del espectáculo, mostraba cierto enfado por cuestiones de infraestructura. Pese a tratarse de un gran escenario, un problema de fontanería le impidió ducharse tras la actuación.

—Disculpa mi aspecto. Por lo visto se ha jodido el calentador y siempre fui incapaz de mojarme en agua fría. Mierda de sala.

»Me voy a casa echando hostias. No soporto verme así de sucia. Ponme bien en tu columna, anda. Cuando empiezas todo son piropos, pero a partir del tercer álbum comienzan a llover los palos en especial si medio salen las cosas. Los vicios de este bendito trozo de tierra. Ya sabes, aquí lo último que se respeta es el éxito cuando llega precedido de trabajo. Ya hablamos otro día.

—Tranquila, chica, que esto no lo contaré en la prensa —bromeé—. Tampoco te preocupes por tu presencia, pese a las circunstancias, yo no la calificaría precisamente como desagradable.

—Gracias por el intento, tío. Pero me encuentro muy incómoda. ¡Qué huelo a choto, coño!

Sonreí y contesté con una de esas frases de las que te arrepientes casi a la vez que las pronuncias.

—¿A cuál de los dos te refieres? Son aromas bien diferentes.

Intenté excusarme de inmediato, pero ella ni siquiera me lo permitió.

—¡Joder cómo anda la crítica! —Respondió entre risas—. Espero que la pregunta no forme parte de una entrevista. Hostia, tú. Después de dos horas berreando, no anda una para estas historias.

Intercambiamos contactos y nos despedimos sin más. No volví a recibir noticias hasta transcurridos unos días. A través de un SMS, todavía de

general uso en aquella fecha, agradeció el contenido de mi crónica.

Hola, Charly, cómo estás? Muchas gracias por esa crítica. Con lo desagradable que me mostré contigo, no la esperaba tan benévola. Creo que te debo unas cañas. Si te hace, les ponemos fecha. Besos.

Con Dori descubrí las incomodidades de la fama. Qué fatiga sentirte observado mientras charlas, paseas o disfrutas de una velada con ciertas aspiraciones de intimidad. Aunque evitábamos los habituales ambientes de los del gremio, el anonimato se adivinaba utópico.

—¡En qué hora me pondría estos tatuajes! En su momento molaban de la hostia, ahora se han convertido en un suplicio. Son los culpables de que la gente me reconozca. Salvo algún capullo o los chavales, la mayoría no dicen nada, pero incomoda saberte el centro de su atención.

Dori guardaba poca similitud con el personaje que representaba sobre las tablas. Sin el disfraz de rockera y con unos exquisitos modales de chica instruida de clase media, solo la delataban los exagerados dibujos esculpidos en sus brazos. Una mujer culta, muy flaca, de conversación agradable, apasionada de la literatura y con un puntito de sensual sosería. Sin responder para nada al canon de belleza de la época, resultaba elegantemente atractiva.

Inducidos por la comodidad de la charla, las cañas se convirtieron en tapas, las tapas en cena temprana y la cena en unas copas que no fueron tales, ya que ambos, más allá de unas humildes cervezas, descartábamos el alcohol como parte de la dieta. Al borde de la medianoche, me ofrecí a transportarla hasta su domicilio.

—No imaginaba que vivieras en esa zona. No te pega. A una estrella del rock la supone uno en la periferia o en un barrio habitado por gente de barrio.

—Pues ya ves. Siento decepcionarte pero somos casi vecinos.

—Si quieres, te llevo. Me pilla de paso.

—Me harías un favor, la verdad. Vine en metro y, a estas horas, no apetece volver en el mismo medio o con algún taxista que me obligue a tragarme una emisión deportiva.

Durante el trayecto, conduje inusualmente lento. Algo en mi interior solicitaba alargar tan gratos instantes. Al alcanzar su portal, me eché a un lado sin estacionar y bajé del vehículo para despedirla. Tras un intercambio de cumplidos sobre lo satisfactorio del encuentro, no hallábamos el modo de cerrar el día. Fue Dori quien, en un tono

ruborizado que contrastaba con la intención última de sus palabras, se atrevió a derribar la frontera que nos dividía:

—Estoy pensando que, si te apetece, podrías aparcar y subir a casa. Según el manual de las primeras citas, lo suyo sería que te invitara a una copa; pero como ninguno bebemos, igual es el momento para que salgas de dudas en cuestión de aromas. Perdona si parezco muy osada, te juro que me da un corte de la hostia. Aunque por mi curro supondrás lo contrario, tengo poca práctica en estas cosas.

Lo de «subir a casa» lo comprendí a la primera. Ni siquiera yo me consideraba tan idiota. Pero necesité escuchar la cerradura de seguridad que abría su puerta para recordar los antecedentes últimos de la propuesta: aquella charla sobre chotos y coños a pie de camerino en el garito de la calle Virgen del Puerto. Nunca sospeché que un exceso verbal pudiera volverse tan placentero.

Casi desde ese primer encuentro, pactamos las reglas de una aventura que nunca lo fue del todo: con la pasión de los amantes, nos guardaríamos la fidelidad de una pareja. Y todo, bajo la complicidad imprescindible entre «colegas». En esas estrictas condiciones, decidimos mantenerlo reservado. El general conocimiento de una relación estable podía perjudicar su carrera. Al menos, así lo estimaba su agente. Yo tampoco me veía en el fotocolor de un estreno o en las páginas de la prensa rosa. Cada cual en su casa, salvo los muchos ratos compartidos, en un compromiso sin compromiso hasta donde el destino quisiera conducirnos. Ese fue el trato con el que durante años nos reímos del mundo desde la clandestinidad.

Todo se enturbió al conocer a Sol. Ni yo podía jugarla, ni ellas merecían convertirse en víctimas de una partida múltiple. Me costó reunir el valor necesario para expresar a Dori que ejercía la cláusula de rescisión de la que tantas veces habíamos hablado: tan pronto como uno de nosotros no se sintiera cómodo, cada cual a su vida sin nada que reprocharnos. Hasta en eso cumplimos el pacto. Incluso en el mantener una íntima amistad por encima de la circunstancia de compartir o no los desahogos de la pasión. Ella fue, sin duda, mi forma más sensata de ejercer el amor.

Parecía más serena al llegar a casa. Se sirvió un té y se sentó

tranquilamente a esperar la llegada de Dori hasta que el desagradable sonido del timbre me condujo a la puerta.

—Hola, *amore*, ¿qué tal andas? Siento retrasarme. De eso tú no te extrañas. Tampoco tendrías ninguna legitimidad.

—Pasa, guapa. Ponte cómoda. Sol está en la sala. Como te dije, le hacía ilusión conocerte. Gracias por aceptar.

—Menudo chasco se va a llevar la pobre. Dejo esto en el frigo si no te importa. Es licor de moras sin alcohol por si luego apetece.

—Seguro que está buenísimo, pero no sé hasta que punto puede llamarse a eso licor.

No me sorprendió la ausencia de mi compañera en un primer momento. La supuse en el baño, fruto de la tensión, o corrigiendo algún detalle en el maquillaje. Hasta con las mujeres, o de modo especial con ellas, solía esmerarse con su imagen. Comencé a incomodarme al cabo de más o menos un cuarto de hora. Por no perturbar a la invitada, continué la charla ignorando su desaparición. Fue Dori quien manifestó primero su extrañeza tras otro buen rato de espera.

—Oye, ¿no decías qué estaba aquí tu chica?

—Te juro que sí, aún no he fumado nada capaz de producir alucinaciones —bromeé en un torpe intento de normalizar la escena—. Estará en el lavabo o algo así.

—Me pareció oír sus pasos cuando llegué. Mira a ver si no se encuentra chungu. Por mi no te cortes ni me hagas la visita. Hay confianza, tío. Si no está bien, lo dejamos para otro día. Con algo de suerte quedan muchos.

Recorrí el ático sin hallarla y sin que ella respondiera a mis requerimientos. La casa no podía en justicia llamarse pequeña. Por su casi diáfana distribución, tampoco escondía demasiadas alternativas: mi dormitorio —con su baño—, el de invitados que solía emplear a modo de despacho, el aseo común, la cocina, la terraza y el salón. No más. Todo amueblado con ese toque minimalista que mi padre solía definir como decoración de orfanato en ruinas.

Avergonzado, muy avergonzado, tuve que reconocer a Dori que era incapaz de encontrar a Sol. De modo estéril, intenté excusarme y excusarla.

—Déjalo, Charly. No te esfuerces. Casi mejor no digas nada. Es preferible que me vaya. Hablamos, guapo. No te preocupes.

Tras su marcha, reemprendí las pesquisas. Repetí el recorrido en el mismo orden, esta vez mirando en lugares antes vetados por el miedo a ser

descubierto por la visita. No iba a rastrear en su presencia rincones inverosímiles. La hallé al fin en el interior del empotrado de la habitación principal. Oculta tras mis trajes, nerviosa, aterrada y con esa inconfundible expresión que anunciaba la cercanía de uno de sus bloqueos.

—¿Qué haces ahí dentro? Tú no estás bien, tía. Llevas meses repitiéndome que quieres conocer a Dori, eliges el momento y cuando llega te escondes en un armario como amante sorprendida en cama ajena por el regreso inesperado de la esposa. ¿De qué va esto? ¿De qué va?

—Sácame de aquí. Llévame a casa.

Durante el corto viaje no volvió a pronunciar palabra. Pese a lo delirante de la escena y la presencia de una testigo, volví a perder la batalla. No pude evitar un cierto sentimiento de culpa mientras velaba la noche íntegra tendido sobre el colchón. El hecho de que el silencio fuera la única respuesta a mis mensajes solo contribuía a aumentar el desasosiego.

La tarde siguiente, acudí de nuevo a visitarla. Pese a su negativa inicial, terminó por autorizarme a subir a su apartamento. Ya con más paz, abordamos el incidente. Lo resumió en unas pocas frases que en mi oído sonaron lapidarias.

—¡Cómo puedes tener tanta cara! ¡Cómo puedes reprochar mi conducta si de tu lenguaje corporal se deducía claramente la tensión que te dominaba! Te abochornabas de mí y preferías que desapareciera para hacer con esa tía lo que te diera la gana. Deberías haberte visto. Solo falta que, encima, hagas caer sobre mi la responsabilidad. No tienes ningún derecho a humillarme de ese modo como condena al delito de quererte.

—Descuida. Te garantizo que algo así no volverá a suceder entre nosotros.

—Eso es, como siempre, ahora amenazas con irte. ¡Vete! Abandona de nuevo. Es lo que llevas provocando desde ayer.

Entre la indignación y la incredulidad, me despedí con unas letras más o menos literales de Borges:

—«Siempre, es una palabra que no está permitida a los hombres».

»Cielo, de verdad, búscate un buen psiquiatra. Dos psicólogas no parecen suficientes.

De regreso al hogar, otra vez la ceremonia de la destrucción. Acababa de dejarla y ya prendía en mí el deseo de regresar junto a ella. En nada ayudó que por mi mente cruzara la comparación con Dori. En un primer momento, sentí nostalgia de la rockera. A su lado, resultaría impensable semejante melodrama. Pero no pude evitar sentirme un homicida al compararlas. Sol, de

nuevo, había triunfado en la disputa.

VII. Las cosas que no nos dijimos ¹⁸

*El futuro es un lujo que no podemos permitirnos.
(Marc Levy).*

En mala hora acepté la invitación de una revista digital para publicar una serie de artículos sobre la farsa de la nueva política. En un medio de tendencia claramente anarquista, a nadie extrañó que calificara a Ciudadanos como «un Partido Popular pasado por la tintorería». Observaba su estrategia como la más inteligente a medio plazo. Quizá también la más honesta: a nadie engañaban al declarar sus intenciones últimas. Pero se percibía en el texto la insalvable distancia ideológica que nos separaba. Aunque por años igual hasta correspondía, no me iba a volver a estas alturas de derechas.

Al contrario que a una buena parte de mis cercanos, de Rivera, el líder natural de la llamada formación naranja, me molestaba más su hoy que su ayer. Podía hasta disculpar una juventud infectada de fiebres fascistoides; nunca que alcanzara la madurez bajo profundas convicciones liberal-democráticas. A determinadas edades, lo primero es enfermedad —con frecuencia hereditaria—, el natural fruto de la ignorancia que se cura fácil con cuatro lecturas y algo de voluntad por parte del paciente. La típica patología infantil que, como el sarampión o las paperas, solo se vuelve peligrosa cuando se contrae en la etapa adulta. Lo otro, sin

embargo, lo consideraba terminal. Únicamente sobre un irremediable daño neurológico, se sostiene la fe en la dictadura de las masas.

Pese a mi visión del incipiente partido y de quienes lo dirigían, no obtuve respuestas demasiado agrias. Poco más que los típicos «rojo de mierda», comunista o ácrata. O alguno que pretendía enviarme a Cuba, Corea del Norte o Venezuela, bajo la sospecha de que caminaban por esa orilla mis inclinaciones políticas. ¡Vaya vista!

Más herido concluí tras escribir sobre Podemos. Fue declarar mis dudas hacia la mercantil constituida por Pablo Iglesias con forma societaria de cooperativa y comenzar a padecer la furia verbal de una legión de afines a la causa. Auténticos fundamentalistas virtuales que en Twitter, Facebook, Messenger, Telegram, Whatsapp y hasta a través del correo electrónico,

descargaban sobre mí la ira de los fanáticos. Lo disculpé, en unos casos, por la humana necesidad de creer en algo. El mismo principio que sustenta las religiones. En otros, parecía la simple consecuencia de mezclar en un solo frasco tres medidas de totalitarismo con dos de estupidez.

Recibí de todo menos aplausos. De insultos a amenazas, mezclados con algún argumentario lógico desde la crítica razonada que agradecí. Durante algunos días tuve que suspender el perfil en determinadas redes y limitar el acceso a los desconocidos ante la virulencia de las represalias. Por más que releía el artículo, no hallaba elementos que justificaran tan desproporcionadas reacciones.

¿PODEMOS?

(Por Carlos Fernández Levi)

Hace años que comprendí la diferencia entre viajar y hacer turismo. El turista es un consumidor nato, un agobiado vocacional que mide la calidad de sus vacaciones en proporción directa a la lejanía del destino o al número de museos, de playas y de cumbres visitadas. Le gustan los hoteles de techos despejados, los restaurantes con sobredosis de cubertería y ese llevar todo resuelto desde casa tan representativo del espíritu burgués. Alivia la pesadez del largo trayecto con algún absurdo pierdetiempos para tablet, de esos que simplifican la mente lo bastante como para terminar votando con pleno convencimiento al PPSOEIU. Más que gozar de lo vivido, regresa con la herida abierta de aquello que «nos dejamos sin ver».

El viajero huye de las prisas. Ni siquiera necesita llegar. Es consciente que la ausencia de un destino definido, de una finalidad escrita de antemano, regala sustancia a su aventura. No visita. Vive. Se integra. Participa del entorno sin limitarse a observarlo. Odia los tour organizados, los guías. Come donde dé la hora y duerme con quien, en el buen o en el mejor sentido del término, se ofrezca a compartir cama. El teléfono dimite de su carácter propagandístico para transformarse en un puro recurso de seguridad.

Desconozco si Pablo Iglesias tiene más de turista o de viajero. Su apuesta —mitad valiente, mitad ególatra— se me antoja ante todo equivocada. El manifiesto «Podemos» no aporta nada nuevo. Buscar en la vía electoral la

solución a estos tiempos locos, no aporta nada nuevo. Hacer un llamamiento a la unidad creando otro grupo distinto, no aporta nada nuevo. Aspirar a convertir en leyes su personal interpretación del mandato de las plazas, no aporta nada nuevo. La dictadura de lo económico sumerge en el anonimato a la ecología, al antiespecismo, al necesario freno a los modos de vida consumista, incluso a la justa reivindicación de género que es mucho más que el derecho sobre el propio cuerpo. Habla de horizontalidad y de movimiento participativo, pero, hasta donde se ve, aparenta un personalismo preocupante. El mensaje es idéntico al que se estrelló anteriormente en otras manos. Desconozco si el movimiento realizado servirá para llevar la indignación al Congreso o para frenar la incipiente respuesta ciudadana, ahora que el «efecto Gamonal» podría extenderse por todo el Estado.

Las elecciones no se ganan con el voto de los afines, sino con el de los neutrales. Y para estos, el de la Tuerka no es más que un telepredicador de izquierdas. Otro que se ha cansado de trabajar y ha aterrizado en política con la intención de resolverse la vida y conquistar su momento de gloria personal. Algo así como la versión roja de Margüenda.

En este tiempo absurdo, abundan turistas y faltan viajeros. Sobran dietas, resorts, tour de agencia, resultados previsibles y mensajes de Twitter o de Whatsapp, difundiendo los logros propios y los deméritos ajenos. Vivimos en permanente escasez de talento. Con la euforia desatada entre los próximos por la llegada del esperado Mesías, cobran todo su sentido esos versos del gran Jesús Lizano. Un genio proscrito por enemigos declarados y por amigos que nunca lo fueron del todo: «El capitán no es el capitán, el capitán es el mar».

En Gamonal, el oleaje condujo a las tropas. En Podemos, observo demasiados aspirantes a oficiales sobre el puente de mando. Ojalá me equivoque.

Para mi sorpresa, fueron los libertarios virtuales quienes se mostraron más exaltados. No regateaban ofensas en su afán de convencerme que lo verdaderamente ácrata consistía en participar con entusiasmo del espectáculo liberal. Nada nuevo, ni nada extraño, en quienes pretendían convertir el anarquismo en marca y que incluso publicaban artículos o libros enteros en defensa de sentimientos nacionales con el único requisito de que su ámbito geográfico fuera más reducido que el estatal. Como si la inexistente legitimidad de una frontera se considerase dependiente de la amplitud del

territorio que esclaviza. Todo un halago recibir de semejantes personajes el frecuente calificativo de traidor. De Mer, heredé la concepción de la existencia como constante cambio; el convencimiento en tildar de idiotas a quienes permanecen inalterables ante el movimiento del reloj. Para que sirvió la vida del que piensa, siente y actúa igual a los veinticuatro que a los cincuenta. No se conoce mayor felonía que la de apostatar del presente por fidelidad al pasado.

Otra opinión me provocaba el sentido de determinadas evoluciones. Ya es casualidad que, para algunos, el progreso suponga siempre alistarse a modas emparentadas con el éxito inmediato. Sin medios tonos capaces de enriquecer la fotografía: o eran muy necios o muy interesados.

Peores resultaron las secuelas de volver a escribir cuando se destapó el primer gran escándalo de la nueva izquierda. Según la prensa, aun antes de alcanzar ningún tipo de responsabilidad pública, uno de sus dirigentes constituyó un torpe entramado societario para blanquear los dineros recibidos del exterior. Cualquier observador mínimamente despierto comprendía que el célebre *crowdfunding* del que la organización tanto se vanagloriaba, se intuía insuficiente para financiar los gastos de un partido con aspiraciones de gobierno. También que quien se inscribe en un juego debe aceptar en su integridad todas las reglas. Y, en el código de la partitocracia, tanto la costumbre como la jurisprudencia parecían conceder valor normativo a la obtención de fondos al amparo de la oscuridad. Pero se mostraba infinitamente ingenuo escoger como medio el estilo Ayuntamiento marbellí de los peores momentos. Del afectado, uno de los mentores de la nueva era, molestaba la ineptitud por encima de la irregularidad. Como el viejo señor X de los GAL en épocas pasadas, tan mal como la comisión de ilícitos, resultaba la torpeza de ser descubierto. Feo está robar un banco, pero si eliges por profesión la del atraco —que podría hasta justificarse desde la ética por la personalidad del asaltado—, al menos que no te pillen y que el botín rentabilice el riesgo asumido.

Al igual que en mi anterior colaboración en el medio, por más que leía, releía y estudiaba el texto, no encontraba la causa de tanto revuelo. Me arrepentía más de cierta tibieza al calificar los hechos que del benévolo juicio sobre el ofendido.

AFFAIRE PESETERO. UN POQUITO DE POR FAVOR

(Por Carlos Fernández Levi)

Quizá por influencia de esa herramienta de manipulación masiva que llamamos televisión, hemos convertido las calles, los cafés y hasta los espacios virtuales que suponíamos libres en un plató de Telecinco. Sobreactuados escenarios en los que gentes de mentira pontifican sin reparo sobre lo que desconocen, en los que el insulto y la manipulación sustituyen a los argumentos, en los que el juicio emitido depende de quién te paga o de las ideas preconcebidas de quien las expresa. Vemos lo que queremos, lo que precisamos para justificarnos ... O para servir a los intereses que nos resultan afines.

El «asunto» Pesetero constituye un ejemplo ilustrativo de cuanto expongo. No he hallado en toda la prensa un solo análisis atinado. La caverna equipara sin rubor una simple metedura de pata con Bárcenas, Mata y otros delincuentes habituales. O convierte en falta trabajar para Venezuela como si cada cual no fuera libre de elegir a su patrón. Miserables las alusiones a su carácter o al estado de cabreo permanente que presuponen sin justificación alguna. ¿Cenan con él todas las noches? De paso descalifican un proyecto político en su conjunto por el error de uno de sus líderes. Inaceptable ejercicio de indecencia. ¿Por qué no aplican la misma fórmula a lo suyos? ¿Dónde se encontrarían cualquiera de las formaciones políticas al uso, sindicatos «oficiales» y demás entes parasitarios si les aplicaran semejante rigor?

No menos dogmáticos se muestran los afines. La respuesta de la portavoz oficial del «movimiento», de Arniches: «¿Es delito tener una empresa?». Mujer, tener una empresa no. Pagar de modo intencional menos impuestos de los que corresponden, podría serlo en el supuesto de superar determinada cuantía (120.000 euros, según los artículos 305 a 310 del Código Penal). Una gravísima infracción administrativa, seguro que sí; y una inmoralidad, en cualquier caso. Máxime en quien se lanzó al estadio de lo político presumiendo de ética; máxime en quien de modo reiterado propone como solución frente a la desvergüenza neoliberal la decidida lucha contra los defraudadores.

Tampoco sirve el argumento de que todo es falso y que nace de la pura insidia hacia Podemos. Se me vienen a la memoria frases como «es un

ataque a Catalunya» (Pujol - Mas) o «se trata de un acoso al Partido Popular» (Mari Caspa). Las manías persecutorias, además de una perturbación mental, se constituyen en instrumento para redimir en la fe de los devotos lo inaceptable para la lógica de los menos apasionados. Una decepción. Otra. Desde la ingenuidad, suponía exclusivo de «La casta» el vicio de colectivizar los desaciertos particulares. Por lo visto, los hay que se contagian antes de llegar.

Con todo, el argumento más nocivo me parece el de justificar los medios por el fin. Recuerdan a Filesa, Malesa y Time Export. «Lo hizo por una buena causa», «no se enriqueció personalmente», «todo fue destinado a financiar la Chincheta» –el programa de TV que servía de púlpito a sus sermones–. No lo dudo. Pero seamos serios. Lo de que se trata de un acto decente se torna un juicio sesgado. ¿Pensaríamos igual en caso de una maniobra semejante del dueño de Intereconomía o de los patronos de la FAES?

La desobediencia es la respuesta honrada ante una norma amoral. Pero esa excepción no resulta aplicable al interesado. Las reiteradas declaraciones de Pesetero considerando la lucha contra el incumplimiento de las normas fiscales como uno de los pilares de la nueva política, la inhabilita. No hay escapatoria. O la norma no es injusta y ha cometido un acto ilícito o es un mentiroso de marca.

Entrando ya en valoraciones personales, las mías, lo peor es la reacción del profe. Primero por una torpeza que acojona. Los principales argumentos contra su actitud no los aportó la prensa en su detallado aunque inexacto informe, sino el propio interesado en su respuesta. En ella revela un profundo desconocimiento de la legislación económica (impropia de quien factura casi medio millón de euros por el supuesto asesoramiento en la evaluación de una moneda única) y una torpeza infinita en la gestión de los intereses personales. Sus declaraciones a La Sexta tienen más de confesión que de defensa. Como aplique la misma habilidad al administrar lo colectivo, vamos listos.

Segundo, porque no me agradan los empecinados. Por mi feo modo de ganarme la vida, conozco como la lengua a las muelas del juicio toda suerte de miserias humanas. A mis años me asusto poco y de poco. No seré yo quien crucifique a nadie por sus errores. Todos los cometemos. Pero solo me fío de la gente que en esa tesitura los reconoce, se disculpa y asume con dignidad las consecuencias. El resto no me interesan. De la experiencia aprendí que

no merecen la pena.

Termino con una aclaración que debiera resultar innecesaria. Nada más lejos de mis intenciones que atacar a Podemos. Más bien lo contrario. Aunque discrepe de su estrategia, suerte y mucho éxito en su difícil batalla. Si alguien interpreta lo opuesto, ruego me disculpe. Recuerden que para Plutarco «la amistad es animal de compañía, no de rebaño». Y en eso, coincido con el sabio griego.

Tras tan desagradables experiencias, decidí alejarme para siempre de la política. Incluso de la atalaya de simple observador. Qué necesidad de andar recomendando a desconocidos la lectura de un ensayo de Amos Oz –*Contra el fanatismo*– o de consumir los insomnios reflexionando sobre la más acertada frase de Pío Cabanillas Gallas: «Yo ya no sé si soy de los nuestros».

Noche a noche, libro a libro, terminé por coincidir con Borges: «Algún día mereceremos no tener gobiernos». Con la infundada esperanza de conocer tan grato momento, opté por dedicar mi tiempo a cosas serias. A las músicas que escuchaba y a las letras con pretensiones artísticas que de nuevo se asomaban por mi cabeza. Con treinta años de retraso, me decidí a cumplir el mandato de Mer.

Si terrible salió el otoño, horrorosa resultó la segunda mitad del verano. Tras el incidente con Dori, la ruptura parecía definitiva. Para superar el trance y las inevitables consecuencias de tan compleja relación, comencé con Sandra una terapia individual para la que precisaba el permiso de Sol.

—Por mí encantada, no hay problema. Pero debo consultar con ella por si opusiera algún inconveniente. No podría trabajar a la vez a los dos ante el obvio conflicto de intereses.

Fue la psicóloga, ya durante el tratamiento, quien me aconsejó variar la estrategia.

—Si no quieres obtener los mismos resultados, emprende una ruta diferente.

La idea pasaba por no aceptar el juego virtual que Sol repetía tras cada proceso. Si algo aún quedaba por hablar, mejor en persona y frente a frente evitando el intercambio de mensajes en el que parecía hallarse tan cómoda.

Cuando percibí los primeros síntomas —nuevas fotografías de perfil,

llamativos estados de Whatsapp o comentarios en redes sociales inequívocamente relativos a mí—, solicité una entrevista personal.

Aunque se demoró en responder algo más de lo habitual, tampoco puedo afirmar que su contestación me sorprendiera. Como definiendo el decorado de una nueva escena, escogió la mensajería de Facebook por herramienta.

Hola, Charly:

Disculpa por tardar un poco en contestarte, pero quería leer tu correo tranquila y pensar con calma sobre él. Tienes razón, lo nuestro se llegó a viciar de tal modo que dibujamos un círculo sin salida. Yo quería un tipo de relación que sentía no me podías dar, te requería más, tú te agobiabas, te percibía más distante...y así hasta que todo estallaba.

Si no te quisiera como a nadie antes, y probablemente como a nadie después, quizá podría aceptar el disfrute de los momentos mágicos que ocurren entre nosotros cuando todo va bien. Pero el resto del tiempo quedo destrozada y no soy capaz de comer, ni de dormir, ni de trabajar y no puedo permitirme vivir en ese ciclo; es demencial. Te quiero con

locura y me encantaría encontrar la forma de estar presentes en nuestras vidas sin causarnos dolor. No me preguntes cómo hacerlo. No tengo ni idea, pero sí el propósito firme de conseguirlo. Un beso enorme.

Pese a mi ánimo por el cambio de tono, una lectura detenida permitía confirmar los peores presagios. Los elementos habituales en casi idéntica distribución: el amor imposible, la culpa en mi bando, ella como víctima de algún mal fario, respuestas a preguntas no formuladas, ni el menor interés por mi estado, el drama como presidente de la corporación, ausencia absoluta de cualquier vocablo que pudiera parecerse a una disculpa, la posibilidad abierta de un futuro común y el propósito de colocarme en él, inventando un lugar en el que disfrutar de mi compañía sin hacerse daño. El mismo madero con los mismos clavos que conducía al mismo calvario.

En una semana se normalizó el trueque nocturno de mensajes. Ella me narraba sus rutinas diarias y solicitaba reciprocidad en el trato. Incluso nos despedíamos con besos que por escrito calificábamos de apasionados y con «te quiero» más propios de amantes en celo que de quienes acababan de concluir su relación. A mis solicitudes de vernos y tratar de averiguar en qué

lugar nos hallábamos, respondía con sus habituales «sí pero no», «aún no estoy preparada» o incluso cancelando la cita ya prevista justo antes de su inicio. Llegó a imputarme un supuesto *affaire* con Dori tras nuestra ruptura como impedimento para volver a encontrarnos.

Me sentía como un pez atrapado en el cebo al que el pescador permite nadar en libertad hasta que decide recoger el carrete para dominarlo fuera de su hábitat.

Tres meses de ruegos y unas flores variadas, me costó concertar la entrevista en la que aclararnos. Quedamos el sábado previo a la semana en que partía hacia Miami. Unas vacaciones, según ella, proyectadas en su momento con la intención de olvidarme.

Después de unos tensos primeros instantes, me puso al corriente de sus novedades. Otro cambio de empleo, esta vez como asesora en un organismo autonómico destinado a las relaciones internacionales de la Comunidad de Madrid. El típico cargo inútil en el que solo un iluso podía sentirse feliz. Otros amigos, otros ambientes, otros instrumentos para buscar su espacio. Alejada ya de la comisión de feminismo del 15M y de las terapias individuales, encontró en un grupo de *coaching* el mejor modo de equilibrarse. De su narración, imaginaba el «tratamiento» como una especie de cóctel entre las reuniones de alcohólicos anónimos que conocía por las películas y la asamblea general de algún tipo de secta. La convocatoria previo pago de sesiones colectivas a base de ayahuasca o peyote como medio para el descubrimiento del yo oculto, ratificaron mi primera impresión. Sol había caído en manos de una psicóloga sin escrúpulos que halló en la organización de talleres para estafar incautos su modo de supervivencia ante la crisis. La eterna trampa de crear vínculos de grupo fundados en compartir secretos personales. Después, por supuesto a cambio de un módico coste, ofrecía el medio de permanecer integrado en la comunidad: la continua sucesión de nuevos cursos que satisfacían las necesidades creadas en los anteriores. Pese a mi convicción, evité cualquier comentario que pudiera enturbiar el reencuentro.

También se incorporó con entusiasmo a Podemos como integrante del Consejo Ciudadano de la región capitalina.

—Me centraré en todo lo relativo a la mujer —manifestó con orgullo—:

igualdad real, leyes paritarias, maltrato, micromachismos... El proyecto supone llevar al parlamento los ideales que defendimos en las plazas. Hasta las propias elecciones internas se rigen por normas que garantizan la equidad estricta entre géneros. Si el más votado es un tío, el segundo puesto ha de ocuparlo de modo necesario una chica o a la inversa. Por vez primera no me percibo un adorno con el que embellecer la burocracia.

»Pienso dedicarme especialmente a dos asuntos que entiendo prioritarios: las agresiones invisibles y el lenguaje inclusivo. Aunque una mayoría los consideren menores, los identifico muy importantes. Tiene que ser horrible convivir con quien te grita, te controla, te niega la palabra al menor contratiempo y que, tras el escudo de un falso amor, emplea el victimismo como herramienta de dominación para hacerte sentir culpable cuando algo le contraría. Además de precederles, los daños psicológicos dejan casi siempre mayores secuelas que los físicos.

Aunque mi primer impulso fue contestar afirmativamente con un «en efecto, resulta horrible compartir vida con alguien así», de nuevo eludí la respuesta. Podemos me parecía un mecanismo ideado por los de siempre para domesticar las ilusiones revolucionarias nacidas en la primavera de 2011. Coincidiendo en lo sustancial con buena parte de las bases, desconfiaba de su casta directiva. Algo repetido en mi trayectoria con otras organizaciones. Muchas promesas de horizontalidad y abundancia de palabras inspiradas, pero al final el cuarteto que interpretaba la partitura —Iglesias, Monedero, Errejón y Echenique— eran todos varones encantados de haberse conocido y de modales más cercanos a la repetidamente fallida ortodoxia marxista que al fuego purificador de la acampada. Corroboró mi impresión la forma en que anunciaron su bautismo político. En plenas negociaciones con el resto de los promotores de Alternativas desde abajo, Izquierda Anticapitalista, el germen del «núcleo inspirador», abandonaba el proyecto alegando insalvables discrepancias ideológicas justo en el instante en que se aceptaron casi todas sus propuestas. A la semana, ya existía como tal el «partido de la gente». Sobre la nocturnidad y la alevosía carecía de indicios; no dejaron espacio a la duda respecto a la premeditación.

En mi criterio, influían las noticias que me llegaban de la tierra natal. El sur de Castilla siempre lo colonizaron pintorescos personajes venidos desde otros lares, pero por más que intentaban explicármelo, no podía calificar como democrático un ininteligible sistema de sufragio lo bastante confuso como para que el derrotado obtuviera más votos que el triunfador. La sombra

de que este último fuera un recién llegado a la comunidad que se postulaba como obediente ejecutor de los dictados del Secretario General y que al primero lo observaran en Madrid un indeseable obstáculo crítico, oscurecía mi percepción.

Tampoco ayudaba el mecanismo ideado para nivelar el género de los escogidos. Por caprichos de las matemáticas, trasladó hasta el sexto lugar a una buena amiga que quedó tercera en apoyos escrutados. Despertó mi recuerdo de aquella lejana charla con Mutira en la que el *laibon* me transmitió que todo instrumento igualitario, cuando no nace del profundo convencimiento colectivo, termina por convertirse en opresor de los intereses que pretende tutelar.

Descubrí en mi renuncia a rebatir el discurso de Sol dos signos de inquietud. Por un lado, lo obvio: ni siquiera la euforia por volver a encontrarnos aminoraba nuestras distancias. Todo cuanto la entusiasmaba provocaba en mí un desencanto aterrador. Por otro, establecí un paralelismo entre nuestro romance y el entonces imparable crecimiento de la nueva política. Fachadas dulces para interiores amargos, atractivos maquillajes para rostros que resultaban familiares hasta en los más insignificantes rasgos. Ansiedad, angustia, agobio. La tristeza densa por lo que pudo ser y no salió. El literal, profundo y nocivo peso de la decepción.

Concluimos la tarde donde resultaba previsible; sobre el sofá de mi casa, practicando sexo hasta el amanecer. Repetimos el rito los días previos a su partida. Tres palabras como simple excusa para nuevos encuentros íntimos.

Durante la ausencia, en la que no dejamos de mantener contacto por mensajería, destiné buena parte de mis horas a la reflexión. Me atormentaba descubrir las razones por las que conociendo desde el principio el hotel en el que me hospedaba, me sentía incapaz de solicitar la cuenta y buscar alojamiento en un albergue más plácido. Racionalmente convencido de que debía apartarme de ella, ¿por qué dimitía de la decisión en cuanto la tomaba? ¿De dónde esa irresistible tendencia hacia lo complejo que alimentaba la atracción por las personalidades extremas? A lo largo de la vida había coincidido con seres que, llenando las apetencias físicas, intelectuales y hasta de carácter, no presentaban otras dificultades que las propias de la convivencia entre los diferentes. ¿Por qué si a ellas las rechazaba sin

remordimiento, me mostraba incapaz de escapar de Sol? ¿Necesitaba las intensas emociones que solo encontraba en personas en el límite de la cordura? ¿Hasta cuándo permanecería en mi vocacional papel de observador a la espera de que el azar colocase por sí los elementos en su sitio?

Durante tres semanas elaboré las hipótesis más diversas. De salida descarté que la ansiosa búsqueda de Mer me hubiera conducido hasta mi actual compañera. Si bien presentaban similitudes en determinadas reacciones y hasta una cierta equivalencia en algunos rasgos fisonómicos, las consideraba individuos opuestos. Sus evidentes y hasta comunes excentricidades partían sin duda de distintos puertos. En la primera, de las naturales consecuencias de haber nacido genio; en la segunda, de un fallido intento por aparentarlo. Mientras Mer, sabiéndose diferente ansiaba camuflarse entre lo común, en Sol observaba el camino contrario.

Tampoco entendí justificación suficiente la herencia de los mayores. Cierto que desde niño me impusieron la perfección en todo cuanto emprendía y la obligación de repetir al alza su ruta vital, pero en eso, como en casi todo, me volví desobediente y tampoco observaba tanta incidencia. Entre la ambición de mi padre porque superara sus logros profesionales y los miedos de la madre hacia todo lo que remotamente pudiera considerarse sinónimo de la palabra riesgo, intentaron escribir mi futuro. Debía ejercer de fuera de serie estudiando una carrera de ciencias, Medicina, a ser posible; hablar correctamente un par de idiomas; aprobar con buen número oposiciones y consumir la vida aburriéndome en un estable empleo para la Administración. También casarme para toda la vida con mujer ni alta ni baja, ni muy guapa ni muy fea, discreta, con irrenunciable vocación maternal, criar entre ambos «monstrua» y «monstruo» que superasen los logros de sus ascendientes, y consumir los meses de vacaciones al sol de un chalé en alguna playa de Levante.

Tras cada tanda de meditaciones, terminaba sin causa en una antigua charla con Dori. La mujer se reconocía preocupada por lo que ella consideraba un perfeccionismo enfermizo en todo cuanto yo emprendía y un exceso de responsabilidad que me sumía en periódicos episodios de angustia en cuanto los logros no superasen el objetivo propuesto.

—Charly, encanto, mal favor el del colegio. Entre los profes y la familia te medio convencieron de que poseías un intelecto privilegiado. Vives prisionero entre dos sentimientos contradictorios: el terror a que sea cierto y el pánico a que erraran el diagnóstico. No sé qué te da más miedo. En eso no

te comprendo, podrías vivir razonablemente feliz con lo uno o con lo otro, pero permaneces en la secuelas de una interrogante que en realidad carece de importancia. Asumes las cargas de ambas, pero renuncias a sus beneficios.

Cuando al fin regresó, me sorprendió la negativa a que la recibiera en el aeropuerto. Los temores sobre algún cambio de criterio respecto a nosotros se disiparon cuando esa misma noche se instaló en mi casa. Más que visita parecía mudanza: secador de pelo, maleta de maquillaje, útiles de aseo, cosméticos como para una temporada íntegra en Pasarela Cibeles, todo tipo de cremas reafirmantes, albornoz, batín, cepillos de dientes, libros, ordenador, material de gimnasio, algunos utensilios domésticos de los que yo carecía y ropa, mucha ropa, de verano y de invierno.

Hasta Sandra, poco partidaria de mis últimas determinaciones, se sorprendió de lo bien que funcionaba la convivencia en los primeros momentos. Parecía como si, cumplido su deseo de compartir oficialmente techo, cualquier otro problema hubiera desaparecido como gota en desagüe. No se alejaron del todo pequeños conflictos. Su gesto se enrarecía en cuanto yo intentaba escribir o precisaba concluir en casa alguna tarea laboral que quedó incompleta durante la jornada. Nada que recordara los antecedentes, ni nada que trascendiera de un par de noches con gesto feo.

Comencé a agobiarme con las agendas de fin de semana. Habíamos pactado la calma, pero parecía evidente que no entendíamos de igual modo la semántica de tan relajante término. Viernes tarde, supermercado. Sábado por la mañana, levantar lento. Ella dormida, yo despierto y sin otra función que adorar su sueño hasta más allá de las doce. Varias veces me atreví a incorporarme; ante su reacción al sentirse abandonada, decidí dimitir del ensayo. Por la tarde, paseo, cena y algún espectáculo: música, teatro, cuenta cuentos... En el Buho Real o en el Café Libertad 8 nos saludaban hasta los dueños. El domingo repetíamos rito matutino. Después de comer, siesta con sexo, visita a alguna exposición a la que solíamos llegar justo antes del cierre y cine. Todo entre sus quejas por nuestra evidente falta de actividad.

—Cariño, me angustia tanto encierro. No vamos nunca a ningún sitio.

—Por favor, Sol, revisa el calendario. La mayoría de la gente no sale más que al súper o, todo lo más, a tomar algo o a caminar un rato. Nosotros no

hemos parado.

—Ya, pero creía que éramos diferentes. Nada que ver con el resto.

Mi nerviosismo, también una cierta sensación de encarcelamiento, aumentaba de semana en semana. Si deseaba avanzar en el libro, leer un rato o simplemente reflexionar en silencio, debía permanecer hasta tarde en el despacho. En casa estaba vedado salvo indeseable encierro en el cuarto de aseo. Crecía mi certidumbre de que incluso en eso se enamoraba de imposibles: de un escritor que no escribiera, de un profesional de relativo éxito que redujera al mínimo su presencia en el trabajo, de un humano con juicio propio que se limitara a cumplir las instrucciones recibidas de su pareja.

Fue Sandra quien me ratificó la necesidad de marcar con claridad ciertos límites.

—Tienes derecho a sentirte cómodo en casa. A escribir, a leer, a pensar, a mantener tus relaciones sociales, a ser tú en suma. Más allá de los imprescindibles espacios comunes, debes ejercer de dueño de tus horas.

Ausentarse por tiempo indefinido como respuesta a la menor discrepancia, lo estimé la consecuencia inmediata de las directrices de la terapeuta. Cuando las comencé a poner en práctica, cada disputa suponía su fuga del hogar común al que no regresaba hasta el siguiente sábado. Si la controversia se planteaba en domingo, tocaban seis jornadas de soledad. Si se producía en viernes, el castigo se reducía a una única noche. Mis horas transcurrían entre la preocupación por su estado anímico y un cierto desahogo por disponer al fin de mi tiempo. No lograba evitar sentirme culpable por lo uno y por lo otro.

El día sagrado de los judíos se convirtió así en la fiesta de la reconciliación. En cada una de sus tardes, repetíamos el rito. Primero una charla en la que «mi asquerosa racionalidad» dañaba sus finos sentimientos. Después el silencio, acompañado de sentada en el sofá con pose de oveja lista para el sacrificio. Ni ella suavizaba sus formas ni yo dimitía de mi posición. Tras un periodo variable según la gravedad del asunto, la abrazaba como en cumplimiento de una maldición bíblica. El consiguiente sexo se volvía cada vez más extremo, más primario, más animal. Mitad adicción, mitad instrumento para resolver un conflicto sin remedio.

Poco a poco, sus huidas ganaron en frecuencia. También en duración. Como si de repente hubiera dejado de respetar el *sabbat*, pasaba dos o tres semanas fuera de casa sin más comentario que el de evitar el daño causado

por mi conducta. Allí permanecía todo su ajuar. Por una simple suma aritmética de tiempos, costaba creer que aquella continuaba siendo su residencia.

Por azar, por simple azar, descubrí la razón de su negativa a que la recibiera al regreso de Miami.

—Charly, cielo, el linux ese que instalaste en el portátil no abre los archivos. O él o yo somos incapaces de hacer nada diferente a saludar a la pantalla de bienvenida. Mira a ver si puedes resolverlo. Lo necesito para mañana en el curro.

Un simple fallo mío que, habituado al uso del ratón externo, olvidé durante la instalación cargar el controlador del panel táctil. Como prueba de que todo se hallaba en orden, ejecuté uno de los iconos accesibles desde el escritorio. Un inofensivo archivo de texto con nombre numérico y apariencia de contener un registro de errores o algo similar. Aunque mi única idea era comprobar el funcionamiento del equipo, me llamó la atención su contenido. Se trataba de la copia de una conversación de Whatsapp descargada como adjunto a un correo electrónico.

Constaté lo que nunca hubiera creído. Sol había iniciado un noviazgo con otro tipo durante la última de nuestras separaciones. Al parecer, se conocieron en unas clases de baile de las que tampoco me había hecho participe. A juzgar por las últimas frases, las únicas que leí con atención, dejó al chico unos veinte días después de repatriarse. Echando cuentas, había simultaneado las relaciones durante el plazo aproximado de dos meses.

Ni siquiera me molestó el incidente. Nunca adolecí de celos y, además, habíamos roto. Los dos éramos libres de disponer de la vida a nuestro antojo. Tampoco concedí mayor importancia al hecho de que no lo hubiera puesto en mi conocimiento. Cada cual elige lo que desea o no compartir con otros. Solo me irrité al recordar el mensaje en el que ella me reprochaba una imaginaria reconciliación con Dori. Lo busqué en el teléfono y lo releí varias veces con la esperanza de hallar algún elemento que la exculpara.

Charly, eres lo que más quiero en el mundo, pero me consta que has mantenido otra relación y ya no puedo fiarme de ti. Estoy segura que si aceptas retomar el contacto conmigo es porque te ha ido mal con Dori mientras yo me hallaba sufriendo solo centrada en curarme. Si me quisieses tanto como afirmas, no habrías estado con otra persona.

¿Cómo podía gastar tanta falsedad? ¿Con qué derecho me reprochaba unos hechos que nunca existieron cuando era ella quien los disfrutaba? De repente, como muchedumbre en la salida de una maratón, aterrizaron en mi memoria decenas de recuerdos capaces de convertir la anécdota en constante. Al fin comprendí el motivo por el que Sol me desbordaba repetidamente la paciencia: me imputaba su propia conducta justo en la parte que detestaba de sí.

Cuando pregunté abiertamente por lo sucedido, me ofreció una versión descafeinada.

—Bueno, sí. Por algún momento, víctima de la soledad que me provocó tu abandono, me tentó la idea de reconstruir la vida. Pero no llegué a consumarlo; aún estaba enamorada de ti. En pleno duelo, fue un tonto inocente. Menos mal que llegaste a tiempo. Mario resultó un imbécil. Cuando le comuniqué nuestra reconciliación, se enfadó conmigo hasta retirarme el saludo. No te digo más. Tuve que dejar las clases de baile porque le molestaba mi presencia en su mismo grupo. Un tipo machista, carente de toda empatía, incapaz de colocarse en el lugar del otro.

No me atreví a reprocharle que me engañaba. Lejos de enojarme, me sentí poseído por la tristeza. Por el chico, que habría depositado en su incipiente relación esperanzas nunca correspondidas. Por mí. Por nosotros —los dos— pues ahora sí que percibía cercano el fin definitivo. Pero sobre todo por Sol: o resolvía la causa última de ese comportamiento o se hallaba condenada a la infelicidad vitalicia.

Durante la terapia, la encontré severa al narrarle el episodio. Hasta entonces me escuchaba, me aconsejaba y se ofrecía a acompañarme cualquiera que fuese mi decisión. Pero esta vez, percibí en Sandra un tono de inusual contundencia.

—Esto tiene que acabarse, Charly. De uno u otro modo, debe terminar. No comes, no duermes, no descansas. Ni siquiera eres capaz de rendir mínimamente en tu trabajo y pierdes peso de modo constante. Vives prisionero de una ansiedad de consecuencias imprevisibles. No te encabezones en permanecer a bordo de una embarcación acostumbrada a la deriva. Para ella, probablemente sea su forma de navegar. Tú te hundirás en las profundidades del océano y nadie va a acudir hasta allí en tu rescate.

Estoy segura que te adora, pero en ocasiones eso no resulta suficiente. Las mochilas que todos cargamos y que se vuelven más poderosas que nuestra voluntad cuando no somos conscientes de ellas.

»No eres responsable de los actos de tu pareja, pero los incentivas con tu conducta. Para la próxima, simplemente no la abrases y que pase lo que tenga que pasar. Es lo mejor para ambos.

La noche de la definitiva ruptura me volví un bazar de sentimientos contradictorios. El orgullo de saber cumplir casi literalmente las instrucciones de Sandra, la liberación por recuperar el dominio de mi vida y la tristeza, la densa e infinita tristeza en la misma frontera de la desesperación, de saber que la perdía para siempre.

Conocedora de mi personalidad, claramente dominada por síntomas evitativos, la psicóloga simplificó hasta el límite la tarea. Solo tenía que esperar. No hacer nada cuando se reprodujera la escena tantas veces repetida y permitir que todo se colocara en su sitio por pura obediencia a la gravedad. Sentados en el sofá, al igual que en los episodios precedentes, me costó resistirme a ese abrazo reconciliador que ambos deseábamos. Mucho más, renunciar a la contradicción de sus argumentos cuando otra vez achacaba todos los problemas a «esa racionalidad extrema» que según Sol me caracterizaba. Recordé entonces los comentarios al respecto de mi consejera espiritual:

—Charly, en mi opinión de terapeuta, si en algo te excedes es en gobernarte por las emociones. No permitas que te embauquen con argumentos adolescentes. Criticar a un *Homo sapiens* por conducirse mediante la razón es como rechazar a un gato por perseguir ratones o a un águila por alimentarse de conejos.

Pese a ello, casi se me negaban las palabras.

—No voy darte opinión sobre lo que me transmites. Tampoco el juicio que me merece tu compartimiento de las últimas semanas. Ya sabes que me siento incapaz de causarte daño gratuito y tampoco serviría para nada a estas alturas.

»Resulta factible modificar determinados hábitos, conductas concretas que te causen dolor. Pero si, como afirmas, el obstáculo lo encuentras en mi propia esencia, esa sí que no puedo volverla del revés. Nadie se transforma de repente en alguien distinto por su simple voluntad. Las personas se aceptan o se rechazan en *pack*. No se venden por unidades como las cocacolas o las

pepsis, ni se pueden seleccionar de ellas los aspectos que nos agradan dejando en caja lo que no nos convence al ir a pagar. Se toman en conjunto con sus defectos y sus virtudes. Si yo te compenso o no, es una decisión que solo a ti te corresponde y de la que me niego convertirme en cómplice.

—Si no quieres cambiar —contestó entre lágrimas—, no me dejas alternativa.

—Querer no es la palabra. Solo puedo ser quien soy, no quien tú desees. Los humanos todavía no se diseñan con Photoshop según las especificaciones dictadas por el cliente.

Sol fue Sol hasta el final. Lejos de reflexionar sobre la posibilidad de que también se hallaran en ella algunas de las causas de nuestros continuos conflictos, se marchó con el convencimiento de que rompíamos por mi negativa a convertirme en una especie de príncipe azul escapado de algún cuento con el único objetivo de volver realidad sus sueños.

Quizá por ese vicio tan de las desgracias de viajar siempre en compañía, a la mañana siguiente decidí abrir la última carta de Mutira. Aunque la había recibido un par de días antes, entre las obvias razones y que prefería disfrutar con calma de su lectura, hasta entonces la mantuve en el largo listado de asuntos pendientes.

El ya viejo *laibon* masái ejercía como eslabón perdido entre los de mi especie: el único con el que aún mantenía correspondencia postal, el único con el que me escribía en inglés, el único con el que podía comentar abiertamente mis opiniones sobre este mundo contemporáneo que a los dos nos resultaba tan ridículo. También el único superviviente de los que conocieron a Mer en sus mejores brillos.

Intercambiábamos mensajes sin una regla fija. A veces pasaban ocho meses sin noticias, otras nos enviábamos en igual periodo cinco o seis misivas. Hablábamos de nada y de todo. De la actualidad, del pasado, de la muerte, de la vida... Creo que lo escogí como sucedáneo de ese padre con el que nunca terminé por completo de entenderme. Le consultaba mis decisiones, las importantes y las menores; le narraba como me sentía y hasta solicitaba su consejo para afrontar el envejecimiento que mi cuerpo comenzaba a presentar de modo inevitable. A todo me contestaba sin respuesta explícita, con una especie de parábolas siempre ambientadas en la

naturaleza que solo con el tiempo acertaba a comprender por entero. Para él, creo que seguía siendo su joven amigo occidental. Aquel cándido crío que conoció en la sabana y que le cayó en gracia hacía ya más de treinta años. Para mí era el mensajero de Gaia. El único dios, mejor diosa, a la que alguna vez reconocí la condición divina.

Ya en el sobre me extrañó la letra. Al leer su contenido confirmé la fatalidad: Mutira había muerto unas semanas antes y era su hija, una de sus muchas hijas, quien contestaba en su nombre para transmitirme la noticia.

Dada su edad y lo dignamente que había cumplido su ciclo vital, más que tristeza sentí soledad. La soledad inmensa de quien perdía a su mejor amigo. Al único hombre con el poder de recordarle que, en algún momento ya muy lejano, conoció el significado pleno de la palabra feliz. De él aprendí que la distancia no se mide en kilómetros, sino en afectos. Que el amor, además de independiente del género o la especie, consiste más en dar que en recibir. Que uno debe diferenciar

entre lo que piensa y lo que siente y, como los animales salvajes de los que se advertía uno más, actuar siempre conforme al segundo de los parámetros.

Tú y yo, amado amigo, como los rinocerontes o los elefantes, nos hayamos en peligro de extinción. Todos por las mismas causas: el egoísmo humano y la estupidez característica de quienes se consideran superiores.

Me convenció con los años de una peculiar doctrina que denominaba la ética de los animales.

Filosóficamente, el humano es más limitado que las aves, que los peces o que el resto de los mamíferos. De la religión, de la política y hasta de la metafísica, aprendimos a distinguir entre el mal y el bien, ignorantes de que ambos conceptos parten del juicio sesgado de quien los define. Al final se convierten en la más perfecta herramienta de manipulación. En la naturaleza nada es en esencia bueno o malo, sino conforme o no a sus leyes. Y estas, al contrario que en nuestras sociedades, ni son cambiantes ni dependen de prejuicios.

La supuesta inteligencia del hombre es la mayor de nuestras limitaciones.

La razón, incluso la de los individuos mejor dotados, yerra con frecuencia. No observarás un solo fallo en el instinto de un león o de una gacela.

Nos definimos como especie a la hora de elegir a nuestros líderes. Los gorilas, por ejemplo, escogen como jefe al más fuerte, al más capaz de encontrar alimento y de proteger a la manada incluso con su vida. Nosotros, si analizamos la historia universal, seleccionamos al que mejor miente. La capacidad para engañar se configura, entonces, como la cualidad más destacable de nuestro sobrevalorado cerebro.

Mutira, sin saberlo y sin reconocerse nunca como tal, representaba para mí la más completa definición del ecoanarquismo de Bookchin o del decrecentismo de Latouche.

El resultado en cualquier orden que imaginemos es siempre la diferencia entre el haber y el debe. El mismo beneficio se puede alcanzar con pequeños números o con grandes cifras a ambos lados del libro contable. Por definición, todas las doctrinas prefieren siempre elevar los dígitos, alimentando así la fatal entropía. El modo más eficaz de desperdiciar recursos escasos. También el de hacernos más infelices.

El capitalismo a quien tanto criticamos, no es otra cosa que la natural consecuencia del comportamiento humano, incluso del de quienes aspiran a exterminarlo. Por eso no desaparece. Poco importa que sea liberal o de estado. Los dos padecen idénticos vicios. Primero transformemos nuestros hábitos de vida y todo lo demás vendrá por sí. Solo tienes que observar a los más progresistas de nuestras sociedades. Pretenden acabar con el consumo exagerado con un par de coches por familia, dos televisores en cada hogar y un inútil teléfono móvil en el bolsillo de su pantalón.

El mal del capitalismo no se halla en la raíz, sino en el sufijo. Todos los «ismos» terminan por alcanzar iguales defectos. Aciertan en la crítica, pero fracasan en la construcción. Provocan una desigualdad idéntica a la que combaten, pero de signo opuesto. Al final, sus seguidores se transforman en creyentes. En nidos de fanáticos, capaces de cualquier desatino por la ciega obediencia a su fe.

Mutira fue, sin duda, uno de los seres a los que más amé. Con su desaparición, descartaba al único candidato aún posible para el papel vacante de mi sueño obsesivo.

Qué ingenuidad suponer que recogería sus pertenencias sin ruido. La tarde siguiente a la despedida, me escribió en un tono que extrañaba por su sensatez.

Sol_19.12

Hola, Charly. ¿Cómo estás? Si te viene bien, me gustaría pasar mañana a por mis cosas. Por no demorarlo y hacerlo aún más doloroso.

Ante lo inevitable del amargo trámite y su aparente buena disposición a realizarlo con los menores daños posibles, pensé en ausentarme de casa durante el tiempo preciso para que actuara con mayor comodidad. Comencé a dudar de mi inicial criterio al recibir un segundo texto, unas dos horas más tarde:

Sol_21.20

Se me hace un poco desagradable tener que andar buscando por cajoneras y eso. Te agradecería que mirases lo que me tengo que llevar y me lo pusieses junto para hacerlo más sencillo.

Sol_21.21

Muchas gracias.

Un beso enorme.

Tardé en responder. Ni me apetecía comenzar nuevas conversaciones cuyas consecuencias consideraba imprevisibles, ni sabía muy bien cómo interpretar sus propósitos. Por mi falta de experiencia en estos trances, dudaba entre que se tratase del procedimiento acostumbrado y la última manifestación de ese vicio tan suyo de imponer siempre el modo de hacer. Contesté con unas palabras en las que deseaba transmitir un claro contenido: atrás quedaron los tiempos en que vivía pendiente de sus valoraciones. A partir de entonces era yo el que gobernaba mi nave. Ante la insistencia, destapé la ironía para cerrar la charla.

Charly_23.30

Hola de nuevo. Ya te dije que pasaras cuando quisieras. Mejor por la tarde. Rebusca con calma lo que necesites. No soy quien para decirte lo que

es tuyo. Mucho menos lo que tienes que llevarte. Un beso.

PDT: Por si no caíste en la cuenta, a mi también se me hace dolorosamente desagradable andar revolviendo entre cajoneras.

Sol_23.35

Basta con que mires lo que me pertenece y lo coloques. Me vendría muy bien, la verdad.

Charly_23.36

Si quieres, después lo llevo a tu casa y lo voy situando en los armarios según tus indicaciones. Supongo que también te vendría fenomenal.

Durante las semanas siguientes, prosiguió un interminable intercambio de mensajes. Cuando parecíamos haber alcanzado un entendimiento sobre el día, la hora y la forma en que retiraría sus efectos personales introducía algún elemento nuevo, normalmente una condición, que daba al traste con el acuerdo. Pese al hastío que me provocaba, lo tenía decidido. Esta vez, no pensaba ceder a pretensiones que excedieran el límite de lo razonable. «En mi soledad mando yo». Me repetía cual lema pancartero de UGT.

Cualquier avance se destruía al final por alguna insignificancia. Decidí seguir el consejo de Sandra. La engañé diciéndole que me cambiaba de casa y que, obviamente, no iba a trasladar lo que no era mío. Tras la entrega de llaves al propietario, entrar en el inmueble podría suponer para ella un delito. Ante la presión, solicitó como último requerimiento mi ausencia durante la ceremonia de retirada de enseres. Pese a todo lo vivido, pese a sus en mi criterio absurdas exigencias, no había noche que no soñara con su regreso, con volver a abrazarla y tendernos sobre cualquier lugar a practicar sexo.

No obstante, me negué a sus pretensiones. Mi decisión no partía del orgullo, sino de la necesidad de reafirmarme en un comportamiento adulto. No me sentía obligado a concederle lo que ella me negaba. Era mi hogar y en él, Sol carecía ya de competencias legislativas.

Cuando al fin aceptó, cinco minutos antes de su aparición la transmití un mensaje que mantenía en el teléfono como borrador desde el día siguiente a su partida:

Hola, Sol, mejor Soledad –por una vez llamemos a las cosas por su nombre–. Lamentablemente tengo que salir de modo inesperado. Para facilitarte la labor, he colocado en la entrada todo lo que identifico como tuyo. Como he cambiado la llave, te dejo la puerta abierta. Solo debes

empujarla y cerrarla al salir. Por supuesto tienes libre acceso al resto de la vivienda por si deseas comprobar si algo se olvida. Por

favor, a ser posible no entres en mi habitación. En ella he revisado a fondo y no queda nada que te pertenezca. Constituye mi espacio íntimo y prefiero que no la visiten extraños en mi ausencia. Avísame cuando termines y así me quedo tranquilo. Si me necesitas, no dudes en llamarme. Estaré cerca.

A corazón abierto, te deseo encuentres en otro cuerpo la felicidad que a nosotros se nos negó. Agradecido, pese a todo, te envío ahora el beso que nunca fue.

No volvimos a mantener contacto durante meses. Probablemente la decisión más sensata si lo pretendido era reparar nuestras vidas de los daños causados por los vendavales. Cuando ya el teléfono parecía haber renunciado a su condición de enemigo, me sobresaltó el tono que anunciaba un nuevo mensaje de Sol. Aún no había modificado la sintonía que los identificaba.

Sol_16.24

Creo que te acabo de ceder el paso.

Bonito paraguas.

Charly_16.36

Me temo que te confundiste. Además, sabes que nunca llevo tan inútil instrumento. Mi torpeza hace que me moje doblemente.

Sol_17.02

En serio????? Pues tienes un clon con un paraguas clarito con topos que ha cruzado por debajo de mi casa.

Charly_17.06

Indagaré sobre el clon. Pobre, como se parezca también en lo demás.

Sol_17.07

Qué pavo.

Charly_17.16

Pasa buena tarde. A ser posible a cubierto.

Voy con mis líos.

Sol_17.30

Igualmente, «liao».

Pocas veces, tan escueto intercambio de frases podía movilizar mayor número de sensaciones encontradas. Como al adicto que consume una dosis de opio tras larga abstinencia, me dominaba el terror a que se reprodujeran procesos conocidos. También el regocijo por el reencuentro con costumbres que añoraba.

Unos días más tarde, me solicitó consejo sobre un texto. Tras sus breves experiencias con la pintura o con la fotografía, precisamente las artes predilectas de Mer, la narrativa constituía ahora la nueva ilusión con la que llenar sus ansias. Con las primeras reprodujo en ambas idéntico proceso: tras un periodo inicial de desmedida euforia en el que ya se veía con página propia en Wikipedia, abandonaba en pocos meses al comprobar que pese a sus esfuerzos no lograba crear una obra maestra. El material adquirido, todo de primera y nivel profesional, quedaba para siempre en el archivo de los errores.

Según contaba, se topó con las bases de un concurso literario internacional reservado a mujeres de habla hispana. Descubrió así su vocación escondida hasta entonces por convertir en arte las palabras. Sugerí comenzar por algo más sencillo, pero no parecía esa su intención.

Sol_22.37

Es un relato de ciencia ficción. Me harías un gran favor si lo revisas. Seguro que con tus indicaciones consigo mejorarlo lo suficiente como para que no se me note mucho que voy de pardilla.

El texto en sí narraba una rara historia sobre una extraterrestre exiliada en la Tierra, perteneciente a una especie mucho más inteligente que la humana.

Desesperada por la incomunicación con un entorno incapaz de comprenderla, buscaba con angustia al único de los suyos de cuya existencia tenía noticias. Con el tiempo lo halló, pero este se encontraba contaminado de buena parte de los defectos terrenales por su ya larga estancia en el planeta. El final no lo asimilé muy bien. La confusa redacción impedía distinguir por cuál de las alternativas posibles había optado la protagonista.

Charly_23.50

Para ser el primero, está bastante bien. Tampoco me hagas mucho caso, no sirvo para crítico. Bastante tengo con intentar que lo mío no quede especialmente indecoroso.

Mejoraría bastante con:

1) Sustituir los guiones cortos de los diálogos por la raya larga. Es lo suyo. En Libre Office, que es lo que yo uso, se consigue con tres caracteres seguidos y pulsando el espaciador. En Word no lo sé exactamente. Creo que con control más guion o algo similar. Busca en la red. Seguro que encuentras.

2) Los meses y los días de la semana quedan más monos si los escribes en minúsculas. Hay muchos jueves y muchos abriles y ninguno se ganó la categoría de nombre propio.

3) Cambiar algunos adverbios terminados en ‘mente’ por la locución adverbial de igual significado. Descarga la lectura haciéndola más limpia, concede mayor ritmo al texto y evita los efectos de rima, sobre todo cuando por la temática, el sustantivo ‘mente’ se repite varias veces.

4) En castellano, los signos de interrogación y las admiraciones deben abrirse. Te jugó una mala pasada el inglés.

5) Me ha parecido que se te colaron algunos laismos, loismos y sobre todo leismos. Imagino que los corregirás al revisar versión definitiva.

6) Lo que menos me gusta es el final. Igual soy yo que no ando ya muy despierto, pero no he terminado de entenderlo. Crea una cierta confusión.

Sol_23.53

Jooooope!!!

Sabes que no dejas de sorprenderme?

Charly_23.54

¿Por qué, exactamente?

Sol_23.55

Por todo. Eres... tú.

Sol_23.58

Y en cuanto al final... esperaba que me ayudaras a escribirlo. Estoy algo confusa y no sé muy bien cómo concluir la trama. Llevo tiempo dándole vueltas.

Charly_00.07

No creo poder servirte en eso. No es mi fuerte la imaginación. Ya sabes que soy más de historias largas o de versos. No me gustan los cuentos. Sobre todo cuando incorporan ingredientes de ciencia ficción o personajes con conflictos psicológicos sin remedio.

Sol_00.08

Jooooo!!! Pensaba que me echarías un cable. Si no te apetece, nada que objetar. Gracias de todos modos. Has sido, eres y serás alguien muy importante en mi vida.

Sol_00.09

Para mi escritor preferido, un beso tan enorme como sincero.

Aquella frase sobre lo que aún significaba para ella se me clavó como si un puñal, tras taladrar el cráneo, hubiera alcanzado el lugar del cerebro donde se almacenan los sentimientos. Me trasladó a las últimas sesiones con Sandra y a un consejo que, resumido, podía traducirse por «deja de defenderte y ataca».

Y atacé con unas palabras, conocedor de que la herirían por inesperadas en lo más íntimo de su ser.

Charly_14.44

Sol y sus frases. Con ese personal manejo de los adjetivos y de los tiempos verbales. No cambiarás nunca. Se te dará bien escribir.

Un beso enorme.

Sol_14.47

Vaya...

Charly_14.48

Mujer no creo que resulte decepcionante mi opinión sobre tus virtudes literarias.

Sol_14.53

Tienes razón. Las personas no cambian.

Charly_14.58

Eso parece...

Por novedoso, me sorprendió que fuera mi intervención la que cerrase la charla. «¿De verdad tendría razón Sandra?», pensé. Disipé las dudas a las pocas horas, al recibir un correo electrónico con su versión sobre nuestro último cruce de mensajes. Aunque me costó, por una vez trasladé sin eufemismos mis sentimientos. La angustia, también la desesperación, vencieron el pánico a causar daños evitables, inculcado a fuego por la madre.

Querida, Sol.

Por fortuna o por desgracia, no estoy para dramas ni para veredas sin salida. Tampoco mantengo una valoración tan positiva de lo nuestro. En muchos momentos, me sentí lo contrario a bien tratado. ¿Ahora me hablas de amistad o de respeto? El futuro no está escrito y quién sabe las vueltas que da la vida. Igual nuestros caminos se cruzan de nuevo y, en otro punto de la historia, hasta volvemos a enamorarnos y todo es una maravilla. En este momento, lo siento, no quiero amigos así.

El respeto se lo tengo a todos los seres vivos y por supuesto mucho más a ti. De verdad que no me gustaría remover este tema, pero, como tú reclamas, tengo que ser honesto contigo. En mi equipaje no queda sitio para el rencor, soy responsable de mis actos, no voy de víctima y creo que siempre supe el lugar en el que me metía. Diste muy pronto pistas. Sé que alguna vez me quisiste todo lo que sabes. Te agradezco de veras el esfuerzo. El problema fue, sin entrar en valoraciones, que nuestra idea sobre el amor y la empatía parece muy diferente. Consisten en dar y en recibir más o menos con cierta equidad. Cuando una de las partes toma cualquier renuncia por excesiva y por insuficiente lo que se le ofrece, toda relación se vuelve imposible.

Te sigo deseando lo mejor. En agradecimiento a los buenos momentos, también los hubo, y al tiempo que me dedicaste, continuo a tu disposición en

cualquier cosa que pudieras precisar de mi. Siempre que no suponga regresar a un pasado que nunca debió de existir. Un beso grande.

Sol_5.17

Respeto tu criterio, así como tu decisión de que no seamos amigos. Un beso grandote.

Con sus últimas letras, sentí el alivio del exfumador capaz de rechazar el pitillo ofrecido en noche de fiesta por un mal amigo. Nunca más volvió a escribirme. Se las arregló para que, transcurridas no más de tres semanas, me llegaran noticias expresas de que había iniciado una nueva relación con otro tipo. Un chaval algo más joven que ella, dedicado al oficio de escultor. «Pobre hombre –pensé–, no sabe dónde se ha metido».

También se encargó de transmitirme su posterior ruptura a los pocos meses. Después desapareció. Como desaparece al despertar, la ansiedad provocada por una pesadilla.

Epílogo

Obsesión se volvió el mejor sustantivo para definirme. Obsesión por el ansia de una nueva dosis con la que aliviar la abstinencia de Sol. Obsesión

por el temor a las repercusiones previsibles de concretarse en algún momento el reencuentro con ella. Obsesión por descubrir la faz oculta de aquel misterioso personaje residente en el sueño que me acompañaba desde la niñez.

Como medio para huir del presente, lo repetía incluso despierto. Había adquirido tal dominio que me consideraba en disposición de provocarlo a voluntad sin más que despejar la mente y recluirme en la tristeza. El mismo ejército avanzando por el mismo desierto. La misma tormenta de arena. La misma aurora boreal en tan imposible escenario. El mismo refugio en el que sentirme a salvo. Los mismos gatos, todos negros. Las mismas paredes que se desplazaban al paso de modo que siempre permanecían a igual distancia de mis órganos. La misma bota militar que cubría el periscopio al pisarlo. La misma paz. El mismo ser sin rostro que me la ofrecía.

Pese a su aspecto, siendo objetivo un tanto áspero, nada en él me resultaba ajeno. Creía comprender incluso su carácter, sus silencios, sus motivos. El mutuo conocimiento de convivir durante tantos años. Lo sentía a cada instante más cercano, pero me hallaba en huelga de candidatos. Ni la abuela, ni mi añorada Mer, ni la fotografía, ni la fallida revolución sin aparente sangre de los ochenta, ni el movimiento antiglobalización que tanto me ilusionó más tarde, ni el 15M, ni el arte, ni Sol, ni Mutira... Ninguno servían. Todos murieron, cada uno a su forma, y él aún permanecía, aunque solo fuera en el interior de un sueño. Como al intentar enfocar con una lente fotográfica un objeto fuera de distancia, observaba cierta definición en sus facciones. Sin alcanzar el punto de nitidez imprescindible para identificarlo, cada vez las percibía más familiares. Con todo perdido o con todo ganado, descubrir su rostro se convirtió en mi última tarea pendiente.

Tras una historia personal repleta de fracasos, poco restaba ya por hacer. A excepción del título y los últimos párrafos del epílogo, el nuevo libro prometido a Mer lo tenía casi terminado. De política, ni pensarlo. Puestos a creer en paraísos que solo se alcanzan con la imaginación, me parecía incluso más cuidado el argumento de las religiones. Al menos, los fieles se mostraban sinceros al reconocer en sus ideas el fruto exclusivo de la fe. ¿Amigos? Pocos aguardaban lejos de los cementerios. La actividad física... imposible. No quedaba salud para conquistar montañas. Al trabajo siempre lo concebí como el modo menos gratificante de malgastar las horas. Y de amores, tampoco mantenía las ganas tras el fiasco de Sol. Nadie es responsable de su naturaleza, pero me había convencido de que mi subjetiva

propensión hacia las personas difíciles aconsejaba el alejamiento de nuevas experiencias.

Todas las noches, antes de acostarme, revisaba el único equipaje almacenado en la mesilla. Una aguja fina, una jeringa, una dosis letal de heroína que renovaba periódicamente, un innecesario torniquete que solo mantenía por mostrarme escrupuloso con el ritual clásico, un mechero, un limón, una cuchara, una botella pequeña de agua —mitad para saciar la sed, mitad como posible diluyente— y un par de unidades encapsuladas de sumatriptán inyectable. El medicamento para combatir las cefaleas que se reproducían a diario.

A título de homenaje o simplemente por sentir desde dentro cómo transcurrieron sus últimos minutos, mi camino para abandonar la forma humana lo tenía decidido desde la desaparición de Mer. Poco antes de las dos, la hora maldita en que la enfermedad solía manifestarse, cada madrugada optaba por una de las jeringuillas. La que amansaba el dolor o la que definía la frontera entre la muerte y la vida. Pese a esa distinta apariencia que convertía en imposible la confusión, presentaban un rasgo común: las dos admitían un único uso. La del fármaco por diseño; la otra, por determinación.

En pleno verano, el calor obligaba a elevar hasta su límite la persiana del dormitorio. Bajo la luz de un plenilunio que recordaba singularmente al africano, casi por azar, contemplé mi imagen proyectada en el espejo que presidía la estancia. Sonreí como un adolescente en celo que acaba de cruzarse con su amada. Sobre el cristal, divisé con nitidez la inconfundible expresión del personaje. Tantos años persiguiendo un sueño para concluir que era el tiempo y no la distancia la magnitud que nos separaba. La indemostrable prueba de la física de la relatividad o tal vez del principio de superposición cuántica que, pese a comprenderlo en su formulación matemática, nunca llegué a incorporar del todo a la lógica de un cerebro maleducado desde la niñez por el fraude populista de la prisión newtoniana. El reflejo poseía ciertas peculiaridades. Era yo, indiscutiblemente, pero con una palidez impropia de mi genética y una sensación de calma que me resultaba extraña. Ni rastro de desilusión o de esas arrugas esculpidas en el rostro por el dolor incesante de las cefaleas. No dejaba de tener su gracia. Tan listo como me suponían en el colegio y precisé cincuenta y cinco años para

descifrar un torpe acertijo: el ser que me regalaba la paz no era otro que mi propio cadáver.

Ante el hallazgo, se me escaparon un par de frases en voz alta:

—Esta noche, mi amor, no es preciso que te asomes a la luna llena. Seré yo quien acuda a tu encuentro.

Sin dudas respecto a la elección de la jeringa, me acomodé en el escritorio para completar los últimos párrafos del libro. Nunca fui de los que dejan las cosas a medias. Ante la determinación de concluir, escogí como título los primeros vocablos que cruzaron mi cabeza: *El rostro de los sueños*. Sin verbos, sin adjetivos, sin signos ortográficos. Un plural y un singular. Dos humildes artículos, dos nombres comunes y una preposición de enlace.

En cinco palabras, el resumen de una vida entera.

Notas

- 1 Canción de Santiago Auserón para Radio Futura en 1982.
- 2 Canción de La Mode, 1982.
- 3 Ensayo de Aldous Huxley sobre las drogas alucinógenas, 1954.

- 4 Canción de Almodóvar y McNamara, 1983.
- 5 Película norteamericana de 1967 dirigida por Stanley Kramer.
- 6 Novela de C.S. Forester llevada al cine por John Huston en 1951.
- 7 Novela de Evelyn Waugh de 1945.
- 8 Película de Luis Buñuel de 1962.
- 9 Película de Fernando Fernán Gómez de 1986 basada en la novela del mismo autor.
- 10 Canción de Extremoduro incluida en su álbum *Para todos los públicos* de 2013.
- 11 Manifiesto del movimiento 15M.
- 12 Novela de Antonio Gala (premio Planeta 1993) llevada al cine por Vicente Aranda un año más tarde.
- 13 Película dirigida por Pedro Almodóvar en 1999.
- 14 Canción de José Ignacio García Lapidó incluida en el álbum *Todo lo que vendrá después* (1999) de 091.
- 15 Manifiesto de la plataforma Alternativas desde abajo.
- 16 Canción de Christina Rosenvinge incluida en su trabajo de 2011, *La joven Dolores*.
- 17 Película surcoreana dirigida por Bong Joon-ho en 2013.
- 18 Novela de Mark Levy publicada en 2009.

BIOGRAFÍA



Rafael Hernández López (Toledo, 1962). Tras las primeras obras de juventud, en su mayoría cuentos y versos difundidos en publicaciones estudiantiles, abandonó la creación para centrarse en su carrera profesional. Primero en la Administración Pública, después como docente para terminar en el ejercicio libre de la profesión de economista.

Ligado desde hace años a los movimientos sociales, difunde su pensamiento mediante conferencias y artículos de opinión que escribe para medios digitales.

Desde 2012, se expresa a través de un blog personal (<http://heterodoxia.blogspot.com.es/>) donde se mezclan su visión de la actualidad con músicas y con letras, sus otras grandes pasiones.

Contrario a la competitividad de los concursos, parte de su obra poética ha sido incluida en colecciones colectivas. En 2016 publicó el poemario *Abismos* que, dentro de las limitaciones del género, alcanzó una buena acogida de crítica y ventas.

AGRADECIMIENTOS

A Louise, Ricardo, Daysi, Blanca, Lolo, Lola y Kuko. A todos sus

predecesores y a los que quizá aún estén a tiempo de llegar. Muy especialmente a Kiara. Más allá de la complicidad en el proceso creativo y la paciencia en la ingrata tarea de las correcciones, por el involuntario mérito de existir.

